

Precio $ 1.00

T. ANTILLI

¡SALUD A LA ANARQUIA!

PAGINAS DE UN MILITANTE

ORGANIZADAS POR R. GONZALEZ PACHECO Y EDITADAS POR "LA ANTORCHA"

1924

T. Bluch

T. ANTILLI

¡SALUD A LA ANARQUIA!

PAGINAS DE UN MILITANTE

ORGANIZADAS
POR R. GONZALEZ
PACHECO Y
EDITADAS POR
'LA ANTORCHA'

1924



Los Carteles de Antillí

Los Carteles de Antillí

Mi hermano viejo

..."Estoy enfermo. Pero, no te alarmes. Cuando tú vengas, la vida será mejor". — Y fué la muerte.

Cuando regresé de Chile, el mal terrible ya me lo había aniquilado. Aún escribía, pero desde la cama. Lo levanté como pude, a caricias y a alaridos, y se lo llevé a su madre, a la mamita que él quería tanto. Allá se ha muerto; allá , al pie de un eucaliptus gigante, sobre las barrancas de San Pedro, quedó enterrado, como una semillita, mi hermano viejo.

Yo no puedo decir ahora, que tengo en una mano la pluma y en la otra el pañuelo, quien fué Teodoro Antillí dentro de la propaganda. Deberé esperar para esto que alumbre afuera esta fiebre suya que circuló tantos años en mis venas, como la mía en las de él. Siento que soy todavía aquel Antillí-Pacheco de la soledad arisca, aquel Pacheco-Antillí de las embestidas locas, aquel Antillí-Pacheco del fierro al puño!

¡Hermano viejo! Amigo al que se besa como a la novia, a escondidas; compañero en cuyo pecho aullamos nuestras angustias como perros: ¿quién que así lo haya tenido podrá, cuando se le muere, hacer de su orfandad y su llanto, palabras, letras, discursos?... No se puede; yo no puedo.

—Cuando tú vengas, la vida será mejor... Sí, sí. Siempre fué mejor la vida cuando fuimos uno al otro, porque nunca nos juntamos sino para caviar batallas por la Anarquía. Y si el hambre, el amor o las prisiones nos separaron a veces, siempre una misma esperanza nos alentó en la ausencia... — Cuando tú vuelvas; cuando tú salgas...

Todo nos fué común: errores y certidumbres, entusiasmos y tristezas. Los alegres entreveros, empenachados de triunfo, y los sombríos recesos, salpicados de calumnias. ¡Todo!

Ah! Buenos Aires! No te vas a enterar nunca de qué lejanías veníamos, tras qué trágicas andanzas lográbamos al fin plantar nuestras carpas en tus calles. Todos los años nos echabas de tu seno, nos dabas por domicilio la cárcel o el destierro. Todos los años volvíamos, testarudos y frenéticos, nuevos de nuevo, el gaucho bárbaro, pura garra, y el hombre fino, pura idea. — ¡Abran cancha, maulas!

..."Estoy enfermo. Pero, no te alarmes. Cuando tú vengas, la vida será mejor". — Y fué la muerte... Me has jugado una mala partida, hermano viejo.

El hombre

Antilli fué un anarquista claro y surgente, de caudal vivo. Para apreciarlo a fondo no hay que acercarse como a una estatua, sino más vale como al brocal de un pozo; no mirando hacia arriba, donde su voz y sus gestos sufren ahora las más diversas interpretaciones, sino hacia abajo, a las profundas napas de que él subía, llenos hasta los bordes, sus baldes de agua. Ahí está el hombre; su poema y su drama.

Antilli se sentía él mismo una audaz continuidad, un ferviroso renuevo de la idea de la justicia en el mundo. Oía besarse en su entraña la verdad con el ensueño, el destino con la esperanza. Bloque y cincel, sacaba todo de sí, basamentos y figuras, como un picapedrero que es, a la vez, un artista; con fruición y con furia. Autodidacta, era como padre y madre de su Anarquía. Ella estaba en su carne y él quería escribirla como quien pare. Más, todavía: parir y parir doble. Y esta fué la tragedia del escritor.

Vivió en un solo combate, sobre dos flancos, dando y parando con las dos manos: el Estado burgués y nuestras cosas. Es raro! No sabríamos decir bien quiénes pidieron con más saña su cabeza: si algunos compañeros o los gendarmes.

Mas, no obstante esto, él triunfó siempre de todas las controversias, como salió sin mancha de las más obscuras celdas. Por arriba de la sombra o del tumulto, su visión resplandecía como un acero de reflejos alegres y orientadores. Y es que él ponía la verdad al frente y la lanzaba adelante sin importarle los fangos, las encajaduras o los reproches.

Un mes antes de morir peleó la última batalla contra los que centralizan, en perjuicio de nuestro federalismo, la propaganda. Tuvimos que retirarle del campo de la polémica, ya moribundo. Moribundo, pero victorioso.

Ay, sí! Victoria flaca, envuelta en la melancolía de lo machacado y sobrevivido. ¡Toda una vida curando una misma llaga y viendo reproducirse un mismo vicio! — Y esta fué la tragedia del militante.

Antilli amaba el conjunto como un poeta e interpretaba el detalle como un filósofo. Su escritor era Reclus, flor de genio, tierno y al par audaz, visionario y a la vez sintético. Como él, quería tratarlo todo en grande y fervorosamente. Mover poderosos bloques, sin herir ni la más humilde hierba. Ser bueno y fuerte, con músculos de seda y voluntad de fierro.

Y a las veces parecía que del brocal de su vida se lanzara a las profundidades de sus propias venas. Desaparecía el hombre y sólo se oía un latido, cóncavo y rítmico, como de una fuerza de la naturaleza. Era cuando organizaba sus cimientos doctrinarios, cuando extendía bajo el suelo las raíces de sus majestuosos árboles.

Pero esto duraba poco. La actualidad lo asediaba como un perro, dándole tarazconazos. Y volvía a la superficie con la terrible nostalgia de su tesoro apenas entrevisto. — Y ésta fué la tragedia del fragmentario.

Escritor, militante y filósofo: esta triple facultad, erguida sobre la espina dorsal de un solo drama, es lo que forma el poema de la vida de Antilli. De ahí, como de una triple napa, él se dió a levantar agua. Trabajo duro y sombrío, pero coronado siempre por cantos claros y alegres: sus baldes llenos — Y este fué el hombre.

Su libro

Antilli fué un fragmentario. Solicitado por el ideal y la lucha, Antilli se dió en retazos, en clarinadas, en letras vivas y gesticulantes. Labró la actualidad como una piedra fuerte; desparramó a voleo toda clase de semillas: las que dan el pan del año, el perfume y el color de una estación, y las otras que dan árboles duraderos, inmobles y melancólicos.

Como, al decir de Barret, hay ciertos hombres naciones, Antilli fué entre nosotros el hombre-idea. Se podía confiar en él más allá de cualquier límite. Ponía la mano y echaba leña a todas las fogaratas, motineras o ideológicas, pero sin concederles más mérito que el del herrero a su martillo y su yunque. Lo que trabajaba en ellas era un solo metal siempre: el del comunismo anárquico.

Antilli fué autodidacta, en la más bella y viril acepción de este vocablo. No vino al anarquismo desde las bibliotecas, sino del fondo doloroso de la vida. Y cuando abrió los libros, fué para hacerse compañero de los sabios, no su esclavo.

Antilli fué un combativo. Prisiones, hambres, calumnias ni le asustaron ni le entenebrecieron Los que creen que algo de eso fué su pena o su desvelo, pueden dormir tranquilos. Antilli no vió en el mundo sino un campo de batalla en el que estaban, presentes o presentidos, los que pelean al error, la tiranía y la miseria. Fué uno de ellos. Dió y le dieron. ¡Qué! ¿Era acaso un mequetrefe o un flojo, para encogerse por los golpes de más o menos, quien sabía golpear tan fuerte?... No. El cayó limpio al sepulcro, sin rencores, pero también sin remordimientos.

Al revés de casi todos los escritores de América que corren tras la belleza como perros tras mariposas, Antilli se despreocupó de ésta, por convencional y externa, atento a otra más grande y más humana: la que fluye de la idea de la justicia, la substancial belleza libertaria. Sin embargo, era un artista. Buscándose el corazón, daba fácil con la vena de lo gentil y lo fiel. Y era un bonito espectáculo el verle llegar a veces, trayendo en sus puños ásperos, grietados, de peón de chacra, frescos capullos, prosas fragantes y finas; verdaderos poemas.

Nunca pensó coleccionar sus artículos. Y no porque los creyera inactuales o mediocres, sino porque vivía preso de tal fiebre militante que toda la labor cumplida se le caía de las manos y del recuerdo. — ¡A otra cosa! — Dormía en la punta del surco y su primera mirada, al despertarse, era para su herramienta.

Y porque esto ha sido en vida, es que vivirá en sus letras por arriba de su muerte y de la nuestra. Hay páginas de Antilli de todas layas, como semillas de todas clases: las que dieron pan de un año, el perfume y el color de una estación, y las otras que perdurarán, inmobles y melancólicas, coronando el tiempo. Que dieron árboles. Es de estos árboles que le hemos hecho este libro. Como quien compra una chacra y le planta un bosque.

Comunismo anárquico

Era, primero, un artista. Traía el oficio en la mano, la belleza, como el canto en el buche las aves, entre los gavilanes de la pluma; pero no esa de ingenio y de formas, para el concurso o la feria, sino la otra, paisana y huraña, crecida sin riego ni poda, sobre los campos duros. Del campo era él, de donde crecen los talas fornidos y rotundos. Como ellos, debió tornarse de acero para atravesar la capa espesa de greda, la polvareda quemante del ambiente. Y a eso se debe, seguro, ese resuello frenético que vibra en todas sus páginas. Sus más inefables sueños parecen rosas sobre tallos espinudos: en todos está presente la crispación del esfuerzo, el golpe de garra airada del militante.

Junto al oficio que traía, le nació la terrible conciencia del destino que iba a darle. Como quien se halla un diamante maravilloso y busca entre los metales el más noble de todos para engarzarlo, él se halló la belleza y buscó la justicia. Así se hizo anarquista.

Pero anarquista sólo. No individualista, sindicalista o comunista. Anarquista seco, cuadrado y cortado a pico.

Tal se me presentó en 1906, como un amigo, nos apareamos en "Germinal", como compañeros, y nos unimos después, para siempre, en "La Mentira", "Campana Nueva", "La Batalla" y "El Manifiesto", como hermanos. Recorro ahora esos papeles y veo, con cierto asombro, que tampoco fuimos nunca esa fría cosa estéril que a veces se nos recuerda y que aceptábamos de hecho: individualistas. No, pues. Ni Antilli ni yo hemos sido nada más que anarquistas sólo; es decir: batalladores muchachos, encantados de tener como bandera de lucha, de arte, de vida, un ideal cuyo símbolo nos parecía un incendio que brotara del centro de la tierra: rojo y negro.

Belleza! He aquí lo único que hallo en todos esos periódicos. Belleza. Una belleza latente, piafante, agresiva. Una belleza rebelde, caudal y libre. Ah, sí! Tan libre que no he podido cazarla, rendirla para meterla, como a una jaula o a una urna, en el volumen que le organizo. Y ahí se queda, entre empaques, protestas, puebladas, flor en la cumbre, ala en el cielo, resplandor en el abismo; en todas partes cosa viva, que mueve el paisaje, sacude las piedras y desaloja el vacío. Belleza, belleza anarquista!

Qué lindos tiempos aquellos en que había en la propaganda tantos locos! Eh!, del Intento! Eh!, Pedro Maino!... Queríamos hacer el mundo a nuestra imagen y semejanza. Hacerlo a gritos, a golpes, a besos. Gilimón reía bastante, me acuerdo; y su risa nos causaba a nosotros, también, bastante rabia.

Sólo al regresar de Ushuaia, escribiendo "El Manifiesto", en 1911, entró a nosotros la duda. Aquello fué como un sol, más alto y más claro que el que hasta entonces nos había alumbrado. No nacía de nuestras fiebres, sino que venía de fuera. Y ante él, nuestra juventud, nuestro arte y nuestro coraje, no brillaban apenas más que un fósforo frente a un astro. Había otro horizonte, pues; otra vida sobre nuestras vidas. Había cosas de más peso sobre la tierra, aunque quizás tuvieran menos filo que nuestros hierros; otra causa más solemne, aunque entregándonos a ella no obtendríamos seguramente ningún brillo. Para acabar de decirlo: tras de nosotros, idos o muertos, no iba a caer el diluvio ni una cortina de fuego contra el paso de los hombres, sino que todo, y aún más de lo que veíamos, seguiría abierto y brotando. Y en consecuencia, — oh, dolor de renovarse! — sobre nuestro bien pelear, bello decir y fiero sacrificarse, había que poner aún una visión de conjunto, viva, extendida, social.

Y mano a mano, mesa por medio, de catre a catre, discutimos mucho; tanto, que terminamos volviéndonos las espaldas. Yo me fuí a Méjico, a las Antillas y a España. El se fué a "La Protesta" y de allí para la cárcel. Cuando volvimos a vernos, fué en la ancha vía, en el escenario enorme, en la comprensión completa del problema de la libertad humana. Eramos comunistas anárquicos.

E hicimos "La Obra". Desde esa época (1916) parte lo mejor logrado del talento de Antilli. La prisión, no sólo se abrió a su cuerpo, sino también a su espíritu; dentro de ella había limado la cintura de acero del anarquismo seco; había hecho llaves y palanquetas para atacar, hasta abrirlas, las puertas de oro del arte; había trizado también los varillajes elásticos, mas siempre pérfidos, del estilo. Todo eso quedaba atrás, en su celda, hecho pavesas y flecos, nido pateado, cascarones rotos. Y surgía libre, tendido al Cosmos, unido al Todo, maduro de apostolado de la piel hasta el carozo... Y, entraña y cerebro abiertos, echaron a circular sangre y luz entre los hombres...

Y murió a los 40 años, sin protestas estériles ni angustias cobardes; sin darle a la cosa mayor importancia que cuando de noche, en la cama, deseaba fumar y no tenía cigarrillos: — Y bueno... Durmamos, entonces.

Finalmente

Sonrío feliz a la idea de un volumen de Antilli. Porque yo a él no puedo verle sino prendido o suspenso, rompiendo tierra o seleccionando granos; pero sobre el surco siempre. Y me veo llegar a mí, tocarle el hombro, meterle bajo los ojos este libro como un pan hecho con su propio trigo. Y sonrío a su sorpresa.

Antilli fué un sembrador que un día salió a sembrar y no volvió nunca más sobre sus pasos; acomodó su existencia a todas las intemperies y echó adelante, sembrando ideales suntuosos, de vida fuerte y alegre, como un albañil sin techo, pobre de toda pobreza, siembra palacios. Fué un escritor sin sentido utilitario, para quien escribir era donarse, aclarar, esclarecerse y producir grandezas, vivir en grande. Un obrero que sacaba sus soldadas de sus propias sensaciones de hombre que está al pie de un yunque, con el pecho resoplante, el brazo a vuelo y el cerebro como un globo lleno de luz iluminando su obra. Tipo menos burgués yo no he visto otro.

Vivía el minuto, el instante, el fugaz relampagueo de sus visiones. Sólo que éstas eran continuas, seguidas, se empujaban unas a otras, como las hormiguitas en sus caminos. Sí, sí. Un hormiguero de fe en la vida, de seguridad final le brotaba de

la frente y de las manos. Y nada más ni otra cosa: ni ambiciones de plata ni nostalgias de gloria.

Ah! señor! Ni mío ni tuyo, — es la cláusula del convivir que aspiramos. Mi hermano viejo no pudo comprender nunca sino la mitad de eso: ni mío! Todo tuyo, camarada: lo que tengo en el puño y bajo el cráneo, en las venas y en los bolsillos. Mía sola la voluntad del ensueño, el deber de prodigarme, la alegría de enriquecerte la vida.

Tipo menos burgués yo no he visto otro. Para vestirle de muerto no hubo que ir a sus roperos a tomar el fino lienzo, la crujiente seda y el traje de los domingos, sino que agarrarlo, todo del respaldo de su cama, como si ese día también se fuera para el trabajo. Cosa igual ha sucedido para organizar sus letras: no hemos abierto escritorios ni cofres de doble fondo, sino salido a campearlas por los locales obreros y en los baúles de los revolucionarios. Allí seguían trabajando, crispadas de fe anarquista, sus hormiguitas negras.

El trabajo!... El trabajo fué su ley, su salario único, su cruz florida. A él se dió más allá de su vida, y a él le damos más allá de su muerte. Porque ese, y no otro, es el fin de este volumen: el trabajo. El trabajo más en grande, más en firme, más en eternidad por la Anarquía!

Por eso sonrío feliz. Porque yo a él no puedo verle sino prendido o suspenso, rompiendo tierra o seleccionando granos; pero sobre el surco siempre. Y me veo llegar a mí, tocarle el hombro, meterle bajo los ojos este libro como un pan hecho con su propio trigo. Y sonrío a su sonrisa.

R. González PACHECO

La Flor del Camino

La Flor del Camino

Al lado de lo más duro del camino, sobre una ceja de la huella, crece una débil florecilla. Ha nacido, puede decirse, bajo el casco de las bestias que traginan todo el día, y no tiene cerco ni empalizada que la defienda.

Admira la despreocupación con que crece allí, y la confianza con que se prepara a desplegar toda la fiesta de sus colores, y a destapar el dedalito de su perfume virginal, como de boca de niño. Pero no hay más que escasos o amortiguados colores en su corola floral, preparada con tanta fiesta, y su perfume es respiración corta y que no puede ir lejos: no es más que una florecilla ordinaria y común, humilde...

Los brutos son grandes, densos y pesados, y traginan por aquel camino todos los días, numerosos y cargados. Sus cascos oscilan en la punta de sus patas, descargándose a un lado y a otro, donde les viene bien...

Ella es pequeña, frágil y liviana; es la sonrisa del camino: está sometida a su sitio, y no puede cuerpear ni moverse. Sin embargo, crece con toda confianza, como si estuviera en un jardín en toda seguridad, y lo único que la oprime es la dureza apisonada del camino...

Muchos han hablado de esta flor. ¿Y quién no la ha encontrado?

¿Inconsciencia? Sí, tal vez es inconsciencia. O fuerza de la vida, que se manifiesta estupefaccionante por esta inconsciencia, por esta admirable despreocupación por todos los brutos o carromatos que pasan.

Viénense éstos encima, fatales, aplanadores, asesinos. No va a reventar la flor al pisón, sino éste a la flor...

Sin embargo, ella sonríe, con una mitad o una cuarta parte de su corola floral desabotonada, como una joven con medio seno afuera, y, sin ver a la muerte, continúa trabajando acti-

vamente, moviendo sus savias para abrir o desabotonar lo que falta: exactamente, como una joven que se prepara para ser amada...

Y el poema es cortado por la tragedia, pero para renacer unos pasos o unos centímetros más allá, en otro ser igualmente tierno, y con la misma inconsciencia y despreocupación.

Nosotros, que vemos tan justa y exacta la desproporción, no nos atreveríamos a crecer así locamente, en una ceja de la huella que grandes bestias cruzan y aran todo el día. Estaríamos intimidados y cohibidos, y, sin luchar siquiera, dejaríamos que la cepa se extinguiera. Pero la flor calza botas de siete leguas para romper esta inhibición, y ella es — y lo es aún tan locamente como en un jardín o en otra parte cualquiera, — por encima de toda conciencia de su fragilidad, de todo temor por los brutos o carromatos que traginan, que aran c apisonan la cancha del camino.

Hay hombres así, que están sumergidos por la conciencia de su fragilidad, y más se sumergen cada día. Ellos, por temor, o por una vista real, ahogan o extinguen la cepa. Como el rayo, piensan que la floración atraerá el casco o la rueda. Ven muy claramente a su frente, el caballo y el carro del Estado; todos los caballos y todos los carros de los Estados. Ahogan, pues; se ajustan, se entallan... Una mayoría de hombres, y que han sido aún jóvenes, y que han sentido comezonearles la fuerza de la vida, son así. En cambio, hay otros, que esta ciencia no logra conquistar: con estupefaccionante inconsciencia, rompen esta inhibición, toda inhibición, y son rebeldes y revolucionarios a toda la plana.

¿Dónde está la fuerza de la vida? ¿En aquél que calza zapatillas de paño para estar al lado del fuego, o en éste que calza botas de siete leguas para ignorarlo todo, e ir a su anhelo, como la flor del camino? ¿Dónde están los edictos, los reglamentos, la especificación de los medios legales, todo esto que nos es conocido; y dónde está el poema y la tragedia?

Os lo diremos: dónde está la fuerza de la vida; allí donde está una estupefaccionante inconsciencia que renace siempre, donde se niega que los brutos o los carromatos tengan algo que hacer con la planta que elabora su flor, si no es acaso producir la tragedia!

Jovialidad

La alegría es sana y es llena como que la pintan dibujando hoyuelos en rostros carrilludos del color de las manzanas. Salud de los saludables, Jovialidad de los joviales, las forjas de la alegría no encuentran jamás pesado el acero: liviano lo encuentran, y manejable, cual blanda pasta de rosas apelmazada en hojas... De ahí que el martillo al golpear sobre él sea una humeante estela de perfumes lo que levante; siempre la sonrisa responde a la sonrisa y el hierro trabajado con alegría es el que tiene el bruñido más alegre. La jovialidad como el cansancio se imprimen en las cosas que tocamos. Así también en el ideal, en este ideal anarquista — para unos, pesado acero; para otros, liviana pasta de rosas — que, trabajado con juventud y alegría, es humeante estela de perfumes lo que devuelve a cada martillazo; es bruñido alegre de hierro trabajado con alegría, lo que presenta al sol; es en fin, son en fin, estas páginas, fraganciosas y pura esencia, lo que sale de cada plumazo, como de una cincelería...

La alegría es sana y es llena, como que la pintan fingiendo hoyuelos en rostros del color de las manzanas. Jovialidad, entonces, es lo que hace falta, para que el brillo de metal nuevo de lo que se haga o produzca, sea nuestro salario de alegría, como las rosas a los rosales!

Medio día

Pisamos un equinoccio, un ecuador magnífico de las ideas y del espíritu, que esplende en flores tropicales. De abajo, del helado polo en que los horizontes amarillean de anemia, las floras y las faunas han ido ascendiendo a empuje de tempestades hasta alcanzar hoy un medio día pleno. Acre olor de pólenes y de simientes flota en los aires encendidos y la madurez está hasta en los labios de las mujeres, que se abren en cascos de carnosos frutos...

Pisamos un equinoccio, un ecuador magnífico, no hay duda. Cortantes como navajas abiertas son las ideas, y las heridas que producen son heridas perfumadas como las de los sándalos misteriosos. Todas las plumas son de oro para labrar o esculpir: las que no son hachas, y desbrozan o rajan, son agujas finísimas que penetran los carozos y matan el mal, propio en el nervio, el germen, la médula... Oh! mediodía del espíritu humano, luz completa! Todo lo bueno y todo lo malo está maduro para el fruto; todo lo inactual ha sido hecho actual por los granos reventando en savias que lo conducen. La generosa utopía anarquista clava mojones efectivos en el terreno de los hechos. Somos actuales, como nadie actuales, en esta hora los anarquistas! No somos ya, no, los personajes trashumantes escapados de una página de Bakounin o de la mística ensoñación de un poema; somos los que vamos a hacer la revolución aquí, somos los que vamos a atarnos el arma al puño y encendidos de sol, desbordantes de esencias, vamos a fundamentar un valor nuevo de genuinidad y de potencia!

Pisamos, no hay duda, un equinoccio, un ecuador magnífico. Hasta los labios de las mujeres, maduros por tanto sol, se abren en cascos de carnosos frutos... ¡Viva la anarquía, compañeros!

Fijeza

La fijeza es una virtud muy estimada entre tiradores. Aptitud de sustraerse a toda influencia desmoronadora, clavar los ojos en un punto del blanco y no sacarlos hasta haber perforado, a pura llamarada de voluntad, el cartón o la tela; he ahí lo que se llama fijeza... Los infijos, no lo son porque les tembletee el pulso, porque les retoce en los nervios un demonio como a las viejas arpías, sino por falta de tensión. Clavarse en un objeto — éste o cualquiera — y si es fuego lo que brota de abajo, humear, y si es sol lo que cae de arriba, florecer o granar como una espiga; esto es fijeza!

Una cierta dosis de ascetismo es necesaria para el ideal. Más, sin ascetismo no puede haber verdadero ideal. Aquel que rayando esté, para darla a la circulación, la moneda de sus máximas y se sienta interrumpido en su trabajo por la "mariposa volandera de una sonrisa de mujer en flor" o por el panegírico de la necedad, será siempre moneda mal rayada, moneda falsa, lo que obsequie...

Es fatal, en los tiros como en las pruebas todas: el que pierde la tensión "come cola". Justo premio a la virtud de esencias que lleva en sí misma la dignidad de obrar!...

Aquí, en los campos nuestros, es donde más necesaria es la tensión para no caer en la banalidad de los "diarios con figuritas", los monos pintados. Nuestra obra la informa verdadero ascetismo; por eso que es incontrarrestable... Tomen nota los infijos, aquellos a quienes les falta tensión para clavarse a un objeto, y si es fuego lo que brota de abajo, humear, y si es sol lo que cae de arriba, florecer, granar como una espiga...

Sembradores

Las hojas que caen no son perdidas para la vida: las semillas que cayeron en una tierra maldita para la germinación, no son perdidas tampoco, porque, descomponiéndose, y asimilándose, contribuyen a restarle aridez al suelo y preparan el terreno para las fructificaciones futuras. Esto es determinismo; el determinismo que hace el pezón de las madres conformado a la boquita de los niños, y hasta de los residuos, un propicio abono...

Sólo aquel que es débil teme arrojar su semilla en mal campo, como el apologista cristiano. Porque el que es débil, aquel cuya semilla es ínfima en los ovarios mentales, da, no lo que le sobra, sino lo que necesita él mismo.

Por eso elije los campos, rotura previamente la tierra, y si ésta, justo a una punteada, no es *humus* puro, esponjoso y blando lo que contiene, retira la semilla y tapa el surco. El hace la siembra por la visión del árbol, para recogerse luego a su sombra y cobrarse usurariamente el precio de su esfuerzo. No hace la siembra por la siembra. No tiene exceso de semillas ni exuberancia bastante para sembrar, no precisamente por la cosecha, sino por la bonificación del terreno...

A estos sembradores, del apologista cristiano aquí, se les llama los "hombres prácticos". Les llamaríamos más bien hombres parásitos. Ellos sacan el jugo de las tierras buenas, pero no crean fertilidad sobre las áridas. Labor es esta, más profícua, reservada a otros sembradores: los hombres fuertes que, en virtud de su misma fortaleza, siembran hasta sin saber que lo hacen, inocentes como niños locos que jugaran a los labradores en el patio adoquinado de sus casas...

La verdadera fuerza es inocente. La fullería y la malicia pertenecen a la debilidad.

¡Oh, ese gran mocetón que levanta inocentemente una tonelada sobre sus hombros!

Cátedras

No son cátedras de virtud que aquí hacen falta. Las diez victorias sobre sí mismo, las diez reconciliaciones, las diez verdades y las diez risas con que se holgó el corazón, que diz que forman las cuarenta cosas que proporcionan al hombre el sueño, — dan paz, pero nada más.

La nota de claridad y buen suceso que pone en todas las cosas el hombre sano, virtuoso de alma y de cuerpo, es tediosa y aburrida como la reedición sin variantes, en la esfera de un reloj, de una hora en otra hora, un día en otro día y un año en otro año. Y como reediciones que son transcurren en la más virtuosa calma, sin que lleguen a registrar una sola deformación airosa, un sólo cambio que fije, cree, deje modeladas matrices nuevas. El cuño de los virtuosos, como el de los imbéciles, no ha variado jamás que sepamos.

A plena luz, como miran los saludables, no se descubren aspectos tan nuevos a las cosas, como caminando por un bosque, en una noche oscura, al linternazo de luz de un relámpago, rayando en las tinieblas como un chirlo. Con aquella se ve sólo la objetividad, una objetividad propicia al hombre sano, sin problemas metafísicos — y también a los pollinos del valle que buscan yerba fresca para pacer — mientras con ésta se descubren los aspectos subjetivos; cuestiones de "valor" y de "sentido", que no son puntas de yerba para las bocas pollinas...

Vencerse diez veces para demostrar su lenidad y hacerla huir al más obscuro rincón de su pesebre a la pobre bestia rubia que cada uno lleva adentro; darse diez razones y holgarse con diez risas luego: he ahí los ejercicios a que se entrega el virtuoso para tener un buen sueño, una salud sin quebrantos y una dulce y tranquila muerte, como la del justo! Paz, sólo de paz disfruta. Pero es a costa de la bestia rubia...

No nos den hombres virtuosos que para nada sirven, sino es para triunfar de sí. Dadnos locos afiebrados, atormentados geniales que "consigo mismos", con su "bestia" llevada del ronzal, entre retronar de tempestades y linternazos de relámpagos, rompan y labren tierra, depositen semillas, tracen y fe-

cunden surcos. Ellos no gozarán del buen sueño ni tendrán una dulce y tranquila muerte, como la del justo; pero son el "sentido de la vida".

No son cátedras de virtud que aquí hacen falta. Cátedras de energía son las que es preciso crear!

Nuestra fuerza

Si yo detengo la lágrima en el ojo, la flor de la sonrisa en la punta de los labios y la tuerzo en mueca de insensibilidad, ya soy fuerte, ya soy grande, ya puedo pasear la metálica coraza de un pecho de bronce; ya soy hombre, según el concepto de la virilidad que de sí mismos priva en los hombres... Del puño, ninguna idealización mejor, tan patente, como la maza; de la fuerza, ninguna expresión tan reconocida como la insensibilidad, lo mismo ante la alegría que ante el dolor. El fuerte es el inconmovible. Es una peña pelada que sobresale en el mar; que no ha de adornarse como las tierras blandas, cargadas de gérmenes, con ninguna florecilla; que ha de presentar siempre una superficie limpia y bruñida, que mira indiferente cómo cala el mar sus espumas y rompe, bramando, sus olas furiosas... Quede para las arcillas inferiores la deshonra de aparecer engalanándose al sol con los mil brotes y tiernos retoños de las raíces que llenan su seno; quede para ellas filtrar en la carne roja, sangrienta, de los frutos, la energía oculta acumulada en sus terrones: el fuerte sólo es fuerte; no es viña ni huerto de la vida, es peña plantada en el mar! Con que sus rasgos sean vaciados, en vez de arcilla, en peña, le basta: no debe reir, no debe llorar, no debe enguirnaldarse con ningún gajo florido, porque las peñas no ríen, ni lloran ni se exornan de vegetación; debe, sí, ser de mármol y de bronce, y siendo de mármol y de bronce, conservar la arista pura: a esto se concreta la misión de su existencia de peña. Es una peña, un hombre apeñascado... Lo de los peñascales únicamente le conviene... Y sabido es que sobre los peñascos no destaca su corola ninguna flor... Si yo detengo la lágrima en el ojo, la flor de la sonrisa en la punta de los labios; si donde los otros ríen yo no río, si donde los otros aman yo no amo, ya soy fuerte, ya soy grande, ya puedo pasear orgulloso la metálica coraza de un pecho de bronce; ya soy hombre entre los hombres...

¿Fuerte así, apeñascado? ¿Y qué vale la dura línea acusada, el frío cuño resaltante, si es peña nada más, si no se es viña y huerto de la vida?... Prefiero ser tierra blanda, arcilla removida que en cada poro tiene encajada una raíz, y por cada

poro suda energía oculta y acumulada. Esta es la verdadera y viva fuerza, y no la de las peñas...

Lo confieso sinceramente: soy tierra blanda; mil raíces hebrosas, y otras que no lo son, tengo metidas en los poros. Y yo crío todas las flores. No crío más porque no puedo más... Así soy fuerte y afirmativamente anarquista, y, con la gran alegría de no ser estéril peñascal, soy huerto florido... Mi fuerza es mi sonrisa, la lágrima que no detengo, mi radiosa sensibilidad, amar con fuerza mi ideal, derramar a torrentes la energía oculta que en mí existe acumulada... ¡Mi fuerza es la de la tierra, no la de las peñas! La misma lágrima tiene en mí una raíz viril y engendra la rebeldía. En el dolor de un anarquista no hay apocamiento: hay revolución. Revolución hay, queridos compañeros, en esta lágrima de plomo que me arranca la guerra, ese destino tan fatal aceptado por los hombres de los hombres: revolución, revolución social!... Hay que hacerla, hay que hacerla! De esta obra de fuerza quedarán excluídos, como de todo, los peñascos... La haremos los hombres de arcilla. ¡Cuánta fuerza vamos a necesitar, vamos a tener, nosotros, y vosotras, suaves y delicadas compañeras! ¡Cuánta fuerza más que las peñas, los peñascos!

Mina de lápiz

Hay que ser por sí, lo de sí, y sin importarle nada de lo que digan los otros. La honestidad es consigo mismo.

Corregirse, en lo que otros llaman un defecto, pero que es consecuencia de arrastrar bloques que se quiere cargados de minerales, trabajo de changador en vez de ligera elegancia del hombre ocioso; ¡no!, no hay que corregirse... El que carga pesos tendrá el andar pesado; éste necesita ir clavando sus grampas a la tierra. No tendrá el revuelo ágil de las mariposas. Por lo demás: ¿quién piensa en mariposas viendo a un hombre cargado?

Los trabajadores se abominan entre los ociosos; los hombres cargados son un horror en los elegantes salones. Pero son bien estimados donde se deposita o se deja la carga. Allí, cuanto más peso mejor.

Insistir en los defectos hasta convertirlos en grandes, en inmensas cualidades. ¡Esto sí que será el coronamiento del defecto, de la cualidad!

No saber ser como todo el mundo: ¡pero si es una delicia! Somos como nosotros mismos, y somos la enfrentación al ser como todo el mundo... ¡Es un orgullo!

Una vieja manera de encarar las cosas — desde afuera — ha perpetuado un criterio también viejo y mohoso: todo viene fatalmente o, como diría un hijo del Islam, todo "está escrito"...

Todo viene fatalmente. Justo. También la juventud animosa y jovial que ha de cantar la muerte del espíritu de aburrimiento. "Todo está escrito". Pues si todo está escrito, escrito está también que el sentido del hombre es agregar su grano de arena a los acontecimientos y, mejor aún, si los incuba y los alumbra él mismo.

El sentido del hombre, nuestro sentido.—Es el propio. El sentido de los acontecimientos... ¡Los acontecimientos no deben tener sentido contra nosotros!

El valor de la inmortalidad no debe concederse sino a la obra inmortal. El artista que la produce, como la caña de maíz madura la espiga, debe desaparecer. Es la espiga que ha de perpetuarse...

Esto da fuerza y confianza para la obra.

El anarquista

Todo prueba tu luz, tu poder, tu fuerza. Como las flores o el fruto en las plantas, o la sombra que tienden con sus ramas sobre la tierra... Haces, levantas, juntas o concilias voluntades para las sagradas batallas de tu ideal. ¿Quién negará tu fuerza? Ese mitin, esa asamblea es tuya; es tu obra. Tuyo es ese compañero y aquel simpatizante; les vertiste el ideal que hoy brilla y relampaguea en sus ojos, tú les labraste o despertaste su conciencia. Tuya es esta huelga, esta rebelión de los esclavos ya; las ideas que flotan o se extienden sobre esta multitud, son tus ideas. ¡Caramba! Ella se porta o procede ya como tú deseas... Y, aún sin ti, o contra ti mismo si te volvieras atrás, ella seguirá portándose o procediendo así. Has dado cuerda a una máquina que no parará ya; has hecho ondear o levantarse ideas que ya no desaparecerán, que querrán hacerse reales de todas maneras. Tuya es esta pila de folletos, esta cantidad de libros y periódicos, este pan del espíritu sobre el que se lanzan hambrientos tantos viejos y jóvenes. Tú les infiltraste el afán de saber. Por ti supieron que había otra luz que la del alcohol en las tabernas, y otro destino que el de ser borrachos o esclavos. Dejaron de beber, su sér se mejoró, y quisieron ser libres y ser dignos. Ya marchan con otro són en sus vidas; nobles preocupaciones son las que ocupan sus cerebros: otro soplo parece que les anima, y que les alimenta otra savia. ¡Son los ideales, los ideales anarquistas!

¿Que eres excesivo? Sí, muy excesivo... Tus ideas, como tus palabras, son excesivas. A veces parece que habla en ti un energúmeno o un poseído. Te sofoca la maldad y te ahoga la injusticia. Eres un oprimido; tu paso debe ser demasiado grande, ante la opresión no sólo consentida, sino legislada, y de acuerdo con toda la tradición que afirma a los opresores. Siempre parece un loco, que pide también una locura, el que no pide las cosas consentidas, sino reclama el absoluto de su libertad y humana consideración. Ese es un excesivo; suficiente para que el hombre limitado, que se mueve dentro de la tradición como pez en su agua, no disimule su sonrisa y se crea mejor organizado...

Sí, como un poseído de tus ideas excesivas, afirmando el absoluto del completo derecho y la completa justicia para todos, no reconociendo tradición de opresión consentida ninguna, tú eres más útil al porvenir que todos esos cerebros bien organizados para moverse correctamente y sin relieve entre las cosas consentidas, que buscan su propio derecho en el articulado de la ley, como pájaros encerrados que buscaran su espacio entre los hierros de su jaula...

Dirección

Se suelta al viento un papelito, y se queda flotando en él un momento, como vacilando entre dos soplos, hasta que, bajando de plano en plano, va a caer donde una bocanada de viento lo lleva. Igualmente se suelta en el agua un corcho y después de dar una vuelta sobre sí mismo, tomado por un nudo de la corriente, marcha ligero por donde el camino del agua lo lleva... Así, hoy una hoja seca, mañana un corcho, un pedazo de madera o de caña, los que se lanzan sin voluntad y sin propósito, "a vivir" según se dice, siguen la dirección que el viento o el agua llevan, o dan vuelta sobre sí mismos, tomados en el embudo de dos corrientes encontradas...

Es lo inorgánico que es arrastrado así, o lo que, habiendo formado parte de un organismo, ha sido separado de él por desprendimiento o por la muerte.

Muy diferente es lo que vemos ejecutar, en los altos planos de la atmósfera, a la paloma que cruza como un pañuelo esquinado, sobre cuyos bordes se afirma, para tener un apoyo en el aire que debajo de ella corre hacia atrás; o la mariposa, de alas menos gruesas que el papel, que cruza en planos más abajo. Estas tienen propósito, voluntad, dirección; vencen las corrientes de la atmósfera; las hienden, las cortan y las atraviesan; su vuelo "dirigido" es un triunfo de la vida... No dan vuelta sobre sí mismas, sino por caso de muerte o de accidente; y ya avancen veloces o se mantengan a la capa contra un fuerte viento contrario que no les permita avanzar, conservan la posición de sus alas para el vuelo, y del timón para la dirección...

Así debe ser el hombre; debe lanzarse a vivir, como la paloma o la mariposa en pleno océano de la atmósfera, pero con su voluntad y su propósito. Debe tener su dirección, y ha de saber mantenerse en ella, contra la violencia de los mismos huracanes. No ha de lanzarse como un corcho al agua, que ésta por medio de una vuelta sobre sí mismo, lo ponga acostado en su lomo para arrastrarlo donde tiene su depósito de pedazos de caña o de madera; de todo lo que, como el propio insecto de débiles patitas que lucha sin embargo todo lo que

puede, es al fin arrastrado a la muerte, por la fuerza superior de las corrientes.

El breve momento que caminamos con voluntad y propósito es aquel en que realmente sabemos vivir. Ir, de un vuelo, de una isla a un continente, cruzar un río en la parte donde queremos; todo esto es obra de la vida. Sólo la vida puede proponérselo y realizarlo.

Aviso a todos: teniendo un poco de vida, nos hemos propuesto atravesar ríos, continentes sociales que son inmensos, alcanzar a una ribera que ambicionamos. Vamos pujando, pujando...

La Sociedad del Ladrón

La Sociedad del Ladrón

Aquel que arrebató la tierra la trasmitió a sus descendientes; aquel que arrebató el poder lo legó a los suyos en herencia. Así, nada fué devuelto; todo sirvió para fundar la propiedad y la autoridad, nacidas una del robo y la otra de la violencia.

Aquel que aumentó sus trojes con las espigas que quitaba, con el saco o con el botín que hacía, muy luego aumentó la diferencia con los saqueados, elevando sus trojes hasta el cielo, mientras quedaban peladas, al ras, las de éstos.

Pero no siempre había espigas que quitar, un saco o un botín que hacer — los hombres producían muy poco y por medios atrasados; — entonces fué necesario que el que había reunido ya un capital por medio del robo, se cuidara él mismo de la producción; se convirtiera en empresario y director de los trabajos. Antes se limitaba a robar lo que los labradores tenían ya en el granero; después se dió cuenta que éstos no producían lo bastante, es decir todo lo posible, y que con su dejadez o falta de arte para producir, le hacían sufrir pérdida a él como ladrón... ¿Cómo puede ser esto? Hace sufrir pérdida al ladrón aquel que no tiene o descuida de tener todo lo que podría para robarle. Entonces, en lugar de saltar a las eras para apoderarse de las espigas — cosa en la cual podían adelantársele otros u ocultarle el labrador, — pensó en tomar a los labradores a su servicio, en someterles como siervos, y en hacerles trabajar para él, bajo su férula de amo y de ladrón. El se cuidaría de acelerarlos y de hacerles emplear medios adelantados, como de romper su dejadez o falta de pasión para producir. Y así fué ya todo para él y lo tuvo directamente en sus trojes, sin necesidad de robarlo. Los que quieran darse cuenta de la diferencia, comparen al ladrón que roba un jarro de leche, con el que roba la vaca, para hacer de ella y de sus hijas

sus lecheras hasta la consumación de la raza. El ladrón, pues, tomó la dirección de la sociedad, cosa que dura aún hoy, en que seguimos manejados y trabajando bajo la férula y la avidez de él.

Esto, como es natural, dió un gran resultado, el más maravilloso resultado. No había límites al botín que podía conseguirse en esa forma, haciendo trabajar a los hombres uno mismo. No había comparación con el modo antiguo de asaltar la cabaña en época de recolección, para dejar después a los campesinos disponer a su antojo la nueva cosecha.

Es cosa sabida que todo pertenece al ladrón, y que éste está lejos de permitir ser robado. A aquellos hombres se les arrebató siempre el producto de su trabajo, pero después el ladrón miró todo lo que podían dar, y se propuso sacárselo, pues esto le pertenecía también. Desde el momento que el ladrón tomó la dirección, la sociedad debía ser tal cual es hoy, que se ha modificado mucho, pues no se ha cesado en tratar de resistir o debilitar la férula del ladrón. Así, nada de lo que fué tomado una vez ha sido devuelto, sino que pasó a constituir la propiedad del ladrón; y así vemos también que ha triunfado la apropiación exclusiva, de tal manera que no queda palmo de tierra, ni fruta salvaje en el bosque, ni pez en el río, que no haya sido objeto de ella, por lo menos en principio, aún cuando en muchos casos no haya pasado a tomar una posesión inmediata el propietario. Pero éste existe — o existirá de todas maneras, — y con él habrán de chocar los miembros de la familia humana que se encuentren, desgraciadamente, en su camino. ¿Quién es éste? Es otro ladrón también, otro que ha hecho su saco sin más mira que legarlo a sus descendientes, y que gruñe, jura, se pone hecho una fiera si sabe que otro lo posee, aún cuando le sea inútil o él o los suyos no lo necesiten. Aún no puede impedir éste que por arriba de su cerco pase un aire tonificado por sus plantas o sus flores que va a henchir liberalmente los pulmones de las gentes; pero si pudiera lo impediría. Lo encerraría dentro de sus muros y pondría una canilla, cuidando que ésta no perdiera, para venderlo a los asmáticos por volúmenes o para enviarlo al mercado por balones o medios balones. Y aún

si el negocio fuera más grande que lo que permitiera la producción, ya sabemos que este ladrón tomaría aire infecto y lo mezclaría...

Decid: ¿no está claro que la dirección la tomaron los ladrones, y que poco menos que intacta todavía la conservan? Basta dirigir una mirada a la superficie de la sociedad. En ésta no vemos sino hombres trabajando bajo la férula de ladrones insaciables, que hacen alegremente su saco mientras les dura la inteligencia o la vida. Basta para comprender que estamos en la sociedad del ladrón, que éste sea celebrado entre todos como hombre altruísta y generoso, sin querer ver que el botín significa precisamente otra cosa...

La crueldad del Tigre

Confucio se paseaba un día en la montaña. Encontró a una joven que lloraba. Confucio le preguntó la causa de su pena, y ella respondió: "Es que el tigre ha devorado a mis hijos, mi marido, toda mi familia". Confucio le dijo entonces: "¿Por qué os quedáis aquí? Descended a la llanura; en ella no tendréis que temer al tigre".

—"Quizá sea verdad lo que decís — replicó la mujer, — pero en la llanura tendré que pagar los impuestos y sufrir las vejaciones del gobierno. Y puesto a elegir, prefiero quedarme en la montaña".

"Los pesados impuestos y las malas leyes son más crueles que el tigre", — escribió luego Confucio.

Pero, ¿cuáles pueden ser las leyes buenas y los impuestos livianos, que carezcan de esta crueldad del tigre? Sigamos a la mujer. En la montaña la acecha el tigre, que ha devorado ya a su marido, sus hijos, toda su familia. No queriendo seguir la misma suerte, se decide a bajar al llano, donde están los campos, la fábrica, la ciudad, de los cuales ha sido corrido el tigre o ha sido exterminado. Pero he ahí, pobre mujer, que llega a éstos, extenuada y sola, miserable y desgraciada. Y he ahí que a la llegada sabe que si quiere trabajar y no morirse de hambre debe hacerlo bajo uno de los numerosos patrones, en un campo, una fábrica, un molino, una cuadrilla de trabajadores de éstos, — donde le sea posible, o mejor dicho, donde sea admitida y no se le ordene seguir adelante.

La desgracia despierta la avidez. La devastación del tigre allá arriba, ha arrojado esta presa a los patrones en el llano. Las condiciones serán más leoninas, a medida que la pobre mujer, viniendo de más lejos y habiendo soportado mayores penalidades, huyendo de su desgracia, esté más necesitada de todas las cosas: techo, vestido y alimento urgente. Por consiguiente, para no ordenarle seguir adelante, para permitirle trabajar y obtener un alojamiento, un vestido y un mendrugo, el patrón le llevará un pesado impuesto, que será diario y que ella pagará en trabajo, o mejor dicho

en sobretrabajo forzado y brutal, pues deberá hacerlo después que está ya agotada y cansada. Para recibir, por ejemplo, cuatro, y siendo sus fuerzas normales para seis, deberá hacer ocho o diez o más aún... Para satisfacer todos los días este pesado impuesto, se matará trabajando — como es el caso de todos los trabajadores, — sin salir jamás de los harapos y del mendrugo, y sin libertarse tampoco de este yugo: condición de forzados, que es la que tienen los trabajadores en el llano...

Frente a este impuesto diario, en trabajo y en privación personal, recabado, no por el Agente Fiscal, sino por los patrones mismos antes de admitir ningún obrero al trabajo: ¿a qué país podrá descender la mujer de la montaña, en el cual los impuestos y las leyes no tengan la crueldad del tigre? Vamos a ver, camaradas: comunicadnos en qué país las leyes son buenas, livianas las cargas y no existen las vejaciones del gobierno. Un país que sea preferible a la devastación del tigre, que haga descender a la joven de la montaña...

Los fines del progreso

A veces pensamos que no iban tan descaminados los que defendían la vida gaucha, los que se oponían a la europeización del país, los que no querían ver los ríos violados por el buque a vapor ni la pampa por el ferrocarril. No era solamente como para enrostrarles el dictado de bárbaros. Comprendían por instinto que todo esto iba contra ellos, y buscaban de conjurar — de detener por lo menos, pues no podían hacer otra cosa, — un efecto cierto...

La sociedad patriarcal aspiraba a vivir de su propia substancia. Odiaba con la misma reacción todo cuanto fuera contra ella. Defendía las condiciones de la vida americana, contra estos dos términos, ambos extremados, del capitalismo contemporáneo: "progreso y miseria". No otra cosa significaba su envoltura en el retobo gaucho.

De hecho, el pueblo era más feliz en la sociedad patriarcal, como lo es hoy el día anterior de todo progreso de las máquinas. Si no se conocía el actual progreso, era desconocida la actual miseria. Hasta que no se impuso el capitalismo, en su forma organizada para sacar partido de las riquezas, no empezó la verdadera proletarización europea del gaucho, en la cual más que nadie ha tenido este que sufrir. Con su caballo y la vida montaraz siempre abierta, el gaucho era un señor en comparación del proletario europeo, atado por su miseria y la falta de medios para libertarse. Pero pronto perdió caballo y señorío, y quedó reducido a una situación aún peor que éste. Contra esto luchó mucho tiempo, pero en balde, el "gaucho malo", y se aisló el tirano Francia, tratando de defender de esta evolución al Paraguay. Si esto fuera posible hacerlo, sin quedar para siempre rezagados, por motivo de la solidaridad que une a la vida universal, habría que reconocer, contra la protesta de los hombres progresivos, que retardó la proletarización del Paraguay y retuvo por algunos años la felicidad patriarcal de que disfrutaba este pueblo, aunque los males propios de una tiranía sombría fueron más terribles y atroces que todo.

Lo que queremos señalar es que los hombres progresivos, que con justicia sobresalen, han ido e irán siempre solamente a una agravación del problema, representado por la miseria creciente del pueblo, y cada vez más la baja proletarización de los desheredados o desposeídos. No hay motivos para felicitarse de ningún progreso capitalista, si nos atenemos a los problemas sociales, porque ellos conducen solamente al pueblo a una más descarnada y negra miseria. Pero esto, que hace comprender la idea de los que se oponen, defendiendo una situación menos mala, menos aguda que bajo estos progresos, no les dá tampoco la razón porque estamos en presencia de una corriente que no puede detenerse y que dónde nos conducirá no se sabe. Es decir, sí se sabe, pero esto no lo piensan los que ceden a la presión de la fuerza progresiva, entre la burguesía que sólo ve delante de sí su progreso o desarrollo: nos lleva a una revolución social que nivele estos progresos en un real beneficio y felicidad para todos...

El progreso irrita el problema de la miseria, que no puede quedar precisamente estacionario. Y como el progreso es continuo y lleva la tendencia de ser cada vez más sus pasos gigantescos, los grupos proletarios tienen delante de sí una más baja y terrible proletarización que irá en aumento, ya no cada época, sino cada día, cada semana. Les aguardan miserias desconocidas, choques de dientes como en el Evangelio, en medio de los bronces brillantes de las máquinas o la sociedad toda electrificada. La situación actual, por mala que sea, es más feliz que la que vendrá luego, en que millones de proletarios no podrán ganar de ninguna manera su pan.

Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo salvarse de esto? Nadie se pregunta, ni tiene tiempo de preguntarse, dónde va el progreso, sino que echa a la hoguera su haz. Es una carrera que no puede ser detenida, y que nos lleva cada día a más graves e insolubles problemas. No hay estabilidad para nadie, sino que todos los grupos proletarios tendrán que echarse a marchar, como hojas que lleva el viento, a remolinear como enjambres que no tienen dónde posarse. Habrá que gritar "¡hambre!" a la faz de las casas y los campos, encontrarse con otros grupos que marcharán con el mismo grito, y re-

unirse como todas las aguas de un río, creciendo y desbordando. Pero esto no puede llegar; antes de que esto llegue se habrán ocupado las tierras, las casas, las máquinas; se habrá ocupado el progreso, para el bien y no para la miseria y el dolor de la humanidad. He ahí una cosa realmente digna de él a que nos habrá conducido el progreso. Infinidad de agentes inconscientes habrán trabajado para él, creyendo hacer todo lo contrario. Nosotros habremos luchado y habremos sufrido. Nadie más que nosotros, desde todo punto y en todo momento, habremos conducido al pueblo a reivindicar los fines del progreso.

El regimen capitalista

Para que el régimen capitalista pudiera ir bien sería necesario que en alguna parte existiera una fuente de explotación sin fondo, de la cual pudiera sacar el capitalismo siempre su substancia. El régimen capitalista sólo puede vivir de la substancia de otros. Por ejemplo, si la tierra pudiera explotar a otro planeta y éste fuera inagotable, suministrando proporción a todos los capitalismos sin necesidad de quebrantarse unos a otros, entonces podría marchar bien el régimen capitalista. Pero, como la fuente de explotación que ha de suministrar su substancia al capital son los mismos hombres, he ahí que tiene que llegar inevitablemente a la bancarrota el régimen capitalista. Este es un régimen que sin explotados muere, no tiene razón de ser, sucumbe y hará sucumbir a los trabajadores, aun en medio de la mayor riqueza o producción. Es jugo de otros hombres lo que necesita. Mientras han existido pueblos nuevos, mercados que se podrían ganar a golpes de cañón y realizar con ellos una productiva expoliación, el régimen capitalista ha marchado bien, sin detenciones y sin crisis. El jugo de estos pueblos le alimentaba. Pero cuando todo ha sido reconocido ya, y no quedan pueblos nuevos a los cuales sacarles la piel para llevársela, ha comenzado la decadencia para el capitalismo. Cada nación capitalista es como una vasta sociedad comercial, cuyo jugo debe buscarlo afuera. Si desaparece éste, si no puede aportar la substancia de otros hombres, no puede sostenerse ninguna sociedad comercial por llenos que estén sus almacenes. Y en estas condiciones no puede ser útil siquiera a sus trabajadores, los cuales son expulsados, mientras la sociedad va a la quiebra, y así existen simultáneamente la bancarrota y la desocupación. El motor, el impulso que pone en movimiento al capitalismo, es la explotación; no ya la explotación de los obreros solamente, sino la del comprador, del consumidor. Si no hay consumidores, todo pára, se detiene de golpe; es el jugo de éstos el que pone en movimiento la máquina capitalista. Si el capitalismo debiera girar entre sus solos hombres o dependientes — es decir, si no aportara del exterior el jugo ajeno del cual se nutre especialmente, — resulta

que trabajaría para nosotros, y esto no puede hacerlo, pues sin explotación exterior le es inútil nuestro trabajo, y si no trabajamos no podemos ser consumidores. Readquiriría en muy pequeño tiempo el resto del jugo que nos había dejado a nosotros, y después tendría que cerrar sus puertas. El capitalismo es un instrumento para el pillaje de los mercados; no es algo que pueda trabajar simplemente para satisfacer las necesidades de una nación. Con todos los medios de satisfacerlas, clava sus puertas, repudia el trabajo, y centenares de millares de desocupados perecen, porque no pueden ser trabajadores ni consumidores. Bien es verdad que el capitalismo está en la obligación de hacerlo; que ésta es una crisis del capitalismo; la consecuencia de un instrumento que tiene por fin solamente el pillaje...

Y así se llega a esta contradicción: de que la producción, la misma riqueza, no sean ganancia para nadie; y si, con mucha frecuencia, causa de crisis para el capitalismo, de desocupación, hambre y miseria para los proletarios. No se puede ser productores mientras el capitalismo no tenga pillajes. Y no pudiendo ser productores no se puede ser tampoco consumidores. Es una consecuencia absurda. Y el Estado mantiene cerradas las tiendas para que no se puedan abrir a los consumidores, y las tierras o las fábricas para que no se abran a los productores. ¡Ya se abrirán cuando el capital encuentre sus mercados que pillar! O mejor aún, nos llamarán para que vayamos a abrir esos mercados a golpe de cañón, o a arrebatárselos o expulsar a quienes los disfrutan...

El derroche

Ya decía Kropotkine que lo que caracteriza a esta sociedad es el derroche de la fuerza de los trabajadores. Si el hombre es barato y si rinde un beneficio por corto que sea, nadie se preocupa de reemplazar por una breve máquina un trabajo estúpido o embrutecedor.

Recientemente, al hablar de una colonia comunista, Han Ryner señalaba el hecho de que habían sido suprimidas las bestias de labor, no para ser reemplazadas por el tractor mecánico que no se necesitaba, sino por el trabajo de los colonos. Esto quiere decir que sobraban los hombres en la colonia y debían disputar el trabajo a las bestias y a la máquina. Sin eufemismos, realizaban el trabajo de éstas; echada una buena cuenta, con lo que exigía una bestia para su manutención podían vivir varios colonos; por lo tanto, éstos reemplazaban a la bestia, porque eran menos caros o exigentes que ella... Pero esto es simplemente un derroche de la fuerza humana. Lo que podía fácilmente realizar un tractor es realizado por muchos hombres y tal vez con mucha fatiga. Pueden estar éstos contentos — como en el caso de esta colonia lo estaban; — pero no por ello vemos menos a un grupo de hombres aplicados a un ínfimo trabajo.

Si sobra la fuerza humana, ésta se aplica. Es lo que vemos en las prisiones, en todas partes donde está reunida la fuerza humana con mucho exceso. No hace mucho tiempo, al pasar por el tren, hemos visto cómo salía al trabajo una colonia penal de menores. Una larga fila de jóvenes uniformados, cada uno con una azada, que iban a romper un pedazo de tierra que en una hora podía dar vuelta un hombre con un arado. Esto sería para la dirección del establecimiento, que en efecto había puesto guardianes o vigilantes, "hacerlos trabajar". Pero era tan doloroso el derroche de la fuerza humana, que se comprendía que este trabajo debía ser solamente odioso para los jóvenes. Muy poco era esto una aplicación de la fuerza humana, sino el derroche de una enorme cantidad de ella, en lo que un tractor, con un poco de esencia, podía realizar en unas cuantas vueltas. ¡Sin embargo, con cuanta

más seriedad que un hombre que dirige un arado, se tenían estos guardianes con su regimiento de forzados azadoneros! Según ellos, en esta forma, les estarían enseñando a trabajar; según nosotros les estaban enseñando a hacer odioso y estúpido el trabajo.

Preside en esto únicamente la baratura del esfuerzo humano. Si el hombre es más barato que la bestia, se le hace realizar el trabajo de ésta. Nadie se cuida de no derrochar el esfuerzo humano, si tiene este esfuerzo a su servicio. ¿Le importa algo al burgués hacer realizar a un operario el trabajo de una bestia? Le importa solamente que le deje algo. Y como al trabajador le importa ser útil siquiera en el trabajo que podía quitarle la bestia, de ahí que lo realice y aún esté dispuesto a competir. Es simplemente terrible la condición del trabajador: todo puede quitarle el pan y la vida. Y para conservarlo un breve tiempo, debe derrochar sin tasa la fuerza y la vida.

¡Soltad a Barr-Abás!

De Cristo aquí — e igual ha sido siempre, — los enemigos de la patria han sido los amigos de la humanidad. Cristo, condenado por los mismos judíos, como mal patriota, que violaba la ley de sus sacerdotes y echaba a los mercaderes del templo, que permanecían en él autorizadamente, con su licencia o su patente, como cualquiera de nuestros negociantes, fué llevado por ellos también ante el gobernador romano. Este les dió a elegir entre él y Barr-Abás — un temible criminal, cuyos hechos tenían horrorizado al pueblo esos días, — diciendo que deseaba indultar a uno de ellos; y los patriotas no vacilaron: eligieron a Barr-Abás! Sin embargo, iluminado o como fuera, Cristo era un amigo de la humanidad; y además — nadie le había reprochado lo contrario, — era un hombre bueno... Pero, para el odio de los patriotas, era más criminal que Barr-Abás.

Desde entonces hemos visto perseguidos con más crueldad que a los criminales, a los amigos de la humanidad. El odio patriótico que se levantó contra Cristo, es el que se levantó contra Jhon Brown, que quería libertar a los esclavos, y es el que se levanta contra los anarquistas, y todos los que de cualquier manera anhelan sobrepasar las condiciones actuales, y llegar a una transformación armoniosa de la sociedad. La bestia negra del patriotismo, la del leso crimen, aquella cuyo grano es todo odioso y ha de demolerse hasta lo último, como un aborto del infierno, es siempre Cristo por sus ideas, y no Barr-Abás por sus crímenes... "Soltad a Barr-Abás y asegurad al Cristo". Y es lógico, pues para el escriba y el fariseo, para el que dá su óbolo sonando para llamar la atención, y por detrás empobrece al huérfano y a la viuda; para el canalla tapujado que cosecha en la calamidad del obrero o el labrador, fingiendo que le ayuda, mientras en realidad corre a ganchearle con la garra de la usura, más criminal es Cristo que los combate, que Barr-Abás, asesino y ladrón.

Es así también que oímos hablar de los anarquistas, con más odio y más saña que de todos los criminales. En aquellas

partes, como en Francia y en Italia actualmente, donde están en danza aún los comunistas parlamentarios, pues el odio patriótico no puede soportar siquiera a esto, se les dice "extremistas" y se habla de ellos en la misma forma. Martínez Anido decía: "sindicalistas". Y era una razón. Mussolini dice: "extremistas". Y es también una razón. Y expuesto esto, ya está autorizado todo con esos sindicalistas o esos extremistas, aún para la grave prensa de la República Argentina; y el mismo régimen mantenido para los criminales, puede ser para éllos suspendido o suprimido!...

Por otra parte las razones que se dan para odiar al anarquismo o el extremismo, no superan a las que hace dos mil años dieran los juzgadores de Cristo: los grandes sacerdotes Anás y Caifás. Ataque a la ley o a las ideas establecidas; mercaderes que ejercían legítimamente en el templo su comercio, molestados y sacados de allí a golpes o zurriagazos; amistad no con los grandes explotadores, con el escriba burocrático, sino con una humanidad sin clases y sin conflictos, no nacida todavía; pretensión de hacerse los amos del país o el Rey de los Judíos... Tras de todo se recuesta solamente la defensa de los intereses creados. Esto representa el patriotismo. Sed amigos del burgués y de la ley, que garante su bien o su explotación, y tendréis la base primaria del patriotismo. Soltad a Barr-Abás, que este que degüella o roba como puede, es el menos enemigo...

Parricidas

El animal que vive en la sociedad o es comensal del hombre no ignora que debe su vida, no solamente a los padres animales que le dieron el ser, sino a todos los individuos de la especie humana que le dan de comer o cuidan diariamente de él. A todos los conoce, y es seguro que los envuelve con su reconocimiento. Son sus amigos, completan su familia; de declarar de quién es hijo, se vería obligado a hacer una especificación demasiado larga de cuántos le han criado, a continuación de los dos padres que le crearon, es decir le llamaron a la vida.

Criar es el gesto complementario de crear. ¿Y quién cría a las jóvenes generaciones, a los aristócratas tan orgullosos de su nacimiento? Indudablemente, no solamente los padres, aunque tengan parte, sino los trabajadores. En general, no tenemos únicamente dos padres, aquellos que conocemos; sino somos los hijos adoptivos de infinitos y desconocidos padres, a los cuales, sin embargo, despreciamos o no tenemos idea alguna de ellos...

Una clave linda, justa, exacta, acaba de sernos dada por un niño de tres años, cuyo razonamiento no ha sido corrompido todavía por los padres. Preguntado: *¿De quién eres tú, quién te ha criado?*, haciendo un esfuerzo para recordar a todos los que espera o esperan en su casa para montar la olla o el puchero, respondió:

—De papá, de mamá, del carnicero, del lechero, del panadero...

Es decir de la sociedad, de los hombres del mundo entero...

Trabajar, producir, entregar el fruto como el árbol, es el gran gesto de bondad. Y este gesto lo hacen los trabajadores, padres verdaderos de la especie humana.

Y el trabajo universal alimenta más, o da largamente con más bondad, a todos los aristócratas, privilegiados burgueses, que se distinguen sin embargo por sus ideas antiobreras, nacionalistas, etc., que practican el odio activo contra los traba-

jadores del propio país, y el desprecio o el orgullo militante del patriotismo agresivo...

Todos estos, comensales devoradores e insaciables del trabajo universal — Carlés, Anchorena, etc., toda la plana, — inútil es que quieran hablar de sentimientos solidarios o sociales, ni con los hermanos del propio país, ni menos aún con los del extranjero; son solamente una cosa: *¡Parricidas!*, como el hombre que mata a su propia nodriza, la víbora que hiere el seno que la abriga o el animal que devora al que le da de comer.

Y, como en nombre de los sentimientos sociales el parricidio es reprobado, todos estos otros parricidas que responden a un gesto de bondad con otro de odio, de muerte o de destrucción, serán reprobados también. Así lo han sido ya los antiguos reyes, los nobles, etc. Para completar la lista de los réprobos, faltan todavía los burgueses. Después el reconocimiento, la simpatía unirán a las jóvenes generaciones con sus padres adoptivos en totalidad; al gran gesto de bondad que es trabajar, producir, construir una casa, una tela, un aeroplano y todas las cosas para el consumo universal, se responderá con un sentimiento análogo; y entonces, sí, la humanidad será realmente conservadora, pero conservadora de los sentimientos de sociabilidad, solidaridad, fraternidad, amistad, reconocimiento, simpatía, siendo reprobado el destructor, el ingrato, el desconocedor, el que tenga odio, el detractor, el asesino o el parricida.

Los conservadores, los que queremos el respeto de los más hondos y verdaderos sentimientos sociales, somos nosotros, aunque parezca paradojal la cosa. Esos otros son los criminales, los bandidos antisociales, los díscolos, dotados de sentimientos peligrosos y disolventes. Ante el ex rey Carlos de Hungría, como ante Carlés, Anchorena, todos los burgueses y magistrados, pregúntese cualquiera si no son antisociales, si no se inspiran en empresas contra la humanidad; si lo que quieren no es dominio, sometimiento, explotación, desnudar o esclavizar al prójimo en provecho propio, y si contra tales actos criminales no debe levantarse la real humanidad, no antisocial y revolucionaria, sino social y conservadora!

No podemos equivocarnos en lo que es social o no. Si demostramos que todos éstos se inspiran o viven en el parricidio, en el atraco, el asesinato, en los actos de desnudar o violentar al prójimo, con esto mismo demostramos que son antisociales como todos los criminales. Si se constituye una sociedad de criminales, será en ella social todo lo que no viole el objeto de los criminales. Esto es lo social y lo conservador entre esa gente. Este es el caso todavía de la sociedad actual.

Yeshúa

"Mi reino no es de este mundo" — decía Yeshuá, el rabí de Nazareth. Y decía también: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Estas palabras expresan el fondo del pensamiento político del cristianismo; las primeras expresan el desdén por los tronos de la tierra, pero no sólo por los tronos, sino por las luchas y agitaciones de los pueblos que a través de todas sus equivocaciones han buscado y buscan todavía de establecer el reinado de la justicia y la libertad sobre la tierra; las segundas, se traducen literalmente así: dad al tirano cuanto éste os exija y le pertenece legalmente por indiscutible derecho de usurpación o de conquista; respetad su voluntad, cumplid sus leyes; reservad únicamente vuestra alma a Dios.

Con este pensamiento desdeñoso de la realidad, que no hay que engañarse oculta con una frase superada sólo una inafirmación para las cosas de la tierra, la inafirmación que sentía el rabí; con esta justificación que hoy podemos llamar ignominiosa de los hechos cumplidos, sin analizar su valor moral ni dar pie tampoco a que otros lo analizaran, separando lo de Dios de lo que quedaba del César, luego de haberse éste pagado por su mano; y con esta fuga, que se nos presenta socorrida, al otro mundo, para establecer su reinado en él, cuando en éste quedaban imperando la opresión y la injusticia, y el justo hubiera debido pronunciar una palabra contra ellas, lo mismo que contra la exacción del César, el pobre Yeshuá se nos representa como el cruzado de una idea, sí, pero avergonzado y vergonzante asimismo, en su predicación y en sus enseñanzas, ante el poder escandaloso del César, cuyo brillo no se atrevió a mirar de frente ni tampoco a luchar contra él. De ahí, de esta debilidad de Yeshuá para dar una respuesta de pueblo, que el justo hubiera dado, nació la incapacidad total del cristianismo para la revolución y la libertad. Estaba predestinado a ser atado al carro del César. Y entre los pueblos reducidos a esqueleto por la voracidad del César, hacer su cosecha de almas para el cielo... No es un juntador, como el del maíz; es el que va a rebuscar las espigas que quedan en los rastrojos ya juntados. Primero el César...

¡Ah, Yeshuá, Yeshuá! Lo que se da al César no es del César; es lo nuestro que debíamos reivindicar y que él nos quita! No pudiendo ser justo del todo, te hicistes Hijo de Dios y trasladaste tu reinado al otro mundo. ¡Error! ¡Grave error! Debías haber empezado así: "hay que ser justo en este mundo y en el otro, primero aquí que allí, y César representa a la injusticia; rebelaos!"

¡Traición! ¡Traición!

Cuenta Paúl de Saint-Víctor que cuando Esquilo representó por primera vez "Los Persas", los atenienses se precipitaron fuera del espectáculo, y, golpeando sus escudos, recorrían las calles, gritando: ¡Patria! ¡Patria!... Era que el enorme poeta, creador de la tragedia, había sabido dar la impresión a aquellos atenienses que vivían sobre una gleba hormigueante de esclavos, cuya situación no se habían detenido a analizar jamás, de la libertad que significaba para ellos — dueños de la ciudad, de la riqueza y de los esclavos — la derrota de los persas en los campos de Maratón, Platea y Salamina...

Si a nosotros, pobres y abrumados escritores del pueblo, que no somos Esquilos ni aún poseemos el verbo patriótico que sería grato a los atenienses de hoy, nos fuera dado, en la forma de tragedia o en forma de otra representación objetiva cualquiera, dar la impresión de la burla hecha a los hombres, por aquellos que pasado el centenario se hicieron elegir diputados y después resultaron sentarse, como todos los otros, a la diestra del gobernante, admirarse de que en los estados existiera tanta libertad, afirmarse en su convicción de que ninguna mala ley se aplica, estampar por buenas palabras de gobernantes, desoir por malas palabras de los gobernados, cobrar pingües sueldos de la tiranía, hacer uso de sus inmunidades para abrirse más ancho campo entre ella, colaborar con todos los que tratan de educar en el fatalismo de la autoridad y en el excepticismo por la emancipación; — si a nosotros, abrumados escritores, que no somos Esquilos, nos fuera dado, en la forma de tragedia o en forma de otra representación objetiva cualquiera, dar la impresión de la burla hecha por aquellos que hoy son diputados — diputados socialistas, diputados radicales — y que se sientan a la diestra del gobernante, estamos seguros que la multitud que presenciara el espectáculo se precipitaría fuera del lugar de la representación, y no haciendo sonar los escudos, porque tal cosa ya no se usa, sino arrancando las piedras de la calle, recorrería

la ciudad en todas direcciones gritando: ¡Traición! ¡Traición!...

Y si fuéramos tan grandes poetas como Esquilo, el creador de la tragedia, y capaces de dar la sensación de la República y el inclemente ambiente social que han ido a defender al Parlamento estos diputados; y si fuéramos tan grandes poetas como Esquilo y capaces de dar la sensación de la extraordinaria volubilidad, del aristocrático y perezoso gesto con que estos personajes, desgranando una fina sonrisa, pequeña y venenosa como un áspid, manifiestan "que encuentran, sin embargo, plausible que en los estados no se prohiba la impresión y circulación de los "Fundamentos del Ideal Anarquista", que son síntesis de filosofía; y si fuéramos tan poderosos poetas como Esquilo que en boca de un coro pudiéramos poner todos los pensamientos agazapados y recónditos de estos Tartufos hipócritas que para convencer de su devoción ocupan los días en actos piadosos, en perseguir la trata de blancas o combatir la prostitución, estamos seguros que la multitud que asistiera a las representaciones se precipitaría igualmente a las calles, rodearía las manzanas, se juntaría en las plazas, y haciendo sonar su propia voz, como el escudo de los atenienses, no pararía de gritar: ¡Traición! ¡Traición!

Y si fuéramos tan enormes poetas como Esquilo, capaces de dar la impresión de la realidad de lo que hemos visto, contaríamos después el aniquilamiento de aquella multitud que se precipitó a la calle gritando: ¡Traición! ¡Traición! por una escuadra de soldados vestidos de gala, con guante blanco al cinto y maniobrando gallardamente sobre hermosos caballos, elegidos del pelo más unido y de la más alta talla; y contaríamos el regocijo de nuestros diputados asomados al balcón, pronunciando con displicencia y elegancia, los pómulos un poco coloreados por la nerviosidad, para los amigos que les rodeaban, y como si estuvieran en el Congreso: "Encontramos, sin embargo, plausible que en "los" estados haya manifestaciones"...

¡Si fuéramos como Esquilo, todos los pobres y abrumados escritores del pueblo!

El último piso

Es sin duda un motivo de orgullo burgués, de vanagloria capitalista, el "rascacielos" que acumula una multitud de pisos, millares de habitaciones, que sube unas sobre otras las filas de sus casamatas. No desconocemos la ciencia de los ingenieros ni la habilidad de los arquitectos; pero para construir un "rascacielos" es necesario que el o los capitalistas sean unos "rasca-cielos" también, en cuanto a la acumulación de las riquezas, a la reunión en sus manos de los elementos para edificar esta ciudad vertical. No insistiremos en el lugar común de la fea uniformidad de esta ciudad vertical, que aspira a reunir bajo unas solas manos, apilándolos a lo alto, los dados de las casitas diseminados sobre el terreno, entre los cuales pasa el aire y la luz. Todo esto es muy modesto o muy pequeño; el "rasca-cielos" es una concentración capitalista, como son todas las otras concentraciones. Por eso es verdaderamente un "rasca-cielos", y necesita de la ciencia de los ingenieros y la habilidad de los arquitectos...

Como en las montañas, cada piso es una zona. El último es la del polo. Los hombres más desgraciados, los que vegetan pálidamente entre nieves, están allí. Recientemente ha muerto en un último piso el sabio Roetgen, descubridor de los rayos X, que era un sabio puro y no quiso patentar su invento como un comerciante. Ha muerto en la estrechez y en la miseria. El cable no se preocupó jamás de decirnos que este benefactor desinteresado de la humanidad había subido a un último piso, porque "subir", aquí, es "bajar"; no es cosa que deba hacer vibrar los cables para comunicarlo al mundo... Sin embargo, el cable se ha apresurado a comunicar que en Milán iba a construirse un "rasca-cielos", y que Mussolini, que no es un Roetgen, sino un reitre con fortuna, tan hinchado de vanidad como un "nuevo rico", había telegrafiado diciendo petulantemente: "¡Yo alquilo el último piso!"

¡El último piso! Ah, sí; no es el de Roetgen, ni el de los desgraciados de baja que deben subir por necesidad a él, para saltar quizá de allí, como de los tugurios del arrabal, a la calle, al arroyo de los indomiciliados; es el de este hombre aullante, resoplante de poder, y que no sabe ya cómo ladrar... El de Roetgen, como el de todos los demás, cae discretamente en el silencio; no es ladrable. Sin embargo, mucho después que haya caído y se haya olvidado totalmente a Mussolini, substituído por otros más aullantes o más resoplantes que él, no sabiendo cómo ladrar con el éxito burgués o multitudinario, los descubrimientos del sabio todavía servirán o habrán servido de base a otros descubrimientos. Es, pues, una persona de mayor valor y perpetuación que Mussolini. Pero el modesto valor del sabio, como todas las que son para él ingratitudes y dificultades, al revés de Mussolini, para quienes son gratitudes tan extremas que pasan de la raya o facilidades tan extremas que pasan de la raya también, no es ladrable; esto es: no es ladrable. Por eso permanecen mudos los perros de la prensa, y ladran a coro en el otro caso, haciendo eco a los perros del cable que les pasan el ladrido...

"¡Yo alquilo el último piso!" Ladrable... En el acto es como si todos los perros se pusieran a ladrar en la noche. Ladrable, sí señores: ladrables son los ladridos...

En la tumba del soldado desconocido

No podemos decir que no hay progreso. El mundo se inclina a rendir homenaje, a hacer justicia al proletario. Ya no se puede dudar que nuestros amos están plagados de buenos sentimientos. Son unos bribones de alma culta...

No les es desconocido nuestro sacrificio, ni la injusticia que se comete con nosotros. Valoran nuestra perra vida, y sienten nuestro sentimiento mejor que nosotros, porque son muchísimo más sentimentales. Son tigres sensibles. Son una sensitiva, y podemos descansar tranquilos, sabiendo que si los pesares, las cargas son para nosotros, ellos sabrán hacernos justicia al fin y elevar un testimonio fehaciente de que nos comprendieron y nada ignoraron... He ahí el homenaje al soldado desconocido, el reconocimiento sin igual al heroísmo del pueblo. He ahí el canto al sufrimiento de las madres, la siempreviva del recuerdo en la tumba de los caídos, los cívicos funerales... He ahí distribuído sin tasa al proletario también lo suyo; puesto en el más alto lugar, rodeado de laureles y coronas... En la ceremonia funeraria, en la hora del recuento, nada es ignorado... Pero ¡ay!, que todo esto es juicio final, y sólo después de la muerte se alcanza. ¡Ay, ay, ay!, que mientras tanto la vida impone sus condiciones. Y está en alto, y debe sostenerse para que no caiga, la bribonada...

¡La bribonada! ¡El orden social! Todo el orden que está representado en la fiesta conmemorativa; el que deposita la lágrima, el laurel y la corona... El que, justamente, allá más lejos de la estatua, prende en las costillas de los mutilados y ex combatientes, que se revuelven con deseos de mejorar la vida, de hacerla más equitativa e igualitaria, las lanzas o las bayonetas gloriosas, como en el costado de los enemigos...

Pero esto es porque se duda o no quiere comprenderse que hay alma. "Demos de todos modos nuestra alma; la semilla que no se arroja no da fruto ninguno", — decía Carmen Sylva, la reina de Rumania. Y daba su alma. No dudamos que este es un patrimonio que no se escatima y va aumentando para nosotros hoy. ¿El alma? ¡Con todo corazón! El reconocimiento, con pagarés a la inmortalidad, es pleno y completo, y artística

y públicamente realizado. Ahí queda un testimonio del sentimiento, de la belleza de corazón con que se ha hecho justicia al soldado anónimo, al héroe desconocido, que perdurará por los siglos.

¿Podemos quejarnos?

Renán

El centenario de Renán va a ser celebrado por un discurso de Mauricio Barrés, y por un empavesamiento y algunos cañonazos del acorazado "Ernesto Renán", a los cuales es posible que se unan algunos cañonazos de los acorazados "Voltaire" y "Víctor Hugo" también. Todos estos nombres literarios, es decir sus memorias, han pasado de la pluma a la espada. Abre la boca de sus cañones el Ernesto Renán, y vomita, no libros, sino hierro. Pónense en línea el "Voltaire" y el "Víctor Hugo", y vomitan hierro también. ¿Literatura querían, empapelar solamente con libros, quedar en el terreno literario, abrirse en tomos hojeados por todos, sepultados en encuadernaciones más o menos durables, conservar su espíritu fresco, la goma de fruta que corre en su tinta?... ¡Ah, pícaros desertores del servicio militar! Tomados de una oreja han de ser puestos, como infractores, en la marina de guerra. ¡A ver el Ernesto Renán, fuego! ¡A ver el Voltaire y el Víctor Hugo, a rodear al Ernesto Renán y echarlo a pique, si se niega a hacer huego! ¿Libritos? ¿Quieren dar libritos? ¡Metralla!

Viejas plumas oxidadas que han quedado sobre el tintero, deben venir a ser bayonetas. Dulces memorias o recuerdos literarios, deben estallar en obuses o dirigirse en torpedos, aún contra quien pueda estar en ese momento hojeando el libro... ¡Renán, Voltaire, Víctor Hugo! Nombres de máquinas que pueden producir mucha muerte. Aumentarán su renombre cuanto más ofensivas sean, cuanto menos incontenible se muestren en su poder destructor. Renán: tu memoria es una bala de cañón. Todo tu nombre está cargado de dinamita. Eres un solo estampido. ¿Quién va a leerte con este ruido, acordarse de lo que tú eras, ahora que eres un asesino? ¿No has matado, no matarás a algún lector de Ernesto Renán? Y si no lo haces tú, ¿no lo harán el Víctor Hugo o el Voltaire? Tienes un lector en todas partes, casi en todo grupo de hombres. Sin embargo, tu nombre está para cañonearlos, bajo unos artilleros cualquiera, que quizá no te han leído ni pueden leerte tampoco!...

Choques

El choque es en todas partes. Los hombres estallan como granos en el fuego, echados a él por otros hombres... La repulsa es tan grande, ha llegado a ser tan aguda entre las dos voluntades — la voluntad de rebelión y la voluntad de represión, ésta más filosa que aquélla todavía, — que los choques son lo mismo que entre la piedra y el acero. Pero el hombre no es piedra ni acero, y obligado a ser piedra o acero, desprende al choque una luz de su cuerpo, pero perece o se consume con ellos. Esos chocadores son blandos y tiernos como nosotros; no lo son menos que la frágil flor o el verdadero grano que estalla en el fuego...

¡Ah, el rebelde, la rebelión, el que fija la mirada en un plano nuevo! De él es la culpa; toda la culpa de estos dichos y de estos hechos... Desde que apareció él, teniendo la osadía de objetar los yugos, quedaba engendrado el estado de violencia actual. El era el choque mismo, el grano que había que hacer estallar en el fuego, para que no engendrara en la tierra. ¿Vino para la paz? ¡No, para la guerra! Imaginad al león contrarrestado, y tendréis la imagen de la tiranía contrarrestada, del remolino de garras con que habrá tratado de responder ésta... Y el choque es, pues hemos venido para el vencimiento, para prender el nuevo grano en la tierra, y por lo tanto para chocar.

Mirad a esos hombres, compañeros. No son más fuertes que la frágil flor o el verdadero grano que estalla en el fuego; pero usan la piedra y el acero, y deben esforzarse en ser resistentes como la piedra y el acero. ¡ Y así son! Y así caen también; así estallan como granos en el fuego. ¿Por qué no ceden? Porque saben que es inútil ceder, porque de todas maneras la cesión no está en sus manos, porque puede haber uno o cien que salten la cerca, pero eso significa solamente que están del otro lado...

En esta hora, que es de fría crueldad y de criminales empresas, los choques son muy duros. Si ellos son lo mismo que entre la piedra y el acero, y nosotros somos como la flor, frágiles, o como el grano que estalla en el fuego, descontad lo que

debe superar la voluntad. Con ella principalmente se lucha, y he ahí lo que constituye, de un lado la piedra y del otro el acero, mientras no se extingue la vida humana. Pero ésta se extingue, y aún la voluntad admite que sea extinguida antes que ceder. No hay en esto más que un nuevo ejemplo de fortaleza. Así, el extinguido alcalde de Cork, que no necesitó más que pocos días para morir de hambre, golpea aún con su cadáver al fríamente cruel Lloyd George, que en esto solamente ejercitó su voluntad, y golpea asimismo a los irlandeses que han cedido. Para nadie es un enigma, por firmemente seguro que esté de la inconmovilidad de la autoridad norteamericana, que en lo que ejercita actualmente su voluntad el compañero Sacco hay una ventaja sobre lo que la ha ejercitado el juez Thayer; y que éste es choque de piedra y acero, no obstante ser Sacco un pobre diablo para los que reparten la opinión general, y ser tan grande y tan fuerte, no el juez Thayer, sino la magistratura y la justicia. Puede vencer y puede morir; pero si muere ha vencido lo mismo, porque su voluntad de protestar la injusticia ha sido grande...

Ahora han matado también al "Noy del Sucre", los pistoleros al servicio patronal en España. Es un hombre más que ha estallado como grano en el fuego. Pero sábese que el rebelde se ha propuesto triunfar después de él, y que por lo tanto su muerte, como su misma rectificación, nada significa. Sin esta condición, nunca hubiera reunido la fuerza para un primer choque. Aún se manifiesta vivo, pues, el sindicalismo, en la potente huelga general con que se ha respondido en España al asesinato de Seguí.

Mediatización de las familias reales

A pesar de que nunca ha habido tanto monarquismo como ahora, en la reacción que gana a casi todos los países, nunca han estado tan por el suelo, tan en baja, las familias reales. Todo lo que conservan, donde son reinantes, un valor aún al interior, al exterior no valen nada; pueden compararse a una moneda de la cual ha comenzado la bancarrota, y sigue la desvalorización... En efecto: desgranadas, esparcidas, con muy poco o ningún valor, se encuentran ex-familias reales por todas partes. Las coronas que poseyeron muchos monarcas, lejos de ser un capital sólido, como la fortuna de un Rockefeller, por ejemplo, fueron un artefacto huyente sobre sus sienes... No poseyeron siquiera la inamovilidad de los funcionarios.

Los que quedan, y subsisten endosando obedientemente una camiseta negra u otra prenda de sus políticos, cortada apenas a la medida, están siempre al borde de ser despedidos, de seguir el mismo camino que sus primos, yernos, suegros o cuñados de los otros países. Tal es la verdadera situación de las familias reales, a pesar del ruído, las exhibiciones hechas alrededor de ellas, en los países donde son aún reinantes, — y que fueron los ruídos, las exhibiciones que se hicieron también a los otros... Y esta bancarrota, esta desvalorización de las familias reales, se ha producido por encima de la voluntad de los monarcas y de todos los que a última hora se erigieron en defensores, en sostenes de la monarquía.

Es la obra de otros vientos, de otras convulsiones, que han pasado arrancando preferentemente las familias reales, aun cuando se tratara de revoluciones no muy antimonárquicas... Y debe ser un pesar, para los Salaverría por ejemplo y otros escritores que a último momento han dado su esfuerzo a la monarquía, que cuando un árbol de estos se descuaja cae con todos los pajaritos, como así también con todos sus nidos de serpientes o de ratones...

El hecho es que los herederos de tronos, con una posición en partes todavía vistosa pero en otras totalmente maltratada, ya no constituyen un partido — el único partido — para los príncipes o las princesas reales. Sabido es la dificultad que

siempre ha habido, como en todos los casos en que se procura la pureza de la sangre, para darles a estas princesas su preñador. Este debía ser un rey; pero como en cada país no existía más que un rey, una familia real, había que buscarlo necesariamente afuera... Hoy esto está en baja, se ha desvalorizado casi por completo, estando tan malparados los reyes afuera, habiendo tantos ex. Y en Inglaterra, en Italia, han comenzado las uniones mediatizadas, con lo que ganan el puesto de los reyes algunos tercerones que estaban en el cardúmen de los preñadores nacionales... Ya son de estos también — como las demás mujeres — las hijas de sus reyes. Pero es preciso ver que esto no sería posible si los reyes no estuvieran en baja. Estando en alto o en su valor, mediatizarse sería para ellos rebajarse...

Los cronistas al agua de rosas o que escriben con frase pippermint, para quienes no sería pippermint señalar la mediatización, la decadencia de las familias reales, han cantado, como era lógico, la reivindicación del amor, y han hecho el elogio del preñador escogido, mostrándolo como una cosa excepcional en el cardúmen... La pobrecita abuela de la princesa Yolanda, sin fijarse sin duda que ella era una muestra de reina, telegrafiaba a aquélla: "Podías ser reina pero has preferido el amor, etc." ¡Sí! Buena reina estaba la abuelita, reina de Montenegro, país que no existe actualmente en el mapa! ¡Como para hacer tocar con la mano el capital sólido que se abandona dejando de ser reina!...

Todo lo mejor está hoy en el cardúmen fascista. El mismo cardenal Vanutelli — carcamán decano — coloca a su sobrina con un preñador de este cardúmen. Y ya no es Jesucristo el Señor de la Iglesia, a quien eleva sus preces Vanutelli: es Mussolini.

La "nacionalización" de Tolstoy

¡Niego!

Si somos hombres libres, miremos que, más que nada, nuestras queridas cosas deben estar exentas de política. ¡Luchamos por exceptuarlas de la política! La consagración política, no es nada: ¡nosotros hemos visto que no es nada!... El amor, la familia, los hijos, son un lazo; su consagración política por todos nuestros gobiernos, y aun por el gobierno de los soviets, con todo que ha querido preverlo todo, no es más que una substracción a nosotros de lo que es nuestro, de lo que es natural y sencillo, para hacernos marchar por una cuerda artificial, que se traduce después en una dirección intolerable. El gobierno de los soviets, como todos nuestros gobiernos en el mismo caso, enseña a constituir una familia, a tener hijos legítimos o ilegítimos, a casarse o a divorciarse; amar, formar una familia, tener hijos naturalmente, disolverla cuando no podía conservarse más — a pesar de consagrar la ley su indisolubilidad, — todo esto lo hemos sabido y lo hemos ejecutado por nosotros mismos, sin consagración ninguna, y con mucha más inteligencia y mucho menos aparato — el aparato es lo que puede hacer detener a alguno, que se siente por tal cosa conquistado, — que bajo ninguna dirección. El hombre no es un imbécil, aunque infinidad de veces esté imposibilitado de reaccionar, precisamente por las cosas que existen consagradas oficialmente, cosas de aparato y a todas las cuales se le ha cantado una loa; más frecuente es que se demuestre imbécil el gobierno, el parlamento, cualquier clase de asamblea reunida para dictar leyes o elevar consagraciones por decreto.

Existió un tiempo el poeta de corte — en Inglaterra, creo — y era un puesto oficial — ¡un funcionario! ,— equivalente a profesor o maestro de poesía, con un sueldo y su título. ¡Cómo rendía la Inglaterra homenaje a la poesía!... No son pocos los gobiernos que han rendido homenaje a los hombres de ciencia — aquí a Ameghino, el ex kaiser a Haeckel: — ¡cómo aman los gobiernos a los hombres de ciencia! Aquí mismo exis-

tía — no sé si existe ya — una institución de premios oficiales para trabajos de historia, literatura, tal vez ciencia, etc., etc.: ¡cómo se desvive por la intelectualidad el gobierno argentino! ¿Qué más? Existen todas las clases de universidades; se ha homenajeado a Almafuerte, y pudiera ser que se homenajeara a Bakounine, o a Tolstoy, si llegaran hombres sin miedo de parecer anarquistas al poder; se han declarado monumento nacional varias casas, etc., etc. El gobierno de los soviets tiene, pues, todos los antecedentes para hacer monumento nacional de las casas y las tierras de Tolstoy, para "nacionalizar" ese pensador, cuya obra fué una constante crítica a esto, y para recibir una loa del doctor Zeno, que ve en ello "la admiración por los grandes, el tributo de gratitud y admiración que le rinden los soviets", con todo el conocido y viejo ritual del aparato...

"En lugar de mi estatua, plantad un árbol frutal", — decía Reclus, que tenía fundado temor de esta clase de consagraciones. Tolstoy no pertenece a los soviets; Tolstoy es nuestro; tiene todo su homenaje en lo que nosotros admiramos o hemos comprendido — ¡hasta en esto mismo! — su pensamiento. Esto es una substracción, como lo es la substracción de nuestro amor, del gentil sentimiento que une a un hombre con una mujer, para hacer de ello una familia legal, una familia por registro civil... Si en realidad queremos la cosa misma, y no el aparato gubernamental que la substituye, diremos: ¡exceptuemos de la política, exceptuemos de la política! ¡No, Tolstoy, un antipolítico tan sincero, no! ¡No, Tolstoy "nacionalizado", no! ¡No, no, no, cuando tenemos todo lo demás que rescatar también, e incluso nuestra vida misma: que rescatarlo de la política, y procurar vivirlo, tenerlo nuestro en la libertad. ¡No, no, no! Otra vez más ese gobierno de los soviets nos acusa de imbéciles que no amábamos a Tolstoy; y nosotros le hemos amado siempre, siempre... mucho...

Vamos por distinto camino. Nosotros hemos dicho: exceptuemos todo de la política; desertemos ésta, y que el hombre viva en libertad y sin gobierno. Los socialistas dijeron: incluyamos todo en la política, en el gobierno; que el gobierno tome y haga todo lo que podían desear los hombres: cuando todo haya tomado, y haya dado aun a los grandes hombres lo

que éstos merecen — como a los pequeños, — nadie tendrá de qué quejarse. ¡Y las quejas son cada vez mayores, porque, es natural, esos hombres lo han perdido todo, y también su libertad! Owen, que había dado todas las comodidades imaginables a los obreros de su fábrica, no puede dejar de gritar al final: "¡y, sin embargo, esos hombres eran mis esclavos!..." Este es el problema: nosotros luchamos por exceptuarlo todo de la política; la política lucha, en cambio, por agarrarlo, y no ve cosa en la que el hombre fije su atención con insistencia, que ella no lo tome para dársela en una forma que toda nuestra experiencia nos dice que es nula, ¡es nula!...

Refiere Reclús una leyenda de la antigua Persia, que es, sin duda, el primer recuerdo de una rebelión proletaria que figura en una leyenda. Un rey tenía dos serpientes a las que alimentaba con cerebros humanos. Diez y siete hijos varones de un herrero habían sido ya sacrificados, y el último, el hijo diez y ocho, estaba ya destinado también para servir de pasto a tan horribles monstruos. Entonces, el herrero, enarbolando en un palo su mandil, y seguido de otros trabajadores que blandían sus herramientas, invadió el palacio real, mató a las serpientes y obligó a huir al rey, el cual fué muerto por otro héroe en el monte. El estandarte, el símbolo de la rebelión, era el mandil del herrero. "Mas no lo conservaron los herreros", dice Reclús, sino que lo tomaron otros reyes sucesores, lo rodearon de púrpura y lo encerraron en un arca santa, y así convirtióse el símbolo de la revolución en instrumento otra vez de tiranía. ¡No nos dejemos aprehender lo nuestro, que lo perderemos! Tolstoy y todo, conservémoslo; no dejemos que lo rodeen de púrpura y lo encierren en un arca santa; no cantemos loas a esto; digamos que "debieron conservarlo los herreros", como resulta de la enseñanza de Reclús, y no rey, parlamento o soviet, — el poder político, en fin...

Los cadáveres de la historia

Echemos un vistazo al pasado. El pasado tiene infinitos cadáveres de regímenes y de instituciones, como de islas, continentes o riberas, o aun de mares enteros, como el mar Muerto, u otros que han dejado el tazón vacío, con un poco de sal en el fondo y de arena en las orillas. Un tiempo, sin embargo, presentaron el aspecto sólido e inconmovible de lo que había de durar siempre; nos referimos a las instituciones opresoras que se han sucedido sobre la humanidad... Teocracias, aristocracias, imperios, monarquías, dominio colonial, esclavitud, dictaduras, etc., etc., todo esto fué un tiempo grande con relación a la historia de la humanidad, aceptado voluntariamente por los pueblos, se apoyó en un consentimiento que surgía unánime de la voluntad y de las ideas de todos, y pensó prolongarse a perpetuidad, sin el menor desmedro, educando de propósito a los súbditos en la conservación de lo existente tradicionalmente, graduando doctores en ello en infinidad, y condenando por medio de ellos a los pueblos a continuar de la misma manera, siendo la tira de fustán en que grababan su corona o su cifra, un sacerdote, un príncipe, un señor de vidas y haciendas, un monarca o un emperador... Han pasado, sin embargo, a mejor vida tantas instituciones, y aún tantas afirmaciones locales de patriotismo — ya saludando las águilas de un conquistador, o la cabeza de un caballo de otro posterior, — que no basta una entera vida humana para revolver todos los cadáveres de la historia. ¡Cuánto orgullo sepultado y caído en medio de tanta lucha, tanta sangre, y de la casi exclusiva afirmación intelectual del amo o del señor reinante, habiendo sido por miles de siglos los historiadores como los literatos únicamente cronistas de la dinastía oficial, poetas aduladores que construían a sus amos genealogías fabulosas, enlazadas con los dioses mitológicos, con el bosque, con el río, con la montaña y con toda la variedad de los animales de la naturaleza! Hoy, una parte del pensamiento se ha libertado de esta servidumbre con el amo poderoso, que aún vierte el maná de su favor sobre la intelectualidad que le adula o se convierte en defensora de su poder contra la aspiración libertaria del pueblo; pero ¡cuánto queda aún, qué cerrada fila de un movimiento intelectual casi exclusivo en favor del amo reinante o de sus instituciones, y de la enseña del águila o de la cabeza del caballo del patriotismo local!

En Irlanda, como en mil partes más, se hace besar por la fuerza la enseña de un conquistador; en la Alsacia-Lorena, son ahorcados por Francia los hijos de ella que aspiraban a la independencia nacional; casi toda el Africa, el Asia, la Oceanía y parte de América, son colonias de Europa, repartidas, a mil leguas de ellas, como cuartos de carnero que se echan a los leones para que se entretengan devorando, y en todas ellas la afirmación del patriotismo local es la enseña de un dominador! Os dáis vuelta y miráis a la intelectualidad, y la veréis, con la sola excepción de la revolucionaria, para la cual están abiertas las puertas de la cárcel, convertida en defensora del poder de los opresores, lanzando a la condenación la aspiración más viva de emancipación de las colonias. Se despepita alabando a sus amos; pierde el aliento rodeando de un aura fabulosa y mitológica a los opresores de pueblos; cae poco menos que en la imbecilidad al referirnos gravemente algunos matices del pensamiento de ellos.

¡Ilustración de occidente, civilización de la intelectualidad de Europa! Esto, pues, o sea el abono de la intelectualidad, está fuerte. Todo va, con viento en popa, arriba, a la altura de los poderosos.

Pues, entremos un poco en historia. Los que creen que el mundo está salvado para la burguesía, porque está completamente sólido el movimiento intelectual de afirmación — toma aún una afirmación mayor en la cátedra y en la escuela, se afirma en los parlamentos, y hay siempre la ocasión de doctorarse en el derecho viejo, — quedarán desencantados si se les hace ver que siempre fué así, que aun en medio de una afirmación intelectual más completa — sin oposiciones — han caído todos los cadáveres de la historia.

¿Por qué, pues? Pues, porque el principio de consentimiento o de aceptación voluntaria del pueblo fué roto. Una vez roto éste, como un polluelo que ha picado la cáscara, ya no basta la fuerza, ni la afirmación de la intelectualidad oficializada u oficial, para impedirle que al fin salga y patee el nido...

Estamos en este caso, compañeros. La República tiene que tornarse cada vez más represora; es que el polluelo ha picado la cáscara... ¡Lucha! Existe la lucha; esta es la verdad. La aceptación voluntaria, el antiguo consentimiento está roto. Una opresión más rodará muy pronto a alinearse con toda la larga serie de cadáveres de la historia.

La Restauración

Para el que mira las cosas con un poco de precisión, no puede aceptar el fenómeno de "sabotage" del régimen político, en que están empeñados, aun más los de arriba que los de abajo.

Los que con más fuerza, con más estentórea voz y con más bríos combativos han proclamado: ¡la legalidad nos mata!, y han puesto en obra el asesinato o la facción, que saboteaba el régimen político, no hemos sido nosotros, sino los burgueses mismos; han sido los hipócritas doctrinarios del régimen político; sus representantes mismos; los afirmadores del orden y la legalidad.

Vemos arder los pueblos, con estos procedimientos de la *restauración;* y vemos a las más graves "tribunas de doctrina", como aquí "La Nación", no ya rechazarlos, como pediría la doctrina, sino entrar a considerar sus probabilidades de éxito o de eficacia para la *restauración*, contra las reivindicaciones o la soberanía creciente de los trabajadores, manifestada por la ocupación de las fábricas, las grandes huelgas, y otros acontecimientos que continuamente se suceden.

La *restauración* levanta sus facciones en todas partes, saboteando todos los regímenes políticos. Y son los "fasci" en Italia; las juntas militares en combinación con los somatenes en España; la Liga Patriótica aquí, aunque con menor escala y desarrollo, etc.; todas verdaderas facciones, y, por lo tanto, lo menos doctrinario que podían presentarnos los abogados defensores del régimen político soberano: los burgueses.

La labor de los "fasci", sobre todo, en Italia — para no hablar sino de ellos especialmente — tiene un justo precedente en la labor de la "mazorca" aquí. Sí, no lo hemos olvidado, Rozas era también un *Restaurador*, el *Restaurador* por excelencia, y la labor de la mazorca tenía por objeto una depuración y la regimentación de la opinion extraviada del pueblo argentino.

La situación de Italia, pues, bajo los "fasci", y comprendido el mismo partido católico popular, es la de Buenos Aires, bajo los crímenes y la libertad de la "mazorca". ¡Y de ella

saldrá la elección salvadora, la elección conseguida únicamente por este medio, para "La Nación", que es aquí nuestra tribuna de doctrina!

A nosotros nos importa poco la elección; pero, sí, lo que queremos comprobar es la descomposición del régimen político, su absoluta falta de respeto aún para los burgueses; la doctrina de la facción llevada a un tan alto lugar, por los poseídos del ideal de *Restauración.*

La Revolución no podría acaso ser posible sino precediera este período de descomposición de todas las ideas y las doctrinas de régimen político. Cuando los burgueses, los absolutistas, todos los reaccionarios se levantan en facción, oprimiendo si es posible el régimen político o convirtiéndolo en facción también, contribuyen a despejar la mirada de casi todas las ficciones o sofismas. A su pesar, pues, son revolucionarios, pues realizan el primer trabajo de la Revolución, que es descomponer el régimen político, para dar lugar únicamente a la facción. Esta se impone por el crimen o el asesinato.

Al presente se ve muy claro que el régimen político es una cosa secundaria. La Propiedad es una gran facción, que se levanta directamente contra las reivindicaciones o soberanía creciente de los trabajadores, poseída de un ideal de Restauración que no se cuida de disimular, y saboteando, si es preciso, el régimen político. Sólo se ven en el mundo las facciones de los propietarios, practicando el crimen o el asesinato, y a los doctrinarios del régimen político contando sus golpes o avalorándolos para el resultado de la *Restauración.*

Pero, levantados de esta manera en facción, su situación llega a ser la más débil. Doctrinariamente, la *Restauración*, que implica el ideal sólo para los Amos y Propietarios, no puede competir con la *Revolución*, que significa derechos, justicia y libertad para el pueblo. De ahí que, levantándose en facción, demuelen su fortaleza, la cual era todavía la mistificación y el sofisma del régimen político.

La doctrina que se hace prevalecer es la de la *facción*, Esta es hoy nuestra instrucción cívica. El régimen burgués, pues, el tan mencionado régimen político, se descompone y se despeña. Saludemos en esta descomposición el surgimiento de una idea nueva, en todos nosotros, en los proletarios, el pueblo...

Los bandoleros del Sur

La voz bandolero viene de banda, pero desde luego de banda de pillaje, robo, asesinato, violación, sin más finalidad que este pillaje, robo, asesinato, violación; sin ninguna detención ni ninguna limitación por consideraciones meramente humanitarias o morales, como es propio de criminales siniestros que operan en banda, únicamente para satisfacer instintos bestiales.

En todo lo que detiene o puede hacer vacilar o titubear a otro hombre, el bandolero encuentra precisamente una ocasión más para satisfacer sus instintos bestiales. Es así que un bandolero mata a un hombre que podía dejar vivo o que le es inútil matar, porque en ello encuentra satisfacción a su instinto bestial; sacrifica o maltrata a los prisioneros, antes de darles libertad como a un pájaro, por lo mismo: porque en ello encuentra satisfacción a su instinto bestial; no deja una mujer sin violarla, y sin asesinarla después, por lo mismo: porque en ello encuentra satisfacción a su instinto bestial; se entrega a todos los excesos del alcohol o la crueldad, apenas la ocasión se presenta, también por lo mismo: porque en ello encuentra satisfacción a su instinto bestial; degüella, en fin, por principio, o simplemente porque tiene la fuerza para hacerlo, y nadie osaría entregarse a la ley de los bandoleros, confiarse a su respeto de la persona humana, o de la misma debilidad o inocencia...

¿No es así, burgueses, y qué otra clase de pintura podéis esperar de los *bandoleros*?

Sin embargo, sois vosotros que os empeñáis en que sean confundidos los *alzados* con los *bandoleros;* y así habéis construído la frase, ya clásica en vuestra prensa, y hasta creemos que oficialmente, de *Los bandoleros del Sur*. Y a la memoria se nos presenta otra frase semejante, no ya pronunciada por vosotros, sino en Rusia por los bolchevistas: *Los bandoleros de Makhno!* Y es así que los *alzados del sur*, aunque practiquen la expropiación revolucionaria, y otras medidas de seguridad como la retención de prisioneros, no tienen, por más que quiera verse en ellos con la más parcial y mala voluntad, el carácter

preciso, incuestionable de los bandoleros, que se entregan al pillaje y demás excesos para satisfacer siniestros instintos bestiales.

¿Quiénes son estos hombres? A decir verdad, lo sospechamos, pero no lo sabemos con certeza. * Lo único que puede afirmarse es que son los alzados contra el capitalismo del sur, y no retroceden tampoco en la lucha contra el Estado. Es todo lo que sabemos, y es suficiente para que hubiéramos rechazado en todo tiempo la calificación burguesa de: *Los bandoleros del sur*.

Un prisionero de los famosos bandoleros del sur, libre, por voluntad de ellos, que prefirieron libertarlo a sacrificarlo cuando tenían que elegir entre las dos cosas, en presencia de la situación ante las fuerzas nacionales con las cuales estaban en combate, pinta, con bastante claridad, en "La Prensa", toda la ley de estos bandoleros, y la fuerza de ciertas consideraciones que no tendrá sin duda ningún burgués contra un prisionero de ellos, ni el mismo narrador que pediría solamente la horca o la cabeza.

Los *bandoleros del sur* nombran por elección a todos sus jefes y hasta a los mismos centinelas, en asamblea de todos. Discuten sus puntos y se obligan a una disciplina voluntaria que ninguno subvierte. No beben alcohol. No atacan a las mujeres y respetan a los accidentados y a los enfermos. Por la necesidad de combustible toman toda la madera que encuentran de los corrales, los bretes o las mismas casillas; se llevan los ganados, los camiones y todos los vehículos y hacen prisioneros a los patrones y todos los fieles de las estancias. Estos, si bien se les obliga a hacer también algún trabajo para la comunidad, como carnear ovejas, etc., no son maltratados; son alimentados igual que los demás, y se les participa de los cigarrillos u otras cosas tomadas en los almacenes. En un encuentro con las fuerzas del ejército, pusieron sus prisioneros en primera línea, pero ésta es una operación militar que no han inventado los bandoleros sino los militares. Pero luego, ante el dilema de libertarlos o sacrificarlos, deliberaron en asamblea y prevaleció la opinión de libertarlos.

* Este artículo fué uno de los primeros de una prolongada campaña periodística, iniciada cuando recién se tenían los primeros informes de los sucesos de Santa Cruz.

Esta es la exposición que ha hecho ese hombre de la ley de los bandoleros, a pesar de ser ambas cosas: ingrato y parcial y pedir más fuerzas para la extirpación de estos *bandoleros*.

Nosotros damos esto, simplemente, a la consideración de los jóvenes soldados que se quieran mandar allí, y de los obreros y de todos los hombres ambiciosos de saber del mundo. Cualquiera puede comparar esta ley de los *bandoleros del sur*, con la que él mismo sufre de la burguesía y todas sus fuerzas.

Los fusilamientos de prisioneros en Santa Cruz

UN VELO LEVANTADO

La prensa burguesa se contenta con hablar de "bandoleros" sin hacer mención de fusilamientos ni otros actos con los prisioneros.

Tampoco hace mención de los actos de reacción y represión que trajeron la actual situación. La realidad es que los trabajadores son víctimas solamente, y que hoy tienen los patrones, los señores de la Liga Patriótica, etc., en estas exterminaciones de trabajadores en el Sur, el resultado buscado por su iniciativa. Pensar lo contrario sería desconocer el mundo en que vivimos.

Hoy, el principio de la "neutralidad del Estado" es una cosa que hace solamente reir, o que haría saltar en el aire a los capitalistas. En realidad, el Estado debe ir a romper o desatar por la fuerza el pliego de condiciones que impone el trabajador al capitalista, sin otra razón que por ser este pliego de condiciones — ¿eh, no es así, capitalistas? —; como prosecución de la obra, debe destruir o perseguir las organizaciones de malhechores o bandidos. ¿Eh, no es así Carlés, no es así, señores plumitivos de la prensa burguesa también?

He ahí la "neutralidad del Estado". ¿Quién no conoce este criterio? Todos lo conocen y están al tanto de él, siendo la medida de las intervenciones represivas del Estado.

Los capitalistas, pues, abusan, provocan a los trabajadores a un terreno en que él provoque a su vez la intervención represiva del Estado. Ellos se cuidarán de pedirla... y de obtenerla.

Los trabajadores son atacados sin miramientos, y "todo" es hecho con ellos, como cosa natural y propia. ¿Qué quiere decir "todo"? Por encima de lo permitido, "todo". Así se ve el trabajador en una situación desesperada, obligado a embarcarse a cuerpo perdido en ella. Es la historia del trabajador.

Como justificación, ¡ah, no se necesita mucho; no se está entre gentes muy exigentes! Basta insistir en las nacionalidades

de origen de ese elemento trabajador. "Españoles, rusos, chilenos; entre un gran número un solo argentino" — dice el corresponsal de "La Prensa" en el sur. ¿Qué deducir de ello? Nada. Esta es la proporción en que las nacionalidades contribuyen al trabajo en la Patagonia; la Argentina casi con nada, apenas con milicos o funcionarios. Españoles, chilenos, rusos, argentinos; esos son los trabajadores de la Patagonia. A poco más, con igual o parecida proporción, son los trabajadores de todo el país. Nada que deducir, pues. Sin embargo, para la prensa burguesa parece que basta...

Hemos hablado claro. Hemos dicho: "fusilamiento de prisioneros". Que no se nos venga si eran españoles, rusos, chilenos o argentinos; eran tímidos trabajadores, como los de la mayoría del país, como todos los que conocemos. La sola enunciación de este horror: "fusilamiento de prisioneros", hace saltar de punta, totalmente estremecida, a la conciencia universal civilizada. Porque no se fusila a los prisioneros; porque aún en San Juan después del asesinato, con bomba y tiros, del gobernador, un grito de horror hubiese seguido al fusilamiento de prisioneros. Porque estos actos horrorizan al alma humana. Dáos cuenta que si los que llamáis "bandoleros" no lo han hecho: ¿qué será, pues, el "orden" que lo hace, y en la forma y circunstancias que hemos relatado? ¿Qué clase de amor puede suscitar este "orden", mucho más temible, más atroz que los bandoleros y que todo cuanto conocemos? En una palabra: ha llegado la hora de preguntar cuáles son los principios de la prensa burguesa y qué conciencia ella tiene, para saber si pertenece o no a nuestra civilización sean cualesquiera las ideas sociales o políticas que tenga.

Además esos hombres son odiados por tener ideas sociales. Los actos que han cometido no hay ninguno que merezca la muerte, pero al realizarlos por una finalidad social y no por el instinto criminal, comprendemos que esto agrava en vez de disminuir su causa ante sus amos o sus tiranos. Pero en el fondo no son sino tímidos trabajadores guiados por un pensamiento social, u obligados, en su gran número, a acogerse a cuerpo perdido en un campamento huelguista. La descripción que hace el corresponsal de "La Prensa" corresponde a la de los trabajadores de toda huelga que no tienen, en su mayor parte, ni

la conciencia ni la energía del acto á que son llevados por las circunstancias, por lo que no saben poner en práctica tampoco los medios crueles que tendrían en sus manos, y que caen rendidos o deshechos, maldiciendo o renegando de ellos. Las acusaciones, son las comunes a las propagandas de los trabajadores, incluso el resobado: "que no tienen por fin un régimen como el ordenado por la constitución ni el respeto de la bandera nacional". Pero, aunque fuera mucho peor y no revelara todo un movimiento de trabajadores contra la explotación y tiranía de los capitalistas, una agitación o un movimiento social, en fin, que fuera de ello no puede ser considerado: ¿autorizaría esto el fusilamiento de los prisioneros, a la voluntad o los deseos de los particulares o de la misma autoridad, escogiendo libremente sin escrúpulos "este quiero y este no quiero"? ¡Señores, pues! ¿Es la opinión que el "orden" hizo una recolección o trajo una redada de hombres para la muerte, que éste debe sacrificar graciosamente, como si fueran carneros a los patrones o la Liga Patriótica? ¿Es la opinión que hay que sacrificar algunas víctimas en los altares de estos?

¿Y qué régimen sería éste? ¿A quién daremos el derecho de pedir la cabeza de los hombres que estén con ellos en desgracia — Santiago González Diez, obrero de Buenos Aires, perteneciente al gremio de albañiles, fué especialmente recolectado para servir al representante patronal Francisco Fernández,— y estará el "orden", la "patria", las "instituciones", la bandera nacional, etc., no para rechazarle de un puñetazo en el pecho, sino para servirle conforme a sus deseos? ¿Es concebible siquiera un estado semejante? No, pues entonces sería muy horrorosa la república. Por desgracia estamos bajo el dominio de hombres muy horrorosos, pues nuestros relatos son desgraciadamente ciertos...

¿Comprende el pueblo?

Españoles, chilenos, rusos, argentinos, y en fin hombres como nosotros, como los que aquí vemos todos los días, en general tímidos trabajadores, han sido llevados allí como un rebaño de carneros. Gritos y palos les desorientan y les aturden. Se les saca a las mañanas, y se les sablea. La playa está lejos, a unas quince cuadras más o menos. ¿Pensáis que puedan reposarse, hacer pie por un momento contra su aturdimiento?

¡No! ¡Carrera, trote! Palos, gritos. Así van y vienen de la playa, como animales asustados, con una lata de pedregullo en sus brazos. Es desolante, doloroso. Lo que canta su triunfo en esto, es el régimen militar. La gran burguesía se gloria, contempla con ojos de satisfacción todo esto, pues es ella la que ha tenido la disputa con el elemento trabajador. Le faltan allí solamente todos los hombres que conoce de alguna idea o de alguna actividad para la defensa del trabajador. Por su indicación son recolectados cuantos conoce o tiene una idea de simpatía lejana con estos prisioneros. Aturdidos, desorientados, bajo los palos y los gritos, los prisioneros se resignan y piensan: "aun así"...

Pero no es bastante. Los patrones tienen hecha su selección de memoria, o la han hecho simplemente por las caras. Preside el azar en esto, o lo que otros llamarían el "destino". Una mañana está un camión a la puerta. Se llama "Fulano, fulano, fulano..."; en fin, diez nombres que corresponden a diez de aquellos desgraciados. Sí, españoles, rusos, chilenos, argentinos; diez hombres como nosotros, como los que pueden escogerse a la puerta de cualquier taller. "Lleven al camión estas palas y estas azadas". ¿Para qué son? Para cavar sepulturas. ¿Y los muertos? Van a ser ellos... ¡Ay!, aturdidos, desorientados todavía, van a perder la vida, a dejar todas las afecciones para siempre, a cerrar los ojos a la luz del sol. Falta el respeto por los hombres que van a morir. ¿En realidad, cómo podía existir este respeto si se les lleva a la muerte tan fácilmente?

Orden militar todo. Cargan como pueden las palas y las azadas en el siniestro camión. Después suben ellos, con sus piernas que pesan mucho... ¡No, hermanitos queridos, (1) no; desgraciados hermanitos nuestros! No lo hacéis solos. Todo el pueblo, todos nosotros cargamos la pala y subimos con vosotros al camión; todos sufrimos la misma angustia, y no hay nadie que posea un alma humana que esté de acuerdo con esto.

Luego, la repetición de esto entre los que quedan, hasta que se van acabando. Algunos consiguen su libertad, — pues en realidad contra ninguno hay causa —, y lo desconocido del destino es lo que causa mayor fatiga.

---

(1) "Hermanitos queridos", dice Andreiev en una de sus obras en un caso parecido a este.

"Españoles, rusos, chilenos o argentinos", registra la prensa formulista y "las autoridades han sido muy felicitadas". Pero, ¿no comprende el pueblo que es él, él mismo, que ésta es su situación, bajo todas las égidas del pabellón nacional, la República Argentina, la conciencia de la prensa burguesa y sus clases directoras, etc.? Sí, lo comprende. Por eso los horrorosos canallas son para él cada vez más abominables. Esto no se puede amar. La aversión al régimen sigue la marcha progresiva de sus abominaciones. Por eso los burgueses amontonan solo una cosa: odio. Y la prensa burguesa se señala por repugnante y despreciable, pues lo es en sus ideas que quiere dar al pueblo.

Los crimenes burgueses de la Patagonia

¡Degollated, fusilated!

"South América: degollated, fusilated..." Transformamos la frase, no sabemos si con propiedad, pero esto no nos interesa mucho, porque así nos parece traducir mejor la bárbara ley del sacrificio de los enemigos capturados, que ha sido y es la esencia del southamericanismo incivilizado y salvaje.

"Fusilated" es "degollated", con la única diferencia, debida a la innovación de los tiempos, de que es usado el fusil o el pelotón de fusilamiento, en lugar del cuchillo, que se afilaba en la caña de la bota para separar del tronco la cabeza de los hombres capturados y destinados a este sacrificio.

La Argentina, antes "degollated", ahora, "fusilated"... Y ambas cosas pueden representarse por su gesto...

El degollamiento siguiendo a la captura, ha tenido este único cambio: el fusilamiento siguiendo a la captura, y rodeado de circunstancias más bárbaras todavía, si nos atenemos a la atrocidad de hacer cavar primero las fosas, a los mismos que irían a ocuparlas enseguida.

En materia de vía crucis de hombres subiendo al matadero, Cristo no ha conocido aquél trabajo de la amargura que conocieron los obreros de la Patagonia; aquel golpear mate y seco de las palas, con que aquéllos hombres, con el alma a los pies, debían abrirse un agujero en la tierra, para recibir la muerte después...

No podremos dejar de representarnos nunca este momento que precedió al despeñamiento por el "fusilated": aquella desolación en que no quedaba nada de humano ya; los golpes sordos de las palas avanzando en aquel trabajo dantesco, mezclado de frío, de lágrimas de enajenamiento, como ninguno; aquellos trabajadores de los que no podrá encontrarse otros semejantes en ninguna parte... "En fin, señores diputados, señores prensistas, señores representantes de la conciencia burguesa: eran anarquistas, huelguistas en armas, hombres de una revolución social". Con esto han podido volver la cabeza los burgueses; pero nosotros ¡ay, no!, ni todos los hombres de corazón, ni de conciencia libre y civilizada tampoco...

¿Qué es, pues, toda la teoría en que tranquilos, afirmados, convencidos, se han demostrado nuestros excelentes burgueses, ellos que no pierden oportunidad de declararse hombres de razón, de conciencia y de sentimientos?

"Anarquistas, fusilated". Antes hubiera sido "degollated".

Si vamos golpeando puerta por puerta, hombre por hombre, solidaria y racialmente, sin el menor asomo de una duda ni una vacilación, sin la menor mirada al universo donde están, todos son, ¡ji, ji!... "fusilated"...

El tallido de alma antipático del bárbaro, igual ante el animal que huía de su lazo, como ante el hombre que escapaba de su influencia o profesaba ideas contrarias a las suyas, se manifestaba por lo mismo: "No te has de ir muy lejos, has de caer bajo mi cuchillo", lo cual no significaba una amenaza vana, sino que si era capturado sería degollado. Esto mismo podemos ver es lo que se ha hecho en la Patagonia: "No se habían de ir muy lejos los enemigos de los burgueses; donde fueran capturados serían fusilados". Convenimos en llamar barbarie a esto; pero en south americanos puros, para los cuales es una ley evidente el "degollated", aceptamos y nos parece asimismo incuestionable y de un derecho propio, superior a todas las leyes y a la conciencia del mundo, el "fusilated"...

Aun hay el espíritu, el deseo de hacer la convicción — y principalmente a los obreros o los revolucionarios que no quieren creer, — de que en la Argentina será "fusilated", como no hace muchos lustros todavía se quería convencer que sería "degollated", y se daba una idea pasando una mano abierta por el cuello.

Convenimos en que es una cosa inaceptable hacer presión o recurrir a la intimidación para arrancar una declaración o una confesión. Ahora ved, con el aparato del fusilamiento cómo puede haber sido arrancada, para tratar de salvar la propia vida, la indicación de los comisionados en huelga, de los hombres destacados, etc., amén de la selección hecha por los estancieros y de los militares por sí, y el valor de todo esto para darle un gusto a la mano; es decir, para "fusilated".

La barbarie de las campañas pastoras ha estado y está representada por los estancieros. En la condición feudal en que mantienen éstos al peón de estancia, está contenida la condi-

ción en que anhelan encerrar ellos a todos los trabajadores. Es así que sería inadmisible en el país la libertad, el movimiento o las agitaciones que tienen en el mundo entero los trabajadores. Una concepción feudal del trabajador en el mundo moderno es la que ha tratado de hacer triunfar en el país la Liga Patriótica, y la que ha ido a hacerse triunfar también en Santa Cruz. Intimidados por los "fusilated", obligados por el hambre y por las autoridades, abusando de toda la injusticia social sobre los pobrecitos desgraciados, se obtiene, es claro, que no haya otros que trabajen que los de la Liga Patriótica. Pero esto está muy lejos de ser el "trabajo libre"... Esos hombres son obligados a aceptar una situación o unas condiciones leoninas, para no perecer de doble manera: o por el hambre o por las autoridades, o por la desocupación o por el fusilamiento.

¡Oh!, no tenemos más nosotros que dirigirnos a los estancieros por una cosa de su profesión. Prescindiendo de considerar a los obreros como personas humanas: ¿qué dirían los señores estancieros de un conductor de hacienda que debiendo llevar 1100 animales, se presentara a destino solamente con 100, habiendo degollado a los demás en el camino? Pues, de hombres no hay nada que decir. Pero, ¿de animales, por ejemplo de novillos de 1100 libras para arriba, em?...

La burguesía argentina tiene a cargo de su conciencia todos los fusilados de la Patagonia; nosotros haremos, por nuestro continuo recuerdo, que esos muertos se le suban a la garganta. Y por lo pronto, a los que alzan su espíritu o pretendan alzar su cabeza sobre tan tremendo horror, les diremos; mejor lo hubiérais alzado con mierda que con sangre; esta os señala al horror de todas las personas cultas y civilizadas, de todos los hombres de corazón y de sentimientos...

¡Ji, ji!... Vosotros todos, aun ratonilmente, pues es al fin y al cabo vuestro valor: "degollated, fusilated"... Y para vuestra condenación, vuestro avergonzamiento, los obreros con los estancieros: "no degollated, no fusilated"...

¿Ahora, quién es el bárbaro? Podemos decirlo con las puertas abiertas....

¡Siempre Santa Cruz!

Contribución a la historia de un momento de la República

Ya habíamos hecho notar antes que una campaña tan sangrienta, en la cual por parte de la fuerza sólo había la pérdida de dos hombres, no podía haber sido una campaña muy terrible ni muy difícil. La sangre se ha derramado de 1100 hombres rendidos y prisioneros; es sangre de degollados y fusilados, la que más triste y más vergonzoso es para cualquier país del mundo verter. Si no estamos tan lejos de la guerra europea, y de nuestra memoria no se han borrado las pérdidas de la menor acción un poco movida: ¿cómo, en qué parte habría estado, qué peligros habría tenido que afrontar, una fuerza o un ejército que hubiera perdido solamente dos hombres? Nos conformamos con poco para la gloria, o, a falta de más, a cualquier cosa levantamos un monumento. Sábenlo los propios militares, que eso no puede ser testimonio de la gloria militar.

Pero, admitamos que todos han sido criminales, a los cuales en buena ley se ha debido ejecutar. Aún quedan los sacos y pantalones de badana, capas de guanaco, recados o monturas, caballos, cheques o dinero en efectivo, lo cual pertenecía a sus familias. Sería absurdo suponer que todos estos hombres carecieran de familia, pues no se nace debajo de una col o al pie de un manzano. Lo lógico es suponer que habían ido a trabajar porque lo necesitaban, dejando mientras tanto reducidas estrictamente a sus familias. Pues bien: habiéndose hecho merecedores de la muerte, pero estando bajo el dominio de la República y sus autoridades propias, ¿les vemos, no es así, empaquetando todos sus efectos personales, los cheques, producto de su salario, guardando en un sitio determinado sus caballos de los cuales estaba acreditada la propiedad, y comunicando a sus familias, las cuales quedaban privadas de su sostén, que enviaran a recoger estos restos legítimos del naufragio? Entre bandas de foragidos ni bandoleros no había caído, sino bajo las autoridades de una República respetuosa en primer término del salario del trabajador, y que asegura con

su bandera los efectos de propiedad personal. ¡Pues, no señores! ¡Asesinato y robo! Todo esto es distribuído o tomado como botín por las fuerzas de la nación. El hombre no pierde solamente su vida, sino su caballito, su recado o su montura, su saco de badana, su capa de guanaco, su reloj, los cheques de su salario, etc. Nosotros nos preguntamos simplemente dónde puede existir un estado político o social semejante, aunque sea sólo por un momento, y éste sea de angustia o presión.

Esta no es la obra solamente de un partido, sino lo es de la burguesía y de la República entera. Funciona la prensa y todas las instituciones, las cuales dan el índice completo del estado y las ideas de una sociabilidad. Los hijos de Mitre y de Paz, lo mismo que unos "hijos de puta" cualquiera, como todos los grandes personajes, universitarios, intelectuales, etc., ninguno tiene nada que observar. No hay en todo esto una cosa que los haga detenerse siquiera. Y se comprende que tales horrores y vergüenzas, crímenes tan injustificados y horrendos, no debían preocupar solamente a los partidos extremos, pues son cosas que pasan de la raya, y ningún hombre ni ningún partido podría aceptar. ¿Pero aquí, en este país haitiano, donde todo ello se eleva por el contrario como afirmación de patriotismo, y es desconocida la vergüenza pública? ¿No es que los principales argentinos quieren honrar y levantar un monumento a esta acción? Por vergüenza del mundo y por propia vergüenza, hay que esperar que un día será modificado esto, aún como expresión de patriotismo. Pero quizá no pueda ser antes del derribamiento de la burguesía; pues no por "argentinos", por "burgueses" son tan canallas y sinvergüenzas!

El llamador

Una mano, una bola de bronce... el llamador... Este está fuera de la puerta, para todo aquel que llame, que quiera llamar. Tú estás adentro, en el interior, sumergido en tus ocupaciones; pero no te has aislado ni encerrado. Con tres golpes rápidos y fuertes, se te atrae a la puerta donde llama la mano de la humanidad exterior. No has amarrado ni puesto un bozal a tu llamador. Al contrario, si has puesto a su lado una campanilla es para que baste la presión de un dedo para llamarte, para reclamarte... Tú te arrancas, como estás, como vas, en el instante mismo, sin esperar a otro tiempo ni otra oportunidad. ¿Y por qué te arrancas? Porque hay allí el llamamiento de un ser que ignoras, pero que te requiere: una, dos, tres veces te llama y te requiere... Una mano, una bola de bronce, el llamador: esto significa que no te has aislado ni encerrado, que estás para los demás... Un llamador es como una escritura sobre tu puerta, casi como la muestra de una tienda: simbolizado por una mano con una bola de bronce que hace resonar toda la casa a llamada, o por el botón breve de una campanilla que chilla prolongada y agudamente, y diciéndote ambos: "hombres", "gente"!...

Pero, ¡ay! sí, y precisamente los más cuidados y dorados, los que más ostentosos cuelgan de las puertas, cuántas veces no emboscan sino a un hombre que sólo quiere ser llamado para el negocio o el placer que espera—para la entrada de las viandas, el dinero o los asociados o cómplices de explotación, — y que considera una irreverencia y una falta cualquier otro llamado, principalmente los angustiados, o los que se dirigen a los sentimientos de justicia, de amor o de ideal de la humanidad! Puerta por puerta, hay que ir reconociendo para qué cosas o gentes no debe funcionar el llamador; para qué cosas o gentes está amarrado, clausurado, sin dejarse engañar por su apariencia libre, por su signo amistoso que dice: "¡llama, no trepides en llamar, que dentro hay un hombre que te aguarda, que aguarda a todos!"... ¡No llames, retráete y más bien perece, si antes no has averiguado que para tí también funciona el lla-

mador! Infringirás quien sabe qué ley, y serás arrojado como un perro de la iglesia...

Como los ascensores y todo lo demás, la burguesía te dice: "respeta al llamador, no toques al llamador!"

Hermano pueblo: si, como en la Patagonia, te encierran en corrales prisionero, y luego te hacen cavar tu propia fosa y te masacran por centenares y centenares, no llames al burgués ni a la iglesia ni al gobierno: respeta al llamador, no toques al llamador! Si te oprimen o te aplastan, no llames tampoco: respeta al llamador, no toques al llamador! ¡Ay de tí pueblito argentino, si lo haces! Infringirás todas las leyes de su uso, pues la democracia no es para tí sino para la burguesía, y serás arrojado como un perro de la iglesia. Pero castigado, pueblito, castigado...

Proletario, mendigo, ladrón

Abrid el ojo: ved la verdad como medida llena. La tierra es suelo nutricio del hombre, y por haber nacido o habitar sobre ella es vuestra esta inmensa tierra argentina casi vacía... Ese es vuestro suelo nutricio, como lo es de la planta su terrón. Respecto de esto no cabe duda ninguna. La mayoría sois todavía argentinos en vuestra patria. Pues de él sois quitados, levantados como lechón de la teta, o como mariposa de la flor en que se había posado, volada por un ciclón, para dejaros caer luego aquí, en vuestra patria, con la figura modificada, convertidos en una de estas tres cosas: *proletario, mendigo, ladrón...*

¿Por quién podéis ser levantados así, estando, como quien dice, en vuestra casa, en vuestra patria? Pues por el derecho de los propietarios a quienes es entregado vuestro campo y vuestra casa; vuestra llanura, vuestro monte y vuestro río; vuestro arado, vuestra semilla y vuestro caballo!

¿Quién lo entrega? Preguntad por quién habéis votado en las elecciones; por quien es juez, autoridad, gobierno. ¡Ellos lo entregan! De modo y manera que tú, que naciste en tierra argentina y estás orgulloso, en adelante no eres, sobre la propia tierra argentina y sobre todas las tierras, más que una de estas tres cosas, de estos tres cascotes que ruedan y se apartan con el pie: *proletario, mendigo, ladrón...*

Para saber si debes enorgullecerte, levantar aún la cabeza, pregunta, sí, pregunta no más, a uno de esos extranjeros dueño de tu monte, de tu pampa, de tu taller o de tu mina, de tu solar o de tu casa, qué concepto tiene él, qué respeto de *un proletario, un mendigo, un ladrón;* es decir de tí mismo o de un hombre que está en tu condición! Y ve luego y ojea la prensa de tu patria, e interroga al gobernante de tu patria, aquel que tú has votado, y comprueba ampliamente si no comparten la misma opinión.

¿Argentino, dices? ¿Tú eres argentino, dices? ¡No! Tú eres *proletario, mendigo, ladrón.* Por estos nombres sí te conocerán. Y para estos nombres se tiene el fusil, la ley, la cárcel. Y esto sí, es patriótico; se ejecuta con todos los celos y todos los símbolos del patriotismo. Porque el capital, al que se entregó tu llanura, tu monte y tu río, tu arado, tu caballo y tu semilla, no es extranjero en tu patria. Y tú sí eres extranjero... Sobre tu herida abierta al costado — ¡oh proletario nacional! — esta es la esponja empapada en vinagre que te aplica el gobernante y la prensa de tu patria!

Sois hoja desprendida; golondrina que vuela de aquí para allá, levantando pajas para los haces de otros. Tales haces, cuyas espigas cuelgan como cabezas para abajo, ¿para quién creéis que representan una medida llena y "remecida"? ¿Para vosotros? ¡No! Vosotros sois hoja desprendida; sois el jornalero que trabajó y se fué, como el viento que dió una vuelta al molino y del cual no se hizo más memoria después... ¿Dónde están los que edificaron la casa, los que sembraron y cosecharon y levantaron con su sudor la parva? ¡Ah, el anónimo cayó detrás de ellos! La firma está ahí: es del amo. Véis como brilla e impone ella. Todos acuden para que les facture o les traspase una parte... Extrañaréis que en vuestra patria sea un hombre importante? Qué alegaréis contra su derecho? Ahí está él con sus sacos y sus fardos; rodéanle guardias para que ni aun un grano, ni la barredura de los granos, le sea sustraído. Es el patriarca, dueño de los sacos!

Y sois vosotros: El proletario, el mendigo, el ladrón...

Romain Rolland y los literatos argentinos

Casi en su totalidad — muy poco podría entresacarse,— los literatos argentinos forman una pacotilla, que podíamos denominar de "rascadores de literatura".

No podría encontrarse entre ellos un Romain Rolland, porque para eso sería preciso que fueran otra cosa y entendieran la misión de las letras de otra manera. El valor, la alzada de los literatos argentinos, respecto de ciertas cosas, están sintetizados por Lugones dando conferencias en Francia por la Liga presidida por Hanotoux; o por Larreta que, al entregar un ejemplar de su libro a Foch, pone en la dedicatoria: "escribo su nombre temblando".

He ahí todo el levante, la esperanza de una verdadera y fuerte literatura, de ese grupo de los literatos argentinos, que se coloca indudablemente entre los mayores. Cantando atonados como un pájaro todo el día, esos no van a remover piedra alguna de las que tenemos sobre los ojos.

La dependencia es para ellos una condición de la literatura. Son monaguillos que siguen a un fascitol; boletineros o abogados de la criminal causa de los amos que los delegan o saben que cuentan en ellos con buenos procuradores. Algunos, como Lugones, son también sugeridores, y su sugestión es la de los escuadrones o de los tercios; lo que se llama "pesar por la espada".

No es una novedad que actualmente los literatos argentinos se aplican a parar todo lo que el espíritu revolucionario hace mención de destruir. Con todos los amos o los poderes de restauración — hasta con el papado o la Iglesia, — defendiendo las mayores inclinaciones o servidumbres, forman parte de una Santa Alianza, como la antigua de los esperadores contra la libertad o la revolución de los pueblos. *¡Graéculus!*— decía Romain Rolland, es decir griegos de la decadencia que iban a poner sus adulaciones de esclavos al servicio del amo de Roma; esta voz tenía todo el desprecio de los romanos...

Romain Rolland hacía a los literatos cabezas de la humanidad; mientras estos, el que no está ungido por Pellegrini, como Ricardo Rojas, o por Mitre o por Roca como otros, tiene toda

su consagración en una invitación a ser huésped oficial de algún gobierno, lo que es natural no puede suceder si no hacen una obra grata para él. Antiguamente el papa coronaba y bendecía el poder de los emperadores; hoy lo hacen los literatos.

Romain Rolland hacía a los literatos cabezas de la humanidad. Pero para esto es preciso tener como él una terrible conciencia de su responsabilidad. Libres de la subordinación del Estado y de la política, los literatos debieran ser faros que señalaran el verdadero eterno camino al pueblo; que disolvieran las sombras, destruyeran las mentiras, se negaran ellos mismos a girar o ser unos nuevos editores más de éstas. ¿No lo entiende así el pueblo, y sobre todo la juventud? ¿Qué cosa había de ser la palabra impresa sino emancipación; aquello a que se debía acudir para encontrar la destrucción de la mentira, de la obra interesada de opresores o de explotadores, y forjar el hombre su verdadera conducta?

¡En vez de esto, *graéculus* que toman parte en el mismo engaño, en la misma empresa de opresión general! No, no podía encontrar en ellos Romain Rolland, ni el pueblo, ni la juventud, a aquellas cabezas de la humanidad que buscaba. Debía sufrir el rudo desencanto, que anteriormente ya se había transformado en el útil excepticismo de algunos hombres como los anarquistas. Porque, en efecto: no es necesario leer al mayor número de los literatos; basta leer los discursos oficiales; dicen lo mismo. Es una literatura doméstica y dependiente; son escritores de cámara.

Si no podemos negar que tienen cabeza, no es aquella que está sobre los hombros; mejor sería una segunda cabeza de los amos mismos: aquella que está dentro del calzoncillo. Esta cabeza son los literatos...

Si nos fijamos bien, no es tanto que Romain Rolland defienda otra causa; defiende principalmente la independencia y un objeto o una misión de la literatura que parecían totalmente olvidados ya. El literato tiene un objeto y una responsabilidad, es en realidad que debe elevarse a cabeza de la humanidad, tal cual lo ha creído y lo ha buscado afanosamente el pueblo; es por eso que es la cumbre más elevada Romain Rolland hoy.

Lugones nos hace acordar a cierta trompa de tremendo

son, llamada *botuto*, que usan los indios de cierta parte de América; la Francia oficial, que difiere enteramente de la Francia ideal y de la que lucha por la revolución y la libertad, ha realizado el hallazgo de este *botuto*.

Este *botuto* ha ido a sonar sobre la tumba en que ha sido encerrado el cadáver del soldado desconocido, y sobre los campos de Francia, siempre con la misma temación de los Viviani, los Millerand, etc., que ya tiene a todo el mundo harto y cansado, y a los mismos gobiernos de las otras naciones aliadas. El *botuto* no ceja; retoma el aliento y prosigue. ¿Pero qué no será la propia sonrisa de los franceses, con el ardor del *botuto* sobre todo en el túmulo del soldado desconocido, cuando existe ya la duda patriótica de que el cadáver enterrado allí sea de un alemán y no de un francés?

Para terminar, haremos notar que uno de los traductores mismos de *Clerembault*, al anunciar en una de las últimas páginas una de sus obras, dice más o menos: "Esta obra ha merecido los elogios del eminente hombre público doctor Justo", lo que es seguir por otro lado la ruta de los literatos argentinos.

Siempre el *asno de las reliquias* — como decía Romain Rolland, — el que carga las medallas o las dignidades del Estado, dando el espaldarazo a la literatura. ¡Bien vamos!

Espíritu y bestialidad

¿Qué es más: un hambriento o un harto, un roto o un bien vestido, un suave y dorado filósofo ecléctico o un hombre, simplemente un hombre?

Al hambriento, al roto, al miserable,—hombre de todas las miserias, que se mueve por la necesidad física, como la bestia —se le cuelgan sólo ideas y cuestiones de bestialidad, por el hombre harto, el bien vestido y el satisfecho, que conocen otro epicureismo del arte, la inteligencia, la filosofía; la esfera en que aquél se mueve es de bestialidad, y la bestialidad ya está juzgada, con todas sus despreciables cuestiones de hambre, miseria, necesidad...

Es menos la bestialidad; la recta orientación del hombre a las cosas grandes y superiores, a las cuestiones del arte o la filosofía, ha hecho despreciable la bestialidad, con lo que se quiere decir que en un plano o una sociedad más elevada, ya no será cuestión de bestialidad, sino será totalmente cuestión de cosas más elevadas y superiores, como las de los talentos o los genios burgueses de hoy, por ejemplo. Sin embargo, todavía es cuestión de bestialidad, — hambre, miseria, necesidad — para una mayoría aplastadora de hombres, y eso muestra la inferioridad de la sociedad, que no satisfaciendo a la bestia, no puede saltar a satisfacer o cultivar el espíritu; pero: ¿qué os deja la sociedad, espíritu o bestialidad...? Os deja bestialidad, hambre, frío, falta de albergue de bestias... Vuestras cuestiones son espiritualmente "menos", porque aún lo menos no lo habéis conseguido ni conquistado. ¿Y se puede decir que os detendréis únicamente en lo de la bestia, que no trataréis de conquistar también lo del espíritu? No! Es esta doble conquista la que os habéis propuesto. Queréis el espíritu y queréis la bestia. Mientras ésta cuestione por hambre, por frío, por miseria, por forzada esclavitud, por no perecer o no ser vilmente sacrificada a cada paso; ¿creéis que el hombre ha conquistado su libertad, su derecho para ocuparse de las cosas superiores del espíritu...? ¡No ha conquistado ni aún lo de menos, que es lo de la bestia! Conquistarlo es, pues, un fin apreciable. Si la cuestión es inferior, — no es acaso una de las cuestiones superiores o sedicentemente superiores de la filosofía o del espíritu — es

la que deja la sociedad. Es la sociedad, hoy, la inferior para nosotros, que no ha resuelto las mismas cuestiones bestiales: hambre, frío, necesidad... Y la sociedad son los hombres.

"Pedís sólo lo de la bestia, — se dice —; sois bestiales y, por lo tanto, inferiores..." Ah! sí, podemos a veces no adolecer de filosofía ni de espiritualidad; pero el hambriento, el roto, el miserable, no obtendrían tampoco gran beneficio consolándose con la filosofía. Si habrían de seguir hambrientos, rotos y miserables, siempre serían inferiores o vivirían en una sociedad inferior, donde los hombres andarían hambrientos, rotos o descalzos. Epitecto no adolecía en verdad de falta de filosofía, y era un esclavo a quien su amo, en un arranque de furor, rompió una pata. Si en vez de consolarse con la filosofía o hablar como filósofo, hubiera hablado como esclavo, con el dolor de su pata rota, para destruir el poder infame del amo bestial, su cuestión hubiera sido inferior como la nuestra, y es probable que hubiera sido despreciada por todos los que desprecian también la nuestra.... ¡Vaya con el esclavo que no quiere que le rompan una pata; esta es una cuestión sin espiritualidad, sin superioridad ninguna...! Epitecto fué filósofo, pero vivió en una mala sociedad, padeciendo por ello. Esa sociedad estaba llena de cuestiones inferiores, bestiales para el hombre que vivía en ella. ¿Y no es esto lo que debía preocuparle, si en realidad quería desterrar para los demás hombres el perpetuo aprisionamiento en estas cuestiones bestiales, inferiores, como la del roto, o el hambriento de hoy?

Cuando desterremos toda cuestión bestial, no de nosotros, sino de la sociedad en que vivimos, — hambre, frío, miseria, necesidad, — entonces viviremos en una buena sociedad; entonces todos seremos hombres, y no habrá porqué ser distraídos de las más elevadas o superiores cuestiones espirituales, por ninguna de las cuestiones bestiales, que muestran la inferioridad de la sociedad... Hoy, despreciar estas cuestiones por poco espirituales, es una hipocresía o una infamia!

Eunuquismo

Hay una acción castradora para el espíritu, como hay una acción castradora para el cuerpo. De las dos formas se pierde la virilidad, se cae en el eunuquismo. Y no hay más que fijarse en lo que hace pesar su influencia la sociedad burguesa — el excepticismo en las ideas —, para darse cuenta que toda ella tiende a la castración de los espíritus, no dándose por satisfecha hasta que ha convertido a todos los hombres y todas las mujeres en el coro dócil, flojo y apagado de un rebaño inmenso de eunucos, incapaz de toda resistencia y de toda acción viril, que es el que da la nota en el ambiente social de hoy. No hay más que fijarse en todas las clases de tipos que representan lo progresado de esta sociedad, para darse cuenta que todos son eunucos espirituales, que para la virilidad del espíritu o la conciencia están castrados; que obran, proceden, piensan o se orientan, en los motivos que son su preocupación, solamente como eunucos... No hay un solo relámpago viril en ninguno de ellos; en ninguno de ellos hay potencia para abarcar más arriba las cosas, y todos están debajo o envueltos por ellas; sus ideas son de eunucos; los propósitos que se guían con ellas también... En una palabra: no hay virilidad de espíritu, no hay potencia: no hay más, cuando la hay, que la simulación campanuda del eunuco, que enronquece o engruesa la voz, para decir terroríficamente... ¡cosas de eunuco!

Naciendo todos los hombres más o menos viriles: ¿cómo se procede a esta castración? Muy sencillamente: envejeciendo o aplastando a la juventud en todos sus vuelos; descorazonándola y desviándola de su verdadera ruta; condenando todo lo juvenil, fuerte, de verdadero optimismo y de verdadera potencia; combatiendo como un alzamiento toda virilidad; lanzando sobre el hombre o la mujer joven, húmedos de ideal o de ensueño, como de la leche que han mamado, el coro bastardeador del rebaño inmenso de eunucos. Estos ya están castrados, ¡todos están castrados! Y mirad cómo viven, cómo prosperan y tienen éxito y son distinguidos en la sociedad... No hay nada más desmoralizador para la juventud que el espectáculo de la socie-

dad actual, con el triunfo de todos los eunucos. Y no hay odio ni encarnizamiento como el de éstos, contra los destellos de una virilidad o de una potencia genuina...

Esto pasa con las juventudes burguesas, que son las únicas que están en resalte o temen hoy los burgueses. En cuanto a los proletarios, se procede en otra forma: se les degrada. Si se dejan a los burgueses, y no nos referimos a uno en particular sino a la masa entera de ellos, el hombre y la mujer del pueblo serán igualmente embrutecidos y degradados; a él le convertirán en rufián o en espía, y a ella en prostituta. Y a ambos les emborracharán, les marcarán, les combatirán todo escrúpulo o todo pensamiento o sentimiento noble, hasta les "pagarán", para conseguir su propósito, o sea degradarles. Una vez degradados, ya no puede temerse virilidad de ellos tampoco. ¡Es peor que si estuvieran castrados!

¿Puede esperarse otra cosa de la sociedad burguesa, algún apoyo para la virilidad de espíritu, y en contra del eunuco? Decimos que no. ¡Ello es lo que se propone la sociedad burguesa, y en ello está su victoria!

Frente a esto, pues, los anarquistas somos como la remoción y la resurrección de la virilidad del espíritu, aplastada por los burgueses. Somos, contra el eunuquismo de éstos, todas las cosas juveniles, ideales, que hablan de la verdadera potencia y virilidad del espíritu. Somos la resurrección de la juventud; de nosotros puede decirse que queremos permanecer jóvenes hasta la muerte... Nuestra voz se escucha por los mismos que están ya castrados, y es voz de resurrección para ellos. Si se lograra solamente restablecer en su ser anterior a todos los castrados y todos los degradados, cuando eran jóvenes y tenían fe, ideales, sueños, es decir potencia y virilidad de espíritu: ¿no se habría cumplido obra de resurrección, y no sería ésta el fruto humano más bello, más hermoso, más puro y más bueno también? ¡Sí! Muchos nos oyen, o se oyen a sí mismos cuando no estaban castrados, cuando eran potentes y viriles; pero muchos son vencidos también de nuevo por el eunuquismo, admiten la castración, voluntariamente se mutilan o se dejan mutilar, siguiendo los consejos o la enseñanza del ambiente... ¡Son las cifras negativas! Y por abultadas y numerosas que

sean, cesan de tener importancia, porque en adelante son y serán sencillamente "eunucos", en todo lo que hagan o digan o piensen o escriban. Castrados, su ser se resentirá de la castración; no tendrá más la potencia y la virilidad de espíritu... ¡Serán ceros!

¡Petroleo y fuego! ¡Viva el incendio!

"Hay que devolver, hay que devolver"... Conocida es la frase del personaje de Zola, que resuena como un grito del corazón. No se eleva un rico en el solar de los pobres, sin tomarles su luz, su vida, su pequeña felicidad. Donde eran obreros de sí mismos, transfórmalos en obreros de su fortuna, y nada acaba por pertenecerles de su propio trabajo, ni que queden en sus campos, ni que tengan que marchar como forzados a la fábrica... Hácese rico, con lo que otros se hacen pobres; hácese dueño, con lo que los demás dejan de serlo; hácese bello, vive en una casa bella, con lo que los demás se hacen feos y pierden aún su cabaña para vivir: tienen que empezar a seguir la suerte de los inquilinos, y quien dice inquilinos dice no aceptos, desalojados o arrojados también... El espectáculo de éstos, golpea en el corazón como un llamador. Se les ha tomado lo suyo, su luz, su vida, su cabaña, su trabajo: y "hay que devolver, hay que devolver..."

Pues bien, no; no hay que devolver. Si se prefiere la reconstrucción económica de un país, no hay que ser infieles depositarios de la propiedad. No hay que devolver: antes se ha de destruir, incendiar... La propiedad no es una institución particular; es una institución social. Toda propiedad, sea de la especie que sea, de la cual nos desprendamos en beneficio de la comunidad, ha de influir empobreciendo a la restante propiedad. Por deber social hay que conservar, y si no se necesita o es preciso desprenderse de ella, hay que destruir. Lo que se hizo ya propiedad, sólo ha de pasar a ser propiedad o ha de extinguirse en poder de su dueño: es preciso que no vuelva, y mucho menos gratuitamente, a poder de aquellos de los cuales se sacó...

Suponiendo que en nuestras manos existieran concentradas riquezas tales de granos o productos que bastaran para satisfacer el hambre de todos los pobres del país, no podríamos darlas, ni aún cuando no las necesitáramos y no supiéramos qué hacer de ellas, sin conducir a la ruina a los comerciantes, todos los acaparadores, o toda una clase numerosa que necesita los pobres. Si aún quisiéramos darlas, en lugar de cumplir

la obra social de destruirlas, nos convertiríamos en un enemigo público, pues quien quita los pobres es un enemigo público. El capital local — y ya sabemos por "La Nación" o "La Prensa" cuán importante es para la economía nacional el capitalista local, — si nosotros alimentamos los pobres, perdería su clientela, sus entradas, la vida o el movimiento de sus negocios. Una gran crisis de la clase comerciante o poseedora bastaría para señalarnos como un verdadero enemigo público.

¿Cómo dar, pues? La economía saludable es la riqueza, aunque ésta vaya a parar a muy pocas manos. Habiendo riqueza, por la venta de productos al extranjero, por el encarecimiento artificial debido a la destrucción o el acaparamiento de los frutos, ¿qué importa que haya hambre?

Esta pobrecita Francia tuvo la guerra en una parte de su territorio, fué por ella muy castigada... Los que quedaron sin casa, sin hogar, pobrecitos de pedir limosna, fueron muy numerosos. Hubo allí ejércitos amigos que la defendieron: los ingleses y los norteamericanos. Llevaban con ellos muchas cosas, y eran una gota de agua, un grano de polvo entre la montaña enorme de las cosas destruídas, sin contar las vidas humanas... Al embarcarse para regresar, no las podían llevar con ellos; hubieran necesitado centenares de buques que no existían o que no podían disponerse para eso. Oh! en país tan castigado, no podían llevar sobre los pocos comerciantes que quedaban, sobre los pocos fabricantes, los pocos capitalistas, el nuevo flagelo de una crisis... Y así fué, nos refiere impasiblemente un periódico, que habiendo reunido en un espacio que podía medirse por centenares de kilómetros cuadrados, todos los automóviles, bicicletas, motocicletas, camiones, carros, cocinas de campaña, carpas impermeables, maderámenes, depósitos de víveres, todo, en fin, lo necesario a tan enormes ejércitos de millones de hombres, hicieron un gasto más: rociáronlo con petróleo y luego lo incendiaron...

¡Petróleo y fuego! Ya sabemos, cuando a la burguesía sobren los granos, los objetos y los productos, y nosotros tengamos miseria y hambre, dolor, necesidad, que veremos elevarse de todos lados inmensos braseros, y por siempre jamás toda crisis se habrá conjurado! ¡Petróleo y fuego, viva el incendio!

Ah! sí! ¿Zapatos, no?...

Excesivas veces se nos ha hablado del proletario como de un ser grosero, incapaz de dirigirse a sí mismo, indigno de la libertad, y que había de ser regido siempre, por cuanto, si se le diera libertad, sabría servirse menos que un pequeñuelo de teta. La más negra pintura se nos ha hecho de éste siempre, por lo que, a renglón seguido, hannos presentado, también siempre, las mismas existentes o nuevas fórmulas extremadísimas o esmeradas de regimiento, deducidas con el libro de ciencia a la mano, y con los más profundos estudios de lo que necesita un hombre o necesita una mujer, de manera de presentar un trabajo completo, absoluto y cuidadoso en el detalle, y con el cual va a decírsenos a todas y a cada una de nuestras cuestiones: "eso que usted pide, mi estúpido amigo, ya está previsto en la parte tal de mi trabajo; en el artículo tantos o cuantos de mi ley"... ¡Sin embargo! Sin embargo, este estúpido amigo — ¡vamos!, digamos este estúpido obrero, dejado de la luz de la inteligencia y el saber, como para que se debata en una noche obscura, — pide cosas impropias de un imbécil o un estúpido — ¡pide cosas de calibre!, — y toditos podemos ver que los que aspiran a regirle, herméticos en sus sistemas científicos, embobados en la contemplación narcisa de su vasto y enorme talento ecléctico (sobre todo ecléctico), ni le entienden ni pueden entenderle; y así entáblase entre ellos este diálogo:

Obrero estúpido. — Pienso que en la absoluta libertad encontraremos recién lo que pueda ser la sociedad natural de los hombres; que todo sistema artificial quedaráse siempre corto, y él estropeará además muchas cosas preciosas del hombre... Pienso que si todos son libres, sería fácil arreglarse, con sólo dejar que todos los demás sigan siendo libres. Entiendo que este es un ideal suficiente amplio para la Revolución. Si hemos de aspirar con alguna grandeza, nada más que el Comunismo Anárquico puede ser mi aspiración.

Doctor sabio. — ¡Ah! ¿calzado?... ¿Se acuerda usted ahora de calzado? Sí, también tiene derecho usted al calzado, y ya está eso previsto. ¡Tendrá usted sus dos pares, y creo que no he olvidado nada, pues usted necesita — aunque tal vez no se haya dado cuenta, — su par de paseo, y su par de trabajo; y voy a explicarle cómo con esta distribución no tendrá usted de qué quejarse... (Sigue en forma de conferencia, y después se edita en folleto).

¡Entendidos! Sí, señor: entendidos... Es así no más cómo "Migo" — sabio, — entiéndote a "Tigo": — estúpido... Y, ¡vaya! Tú no tienes la culpa de no haber aprendido más; eres un estúpido con toda la rebarba; eres un ser grosero que te exaltas y gritas mucho con tus ideales que van por arriba de tus dos pares de calzado, y "Migo", como hombre fino y educado, ríese discretamente de la grosera exaltación de "Tigo"... ¡Siempre has de ser el mismo animal!... Afírmome que no tendrás nunca tus dos pares de botines sin "Migo"...

¡Señor, señor! ¡Pero para qué mala cosa quieren la libertad los proletarios!... Decíase antes que las ocho horas habían de dejarle por lo menos otras ocho para la taberna y el prostíbulo, y que por lo tanto cada hora libre era una hora de corrupción para ese pobrecito, incapaz de servirse ni apreciar la libertad. ¡Pobrecito!... Lo mismo dícese ahora para toda su libertad. Pero ha ocurrido que ese estúpido, que tiene en su contra la dureza de su caletre, como un adoquín, ha aprovechado dichas ocho horas de libertad, para regenerarse, para pensar, para querer hacerse hombre; nada ha respetado, y aun se ha hecho los peores ideales; ya quiere campear solo, y aun rechaza a "Migo", que, sin embargo, si él me delega su atención, voy a darle sus dos pares de botines, y aun unas botas altas, si las necesita... ¡Hombre! Hay que oponerse a este horror de que se imponga su estupidez. "Migo", todos los doctores y todos los intelectuales — Max Nordau, en "La Nación", aconseja derechamente el remedio— debemos bajar a hacerle doctor y sabio en esas ocho horas.

Ante el movimiento mundial, los sabios, los verdaderos sabios, demuestran saber oir y comprender agudamente una cosa: ¡Son sabios y son agudos!

—Ah! sí! ¿Calzado? — dicen. —Sí, va a darse calzado...

Y de la mismísima manera, compréndennos en los ideales que ya tenemos aquí, los que nos dicen:

—Ah! sí! ¿Anarquismo? Pues, ya os hemos entendido... Tendréis maximalismo...

¡Hay que salir al cuidado de los pobrecitos estúpidos! Es un peligro dejarles a ellos estas cosas. Por consiguiente, vamos a reunirnos en "petit comité", y a hacerlo todo nosotros. Esos estúpidos no se pondrán de acuerdo nunca, y aun si hacemos un arreglito entre jefes, será por ellos protestado, pues no reconocen ni han empleado sus ocho horitas para tener jefes. Esos estúpidos quieren: *I-d-e-a-l-e-s*...

Les hemos entendido, pues. Les daremos: *Z-a-p-a-t-o-s*.

Matrimonio y propiedad

El matrimonio legal sólo reconoce la unión consagrada por él, con todos sus fines de crear la familia, los hijos legítimos herederos de los bienes, etc. Es una consecuencia de los privilegios y de la propiedad. Y la familia a que mira es la familia burguesa hoy, como ayer, mucho más fuertemente, fué la familia feudal. Tiene por objeto hacer que no escape de las manos el privilegio ni la propiedad, prolongando y desenvolviendo el ciclo familiar a que han de pasar uno y otra.

Sin embargo, la propiedad no es tan absolutista como los otros privilegios de feudalismo o de realeza, porque se funda ya en la sangre, y porque no en vano la burguesía ha nacido de una revolución.

Así, para la burguesía, no es indispensable ya el matrimonio. Cualquier libre unión es también un matrimonio, con los mismos fines de crear la familia, los hijos, etc. Sólo que está formada al margen del matrimonio legal y los hijos son naturales, etc. Pero esto retiene igualmente los bienes, y sólo encuentra oposición cuando se levanta delante el matrimonio legal, que entonces éste es intangible.

Lo que no admite transfugación, aquello que no se puede abandonar sino en manos de otro propietario que lo cultive o lo conserve, es el derecho de propiedad. La burguesía, pues, reconoce toda clase de familia "natural", y libremente toda la voluntad del burgués para testar, donar, etc., considerando todo esto, no ya como un abuso, sino como un uso de la propiedad. A los proletarios, siempre, a los desposeídos o empobrecidos para crear esta propiedad de los burgueses, esto: que no tomen el puño que se hace saltar con un golpe en el codo, en el feo gesto que con esto se hace; que se queden con dos cuartas o dos leguas de narices...

Muchos burgueses huyen en verdad del matrimonio legal, que es un contrato de intereses, para buscar en otras uniones el deseo de amor desinteresado o romántico que los anima. La burguesía, previsora, salvaguarda la propiedad aun en estos casos, y deja a la moral pronunciarse acerca de la ausencia del matrimonio legal. Así, las posiciones están ya tomadas: el

matrimonio legal puede ser demolido; no se demolerá el derecho de propiedad, sino que se adaptará simplemente a la nueva familia natural.

Que hay un paso en esto, nadie puede dejar de reconocerlo. Pero mientras no sea demolido en realidad el derecho de propiedad, poco significarán las uniones libres de los burgueses, más que su libertad en el amor, contra el matrimonio legal, y claro es, contra el matrimonio religioso, que es más absolutista aun, porque en él va el dominio del clero y éste lucha por no perderlo.

El anónimo

Hemos logrado un buen triunfo sobre la afanosa y grosera realidad con que se condicionan todas las cosas. No nos representamos la idea del dolor y de trabajo en aquello que consumimos o devoramos con la mayor indiferencia, como si existiera por encanto y no fuera la obra de partos siempre laboriosos. Hemos apartado la vista del trabajo, del horno, de la usina o la retorta de dónde salen limpias y terminadas las cosas que necesitamos, y que se nos aparecen despedenculadas, sin sombra del gajo que las unía al árbol de que fueron desprendidas. Así, en el restaurant, nuestra mirada se deja vagar en las luces, los blancos manteles o servilletas y los platos servidos en la mesa, y se aparta de la trastienda, la cocina, de la que muy frecuentemente no tenemos una idea siquiera. Trabajar, guisar en la cocina, aderezar en la trastienda: sí, alguien lo hace, pero esto es total y absolutamente anónimo. No nos interesamos en descifrar este anónimo. Y cada cosa es un anónimo que nos metemos al bolsillo o nos llevamos a la boca, sin preguntar siquiera qué esfuerzo ha costado y de qué hombre procede. Cualquiera que sea el trabajador y cualquiera que haya sido el dolor y el esfuerzo, es igual... No preguntamos sino por cosas listas y concluídas, por la fruta pelada y aderezada: resultados, y no trabajo... Estamos en una condición envidiable: la de ignorar el esfuerzo del trabajo, y engullir como buenos gastrónomos experimentados, sus resultados... Ignoramos al trabajador que es un anónimo para nosotros, y tampoco queremos recordarlo. ¡Vaya, es sucio, miserable, va con las manos cubiertas de tierra, y trabaja o vive todavía en los peores sitios! Preferible es correr el velo del anónimo sobre todos los trabajadores. Disfrutar o gozar es lo que tenemos que hacer; si las cosas se nos aparecen listas y servidas, podemos librarnos del pensamiento del trabajo, y escoger entre todas las cosas existentes como los buenos catadores experimentados que somos. ¡Sús! Cuanto más anónimo, más absoluta ignorancia sobre todo, mejor. No queremos ver siquiera la sombra del hocico de un trabajador. Para ver seres humanos, nos basta con los que están sentados en las mesas, entre los cuales no faltan las

bellas señoras, y hay la armonía de las personas delicadas y los buenos vestidos.

...Lejos y anónimo, fuera de la sala y de nuestro espíritu completamente está el enjambre, la turbamulta de los trabajadores, con cuyas sombras idiotas nos hemos cruzado en la calle alguna vez. ¿Quiénes son ellos? ¡Anónimos como las cañas que han semillado las espigas del trigo, o los árboles que han madurado los frutos que están en la frutera! Anónimo el sembrar, anónimo el carpir, el cosechar, el moler, el forjar los tenedores o los cuchillos, dar energía a las lámparas eléctricas, tejer los manteles o las servilletas: ¿no está bien para librarnos del pensamiento del trabajo y llevar una existencia triunfadora, despreocupada, y que sabe aislarse, para gozar de la vida con gran delicadeza...?

Ah!, sí, sí! Vamos lejos en nuestra riente despreocupación y hemos logrado apartar totalmente la vista del trabajo y de los trabajadores. Pero que venga una huelga de granos, una peste o un padecimiento de ellos que los destruya, y nuestra vista volverá a fijarse ansiosamente en las cañas del trigo para conceder a su desarrollo todo su valor; que venga una agitación, una negativa, un gran movimiento de los trabajadores y nuestra mirada se fijará en ellos con la más grande consternación o preocupación. ¡Hombre, sí! ¡El enjambre, la turbamulta, el batallón apretado de todos los trabajadores anónimos, de allá lejos, fuera de la sala! ¡Hombre, sí! El cocinero, el panadero, el forjador, el tejedor, el albañil, el estibador: cuadrilla, nube, manga, turba airada y colérica... ¿Qué era, pues? Muy sencillo; que nosotros los ignorábamos, y ellos nos vestían, nos calzaban, nos alimentaban, y han acabado ahora por hacerse presentes. ¡Adiós despreocupación, sabiduría para gozar! Con un gesto pueden quitarnos todo. Adiós anonimato de las cosas; ahora están aquí sus editores: editores de un pan, de una taza de café, de un repollo o de una libra de carbón, como editores de libros o autores que reclaman sus derechos... ¡Adiós ignorar, el suave sueño desprendido, y las cosas que existían por encanto como si manos invisibles las hubieran trabajado! Ahora está aquí la mano, el brazo, el torso y el rostro, y todo adquiere una enorme potestad. ¡Qué fuerza tan formidable, y ni siquiera habíamos pensado jamás que ella era necesaria para tantas cosas pequeñas! ¡Adiós mundo riente, existencia triunfadora! Ahora está ahí el autor, el editor; ahí está el padre. Trabajaba sin cesar en la obscuridad, para que unos cuantos chupines o borrachines lleváramos una existencia despreocupada y triunfadora, con pan, cama y mujeres, taponazos de champaña, y lo más lujoso de todas las cosas. De acuerdo con nuestro tipo vano, nos subimos como una espiral de humo que se perdía de vista en el azul. ¡Qué cantar y reír, y cuánto hemos gozado o disfrutado! Nos asomábamos abajo, con la cabeza enloquecida y pedíamos: "¡más vino, más sangre de las viñas: estas uvas no están buenas, y traednos más mujeres y todos los tesoros de Aladino!" Nuestra vanidad no reconocía límites, y nuestro deseo se espoleaba de continuo. Pero, ahora, el que lo alcanzaba todo está cansado, y sobre todo de nuestra vanidad. Cierra la mano y pone término a nuestras orgías y nuestras locuras. Ahora quiere fundar un mundo de trabajadores. Y por la primera vez, consternados, escuchamos una negativa. ¡Una negativa, cuando nosotros hasta aquí hemos tenido todo lo que hemos querido! ¿Y de quién...? Del mozo, del cocinero, de toda la turba anónima de trabajadores... ¿Y no es todavía que con sus manazas, que derriban un toro, quieren rompernos la cabeza? ¿Pero esto es entonces la revolución social? ¿Son las heces?...



La Cárcel

Radowiski

Cuatro años!... El 14 de noviembre de 1909 cayó Falcón, el autor execrado de la masacre de obreros del 1.o de Mayo del mismo año. Breve y corta fué la espera; sonante y no imaginado el escarmiento! El instrumento de esa justicia popular, el brazo ejecutor y también la voluntad que dirigió el brazo — ¡Radowiski, Simón Radowiski! — está actualmente en Ushuaia, en la helada Ushuaia, donde no se manda únicamente a los que obraron con el hecho — a los que ésto lo descontaron, pues ellos "se dieron a perder como otros a ganar", según la frase manriquiana de Machado — sino a los que obraron con la palabra por la libertad de los oprimidos: testigos nosotros que allí hemos estado...

El instrumento de la voluntad falconiana, de la voluntad que abrió sobre la muchedumbre rota, flaca y descolorida el fuego de fusilería que en aquel día segó y tendió tantas vidas en el empedrado de la calle — ¡Jolly Medrano, el jefe Jolly Medrano! — está hoy en el mismo puesto, manda los mismos hombres y responde más o menos a la misma voluntad, pues Falcón fué sustituído y la condena a la muchedumbre rota, flaca y descalza pesa con la misma fuerza, porque no es condena por delito sino defensa con bayonetas para no dejarla llegar a aquello que le han despojado: aquello que la ha dejado rota, flaca y descolorida y ha enriquecido, adornado y vestido con una dignidad nueva a sus parásitos y explotadores. ¡No! No es condena por delito y posiblemente con éste no se use tanta barbarie; es simple defensa de la propiedad, del derecho de propiedad! La ley es así; el mundo está constituído en esa forma.

Contra el que rompe un vidrio y más si es de un patrón poderoso, la policía no tiene más remedio que hacer fuego. Tanto peor si por un vidrio deben caer diez vidas. ¿De quién

es la culpa?—se preguntará el diario socialista. Forzosamente del que toma el vidrio, aunque sea a pedradas. Por eso la voluntad falconiana que abrió en aquel día el fuego de fusilería, segando y tendiendo tantas víctimas en el empedrado, sigue inspirando el mismo instrumento, colocado en el mismo puesto, mandando a los mismos hombres armados de los mismos o más perfeccionados fusiles, para contener a las muchedumbres rotas, flacas y descalzas que intenten acercarse a los dominios del propietario. Esto también lo hemos visto después de ser sacado Falcón, y aún si fuera sacado Jolly Medrano lo seguiríamos viendo...

Sólo un breve punto, el instante del fogonazo de la bomba toda llena de muerte, lo mismo para el inocente que para el culpable, nos iluminó el resplandor de la justicia popular, que alumbró los espacios y los cielos con fulgor desconocido. Después, volvimos a caer cual antes, peor que antes. En mis recuerdos destácase el "Guardia Nacional"; las corridas por sentinas y cubiertas con dos soldados que nos golpeaban despiadadamente con las culatas herradas de los máuseres; los cuarenta días sin poder hablar, ni moverse, ni fumar, ni leer, ni recibir nada; las cabezas rapadas, blancas, ridículamente desguarnecidas de los compañeros; los trabajos de aseo y limpieza del buque cantando tristemente, entre dientes, los cantos y los himnos nuestros, de amor y esperanza; las requisas de todos los días, a pesar de que no se acercaba nadie; las palizas colectivas un día, a la caída de la tarde, seguidas de imbéciles ejercicios militares; los nuevos compañeros que iban llegando, precipitándose despavoridos por la estrecha escalerita vertical a las bodegas, al ruido de los gritos y de los machetazos que sacaban sangre; el tropiezo y la caída del pobre viejito Ferrer, de sesenta años, y la turba militaresca que se le fué encima a levantarlo a culatazos; la barra y los grillos; la separación de los argentinos y los extranjeros; las deportaciones acompañadas de palizas, ayes, gritos, de los cuales nos llegaba el eco en la bodega... Después la libertad... Y después "La Batalla" y el centenario. Y después Ushuaia, donde está ahora Radowiski... Y después, todavía, las condenas por la ley social de Albino Dardo López y todos los que han caído por esta causa... Oh! sólo un breve punto nos iluminó el acto de

la justicia popular. Esto no fué más que una piedra que se tragó el agua inmensa.

Compañeros! Nos toca lo mismo hacerlo todo. Fuera de estos incidentes que devoran tantas vidas — fuera de las masacres, como la de 1909, y de las vindicaciones, como la de Radowiski, que son meras incidencias, accidentes de la lucha — la idea anarquista sigue su curso y debemos permanecer en la batalla. Ni triunfó con Radowiski ni la mataron con las masacres, prisiones, deportaciones, etc. Aceptemos, no obstante, las consecuencias de la lucha, como por fuerza han de aceptarla también los burgueses; no nos hagamos aspavientos; ni nos desolemos ni nos querramos echar atrás! El porvenir es nuestro. La violencia es sólo de este momento.

Un rato a Serú

MIENTRAS LLEGA LA CAMARITA

...Para concluir con una verdadera incitación a que se repitan semejantes actos criminales, en su último apartado que dice: "¡Compañeros! Nos toca lo mismo hacerlo todo. Fuera de estos incidentes que devoran tantas vidas — fuera de las masacres como la de 1909, y de las vindicaciones, como la de Radowisky, que son meras incidencias, accidentes de la lucha — la idea anarquista sigue su curso y debemos permanecer lo mismo en la batalla. Ni triunfó con Radowisky ni la derrotaron con las masacres, prisiones, deportaciones, etc...."; en el cual como se ve domina la propaganda ácrata, pero, como se ha dicho anteriormente, la propaganda malsana, la verdaderamente criminal, la que hace del crimen de Radowisky una "vindicación".

(Sentencia del juez Serú).

A la espera de que la camarita publique su sentencia — que supongo no querrá tapar como el gato el excremento; o tal vez sí, pues si su consigna era condenar (lo mismo que la de Serú) no puede hacerlo sin vergüenza para el público o sin tocar, como el mismo Serú, términos de ridículo que la harían ruborizar — voy a entretenerme en analizar una vez más la famosa sentencia del juez Serú, poniéndole algunos puntos sobre las íes que serán bastantes para dar un reflejo de su donosa ortografía, a la vez que de su deschavetada asociación de ideas y de su imaginación frondosa, que le llevan a fundar premisas inexactas, y, sobre ellas, construir todo un vasto silogismo por medio del cual pasa, sin soluciones de continuidad, de la afirmación a la afirmación contraria, para terminar estridentemente en punta: "que hago propaganda por la vindicación; que incito a que se cometan actos criminales!!!"

El señor Serú, que se pone orgulloso de que en alguna parte se le llame juez "a quo" con lenguaje cuarialesco, me parece un pobre enfermo mental: su silogismo, al menos, haría mover la cabeza dubitativamente al sabio doctor Toulouse que

ha estudiado todas las alteraciones de la facultad de razonar; y el silogismo es una de estas alteraciones que conduce al absurdo; todo él es la lógica de los locos... Bien que, en este caso, ya sabemos que lo que altera al señor Serú es la consigna dada; es la posibilidad de encontrar en mi escrito algo que condenar para cumplir con la consigna; es el odio fiero, la persecución encarnizada del señor Serú, juez "a quo", (le diremos así sin saber bien lo que eso quiere decir; y ojalá sea una mala palabra), quién, no encontrando bastante claro, evidente, el tono de mi artículo, recurre al silogismo para hacerme decir lo que no quiero y fundar sobre ello un fallo condenatorio.

El presunto artículo en que incito a que "se repitan semejantes actos criminales", no lo he escrito todavía; y el señor Serú no tiene derecho a suponer nada, absolutamente nada fuera de texto, pues si hubiera querido decir otra cosa la habría escrito. ¿Se me quiere negar también el derecho a dejar de escribir lo que "no quiero" y ha de condenárseme por no haberlo querido escribir, como si lo hubiera escrito, porque le hace falta al señor juez para formular su fallo condenatorio? ¿Por qué no lo dictó absolutorio, si lo escrito no era bastante claro, terminante? ¡Ah! porque había el odio y la consigna; dos causas de absurdo que se advierten a la legua en los silogismos del señor Serú! El odio (y si es bajo, impotente, mucho peor), puede convertir al hombre más sensato en un paranoico razonante. El estado de odio es un estado anormal. ¿Qué diremos del estado de consigna, que alteró aún más al señor Serú? Toda su sentencia, absolutamente toda, lleva la marca de estos dos infelices estados de conciencia... Ya he dicho que eso no es sin causa, que es por el contrario "con causa" y que como hombre puede absolvérsele; pero como "justicia", eso no es justicia: es un vivo delirio!!! Se me quiso dar un juez, y sólo se me dió un paranoico razonante...

A mí no se me condena por nada de "incitaciones", porque en mi artículo exista nada de eso. Y si no, léase mi artículo... A mí no se me condena por mi "opinión" de que el acto de Radowisky pueda ser una vindicación; no se me condena por ninguna propaganda, aunque en el lenguaje paranoico del señor Serú así se dé a entender. Esta opinión, vertida

allí voluntariamente, por la necesidad de expresar con una antítesis lo opuesto a las masacres falconianas mencionadas en el mismo párrafo y en la misma oración, es lo que se me condena. Ahora que estoy condenado, no tengo más remedio que sostenerla y la sostengo. Pero no era esa mi intención; y sobre todo, no era ese el objeto de mi artículo.

Es esa opinión lo que les molesta, lo que se ha tratado de reprimir con la ley; mi delito es delito de opinión, no es de propaganda ni tiene relación alguna con el bienestar general, y menos con la seguridad social, sino pura y únicamente con las prohibiciones dictadas al pensamiento. Esto es todo, si bien es también la tiranía; el señor Serú no tenía necesidad de extremar la lógica de un paranoico razonante, para justificar, además, que mi opinión era una propaganda, que tenía que ver con la ley social, etc., etc.

Veremos la camarita, que también me ha condenado, sino tapa su seguramente ingrata lucubración, como el gato el excremento. ¡Veremos la camarita!

Un rato a Serú

COMO SE ELABORA UNA SENTENCIA ABSURDA

...Y al consignar en el artículo **14** (de la constitución) como un derecho de los habitantes "el de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa", consideró a efecto de realizar fines determinados que se armonicen con los propósitos del Estado y con los ideales de la sociedad, y no como un derecho inherente al hombre...

El juez Serú

La libertad de la prensa sería un elemento de desorden si los que abusan de ella no estuviesen sometidos a la legislación y a los jueces.

Lucio V. López

La libertad de la prensa sabiamente comprendida es esencial a los Estados, pero ella consiste en no poner traba alguna a las publicaciones, y no en la ausencia de toda represión si fuera "criminal" (lo subrayado es de Serú) el escrito publicado.

Blackstone

Todo hombre libre tiene incontestable derecho de hacer conocer sus opiniones en cualquier materia; poner obstáculos al ejercicio de ese derecho es destruir la libertad de la prensa, pero si publica cosas "perjudiciales e ilegales" (subraya Serú) es responsable de las consecuencias de su temeridad. Sujetar la prensa al poder restrictivo de un "censor" (subraya Serú) es someter la libertad del pensamiento a las preocupaciones de un solo hombre, es hacerle juez arbitrario e infalible de todos los puntos controvertidos en la ciencia, la religión y las materias de gobierno; pero castigar los escritos peligrosos e injuriosos "después de publicados" (subraya Serú) es una cosa necesaria para el mantenimiento de la paz y el buen orden en toda sociedad civilizada.

El mismo **Blackstone**

Es pues verdad que castigar la licencia es "mantener la libertad de la prensa".

El juez Serú

El Congreso tiene derecho de legislar sobre los abusos y delitos de la palabra impresa, a no ser que el abuso sea sinónimo de uso legítimo o la licencia sea la libertad por excelencia.

Sarmiento

...Y si ha previsto y castiga los "delitos comunes" (artículo 12 de la ley) cuando se cometen por medio de la prensa (artículo 23 de la ley), es porque su intervención o el papel de la prensa se asemeja a un instrumento cualquiera, y como dice el señor Agustín de Vedia, citando palabras de Arosemena y Sarmiento, es en ese caso la pluma para el escrito, el puñal para la herida, la llave

para la puerta, es cuando puede decirse, sin metáfora tal vez, que el escritor ha cambiado el puñal por la pluma.

El Juez Serú

Punir la apología de un hecho o del autor de un hecho que la ley prevé como delito es "proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para todos".

El Juez Serú

He ahí todo lo que sirve de médula a la famosa sentencia del juez Serú, aparte de sus incursiones — que no menciono— a las constituciones de Méjico y de Colombia, países que le parece deben tomarse como patrones de la libertad en América, y que no tienen nada que ver con la nuestra, pues contienen artículos diferentes y hasta contradictorios sobre la libertad de la prensa; (también menciona la del Uruguay, pero sin entusiasmo por las costumbres políticas de ese país, que son de absoluta libertad, a pesar de la cláusula constitucional que allí existe de legislar contra la prensa); — y de otra cita todavía, ésta contra los anarquistas, tendiendo a demostrar el carácter criminal de cierto grupo en que naturalmente nos coloca —: "Existen ciertos grupos anarquistas que tienen por misión la propaganda de ideas; ellos profesan doctrinas que repudiamos de una manera absoluta sin que seguramente nadie de entre nosotros haya pensado incriminarlas bajo el punto de vista legal. Pero al lado de esta categoría de anarquistas que no se ocupan más que de la propaganda de las ideas, hay otros, muy por el contrario, peligrosos, que tienen por misión la propaganda por el hecho; son estos "actos bochornosos los que deben castigarse". (Fladin, relator de la ley social francesa).

He ahí todos los elementos de esa enredadísima sentencia que un diario de esta capital — "La Argentina" — ha llamado "luminosa"; (¡Las luces también que tiene "La Argentina", el diario "moderno, independiente, impersonal"... insubstancial... y en decadencia por añadidura!) y que más absurda no puede ser; — ni puede reeditar más fantasmagorías; ni en todo y por todo puede asemejarse más justamente a la obra de un Quijote paranoico en lucha con molinos de viento, en deschavetada empresa de decapitar gigantes imaginarios...

¿Cómo ha podido unirlos el señor Serú para hacer una tesis coherente... a la manera de don Quijote con sus estúpidas caballerías? Pues, muy sencillo, atiborrándose el seso con lecturas de estúpidas caballerías, y manipulando después los elementos de estas lecturas. Sólo estos elementos se encuentran en la manipulación; son la médula, la única médula, de la tesis frondosa del Señor Serú, y al descomponerla en ellos nuevamente se puede ver la falta de fondo, la falta de seso del señor Serú, por el hilo loco de su manipulación y la reunión imposible de elementos heterogeneos, a la vez que por la incapacidad de establecer la necesaria distinción entre los elementos de sus lecturas y los elementos diferentes de la realidad; entre los gigantes de los libros de caballería y los molinos de viento que se elevaban ante su vista...

El señor Serú se ha alzado hasta la altura de un desfacedor de entuertos peliagudos, porque le han asegurado, al hacerlo juez, que había una infinidad de tuertos que enderezar en la sociedad y que sólo él podía encargarse de ese trabajito ¡Todo el mundo ha contribuído a la locura de un hombre! Y llamándole todavía juez "a quo"—que ojalá fuera una mala palabra, aunque parece un remoquete de risa — han hecho más aguda su monomanía... Nadie pensó, al inflar así un chanchito de viento, que podía desplomársele después encima como globo rasgado... El señor Serú a fuerza de ser proclamado desfacedor de entuertos, va a encontrar tuertos que enderezar en todas partes, como los encuentra ya, y de los peliagudos, hasta en el periodismo, en la prensa... ¿Dónde irá a parar, qué rincones llenos de polvo y telarañas de nuestra ciencia miserable no querrá limpiar mañana, si le siguen dando cuerda, le forman corro o le dan piolita?... ¡Vaya usted a saberlo! Poco cuesta crear un fantoche. Pero después el fantoche quiere imponer su conciencia de fantoche. ¡Es el peligro de hacer consentir a nadie! ¡Una vez elevados no quieren ya apearse y se hacen su doctrina, su teoría especial, que, si se escucha, nos pone a todos a los pies del fantoche! He ahí lo que nos pasa con Serú. El resultado no puede ser más absurdo ni más ingrato para nosotros...

Examinemos, ahora, la doctrina de Serú; fijemos nuestros ojos en su manipulación, que hace con cierto orden, con cierta regla, como fantoche habituado... Veámosle trabajar, construir

mañosamente su tela como una araña de la rutina... Penetrémonos en él, nosotros que somos algo psicólogos.

Nuestro fantoche suda bárbaramente, buscando de crear la persona de fantasmagoría a la que ha de hundir el cuero en la persona real que tiene entre sus garras. (Nótese las dos personas). He aquí lo que hace: lo primero establecer el tuerto, (este orden a veces lo invierte); lo segundo establecer que el tuerto es peliagudo para que todo el mundo se penetre de la necesidad de enderezarlo; lo tercero atar cabos, manipular un cabo completo de varios cabos sueltos; lo cuarto respirar fuerte por las narices y pararse a contemplar la obra realizada; lo quinto írsele como un tigre a la persona real, no viendo ya en ella sino a la fantasmagórica, a los gigantes imaginarios de los molinos de viento y aplicarle la tundidura... Esta es la escena más culminante, es el desenlace del quinto acto, y después ya queda libre el fantoche para otra pieza, otra representación.

Todo esto, sin embargo, no se hace sin que el señor fantoche penetre en las fantasmagorías que va creando, experimente sus sensaciones, sufra y goce con ellas... El fantoche está como un loco con las fantasmagorías que aturden su cerebro — así don Quijote, no sin cierto temblor, acometía a los molinos de viento —: los instintos inconscientes que le llevan , creyendo ejecutar actos de habilidad deliberada, a escojer siempre los aspectos favorables a su imagen fantasmagórica, denuncian una verdadera locura, pues todo loco "barre su casa para adentro", no carece de habilidad para conducir desde cualquier punto todas las cosas, aún las más extrañas, al objeto de su locura. Pero no es ésto solo: el fantoche tiene terrores de los que se siente feliz y habla de ellos voluptuosamente—como ser de los desenfrenos de la prensa y otros que le causan terror, pero al mismo tiempo le transportan de placer al pensar que él tiene el poder de remediarlos —; ama estremecerse con las imaginaciones catastróficas que su cerebro le sugiere; se siente dueño del objeto de sus terrores (cosa de todo loco) pero en realidad es su esclavo; apesar de todo, se siente impulsado a agrandar la visión angustiosa de los actos que evocan en él una sencilla palabra o una simple exclamación. como por ejemplo la palabra "vindicación"; finalmente el mismo impulso irresistible le lleva a evocar otros nuevos (crímenes de una perversidad desconocida que se ocultan en un atraso, en una palabra, como el gusano en la hoja), y que él refiere con términos absolutamente precisos; uno a uno, como si repasara las cuentas de un rosario: "Incita — dice con los ojos agrandados, desmesuradamente abiertos y como contando el resultado de una visión — ; incita a que se repitan semejantes actos criminales..." "Su voz maquinal, sus labios que se mueven apenas como absortos en la contemplación de aquello que van musitando, ocultan la tempestad de las aguas profundas. De repente, en un furioso acceso, como ola hinchada, como serpiente que se da contra el suelo, vuelto a poseer de todos sus terrores, dirá con grito sobrehumano "¡¡¡es la propaganda malsana, es la propaganda verdaderamente criminal, es la que hace del crimen de Radowiski una "vindicación"!!! Y caerá dando alaridos, se agitará dos o tres veces todavía con tristes aullidos, ayes lastimeros... En este momento el fantoche está loco, no hay ex-voto ni oración salvadora que lo pueda aplacar. Es preciso que se le deje condenar, como a ciertos epilépticos, es preciso que se les de a morder una alpargata para que desfoguen los ímpetus de su tremenda enfermedad.

¡Esto es la consecuencia, para el fantoche, de haberse dejado consentir y haberse consentido: ser un incurable enfermo mental! Se conoce al juez en la degeneración de la sensibilidad por su trato con criminales, cuyas son las almas en que siempre se paseó. El juez que llega a ser un perito — y aún superar a los mismos criminales — en definir los motivos de la criminalidad, tiene que ser un degenerado de la sensibilidad, a quien en vano se le pedirá una noción exacta de las cosas. Y una vez acostumbrado a estas emociones fuertes, y que él reanima en lo posible para penetrarse bien del horror de la criminalidad, que es su salsa, su tinta acostumbrada, es difícil que otra cosa le satisfaga. Todo le vendrá mal, grande, vacío, como al alcoholista que deja de beber... ¿Qué sería del juez Serú si de repente se acabaran los criminales? ¡Los crearía de su imaginación; con su solo poder de evocación los haría surgir de todas partes! "Si no existiesen los criminales habría que crearlos", diría parodiando a Voltaire. Y esta necesidad es en él tan imperiosa, tan absoluta, que donde no

existen él los crea. Dadle quien quiera que sea al juez Serú, y en un santiamén os lo convertirá en criminal; os enumerará la lista inmensa de todas sus perversiones inéditas; os dará un trabajo artístico en este sentido... ¡Me creó a mí, criminal, que no es poco crear de un hombre que sólo había escrito unas cuantas líneas en un diario! En seguida me buscó catálogo, clasificación, ejecutó un inmenso trabajo técnico; se puso loco, se puso furioso, como le acontece cada vez que lo persigue del crimen su obsesión del fugitivo e impune; y para aplacarse me condenó... ¡Este epiléptico es sumamente raro! Se enoja contra la alpargata, la vista de ésta le produce el acceso y después no se calma sino se la dan a morder, si no clava en ella los dientes hasta la encía...

Pero ahora recuerdo que, al descomponer la sentencia y aislar los elementos principales que he puesto de frente de este artículo, quería hablaros de los trabajos técnicos del señor Serú, prescindiendo de la locura o la marota en beneficio de la cual los hace, barriendo, como es natural en él, su casa para adentro... En estos trabajos técnicos el señor Serú revela bastante habilidad, tiene cierto ingenio picaresco que le favorece para hacer pasar por gracias los absurdos y por chistes sin importancia ciertas cosas graves y solemnes que espantan su locura; es, en fin, un retorcedor de la ley concienzudo, que exprime bien su estropajo.

Miremos cómo lo hace: En primer lugar tomo — dice — el artículo 14 de la constitución que habla de "publicar sus ideas por la prensa sin censura previa", que me conviene mucho — para aplastarme a mí; no tiene otro objeto el trabajito del señor Serú, — y dejo de lado el artículo 32 que prohibe dictar leyes que restrinjan la libertad de la prensa, por su sentido lato, a través de cuyas mallas abiertas no retendría jamás en mis manos ninguna presa de la prensa. Considero después — siempre sigue Serú — que esa disposición sólo reza para realizar fines que se armonicen con los propósitos del Estado (es una fina manera de decir: el gobierno y la policía, sin nombrarlos); y añado: con los ideales de la sociedad, para proscribir enteramente todo otro ideal que no sea el burgués y no dejar respirar siquiera al anarquismo. En esto va comprendido que publicar sus ideas no es un derecho inherente al hombre:

bien; lo escribo... Horrorízome después, y a la verdad con poco esfuerzo porque eso atañe a mi marota, con el doctor Lucio V. López, diciendo y repitiendo: que la libertad de la prensa sería un elemento de desorden si no estuviese sometida a la legislación y a los jueces. Con esto me doy coraje, me predispongo a ver en la prensa muchos abusos que corregir... y ¡vaya! es un buen principio. Me reafirmo con Blackstone en que la libertad de la prensa consiste en no poner trabas a las publicaciones (¡buen añito para el artículo 14, malo para el 32!) y no en la ausencia de toda represión si fuera "criminal" el escrito publicado. (Subrayo "criminal", y así hago presuntamente criminal el escrito de ese anarquista, lo que en realidad me facilita mucho). He ganado un buen trecho; ahora puedo marchar a paso gimnástico, haciendo resonar todas mis hebillas, sin temor de perderme o equivocarme con el ruido. Repito, pues, con Blackstone, aunque parezca una leve contradicción, "que todo hombre libre tiene derecho a hacer conocer su opinión en cualquier materia" (comentario a Blackstone: aquí macaneaste, viejo, porque ese derecho no puedo reconocerlo para la materia Radowiski ni para la materia "masacres de Falcón"); pero si publica cosas "perjudiciales e ilegales" (subrayo; comentario: ¡el gringo se va humanizando!) será responsable de las consecuencias de su temeridad... (Justamente esta es la frase que buscaba: temeridad. Temerario comentar el accidente de Falcón...). Sujetar la prensa — sigo diciendo con Blackstone — al poder restrictivo de un "censor" (eso es: ¡de un censor!, muy bien dicho: subrayo; proseguí, Blackstone...!) es someter la libertad de pensamiento a las preocupaciones de un solo hombre (también las del juez son las preocupaciones de un solo hombre; ¡si lo sabré yo!, pero eso no conviene decirlo!); pero castigar los escritos peligrosos e injuriosos, "después de publicados" (¡oh! este es el gran argumento de fuerza; de un salto gana la cumbre!). es una cosa necesaria... ¡¡¡Patatún!!! El artículo 14 gana al freno. Bien es verdad que yo he corrido a los dos y que al 32 lo dejé en la largada, y que con el 14 me vine a rebenque en toda la pista... Pero ¿quién le manda a nadie ser zonzo? Ahora no me falta más que poner el broche con una salidita de las mías, un tanto paradojal, pero que

aplaudirá "La Argentina" seguramente: "Es, pues, verdad que castigar la licencia es mantener la libertad de la prensa..."

Ya está la primera parte. ¿Qué tal? ¿Me he portado o no como un técnico macanudo? ¿Barro bien mi "casa para adentro"?...

Ahora a la segunda parte. Esta irá más fácil, pues con entregarme a mi obsesión, dejarme ir sobre los rieles enjabonados de mi locura, labraré la figura de mi criminal patinando... Empiezo por copiarme las palabritas de Fladín que se refieren a los ilegalistas, a los partidarios de la "reprise" individual, o de la toma de posesión de aquello que creen que es suyo — lo que llaman la propaganda "por el hecho" o por el ejemplo — y coloco atrevidamente a mi anarquista en este grupo, a favor del juego de palabras que resulta de la frase "por el hecho", con el comentario o la evocación de "un hecho" de que trata el escrito de mi anarquista. Sobre los "actos bochornosos" a que se refiere Fladín, yo cierro los ojos y creo que serán los actos de escribir o hablar contra el gobierno. Cito luego a Sarmiento, primero con la frase: "on ne tue point les idees", aunque en este caso se trata de "tuarlas"; y después con unas palabras generales sobre legislación de la prensa, y distingo, que aquí no permito hacer, de "uso legítimo", "libertad por excelencia", y otras cosas que para mí no expresan nada... Afirmo, en seguidita, que lo previsto en el artículo 12 son "delitos comunes", no tiene que ver con la libertad del pensamiento (¡ánimo, Serú, audacia, que ya estamos próximos a la orilla!), y que la prensa es el "instrumento de cometer esos delitos"... Digo, con una imagen más espeluznante que necesaria, "que la pluma para el escrito es el puñal para la herida y la llave para la puerta"; dejo persistir la idea de herida y de llave, que produce escalofríos, aunque con ambas se haya querido expresar la de "instrumento". Y, finalmente, termino con otra salida de las mías: "Punir la apología de un hecho que la ley prevé como delito, es "proveer a la defensa común, promover el bienestar general, etc., etc."...

¡Y está la segunda parte! Para aplicar la ley social, en este asunto de prensa, ya no queda sino considerarla incorporada al código penal, y para esto basta la incorporación a medias en los casos de Karatchini y Radowiski; ¡¡¡casos de bombas de dinamita!!! Hecha así la incorporación al código: ¡que la inconstitucionalidad te valga la ley social, hombre emborronador de periódicos!

He barrido mi casa para adentro: he ahí mi trabajo técnico para conducir el agua a mi molino... Si a la vista de mi anarquista he sentido un acceso, ya estoy satisfecho porque le he condenado; he introducido mis dientes en su carne hasta la encía...

Aquí termina Serú, y su receta ha sido utilizada por la cámara; la utilizará probablemente la corte...

He ahí, compañeros, los elementos, manipulaciones, locura del agente, etc., etc., mamarrachos y fantocherías, que constituyen esa sentencia. Sé que todos pensaréis: "Así cualquiera puede ser juez pero es mejor no serlo". Es exactamente mi pensamiento.

Nota. — ¡Estoy esperando a la camarita, la camarita no se manifiesta! ¿Qué le habrá pasado a la camarita ...

Otrosí, digo: Otra prueba de que Serú es loco, es que se ha metido conmigo que no le voy a dejar en paz ni a sol ni sombra. Vale.

Mi memorial a la Suprema Corte

CON PERMISO

Excelentísima Corte Suprema: así se dice, según llevo leído, en papeles curialescos; Excelentísima Corte Suprema o aun, si esto no basta, no es genuflexión o acatamiento bastante, a la manera china o turquesca, Excelentísima Cortísima Supremísima: y si os parece que subo demasiado, digo que no subo más que Sancho Panza cuando presentó a su amo Don Quijotísimo de la Manchísima a la dueña Dolorida; "Excelentísima Cortísima Supremísima": Su Señora Cortísima me esté atenta, que quiero presentar a su supremísima, por nueva manera a maravilla, un memorial que no tiene nada que ver con toda la caterva de todos los viejos memoriales, detallándome por lo mínimo, y punto por punto, y hebra por hebra, como ese hideputa dese gigante llamado Padafilando de la Fosca vista, por un modo de mirar que tengo, metiendo el un ojo por el otro ojo (y lo hago de malvado para meter miedo a las personas pacíficas, y a la política y al juez Serú, y a la Camarita, y a Su Señora Cortísima si se atreve conmigo); y por otro nombre T. Antilli, (con la inicial sola), argentino, soltero, sin mujer y sin arrimos, (esto es sin gigantas, de que me nazcan gigantitos); de treinta años más bien para los treinta y uno, pequeño de firma, pero grande de pecho, anarquista y escritor entreverado, a ratos alegre y a ratos irónico, hijo de sus padres y de sus obras, que tiene por escudo sus dos manos cruzadas sobre el pecho, desnudas y blancas como porcelana, o como dos terrones de repretada nieve; por cobijamiento una celda de la cárcel, por cena una olla que quizá hace guisar el Estado, por compaña una gruesa y rebullente Corte de los Milagros, por quien le valga al Preste Juan (que es persona que algo vale) y al abogado defensor Martínez Cuitiño, por quien le fíe (aunque a él no le fíen) al extremadísimo Alberto Ghiraldo, y, finalmente, por manía y por divertimiento, (como Su Señora Cortísima espulgarse o rascarse), reirse de todo y de todos, así sus risas le cuesten lágrimas, principalmente de la Justicia y tratamiento que en ella se

usa, que va por el estilo y la intención de las cosas desorejadas, y que es otro que tal...

Su Señora Cortísima se aquiete y se atente, modere su temblor y rascamiento, que soy ese hideputa dese gigante que "trocó el puñal por la pluma" para cortarles la cabeza a todos como si fueran cebollinos; y como que tengo la herramienta en la mano, y en teniéndola, presto se me calienta la sangre y renace el instinto, no está su supremísima muy segura, si con su desatención, temblor o rascamiento, o aún por mover una paja, o perseguir en policía de higiene un grano de polvo de los muchos que la cubren en su estante, obliga a despertar mi cólera. Su Señora Cortísima se siente y se remangue como para bailar un baile, destos de polleras levantadas, que este memorial, aunque con viejos materiales, va por nueva manera a maravilla, y no es bueno, ni aún yo lo consintiera, que se reciba por un actuario, y, con un "agréguese a los autos", se saliera Su Señorísima como mono por las tejas, de allí donde yo la supongo estrechada por mi demostración y razonamiento. Y vaya notando en advertimiento Su Supremísima, que destierre o borre esa idea de sus mientes, de que ha de cansar el valor deste mi fuerte brazo porque tenga la cáscara dura, o porque tenga yo muerte civil y continua en este mi encerramiento de la cárcel: con mayores y más secas ostras me he visto; y mayores y más fuertes vejeces se han enternecido al hervor de mi olla en el llar... ¡No sino póngame el dedo en la boca que no muerdo, y haga poco caso de mí, que manejo una pluma como un gerifalte, Su Señorísima Cortísima! Y donde no, o yo no la manejara, ahí está mi abogado defensor que ha de valerme, y mi más que defensor, el director de esta revista, que rasguea una pluma que la hace hablar. ¡Vívanme ellos y poco me importa que no me viva lo demás! No es sino verdad que los refranes son sentencias cortas; y así donde menos se piensa se escapa la liebre, y no por mucho madrugar amanece más temprano, y hay quien va por lana y vuelve trasquilado, y en casa llena presto se guisa la cena, y sobre molido apaleado como quien dice: miel sobre hojuelas, o bebe con guindas...

Excelentísima Corte Suprema: Tengo para mí, y en este punto lo declaro, pues aquí se me acordó de mi causa y aquí

se me representó la necesidad de hablar de ella, y si en otra parte me acudiera, en otra parte hablara, que Su Señora Cortísima no sabe lo que se peta en materia de causas, pues há ya cuatro meses que me veo en sus estrados, y siete en total en la cárcel y en los de la justicia, que así me vea yo muerto o comido de gusanos como tengo lá seguridad que Su Supremísima no me ha de atender, o me ha de atender tan tarde, y a deshora, que cuando haga mención de apercibirse esté la zorra muerta y desollada; digo el tiempo o término desta condena que, por la Ley Social, sostienen el juez Serú y la camarita que ha de ser de tres años para mí y uno y medio para Barrera, por ser la falta destas que llaman de imprenta, y estar entrambos catalogados como gigantes soberbios y descomunales; y sostengo yo y sostiene la defensa que no ha de ser de un día ni de una hora, porque en las repúblicas bien concertadas no deben existir tales faltas de imprenta, y menos condenas tan desaforadas, y aún debían existir en ellas algunos hombres virtuosos que dieran premio a los que escriben la verdad, sin torcer ni desvirtuar su juicio por dádivas ni por fuerza; y a los que componen comedias, editan libros o imprimen periódicos, para ridiculizar a los poderosos que van demasiados en el abuso de su poder o se despeñan por el precipicio del gobierno desgobernando, y que todos son útiles en su género, pues si buenos son los de ideas, que presentan los hechos para hacer reflexionar, para paréntesis o descanso, buenos son también los de recreo o entretenimiento... Bien se ve que Su Señora Cortísima no tiene, como se dice, las leyes y pragmáticas de estas que llaman repúblicas en la punta de los dedos, pues tanto y en tanto espacio se hace esperar para dar una brevísima razón de cómo se ha de entender el fecho de la libertad de imprenta; y pues ella, siguiendo su oficio, no las tiene: ¿cómo habíamos de tenerlas nosotros, que somos legos, al escribir nuestro artículo para "La Protesta", no siendo el espacio que se nos dió, para liarle y componerle, y, finalmente, henchirle y llenarle con todas aquellas partes que ha de tener un artículo de periódico, de tres ni de cuatro meses, sino de menos de una hora, y aún, en ocasiones, de tres o cuatro minutos? Su Señora Cortísima, pues es su oficio y no se le conoce otro, debía ma-

nejar la justicia como un gerifalte. En cuatro meses de tiempo, el que conoce su oficio y sabe de coro lo que en cada caso tiene que hacer, si es labrador, siembra y tiene a punto de cosecha sus rastrojos; si es albañil o murador, tiene levantadas todas las paredes de una casa o hechas numerosas cosas de provecho para el fin de ella; si es estudiante, aprende en sus líneas generales, y aún en algunas semínimas, cualquier ciencia, por endiablada y trabajosa que sea; si es solamente estudioso y tiene la facultad de comunicar a otros el resultado de sus estudios, compone un tratado para el que ha tenido que consultar cuatrocientos y tantos volúmenes; y así en todos los oficios, excepto en el de Su Señorísima, que no sé si peque de lerda o de torpe o dificultosa, o que el oficio no da nada de sí, bien así como una vieja e inválida se ofrece a ir a la panadería por pan, y apoyada en su bastón no se decide a cruzar la calle y tiene en su casa a todo el mundo puesto a la mesa, inquieto y esperando; y las más inquietas son las mandíbulas jóvenes; y las niñas hieren con el pie como si tuvieran alferecía; y los mayorcitos tabletean con los dedos en la mesa o en el cristal de la ventana, engañando de esta suerte la impaciencia de la espera...

¡Malo, malo, Señora Cortísima, es subir buscando entendimiento más fresco y despejado de la vista a la abuela, y de ésta a la bisabuela, casi imbécil ya detrás de los vidrios de sus anteojos, sobre los que mira sin comprender largo rato, como se me representa a mí haber subido del juez a la Camarita y de ésta a Su Supremísima, como quien va subiendo escalones de imbecilidad para terminar en punta, sometiendo su causa a una entidad casi metafísica, por su flacura y ancianidad! ¡Malo, malo, señora Cortísima, que los tribunales superiores no tengan otra diferencia de los inferiores que ser colegiados, que cuando son como los que aquí he nombrado en este memorial, no tienen otro resultado que hacer unánime o decidir por mayoría la imbecilidad! Y pensar que tiene Su Señora Cortísima un Procurador, que lo que procura es, bajo el capote, aparecer lo menos bodoque posible, y se le agradece la intención; pero sólo sale al cabo con su intento no diciendo en muchos meses y días esta boca es mía o más vale un toma que dos te daré! ¡Válate dios, por encantador y gigante, asno

albardado! ¿Y no tenías nada mejor que hacer que estarte rascando las coronillas o ensayando plumas nuevas, ésta quiero, ésta no quiero, mientras quedan en el mundo tantos entuertos que desfacer y tantos procurantes sin procuración? ¡Cuánto mejor no te sería meterte por esas sendas y vericuetos o procurar como un gerifalte, en vez de estarte en tu casa, mirándote al ombligo, como estatua de piedra, que ni sirve derecho ni lleva cohecho!

Estéme Su Señora Cortísima un momento más atenta, que el bailable aún dura, y quiero hacerle algunas preguntas: ¿partes tengo yo, bien que todos los gigantes sean soberbios y descomedidos, para ser tratado desa manera?... ¿Yo soy o no soy yo, dígame Su Señora Cortísima, ese hideputa dese gigante que dice el juez Serú y dice la Camarita? ¿Es o no es mi pluma para el escrito, (descontando éstos de memoriales), "el puñal para la herida y la llave para la puerta?"... ¿No es mi estilo moliente y corriente, y tan árido y tan seco como el del señor Serú, y aún me atrevería a decir, si no llevara pérdida en la comparación, como el de la Camarita y el de Vuestra Señoría, abotonada o hebillada a su Procurador, que no separa un instante su corpezuelo, y es tan tonto o "non curante" que él no se mueve, y la su merced se tiene que estar queda, sin mover pie ni mano?... En mala hora y en mal momento llego yo con mi memorial, que aunque no es de los curialescos, sino de los de recreo y divertimiento, tengo para mí que no lo arriscara un condenado a muerte, con lo poco que en su estado tiene que perder. Pero yo soy fuerte al arrimo de mi pluma, y como sé que ésta es la que contiene en los términos de la prudencia a Su Señora Cortísima, como contuvo a la Camarita que se dió maña para tapar con tierra su desaforada y descomunal sentencia, digo que por eso su supremísima no se inquiete, que para facilitarle el parto, y para que no se diga que hago presión sobre su poquedad o apocamiento, dispuesto estoy a ahorcar la pluma, o en todo caso a no usarla hasta que el hijo esté a su salvo... y yo, pagando las consecuencias de él, como ya las estoy pagando sólo de su preñez y dificultad de su alumbramiento.

Falta me hacía, Corte Suprema Excelentísima, un capítulo sobre vuestra merced, en el libro que pienso componer de mi

grande y descomunal batalla con la justicia argentina: este memorial del que no rebajaré una coma, aunque me lo pidan frailes descalzos, y más que Su Señorísima me dé de palos sobre el molimiento, o, extremando su rigor, me diga con torva y airada faz: "¡ahí va! ¡bebe con guindas!..." Yo espero su fallo de Su Señora Corte Excelentísima, que será el de nuestro derecho aporreamiento, y aseguro que no pase de los tres años para mí y uno y medio para Barrera, que nos tiene mandados la Camarita, con lo que Su Supremísima quiera añadir, agrandándonos idealmente la vida cuanto le venga en capricho o voluntad, por si de uno y medio o los tres, quiere subir a los cien o a los cuatrocientos, o aún a mayores... Y si queda algo que objetar respecto al tratamiento u otras partes deste memorial, que no pertenece a Su Señora Cortísima, sino al libro que pienso componer para mandarle imprimir, digo y no digo más: ¿en priesa me ves y doncellez me demandas? ¿en la cárcel me ves y con esas me vienes?... Y con esto doy por terminado este memorial, más bien capítulo de libro, con abrazos al Procurador y recuerdos a la familia, pues lo cortés no quita lo valiente y yo soy la flor mesma de la cortesía...

T. Antilli

"Nota para la imprenta. — Mi defensor o mi validor el doctor Martínez Cuitiño, me hará el favor de mandar un papel como éste a la Excelentísima Corte Suprema; y donde eso no fuera posible en derecho, que se publique en la difundida revista de Ghiraldo, que será como publicarlo en el mejor "Boletín Judicial". Y al primero pido y solicito que me mande sus impresiones qué tal voy resultando para esto de la fabricación de memoriales, y si se revela en mí alguna rara y desconocida aptitud de que merezca ser avisado, y si he hablado bien, como un gerifalte, al hablar a la Corte con lenguaje viejo, sin meterme en dibujos ni alarmar su reconocido buen gusto clásico que gusta de las cosas serenas de la buena literatura antigua, tal un buen fumador de pipas curadas o bien cultadas, con descosidas charlas modernistas; y dado el caso de que nada sirviera de lo escrito, que se rasgue y me avisen, que yo haré otro, notado o escrito de mi mano, que pudiera ser

que sea peor si es que lo dejan a mi caletre... Esta nota sólo debe ponerse si el memorial es publicado y no mandado. — "Fin de la nota de imprenta".

T. A.

(De *Ideas y Figuras*).

El fallo de la Corte

Puedo vanagloriarme de haber dado con el clavo, nada más que con un "Memorial", — el primero que hice, — para la Señora Cortina... ¡Y eso que no era de los curialescos, sino de éstos, vamos, de tomar el pelo; y que se lo tomaba de lo lindo, reuniéndole a Su Excelentísima todas las mechas en la coronilla, hasta formarle un peinado, de los más cucos, sobre el que le cruzaba mi pluma como horquilla y le metía al Procurador como peineta! Así peinada, por este artista peluquero que yo soy, — Dios, es decir mi naturaleza, me dió buena manderecha para estas cosas aquí, — la Señora Corta, después de haberse decidido a gran pena el Procurador a echar su botecillo en el agua, que lo tenía enfilado y suspenso, esperando que de atrás le viniera el impulso, al fin dió muestras de querer hablar; y lo hizo con una voz ronquilla, afirmando su entendimiento de pastaflora, y rubricando cuanto quiso el Procurador: que es decir habló y dijo "mú", echando torrentes de saliva por ese diente, que me humedecieron y me regaron como un pulverizador... La Señora Cortadera tiene la lengua algo estropajosa; dificilillo le es hablar a derechas, y de ella lo que queda es limpiarse cuando ha acabado de hablar, porque es algo babosa sobre la fama y la honorabilidad de las personas a quienes le conviene calumniar: y lo hace para decir, como cualquier reitre, que otra cosa son los derechos que el amparo de vagos y perdidos y que presupuesto de vagos y perdidos los ingenios (como el mío), que sorprenden por su juicio libre, allí donde el juicio es esclavo (y no alcanza a ser respetable ni convincente, diga la verdad la Señora Cortilla), este abuso de la razón, debe y puede ser reprimido, en una república libre, que consagra la libertad de la prensa, por el Congreso "en su carácter de legislatura local"; y no ha dicho, pero se interpreta (y vea en sí misma, por el ridículo que se ve obligada a hacer, la consecuencia de existir estos juicios libres, la Señora Corta o Poda), que por la Policía y la Municipalidad, en su carácter más local todavía... He ahí que lo local destruye hasta los cimientos lo general. ¿Pues no dice, con su voz babosa y ronquilla, la Señora Cortilla, coreada por

su Procurador, y copiando en ésto a la Camarita (que es la que menos podía ser copiada), que lo local tiene todos los derechos, y que ante sus barbaridades (¡pues son barbaridades, señor!), ella se arrodilla o se inclina, con todo el peinado que yo le hice, tomándole el pelo a manos llenas, y recogiéndoselo con esta horquilla con que ahora escribo, a falta de un garrote para salir y apalear a los malos jueces, que a los buenos yo los respeto y me gusta oír o comprender su juicio... ¿Pues no dice ésto Su Excelentísima?... Pero, vamos a ver, un poco de buen sentido, y no es mucho que yo lo exija a tan alto tribunal: ¿por qué seguir sosteniendo lo general, entonces? ¿por qué seguir sosteniendo (y costando, y pagando), una Suprema Corte y un Procurador, que de lo general se dicen intérpretes, si con lo local bastaba; si con la Policía y la Municipalidad, y el Congreso como legislatura local, no necesitábamos más Corte, ni más Constitución, ni más nada, pues ellos se mofan bien de todo ésto y hacen en todo lo que se les ocurre su santísima voluntad?... Esto no tiene ni pie ni cabeza: con afirmar que el vigilante (o el "local" que sea; y digamos el Congreso, puesto que se trata del Congreso), tienen derechos superiores a la Constitución, puesto que tienen el poder, y el poder es la ley, estaba dicho todo lo que, con tanto trabajo (y valga al tirabuzón de mi "Memorial"), se ha logrado descorchar a la Señora Corta o Hacha, respecto a la libertad de la imprenta. No hay libertad de imprenta ni ninguna libertad, ni se hace de ella cuestión (para la Corte), cuando el más pequeño poder, en su carácter de ordenador local (al decir local, está dicho que es más pequeño que el general), puede señalar a su sabor los abusos o extralimitaciones de ella (que pueden ser la esencia misma de la libertad), haciendo del ejercicio de un derecho, el acto punible de un criminal. ¡No hay ya libertad de imprenta, ni ninguna libertad, ni se hace de ella cuestión, para los "criminales"! Fácilmente se ha desechado así de responder a un derecho que para los prevenidos era constitucional; estos mismos han pasado a la cárcel en concepto de bandidos temibles; la justicia, de abajo para arriba, y terminando por la Corte, se deleita pintando las taras y los estigmas que hace de estos criminales unos elementos peligrosos... y tierra sobre todo: los muertos por el poder local

están bien muertos; la Corte está para enterrarlos!... La represión, sin embargo, de este género de criminales, de simples ejercitadores de un derecho, que se sigue diciendo constitu- [illegible], como la libertad de la prensa, significa una restricción punitiva de esta libertad; una restricción que nadie nos sabría decir que no es odiosa y de la peor especie, para tratada por un tribunal que no fuera la Cortilla argentina (y los que le siguen en peldaño, la Camarita y el juez), por cuanto establece penas de manifiesta exageración, y una jurisdicción y un procedimiento especial, como para marcar más lo evidente de su intención!

Puedo vanagloriarme de haber dado con el clavo al escribir mi "Memorial". Tal cual yo se lo señalaba, la Corte, o Cortilla, o como ustedes quieran llamarle, que representa el primer tribunal del país (primero también en ir demasiado en la lengua, al hacer apreciaciones sobre mi persona y la de Barrera, que dígase lo que se quiera, valemos más que ella), dió su fallo, que fué el de nuestro derecho aporreamiento, no pasando de los tres años para mí y el uno y medio para Barrera, con más las costas del proceso, y la pérdida de los derechos políticos, que a ellos les parece una punición muy grave, pues creen que todo el mundo se atropella por vivir del Estado, y es lo que en su concepto más ha de pesarle a un hombre...

Además ha quedado en firme y demostrado que no tiene, como se dice, las leyes en la punta de los dedos, pues ha tardado cinco meses en dar la más pequeña razón, — y tan pequeña! — sobre la libertad de imprenta... diciendo que no se trata de libertad de imprenta, puesto que nuestra libertad de imprenta (¡entendeos!), ha sido declarada criminal por el Congreso reunido en legislatura local y que, por nosotros, se podía haber reunido también en general, si es que algunos pueden explicarnos la diferencia y si es que ésto pudo traernos otro fruto. En todo caso, hubieran avisado para saber... Pero ya que no lo han hecho, porque ésto lo han descubierto a última hora, digo y no digo más que también se ha lucido la Señora Cortilla; que con esta soflama de la legislatura local, y de que no se pone la censura antes sino después, gana bastante la libertad de la prensa, con el encarcelamiento y tan-

tas declaraciones sobre la bribonería y la criminalidad de los periodistas!

Una sola cosa, para mí, se ha hecho evidente, e ilumina mi razón con la deslumbrante claridad del día: los diputados tienen un poder terrible, y si se reunen en legislatura local y no general (¿cuándo será?), más todavía... Debemos cuidarnos de elegir diputados. Y de caer bajo la Ley Social...



Nuestra última palabra después de la condena

A LOS QUE HAN HABLADO DE INDULTO

Después del cantazo con que finalmente nos descalabró la Corte, — que no nos descalabró nada, pues somos indescalabrables, y ninguna de nuestras razones para no ser considerados criminales, ha sido victoriosamente refutada, desde el punto de vista de los derechos que tienen universalmente los hombres, (y es en el que debemos colocarnos), y que también deben tener en la Argentina; y si no los tienen, deben tenerlos, y no es mucho que algunos pasemos por las cárceles, para hacer su afirmación, contra el criterio de los que los niegan; y máxime cuando hasta ayer no más, ese derecho lo hemos conocido, y ha sido uno de los beneficios más notablemente proclamados por los antiguos hombres de la República...—; después del cantazo con que finalmente nos descalabró la corte, nos llegan noticias de que nuestros amigos de San Pedro por un lado, y nuestros amigos periodistas por otro, tratan de hacer gestiones para obtener nuestro indulto y borrar, por un acto de clemencia, arrancado por el ruego, la brutalidad extremada de los tribunales del país, y su negativa pertinaz a juzgar el hecho de la libertad de la prensa, atacada por el Congreso, dándonos con éste, por criminales, a los que ejercitamos nuestro derecho, "de cierta manera o con ciertas palabras", basándose en que el Congreso, como legislatura local, hace la enumeración de los delitos, y que "nuestra manera", estando comprendida en la enumeración, nos hacía criminales y no periodistas, (la prensa era el instrumento para cometer nuestro crimen, como la llave para la puerta, el puñal para la herida...); que éramos, por lo tanto, criminales, y nuestra situación no era interesante más que para el juez de la causa, y que no había lugar de hablar de libertad de la prensa, que había de entenderse por el no establecimiento de la censura previa, (que en verdad no existe), pudiendo el Congreso declarar delictuosos todos o cada uno de los actos del periodista, sin que éste, convertido ya en delincuente, fuera otra cosa que

un criminal, y quizá de los más malos y peligrosos, como se nos ha hecho el honor de llamarnos a nosotros...

Nuestros amigos de San Pedro y nuestros amigos periodistas, por el cariño que nos tienen o por la consideración de la injusticia que con nosotros se comete, han echado mano o están por echar mano de un medio que exige de nosotros alguna explicación. En primer lugar, no queremos saber nada y preferiríamos haber ignorado la existencia de tales trabajos. Y he aquí la causa: no podemos disimular nuestra repugnancia por el acto de pedir gracia, por lo que nos falta, (aunque sea bastante), de una condena que nos hemos propuesto cumplir sin debilidad, y afirmando siempre lo mismo: que no renunciamos a nuestro derecho, apesar del fallo de la Corte, y contra el fallo de la Corte! Gracia se pide cuando se está convencido de haber obrado mal, y se está arrepentido. Nosotros no hemos obrado mal, (y menos queremos obrar mal, con nuestra conciencia, ahora que estamos presos), y no estamos arrepentidos; todo lo contrario, estamos satisfechos de haber sabido sostener hasta el sacrificio una causa que creemos justa; y no deseamos más que seguir sosteniéndola... Saldremos a la calle para persistir, — ¡bien altamente lo declaramos!. — y por nada, ni aún por el hecho de salir mañana en libertad, comprometeremos nuestra acción futura... Segunda razón que tenemos para no pedir indulto, y por la que creemos que tampoco nos sería concedido, pues tanto el fallo de la Corte, como la Ley Social, como el pensamiento que las inspira, tienden a doblarnos, y ante este fin, no retroceden ante la misma enormidad: no podrían, pues, ganar el ánimo del primer magistrado las consideraciones de injusticia, de exceso, de brutalidad, de proporciones desmesuradas, que acaso para nuestros amigos de San Pedro y nuestros amigos periodistas, son de plena y absoluta convicción. Y como doblarnos, no nos doblaremos...

Si nuestros amigos de San Pedro y nuestros amigos periodistas, apesar de lo que llevamos dicho, aman la idea de restablecer la justicia por un pedido de indulto, allá ellos y el resultado de sus gestiones; es cosa suya, y a nosotros no ha de hablársenos ni queremos ser informados. Con estas líneas pretendemos decir la última palabra, poner un punto final a todo lo que hemos escrito sobre este proceso y nuestra conde-

na. No queremos saber ninguna cosa, nos desligamos de todo lo que a indulto se refiera... Pero no ha de ser sin señalar en estas líneas finales a nuestros amigos periodistas y a nuestros amigos de San Pedro, este otro medio de restablecer la justicia para nosotros y para todos de una manera más general y más permanente: derogar la Ley Social...

Y es todo lo que, para todos, tenemos que decir. Y, ahora, entramos fuertes y serenos a cumplir nuestras condenas...

Prisión Nacional.

Postergaciones

Anonadada no ha sido del todo la mar soberbia en el lago tranquilo. Sus aguas están serenas, paradas; pero pueden correr aún impetuosamente, arrastrando mucha arena y mucho casquijo, si se abren un cauce al océano; si, por tierras blandas en que arraigan bosques de poca leña, encuentra su ruta al mar: al mar que es el pueblo y cuyas son las aguas que un cataclismo desorbitador inmoviliza, hoy, en lagos...

No está muerto quien respira. Agua de los lagos es agua salada del mar, y que la anulen no es posible aunque sí que la inmovilicen. La verdad que hay en mí — esta verdad que es esencial de mi plumaje y colorido, como lo es su sangre y su instinto del pico corvo y la garra ganchuda del águila; esta verdad que, de haber corrido libre por su curso, habría arrancado mucho mineral a la montaña, haciendo su arrastre unido, confundido a la arena y al casquijo; — la verdad que hay en mí, tiene su álveo en el corazón del pueblo, como la flor que aparece en lo alto de la rama lo tiene en el corazón del árbol, y que la anulen no es posible, por más que en los labios o dentro del pecho me la sofoquen. ¡Anonadado no fué jamás, que yo sepa, ningún árbol porque la flor se le quite! Muy al contrario, ésto fué siempre causa de que se vistiera de nuevas flores a la estación siguiente.

¡No está muerto quien respira! No estoy muerto yo, y por su parte el pueblo ha de vivir eternamente... Pero, aunque muriera. ¡La verdad que dejó de decir Chenier, la dijo otro después, sin duda! En la flor que cae temprano, no tuvo tiempo el árbol de poner sino la canastilla en que había de depositarse el fruto; éste quedó en el árbol. El fruto no maduro que a la rama se quita — como se me ha quitado a mí, para madurarme entre paja, a la rama más robusta del pueblo: la obrera — no recibió, y por lo tanto se quedó en el árbol, sino la sazón que ostenta.

Toda verdad procede del pueblo y aún madurado entre paja sabe el fruto al árbol de que procede: — así la obra del genio. Toda verdad procede del pueblo; toda agua salobre de la mar! Podrá el lago, cansado de una larga inmovilidad, abismar

sus aguas, si lo prefiere; pero, donde él fué, siempre habrá de quedar blanqueando la sal marina... El que fué depositario de una verdad de los hombres, como la gota de agua que ... su sabor con sal del mar, deja esta verdad intacta aun... abisme! Así esta verdad que yo proclamo, verdad de ... y filosofía, que tiene su álveo en el corazón del pueblo ...omo la flor que aparece en lo alto de la rama, lo tiene en el corazón del árbol — y que no se anula sofocando la flor; sólo se la posterga... ¡Postergada para relucir en otra flor, en otro fruto, en una estación siguiente, ha sido nada más la verdad que dejó de decir Chenier, la verdad que dejó de decir Cristo, frutos tempranamente arrancados a la planta y que prometían una madurez de oro! ¡Postergada, no muerta, pero un daño siempre! Nos impide conocer de los frutos quizá lo mejor, lo más importante: las dulzuras de la madurez, el medio día de oro de la sazón... De Cristo sobre todo. De Cristo, de quien ha escrito Nietzsche: "En verdad, él ha muerto demasiado pronto. No conocía sino las lágrimas y la tristeza, este hebreo-Jesús... Hubiera quedado en el desierto, lejos de los buenos y de los justos; y hubiera aprendido a conocer y amar la tierra; y quien sabe si a reir..." Su muerte nos impidió conocer su risa, como habíamos conocido sus lágrimas. La facultad de reir, la risa misma, patrimonio de la salud, nada sufrió con ello; pero así y todo el daño fué grande: ¡hubiera sido tan interesante ver reir a Jesús; que aquel espléndido fruto, bajado tan tierno, alcanzara el medio día de oro de la sazón!...

En cuanto a nosotros, también tempranamente arrancados a la planta — a la fuerte y robusta planta obrera que hubiera redondeado en nosotros quién sabe qué sazón de oro; — en cuanto a nosotros, bajados a la planta, por la Ley Social, para madurar entre paja — ni para madurar tampoco: ¡para envejecer, añejar la pobre carne pintona! —; en cuanto a nosotros, la verdad que, hecha rozagancia y jugos, debimos traducir a fruta, con sólo permanecer al árbol — que éste nos nutriera e hinchara de savia inédita, como a botones— ha quedado también postergada, aplazada... No lucirá en nosotros; no morirá tampoco: nada pierde el árbol, porque en él queda todo lo que de él no sale — la madurez que falta al fruto, la

sazón a que no llegó la flor; — pero considerad la pena que ha de agobiar al fruto! Es nuestra pena. Es la protesta de Chenier: "¡Y sin embargo en esta cabeza había algo"; es, sin duda, lo que hizo brotar de los labios del pálido Cristo aquella reconvención tan triste: "Padre!, Padre!, ¿qué has hecho"... ¡Sólo ésto, que por lo demás — encontremos o no nosotros una ruta al mar, pudramos o no entre paja la pobre carne pintona — la verdad del árbol queda! No está muerto quien respira! Perdido no está lo que sólo está inédito; lo que se editará mañana en tomo nuevo...

Temas de la delincuencia

Para casi todo el mundo el ambiente de la cárcel permanece indesflorado; igualmente permanece sin desflorar casi todo el ambiente de los hospitales: — ¿por qué, si son sitios de dolor? Porque pocos han tenido la oportunidad de levantar la primera página para asomarse a su contenido; porque la mayoría conoce estos sitios, como ciertos libros, únicamente por la cubierta, por las tapas... Indudablemente siempre han existido presos y enfermos, las cárceles y los hospitales han estado siempre llenos; pero habiendo vivido muchas personas en su ambiente, pocas son las que se han interesado o han sabido avalorarlo. Muchos que podían hacerlo, no han pasado de la cubierta, no han levantado la primera página... Recordemos, sin embargo, que las cárceles han albergado a muchos hombres de talento; que muchas de las más grandes obras que ha producido el genio humano han sido concebidas y aun ejecutadas en las cárceles. En la cárcel, cautivo, en los "baños" de Argelia, planeó y puso las primeras páginas del "Quijote", Cervantes; en la cárcel escribió Campanella su "Ciudad del Sol" y De Foé su "Robinson". Y no hablemos de más: otras grandes obras han sido escritas en el destierro; otras en los hospitales, en el lecho del dolor; y otras en la guerra, como los "Comentarios" de César, en la tienda de campaña... No hay imposibilidad de eso: casi no hay cosa que algo valga que no haya tenido al dolor como estimulante; estos ambientes han conocido alguna vez al genio, y en la cárcel, como en la cruz, se han hecho algunas de las afirmaciones que más han durado en el oído humano, como las de Giordano Bruno y de Jesús. No es, pues, cieno por completo todo lo que se encuentra en las cárceles; alguna vez ha florecido en ellas el pensamiento libre, como la perla en el fondo de los mares, y seguramente tenemos nombres de prisioneros que han durado mucho: el de Pellico es uno de ellos...

Pero todos estos hombres, a excepción tal vez del último, han ilustrado más la vida, a la que no cesaron de amar, aun estando apartados, como el fruto amputado del árbol, que la cárcel, cuyo ambiente han dejado intacto, sin desflorar. No me

extenderé sobre ellos: citaría ejemplos demasiado conocidos; por otra parte la existencia de algunas gemas de luz, como las que he hecho brillar, no autoriza a pensar que sea de luz el ambiente de la cárcel. Algunas estrellas tachonan el fondo sombrío de la noche; la luz que vierten es de ellas... El dolor es sombra aullante que nos estrangula, fondo negativo que jamás ha dado nada de sí, aunque lo ha hecho dar a los hombres forzados a agigantarse para vencerlo; y las cárceles son dolor...

Quedan, es cierto, nombres que han ilustrado la vida de la cárcel: Dotoiewski, que levantó la cubierta de los presidios siberianos; Giges Aparicio, que relató con conmovedora sencillez su estancia en "La Cabaña", la formidable prisión española de la isla de Cuba; el mismo Pellico... pero aun es poco, resta otro tanto o más que develar. Resta de lo común, de lo ordinario en ellas, y no de las estrellas que de vez en cuando han aparecido... De ello hablaré porque es necesario a mi escrito, es decir, "del mismo cieno"... He ahí lo que permanece sin bucear, sin desflorar, y que para algunos, (muchos tal vez), puede ser un obsequio inédito...

Yo he tenido la oportunidad, (no es felicidad quizá, está mal que yo lo diga), de levantar la primera página de la cárcel, de sumergirme como en una lectura preciosa en su contenido: algo perfectamente nuevo, que no conocía todavía, se me ha revelado. Este algo es el misterio de la vida de esos seres de cieno que desde muy tiernos son parroquianos de las cárceles, y que parece que han de envejecer y morir siéndolo, como envejece y muere en su ley el gusano que rastrea. Estos seres de cieno son tan cieno como nosotros, (generalizo y me comprendo, por más que debía decir "vosotros", pues estando en la cárcel soy uno de ellos: "¡otro que tal!", dijeron los jueces que me juzgaron); representan cada uno una de nuestras debilidades materializada en un ser vencido... En cada uno de nosotros, (yo lo he comprobado así), existen diez o más especies de criminales; sólo que siendo tantas es como si no existiera ninguna porque unas a otras se inhiben y no existe ninguna preponderante. El criminal se pierde por su unilateralidad: es una sola debilidad; le faltan las demás que se requieren para ser hombre. El hombre es un equilibrado

compuesto de debilidades; en cuanto se hace unilateral es un vencido...

Lo que yo he visto en la cárcel me ha corroborado en mi opinión. Lo que al principio se me presentaba como un misterio murado, se me ha entregado, se me ha aclarado completamente. Durante muy corto tiempo vi salir y volver a ingresar a varios; asimismo hube de enterarme que todos o casi todos los que estaban, habían estado ya antes: delinquir les era forzoso puesto que tenían una sola debilidad. Esta hasta se la conocía la policía, y unos a otros se la decían... En cambio nosotros tenemos muchas debilidades, y algunas que ni aun nosotros conocemos. ¡Somos equilibrados! Es decir tenemos debilidades equilibradas; para un criminal a quien damos la muerte, tenemos cien criminales surtidos que en nuestro interior se regocijan o aplauden...

La reiteración parece ser un producto de la cárceles; lo es seguramente de la asociación entre los vencidos, al margen de la sociedad y de la moral. Un lazo, un nexo diferente, que no es la conservación social, une a los rechazados; un determinador diferente, que no es la virtud, que es el crimen, es su determinador... Esta es la única sociedad que les resta a muchos rechazados: ella es su agua salada, su única agua salada, ¡y en nuestro océano es una gota! Pero la reiteración es también, no pretendamos negarlo, una sola debilidad que se marca, torna a marcarse, se estampa sobre las cosas... El criminal es un enfermo, más bien por debilidades de menos que de más. ¡Si le pudiéramos dar nuestras debilidades!, como frente a un loco poseído por una sola idea fija, ¡si le pudiéramos dar nuestras ideas!...

El pensamiento es libre

Como los carozos que se siembran en la tierra, contenemos cada uno un germen de creación, una verdad y una virtud propias. Rigurosamente no somos hechos a cuño, como las medallas, sino a martillo, como obra de hierro o de plata repujada. No reproducimos la misma efigie. Y esta efigie no sale neta y concluída, como la moneda de los moldes: no cesa de martillarnos, de pulirnos, de acabarnos, la vida, mientras vivimos... Recién cuando morimos nuestra arcilla se inmoviliza en su forma definitiva; hasta entonces, ha estado como la joya en manos del artífice: un toque aquí, un brochazo allí, un engarce, una modificación, un ramillete de pedrería centelleante, un cincelado áureo de rosas o de espigas... ¡ha estado en el yunque! Somos hijos de la vida. Somos la obra amorosa, paciente, perfeccionada, corregida, de mil, diez mil, cien mil, un millón de artífices, unos que nos han dado la primera forma con toscos martillos de machacar; otros que han cuidado particularmente de los detalles con pequeños martillos calibrados, suaves, finos, elegantes, como pétalos de metal... Somos una síntesis. No hay quien no haya trabajado en nosotros, quien pueda decir que no ha contribuído a la obra, o perfeccionándola, o destruyendo hendiendo, abollando alguna hermosura, alguna perfección. Como los carozos que se siembran en la tierra, somos hijos de la vida: pero como los carozos que se siembran en la tierra, contenemos cada uno un germen de creación, una verdad y una virtud propias, y somos, a la vez, padres de un bosque, de una floresta nueva. He ahí por qué escaparemos siempre a todo encierro: de lo mejor que convertimos definitivamente en carozos, pensando que reproducirán el cuño, con uniforme, inmensa monotonía, surge inesperado el árbol y la floresta nueva! La vida es insometible a fórmulas, a cuños, a troqueles, a matices; es agua que corre, y "el hombre fuerte y el agua que corre se trazan su propio cauce". Hay más hombres fuertes de lo que pensamos; o mejor dicho, somos menos fuertes de lo que imaginamos, para trazar sendas, cauces, a la vida...

Si así no fuera, si el pensamiento no encontrara en sí

mismo la veta que lo renovara, como la encuentra el carozo en su germen de creación, todo progreso hubiera sido imposible, por obra misma de los pensadores que han existido. ¡Cómo han embarullado éstos todo; cómo han complicado y embrollado todas las cosas; y sobre todo, cómo han intentado someter la vida, el pensamiento, a cuños! Apenas si nos es posible hoy conocer la infinidad de nociones, — cuños, — que cada filósofo ha desarrollado hasta el fin, pensando que en ellas se vaciaría definitivamente la vida. Cada filósofo ha enredado al que le precedió, y ha buscado de enredar asimismo a los que le sucedieran, a los que vinieran después. De ésto me he dado cuenta leyendo sus polémicas, pues todos son grandes polemistas, y lo más grueso de sus obras está compuesto por sus polémicas. Resumiendo: después de una pesada, indigesta, trabajosa lectura, no queda de ellos nada, ni el grano de ceniza que dejaría el papel quemado. El sistema es fundar una noción, — cuño, — y una vez logrado ésto, responder a las objeciones que se puedan hacer. ¿Qué objeciones pueden hacerse a mi noción del "noumeno", del "fenómeno", etc.? ¿Hay un cuño mejor que éste, para encerrar, vaciar en él el pensamiento humano? He ahí las preguntas del filósofo. Y preguntar para él es responder: es incontable la cantidad de energía que en este juego pueril se ha gastado; el filósofo es un fanfarrón de su habilidad sobre todo dialéctica, siempre con la espada al cinto para imponer con su filo el resultado de sus cavilaciones. Estos que he estado leyendo, hace muchos años que han muerto; pero se advierte que si no hubieran muerto estarían todavía respondiendo a objeciones; hasta a objeciones de mil años, hay filósofos que han pretendido responder! ¿Qué habría ocurrido si el pensamiento no trajera en sí su veta de renovación, si cada hombre no trajera un germen de creación, una verdad y una virtud propias? ¡Necesitaríamos mil años para alcanzar a hacer recién la objeción del filósofo y ésta estaría de antemano contestada! ¡Qué tipo excepcional resultaría entonces el filósofo! Pero con todo el orgullo, la petulancia de los filósofos, no es así: las objeciones de los mil años no alcanzan el día siguiente; de todo ésto que he leído, nada, apenas el nombre del filósofo se ha perpetuado... el pensamiento aún no nacido, con todo y la pretensión de encadenarlo, ya en el huevo, es

superior al pensamiento pasado; los niños nacen sabiendo más que los filósofos viejos...

¿Para qué he de ocultarlo? Leyendo estas páginas de polémicas, tan apasionadas, tan ardorosas, que tenían la pretensión de forjar un cuño definitivo, por lo menos milenario, para la humanidad pensadora, y que no han durado hasta el día siguiente, he sentido la melancolía de tantos y tan desmesurados sueños rotos, caídos en el polvo. Pero alegre y agradecido hacia la vida, que por sí sola rompe, sobrepasa todo encierro, he repasado íntima e intensamente esta lección instructiva. No habiendo sido capaces los filósofos de detener el pensamiento naciente, de inmovilizarlo en un cuño, en una matriz prefijada, teniendo la escolástica, la dialéctica, cosas tan respetables y que la mayoría de la humanidad estima tanto: ¿ha de ser capaz, la cárcel, de detener, destruir, inmovilizar nuestras ideas?

Carta a Pacheco ·

La huelga de hambre en la Prisión Nacional

Mi hermanito:

Ayer domingo, día de visita para hombres, habrás venido, como de costumbre, a verme y a traerme las cosas necesarias, cuya entrada es permitida, entre ellas una buena cantidad de galleta marinera, para agregarla al pan que nos dan aquí, que es durante toda la semana malo y escaso, — y te habrá sorprendido sin duda que te dieran con la puerta en las narices, diciéndote: "el preso que viene usted a ver se niega a bajar a la visita; por lo tanto, puede usted retirarse". Te habrá sorprendido, porque no estabas tú en antecedentes, ni te los había contado yo, (que trato de estar por encima de mis miserias de preso y no les doy importancia de comunicarlas), y seguramente habrás hecho mil conjeturas, no sabiendo a qué atribuir este rotundo rechazo, pensando si tal vez me había ocurrido una desgracia o los lazos que me ligan a tí se habían roto o debilitado.

En efecto: me he negado a bajar a la visita, y lo mismo han hecho los demás presos, mis compañeros, porque de golpe y porrazo, nuestra situación en la prisión, que viene siendo agravada sin motivo desde que ha habido en ella un cambio de dirección, ha recibido un nuevo golpe, más rudo que los demás, con la determinación inconsulta de no concedernos la visita sino en locutorios cerrados, a través de una doble reja, cubierta con una red de alambre tejido, por la que queda espacio apenas para verse de lejos las cabezas, y en los cuales el placer de ver a los amigos resulta amputado e incompleto, no pudiendo estrechar sus manos, ni siquiera reconocerlos suficientemente, pues no sólo su fisonomía, sino su voz, quedan desconocidas y desfiguradas a través de esos cuartos oscuros, siendo en vez de un placer, un dolor para los dos,—el recluído y el visitante,—la visita en esa forma. Si se tiene en cuenta que esos locutorios, desde hace seis años que fueron construídos, no han sido nunca utilizados y las visitas se concedieron siempre personalmente, esta utilización tardía aún resulta, para los recluídos que gozaron de

los beneficios del sistema anterior, una agravación y un castigo. Por esta causa no bajé a la visita, no bajamos ninguno, y no bajaremos tampoco mientras no se nos concedan las visitas como las teníamos, pues nada hemos hecho, nada puede acusársenos para retirarnos ese beneficio. Antes más bien preferimos perder indefinidamente el beneficio de toda visita; los nuestros se dolerán con nosotros de esta separación, pero así conservaremos el deseo más puro...

Pero no sólo no hemos bajado a las visitas, sino que hemos rechazado la comida y nos negamos a comer. A estas horas, van ya 36 que no reciben nuestros estómagos sino un poco de agua. Esto, aunque refuerza nuestra protesta contra la visita, responde ya a otra causa. Aunque te he pedido siempre, agregándote: "más", "¡más!", galleta marinera todas las semanas, no te he dicho que hace por lo menos dos meses los presos nos morimos literalmente de hambre. La comida es escasa, tanto, que es casi un agua pura. Cuando hemos reclamado, porque no alcanzaba para todos y muchos días se quedaban buen número de presos sin comer, la orden que se ha dado ha sido de agregarle cincuenta o cien litros de agua, según, a los tachos en que se cocina. No ha quedado más remedio que negarse a comer, disponerse a morir de hambre, para llamar la atención de quien debe preocuparse. En este sentido, estamos también dispuestos a no comer indefinidamente, aunque alguno deba caer, dando su triste vida en holocausto de la de los demás.

Es de notar, hermanito, que la voluntad es firme y serena, que reina entre nosotros armonía y cordialidad, que en todas las miradas se ve la dolorosa fijeza de un sacrificio exigido por la fatalidad, y que no esperamos nada de nadie, pues sobrado sabemos que el público se preocupa poco de los presos y que estamos a entera disposición de lo que los que nos mandan quieran hacer de nosotros.

Más tarde, si ocurre algo, te enviaré el epílogo de esta carta. Por ahora estamos a lo que venga.

T. Antilli

Lunes; 31 de Mayo de 1915.

La Pluma

En mi encierro tengo un consuelo: me han dejado la pluma. Esa herramienta pequeñita, que termina en un pétalo de bronce, — Barret la llamó pétalo de metal; yo seré más explícito, diré la clase del metal: mi pluma es de bronce—es la causante de todas mis desgracias. Hay herramientas de trabajo que por sí solas acusan a un hombre; los cortafierros, el manojo de llaves, acusan al ladrón madrugadista; así mi pluma, me acusa a mí. Cuando vino la policía, esta tercera vez que me cazaron y me pusieron preso, yo estaba con ella en la mano, sentado en mi mesa de trabajo, con un rimero de cuartillas por delante, algunas borroneadas al lado del tintero, otras en blanco debajo de mi mano: sobre ellas corría mi pluma en ese momento. ¿Cómo negar, señor, cuando se es sorprendido en el hecho? Si eres un ladrón, uno que recorre de día las calles mirando las puertas y las ventanas, resolviendo el problema de lo que puede haber en cada casa para penetrar en ellas de noche; si eres uno que penetró en una casa y robó las joyas y el dinero que había, descerrajando hábil y silenciosamente las puertas, deslizándote como una sombra por las habitaciones de los dormidos, contemplando a favor de tu linterna sorda a la madre y a la hija con su femenina belleza al descubierto, resaltando de la blancura de las sábanas; si cometiste un robo y eres agarrado a la otra cuadra y se te encuentra encima el cortafierro y las ganzúas, ¿cómo dirás "yo no, yo no he sido"?; ¿cómo destruirás la acusación de tus propios instrumentos, aunque no te encuentren las joyas ni el dinero encima? Es fatalidad: hay herramientas de trabajo que por sí solas acusan a un hombre. Y esta es la tercera vez que mi pluma me acusa; podía ser un cortafierro o una ganzúa, que no me habría acusado tantas veces. ¿Por qué no figura una lapicera mía, con su pluma despeada, abierta, cansada y gastada de correr por la cuartilla, en el museo de la policía, entre tanto instrumental del delito, como allí se encuentra reunido? ¿Por qué, en vez de ésto, prefiere dejársemela para que escriba mi nombre en la cubierta de los libros, en cuanto papel viejo encuentro a la mano, en los cuadernos, en las etiquetas de los cigarrillos (por el lado de adentro, que es blanco):

—mi nombre y apellido, mi firma; y los nombres de otros, precediéndole, siguiéndole o entrelazándole; mis iniciales solas, sueltas o en monograma; o las iniciales de otros, solas o juntas con las mías—: lo que según los sabios es síntoma, no tanto de ociosidad, como de imbecilidad. En mi encierro tengo un consuelo porque te tengo a tí plumita mía. Contemplando tu trabajo, veo que no has dejado hoja en los libros que leo que no hayas rayado, borroneado tú; hasta has intentado algunos dibujos, lo que es una loable iniciativa artística. No puedes hacer más. Viendo bien: ¿para qué sirven el cortafierro y la ganzúa al ladrón en la cárcel? Para dar cortafierrazos a las paredes, o para agitarse vanamente en el encierro. Mejor están en el museo. Mi pluma, sin embargo, no está en el museo; está conmigo. No puede decirse de ella que después de acusarme y comprometerme, dejó de prestarme asistencia. Me hace compañía. Y dá salida a mi incorregible instinto grafómano, cosa por la que ya he sido cazado tres veces, como el ladrón por su instinto cleptómano. La sociedad se defiende de sus cleptómanos y de sus grafómanos. Tanto peor si éstos, al ser sorprendidos, no alcanzan a ocultar la herramienta que los acusa.

Plumita mía, herramienta mía: como una avispilla tu picura en la piel hace roncha, cuando escribes con ironía y quieres levantar roncha. ¡Me has acusado ya tantas veces por no quererte tirar, renegar de tí! Y ahora, plumita mía, (no sé cómo decirlo); ¡ahora que entre el borronear ociosamente en la prisión produjiste alguna cosa que se valorizó, que tu dueño quería hacer llegar como un obsequio tuyo a la que le dió el ser, su carne de grafómano y de prisionero; ahora que eso tampoco es posible porque el que lo negoció se absorvió el producto: ¿qué he de hacer contigo, plumita mía? ¿He de ahorcarte? ¿Habrá llegado, al fin, la hora de ajusticiarte, de renegar de tí, tú que siempre me acusas y hasta has destruído este mi acariciado sueño de hijo? ¡No, no, plumita, pétalo mío de bronce, herramienta de mis grafomanías: he de besarte, porque eres tan desgraciada!...

Paciencia, esperar...

Paciencia, paciencia: triunfamos a pura resistencia. Es necesario saber esperar, no desesperarse, dominar al tumulto o la sublevación de los nervios que a cada paso amenazan estallar como una bomba de dinamita. Volemos el muro, dicen éstos. Aguantemos, aguantemos, venzamos la mala suerte, dice el que sabe tener paciencia y esperar. Toda la sabiduría y además todo el carácter consiste en saber esperar. Una paciencia aldeana, firme, tranquila, hierro por la voluntad, que espera hasta que venga lo que debe venir aunque tarde mil años, que de dónde se plantó no se mueve, allí se agarró como con una brazadera, que no se distrae y que no olvida, triunfa seguro. El que te espera seis horas para plantársete delante, no se irá sin conseguir lo que desea, seguro; quiere muy firmemente lo que quiere; además es de acero por su voluntad. Es necesaria cierta impavidez, no tanto ante el peligro que en el tiempo de un fruncimiento de cejas ya pasa, como ante las horas que tantean continuamente la resistencia de la fortaleza como el agua en el muro. Se te cae la casa encima: pones el pecho o el hombro y aguantas, aguantas ¡caramba! sin impacientarte, aguantas hasta el fin del mundo. Si sabes esperar lo bueno, vendrá lo bueno. Mientras tanto hay que sufrir con paciencia lo malo: los nervios desearían acabar pronto siquiera fuera a pistoletazos; la voluntad quiere esperarlo y sabe buscarlo.

Yo deseo tener libertad; pero me hago de la paciencia del prisionero para resistir sin doblarme toda mi prisión. Voy por la misma vía de antes: camino recto y sin torcerme ningún pie. Tengo paciencia para esperar lo mío y no me doy... Tumultos o sublevaciones de los nervios los he dominado todos, los he reabsorbido como la corriente de un cable eléctrico sin producir ninguna chispa, y presento al exterior una superficie tranquila. "Ese está hecho para estar preso" — dirá cualquiera. Pues bien: no estoy hecho para estar un solo minuto bajo la dominación de nadie; si soltara mis nervios no cesaría de bombardear desde aquí hasta la alcaidía y la puerta de calle a todo el que se me pusiera delante para taparme

la libertad. Sin embargo, más que este bombardeo, mi libertad costará cara a mis encarceladores por lo que la he esperado para acabar por lo que deseo. Mando siempre yo; sé esperar, sé aguantar cuando es preciso aguantar: al otro lado se verá lo que aquí he acumulado; me he hecho de hierro para mis ideas, invencible por la firmeza y la resistencia. Nadie me saca de mi alvéolo; me toca esperar y espero. Mi paciencia es inagotable porque mi voluntad es también inconmovible. Esta es la profesión de fe de todo preso. De comprender es que nadie cansará luego al que con tal ejercicio de la paciencia se ha hecho incansable para pasar la mala suerte, sólo agachándose un poco más, como quien, de liviano, le toca ir después un trecho cargado... ¿Esperar? Si es preciso esperar cien años y tener todo este tiempo la casa cargada sobre las espaldas, sabría hacerlo. Creo que hasta mi esqueleto seguiría sirviendo de puntal: tanto me he acostumbrado a la paciencia y a esperar en estos dos años. Lo que es por mí no quedará la casa que se derrumbe: pueden venir los albañiles cuando quieran, puede tardar el día cuanto sea necesario. ¡Nada por tierra! Esta es la manera de conservar íntegro el capital de futuro que en nosotros se depositó. Aguantarlo solamente: ¿no es ya casi todo lo que debemos hacer?

Entremezclamiento con Guyau

Mis ideas de anarquista

Leo a Guyau: "El Arte desde el punto de vista sociológico". Después de haber leído a W. James y a Barrett — la reunión no es tan heteróclita como puede pensarse — no he encontrado otro autor que me dijera algo nuevo, que no arrastrara como pesados calcaños ideas viejas, repegadas, ideas mercenarias, conocidas a la legua por parásitas, y capaces por su repetición y monotonía de producir el aburrimiento de los libros. No todo lo de Guyau, ni todo lo de W. James, ni todo lo de Barrett, me satisface igualmente: algo hay en ellos, como en todos, que es hojarasca seca o que no es para mi estómago, y que no podría por lo tanto digerir para apropiarme su sustancia; pero con los dos o tres frutos de las ramas altas que en ellos consigo cortar, me doy más que por suficientemente satisfecho. No busco más tampoco en los libros... Y aún diré que estos dos o tres frutos en que se realiza, según una expresión del propio Guyau que aplica a la aparición de lo genial, el "accidente dichoso de lo nuevo", no son para mí del todo nuevos: vagos rozamientos tenía ya con ellos; en algunas cosas hasta adivinaciones enteras, pensamientos parciales, fragmentos del pensamiento general, expresados hasta con las mismas palabras y sirviéndome de la misma imagen, según lo compruebo complacido y sorprendido, recordando algunos de mis escritos hechos desde aquí desde la cárcel. Lo que comparo es mi ignorancia con la multitud de elementos manejados familiarmente por W. James y Guyau; mi incapacidad también para proceder a un ordenamiento general, y luego presentar mis pensamientos arreglados y dispuestos como una cosmogonía. Por ello me convenzo que soy un fragmentario, un escribidor de capítulos sueltos; no seré jamás, sino por estos pedazos, el autor ni el creador, como Guyau, de una cosmogonía filosófica esto es de un sistema del mundo de las ideas que explique y dé razón de toda mi conciencia.

Sin embargo, la tengo: he dado ya varios lados o caras

de ella; ahora, con Guyau en la mano y dispuesto a todos los atrevimientos, trataré de dar otros lados más, y si es posible de cerrar mi cosmogonía. Con los ojos fijos en ella, teniéndola en la punta de los dedos, he cortado de Guyau — como corto muchas cosas tal vez de otros — los dos o tres frutos que me han servido para completarla, olvidando todo lo demás, hasta la rama de que los saqué; de las conclusiones no me preocupo, pues tengo las mías propias, de manera que no las mencionaré siquiera y hablaré de las mías solamente: ¿no es ésto para mí lo más urgente, lo más interesante; no será a la vez lo más curioso para todos?

Desde luego dejo el Arte por la vida: en la vida es dónde quiero ser todo lo que Guyau ve en el Arte; mi campo es más ancho y no lo quiero restringido a algunas manifestaciones del espíritu humano: contendrá todo el espíritu humano; el mío por lo menos. Guyau me ha dicho: "¡Arriba dormilón; siempre necesitas de voz que te despierte: aquí tienes tu pensamiento ya listo y tallado, solo que aplicado únicamente al Arte; es necesario que tú lo apliques a la vida!". Bueno. Sí... La vida que, según Guyau, tiene gran superioridad sobre el Arte, como éste en las representaciones, debe tallarse en las acciones por la creación de un mundo de seres vivos; el simple hombre que vive es como el artista, un realizador de sus oscuras visiones o de su ideal de existencia, y como en el Arte debe verse la genialidad en la vida. El genio es un accidente dichoso de la naturaleza, inexplicable hasta ahora, pero que obedece seguramente a leyes inmutables y fijas; nos importa menos su génesis que su acción de beneficio indudable. El genio aparece como creación de un nuevo medio social; es como el "accidente dichoso" que crea la especie biológica de Darwin. Lo característico del genio es concebir las posibilidades; pero no hay genio, en el Arte y en la vida, si lo que concibe no es un mundo de seres vivos. Este no puede ser concebido sin la simpatía, y conquista por la misma simpatía que sienten todos por la vida; sin mucho amor no puede crearse mucha vida, éste es el sentimiento que lo ennoblece y lo anima todo: el genio es, pues, sociable, y su obra la de mayor sociabilidad. Brevemente, el Arte es sociológico; yo digo: la vida también, toda entera, es sociológica,

En lugar de estudiarse, como hasta aquí, el antropomorfismo, debe estudiarse el sociomorfismo. La simpatía tiene por razón la solidaridad. Y crear, o sea amar, en el Arte como en la vida, es darse, dar de su propia existencia por un sentimiento que es más real que todas las exigencias de la vida individual. "En la negación del egoísmo — dice Guyau, — negación compatible con la vida misma, es dónde tanto la estética como la moral — nosotros diríamos la vida — deben buscar lo que no muere". "El libro amigo es como un ojo abierto que la muerte misma no alcanza a cerrar, y en el que se hace siempre visible, en un rayo de luz, el pensamiento más profundo de un ser humano". Esta es toda la esperanza de inmortalidad, que no es mentida, que verdaderamente nace de la conciencia solidaria del hombre sociológico.

¿Mi cosmogonía filosófica? Pues es esa: la he ido diciendo a medida que escribía. Hace tiempo que en una carta a Gilimón le decía: "cada vez me convenzo más que para ser anarquista es necesario casi ser un genio; a veces me miro y me remiro y me encuentro colocado aquí como un tipo accidental; no hay nadie que ame más que yo a la vida, pero la amo en un medio social que no ha aparecido todavía y por eso mis acciones — testimonios de mi amor a la humanidad — son tan diferentes de las de los demás". Ahora puedo decir que tenemos la genialidad de la vida: todo lo del genio que escribe Guyau nos es aplicable a algunos anarquistas, aunque solamente en nuestros actos en la vida, e igualmente somos o representamos la creación de un nuevo medio social, hemos concebido un mundo de seres vivos del que vemos desde ahora las posibilidades. ¿Sociomorfismo? Sí, es lo que hay que estudiar lo mismo que para la explicación del genio. Y dicho sea todo esto sin petulancia, por la necesidad solamente de manifestar lo que pensamos: en la vida, aunque nos digan locos o nos aporreen como quieran, seguiremos siendo igual.

La libertad

Nadie sabe todo lo que vale la libertad sino el que la ha perdido. Cuando se consideran las revoluciones, los sacrificios tan enormes como los de la vida misma que en todo tiempo se han hecho por la libertad, se reconoce que ésta no es una vana palabra y que su posesión representa un bien inapreciable para los hombres. La libertad y el amor han monopolizado casi exclusivamente todas las causas de los suspiros humanos; ambos pueden conducir igualmente al crimen o al suicidio, por afirmarlas, y a su alrededor se nutren o se bordan la casi totalidad de las vidas dramáticas. Puede decirse de la libertad lo que dice Shopenhauer del amor; que preocupada sólo en la obtención de sus fines, es, en los medios de que se vale, francamente inmoral, francamente revolucionaria, pues únicamente en sí misma lleva toda su justificación o moralidad. No hay compromiso de honor, ni fe jurada, ni respeto a las convenciones, que impida ser libres, cuando la ocasión se presenta, como nada de esto impide amar, y realizar el amor, contra la oposición y la ley de toda la humanidad, cuando el amor es verdadero. La historia es una enseñanza continua al respecto; los que quieren ser libres no se preocupan de ser muy morales, según la antigua moralidad. Y esta es la fuerza de la libertad, como la del amor.

La libertad, como este otro sentimiento, produce también sus desencantados; los que la acusan después de haberla amado y hacen gala de la ironía acerada que es patrimonio del excepticismo, son sus muertos, más muertos que si hubieran cesado de respirar realmente. Imaginad a Werther excéptico del amor y desnudándose de su propio sentimiento, en vez de haber terminado por el suicidio. ¿No sería también un muerto, un Werther sobrevivido? El príncipe Hamlet es otro muerto; muerto en la aurora de la vida, en esa hora en que las flores beben recién el rocío, por el ambiente de una corte corrompida; muerto por esos cortesanos tan vanos, que, según su propia frase, "harían una cortesía a la teta pidiéndole perdón por haberla mamado"; muerto por el Rey — el padrasto — asesino de su padre, y preocupado sólo de librarse de su

presencia sin que él lo advirtiera; y muerto finalmente por su misma madre, de tal circunstancia y fragilidad femenina, que olvidada del marido muerto, de sus promesas y juramentos, y del propio hijo, se rendía a los placeres del lecho voluptuoso del esposo nuevo. ¡El príncipe Hamlet es no sólo un muerto, sino, lo que es peor aún, es un asesinado!

Digamos de paso que todo cadáver es una ironía para la vida, la más punzante y la más acerada de todas. Cuando el dichoso príncipe Sakia — que después fué el Buda — dueño de una hermosa mujer, padre de un hijo bellísimo, y rodeado en su palacio de cuantos placeres y comodidades pudiera desear, encontró en sus tres salidas: primero un mendigo, luego un enfermo de enfermedad asquerosa que llevaban a curar, y por fin un entierro fué tocado por estas tres ironías, especialmente por la última, e inútil, no pudo volver a encontrar la felicidad que al salir había dejado en su palacio. Tampoco se puede vivir con la ironía de Hamlet, muerto moral y cuya existencia es una perpetua y acerba ironía, como irónico fué para él todo, hasta su condición de príncipe.

El arte y la literatura han ennoblecido estos dos sujetos de eterna poesía: el amor y la libertad. Sus héroes serán apreciados siempre justamente, pues ellos nos vengan de nuestra falta de atrevimiento y de nuestro apego cobarde a la vida. Pocos serán los que no sientan, más que todo otro móvil, aun el de la ambición, estos dos móviles poderosos: el amor y la libertad; y muy pocos los que ante el amor repentinamente correspondido o la libertad anunciada de pronto, no se sientan invadir de gozo y de placer como ante la mayor felicidad de la vida. La sentencia, en uno y otro caso, es de vida o muerte. Las dos breves palabras, pronunciadas por los labios áridos del carcelero o contenidas en el fondo de una carta que trae lo desconocido: "Eres libre" o "Eres amado", se equivalen, son de un efecto eléctrico absoluto. La estrella de la pupila — estrella como las estrellas: foco redondo, fulgor estrellado — se agranda como gota de nivel de agua corrida o alargada dentro del vidrio, como en un deslumbramiento... No sé si será anemia o congestión del cerebro; dejo esta discusión a los científicos; a mí me parece anemia, pues toda

la sangre desciende a los pies, sin duda, en ese hombre que se queda tartamudo y clavado en su sitio por la emoción.

Muy diferentes son los delitos de los hombres que se encierran en la cárcel. Pero una vez en ella desaparece toda diferencia, y los más opuestos se identifican en un común sentimiento por la libertad. Ni la procedencia, que es la más variada, ni los resabios de la vida anterior y de la sociedad anterior frecuentada, ni el destino distinto que espera a cada uno en la calle — tal vez éste no saludará a aquél, pasará de largo fingiendo no conocerlo, o bien como Pedro, tres veces lo negará en la misma circunstancia — bastan para establecer diferencia. ¡Iguales, absolutamente iguales! Para todo el que está ya condenado a permanecer un tiempo determinado en la cárcel, la libertad es una blanca desposada que sólo verán los ojos del esposo tal día de tal mes y de tal año. Y éste, sea quien sea, se impacienta con la lentitud del tiempo, porque no vive sino para ella; no puede sujetar su imaginación que ve siempre próximo el día todavía lejano, que le representa con los más vivos colores la suspirada felicidad; y sufre y se tortura con ello. Es por lo común la hora de la tarde, cuando el sol muere el otro lado de las rejas. De repente, de un grupo de presos que habían estado sentados, se levantan dos o tres, cada uno por su lado, y comienzan a pasearse agitadamente, completamente absortos en sus imaginaciones, y sin ver ni oir a ninguno de sus compañeros. Esto tiene un nombre en la prisión: es la "pensadora" que los ha agarrado; el torcedor de los presos que les impide disfrutar un solo día de tranquilidad completa, esto es de olvido, en la cárcel; el gusanillo que no se mata, y que está siempre despierto, y que sólo por horas logra entontecérsele o narcotizarle, para que reviva después con más violencia. Y no se crea que el objeto de la "pensadora" son los crímenes, una protesta tardía de la conciencia; no, su objeto es la libertad. "Cuando llegue el día de la libertad"; éste es el punto de partida de la "pensadora". No es mucho que la "pensadora" de la libertad haya vuelto locos a algunos presos, como la "pensadora" del amor ha vuelto locos a algunos enamorados.

Yo sólo he constatado, en mí mismo y en los otros, la in-

manencia del sentimiento de la libertad, y que este sentimien- se satisface con nada sino con la misma libertad. Las cuencias que pueden sacarse de este hecho no son desoladoras para los que creen que la libertad representa un bien inapreciable para los hombres.

La despedida

(A mis Jueces)

Puesto ya un pie en el estribo, listo para partirme de estos dominios y entrar resueltamente en los de la vida mía, sin lazarillos ni rodrigones, me asalta el pensamiento que no se me había ocurrido hasta ahora, de si no sería descortesía tremenda irme así sin más ni más, como quien se arranca de una fonda en la que ha pasado una noche y a la que no le obliga ningún reconocimiento, pues ha sido hospedado por su dinero; despedirme a la francesa sin antes cumplimentar a Vuestras Señorías, los amos longánimos de este castillo; sin ir y requerir mi licencia personalmente, y sin tener una palabra de agradecimiento siquiera para las bondades y cortesías que se han tratado conmigo (cuya deuda no me quito ni me quitaré en todos los días que viva), mandándome Vuestras Mercedes dar, como es público y notorio y queda por menudo asentado en libros y papeles, (junto con la cáfila de otros pobretes, que no tienen nombre sino apodo, obligados a vivir de lo que hurtaran, que como gente cazada conmigo estaban en la jaula, con sus guardias detrás y sus hierros a la muñeca), alojamiento y comida, y atender a todas mis necesidades como si fuera rey, en una de vuestras pobladas casas (más bien castillos o fortalezas extremadas), dispuestas con tantas celdas o habitáculos como el interior de una colmena o como granos tiene una granada, destinadas a huéspedes como yo; dónde todo está previsto, ordenado, reglamentado y nada ha sido olvidado, y dónde sólo es preciso dejarse estar, quietos como niños de la escuela, lo que exige un mínimo de esfuerzo tan bajo, tan aproximado a cero, como pueden Sus Señorías colegirlo, que, para una vida de trasiego como ha sido la mía, siempre buscando en la república pan de trastrigo,— en efecto: entre tantos hombres serios y formales como podían haberme servido de espejo o de ejemplo, yo solo dí en la flor de querer esquilar el huevo y de buscar pájaros dónde no había nidos...—, se asemeja mucho al buen sueño que da el reposo reparador...

Este pensamiento que me ha asaltado, al poner un pie ya en

el estribo, determinándome a volverme y a encalamar incontinenti la pluma, con la cual doy comienzo al rasgueado de esta despedida, ha cuadrado o esquinado que se cruzara en mi cerebro con este otro: que puesto que se ha dudado de la salud de mi razón, para permitírseme el uso de mi inteligencia, por aquel artículo que yo escribí y que han tenido en sus manos Sus Señorías, como una prueba de mi desatornillamiento, sin cesar de hacerse cruces y de asombrarse, con asombro que les dura todavía, de la mala disposición que yo tenía para manejar ideas, de la sima profunda en que me despeñaba (sin una sola ramita que pudiera servirme de asidero en los botes y rebotes de mi caída), y finalmente, de los instintos dañinos y criminales que yo revelaba (que se florecían y se hacían presentes en mi escrito, como se florece y se hace presente la sal en terrenos que han sido depósito de algún lago), yo no podía tampoco irme así, como quien dice en seco, sin bordar o pespuntear antes otro escrito (como éste, con toda mi cáscara y sin saltarle un tranco de pollo a la responsabilidad de exhibirme o reeditarme), por el que Sus Señorías vieran, directamente como por un vidrio, no tan ahumado ni deformado como el de sus anteojos, el estado de mi razón actual; y me le sacaran además lo torcido y lo desparejo, como me lo sacaron al otro, mucho mejor que un albañil a una pared con la plomada y la regla: labor que considero honrosa y relevante a la par de cualquiera, y primaticia para la censura de las letras en que están sus Señorías puestas, para proscribir como gente perdida las malas letras que han hecho su aparición en el territorio de la república; aunque por reposar éstas en uno de los conocidos defectos que llaman ingénitos del pensamiento humano, que no se detiene una vez que ha agarrado camino de perdición sino lo sigue hasta el fondo todo derecho, deduzco ha de ser efímera y ha de resultar de menos duración que la de dos centavos a la puerta de un colegio. Por todo lo cual que voy diciendo y poniendo pueden ir Sus Señorías haciendo cala y cala de mi razón, que yo no quiero que se me tantee como sandía verde, sino que se me pruebe el punto y la sal como a vianda que se cuece en la cocina.

Sí, todo yo quiero mostrarme en la vidriera en esta ocasión para que se me diga si engrano o si espigo bien, como razona-

blemente los cruceros o batientes de una ventana un carpintero; si en estos de los giros largos y desenvolviéndose en otras tantas vueltas o lazadas, no cometo error ni falla, y si no correspondo a un ramaje coposo con un tronco raquítico; y aún ahora me doy cuenta que este era todo mi deseo cuando se me hacía cuesta arriba irme así sin más ni más, sin dejar en manos de Vuestras Señorías el relieve de esta despedida; la ocasión era pintiparada para una consulta, que a no habérseme ocurrido a tiempo y hora oportuna, lo habría lamentado después; y yo que siempre escribí de mi idea nada más, que nunca tuve la aprobación que corrobora y asegura de ningún colegio ni universidad, que en esto fuí toda la vida un desvalido, que nunca fuí medido ni examinado tampoco por ningún cuerpo docto ni academia sabia, acerca del estado de mi razón para pensar y de mi madurez o habilidad para escribir, no podía por inadvertencia o pereza dejarla escapar, como se deja escapar una liebre por falta de la escopeta o de los perros, en campos donde no hay más que una y no se volverá a presentar tampoco otra vez...—; tanto más que cuando entré aquí hace tres años (traído, que no venido de mi voluntad, como sorprendido muchacho, disgustado y pataleante, que lo llevan de una oreja a la pileta, para desembarazarlo del barro y suciedad que se ha desparramado por cara y ropa jugando, divirtiéndose, con lo que se ha puesto intomable y sucio como cochino en cochinera...—Sus Señorías dijeron que estaba loco, que quién me había dicho sino mi grande e inconmensurable simplicidad que era yo entero y suficiente para estas cosas de pluma o de plumear, que tan estrechas y dificultosas son, y que no había de tener enmienda ni compostura jamás, aunque de plata o de oro nuevamente me hiciesen o aunque volviese a nacer otra vez, razón por la cual me retiraban , no para un tiempo determinado sino para todos los días que viviese, el permiso para ser presidente de la república, que como se sabe es uno de los beneficios que acuerda el régimen democrático: el principal y más preciado de los derechos que la exultante modernidad ha puesto en el mantel de cada ciudadano, al lado del frutero y del aro para la servilleta...

Aunque ya no puedo ser presidente de la república(ni lo deseo tampoco: ¡véase cual no será el abismo de mi simplicidad

cuando todo el mundo debía desear ser presidente de la república, como ha dicho el doctor Justo, declarando un sano y normal deseo de todos!) puesto que no tengo ya derechos polí[illegible] para mí, para regir los destinos de mi país, será como [illegible] nacido en una de aquellas legendarias y vetustas mo[illegible], anteriores a la aparición del régimen constitucional y democrático que para mí acaba de cerrarse, cerrando a la vez las bellezas que contiene, como el baúl o la maleta de otro; algo pueden Sus Señorías dejarme ser, por lo menos escritor simple, si para serlo muestro, como no lo mostré antes, un [illegible]mo de razón o de cordura; que ya van viendo Sus Señorías que me roe la comezón de escribir, y que para mostrar lo que soy no necesito que me abran la boca como a los mates, ni que me peguen en el codo para que suelte de la mano, como es propio hacerlo con el estreñido o el tacaño...

Para que Sus Señorías puedan enterarse del progreso que he hecho en las cosas razonables (como en esto de bordar o enlucir un escrito, discretamente punteado o calado), les diré que sí, que ahora pienso y me doy cuenta tanto como ellas, que he malgastado pecho y saliva en ser, en todo lo que he gritado, protestado y revuelto, sin dejar nada en paz ni nada tranquilo, contra el privilegio fuerte y la república bien asentada, "un perro ladrando al mástil de un buque", como calificó a los de mi descontento o chifladura el voluminoso fiscal señor Bunge, que por supuesto iba en el buque e iba contento; sí, como Franklin cuando era muchacho y una vez teniendo diez centavos compró un pito, yo también compré un pito, con el que no he hecho más que aturdir y meter ruido por toda la casa, muy ufano de haber hecho una buena adquisición, y el pito me ha costado ya más de una reprimenda, sin que nunca me diera cuenta de mi ridículo, ni hiciera mención de reformarme; y este pito, que me ha presentado a Vuestras Señorías como simple y como ridículo, cuyo gasto he pagado con recibir porrazos y con ser prohibido de tocarlo, como a mí me venía en ganas por el día y por la noche y en fin a toda hora y a todo momento; este pito era mi interés por la conquista de la justicia social para los descartados y oprimidos, para los que no la tienen con la república ni la tendrán tampoco con las burguesías... Sí! "Todo el interés de la humanidad se reune y converge hoy en

la suerte de los descartados y oprimidos—pensaba yo—, pues representan la parte defectuosa y no emancipada de la sociedad". ¡Y era un pito!...

De ignorante y de simple yo mismo me doy certificado o patente (aunque si no me lo diera sería lo mismo, por estar extendido y certificado en aquellos libros o en aquellos papeles, con toda limpieza y claridad, de manera que no hay negar ni resistirse que valga), y debo estar convencido además de que, antes por lo menos, era un niño de teta para tener el manejo de una pluma, como una herramienta para esculpir o entallar, no lo impertinente sino lo perteneciente de mi idea o pensamiento, pues nunca pude hacerme entender por derechas lo que se me ocurría o quería decir; y así no es de extrañar que asentando yo en aquel artículo que me pasaron por la criba o el cernidor Sus Señorías, y que tan grande residuo dió de cosas, no pertenecientes sino impertinentes a la escritura o las letras que se tienen en la república con renombre de buenas; asentando, decía, que toda la brutalidad y toda la fuerza pertenecen a este momento, del cual son las hijas o el retoño propio, siendo todos cambios de un mismo fenómeno o correctivos uno de otro, y que por lo tanto no había que esperar de ellos triunfo o derrota y que había que emprenderlo lo mismo todo (pues íbamos a otra cosa, a otra finalidad, que era que en el futuro no naciesen los Radowisky y los Falcón, con las causas que los producen, para lo cual había que educar a los hombres en otras ideas y en otros intereses, que les hiciesen buscar principalmente la transformación social...). Sus Señorías, por lo mal escrito, como niño de teta, que sin duda estaba, me resumiesen y declarasen el contenido así: "Como se ve, incita al atentado, quiere más atentados, pide más atentados...!" Con lo cual se mostraron exégetas agudos, aclarando el sentido oculto a favor del sentido visible, y llamaron mi atención sobre lo que debía poner al escribir; la atención que es la voluntad para las cosas razonables, pues los locos no tienen atención y por eso desbarran y se van por los tejados...

En fin, no quiero alargarme más, por no seguir dando pesadumbre a las letras, que ningún mal me han hecho, aunque yo sí con ellas he cometido más de un desaguisado, usando *la pluma para el escrito como el puñal para la herida y la llave*

para la puerta, pero todo era por mi ya dicha ignorancia y simplicidad: si, como descuento, las causas de este proceso no eran exageradas—que entonces sería insignificante, pues todo lo exagerado es insignificante ha dicho el señor de Metternich, y los veinte y tantos cargos que el Tribunal de la Inquisición hacía al poeta Manuel Villegas sólo lograron demostrar que este tribunal era insignificante...—; si Sus Señorías son entonces las personas más ponderadas, yo no quiero irme de aquí, ahora que se me toca estar todavía en su presencia, sin que se me diga si estoy cuerdo o loco, o sin saber hallar la callejuela, busco otra vez pájaros dónde no existen nidos, o estoy tratando de encontrarle pelo al huevo para esquilarlo... Después de lo cual, en materia de preguntas o de consultas que me aseguren o me iluminen, sólo me queda acudir a una gitana que me diga la buenaventura...

Un simil para terminar: el cerebro de los hombres, cuando está de cierta manera lanzado en una dirección, por una idea fija, es como esos muñequitos de goma o celuloide, formados de una delgada hoja de material, y que tienen en su interior una bolita de plomo o de estaño que siempre los restablece a la posición vertical; y así ¡miren Sus Señorías para este lado, miren que ya está en pie el muñeco parador, miren también si quieren volver a empezar... De risa, que todos celebran y festejan al muñeco parador; y Sus Señorías, queriendo apabullarlo o voltearlo, mezclando los más graves pensamientos como para las cosas más serias, han realizado el más difícil papel: "El más difícil papel — dice Cervantes —, es el del tonto, pues no lo ha de hacer quien da a entender que sabe que lo es..."

Disculpar lo cencerreante de este escrito, que sin embargo yo he querido que fuera afelpado y suave como una flor.

T. Antilli

Prisión Nacional, Setiembre de 1916.

—Desde el 14 de Noviembre de 1913 al 14 de Noviembre de 1916, estuve preso, condenado por los jueces a tres años de cárcel, por un artículo que me hicieron caer bajo la Ley Social. Algunos días antes de obtener mi libertad, escribí esta "despedida" a esos señores, que recién publico hoy por no haber tenido antes dónde hacerlo.—T. A.

El regreso

A mis compañeros

Conferencia leída el 14 de noviembre de 1916, día de su salida de la Prisión Nacional.

¡Esta es la vuelta, el regreso, compañeros! ¡Este es el día de la recobración, más luminoso y más puro que si todos hubieran sido de posesión imperturbada! Vosotros recobráis al compañero que teníais en la cárcel — que dejábais allí, mal de vuestro grado, como el grano que hubiérais deseado cosechar o recoger, apretado bajo irremovible piedra; éste os recobra a vosotros, al recobrar la libertad. Integración, ahora, para todos; es decir, reintegración... Ahora nos sentimos más completos y más dichosos; me siento yo también, y os aseguro que mi gozo no es el menor...

Pero, hojeemos ya mi librito de regreso. O mejor dicho mi libreta... En ella he juntado y coleccionado todo lo que he podido espigar y reunir, para sacarlo de debajo de la manga — o bien de adentro del seno, — y mostrároslo, cuando aquí, de vuelta o de regreso entre vosotros, todos me acudiérais, como una banda de hambrientos gorriones a una miga o una corteza de pan, preguntándome o picoteándome: — "Y bien: ¿qué nos traéis; venís como de costumbre con las manos vacías, o traéis las manos y las maletas llenas?"

Algo hay, no os apuréis; no picotiéis. Cese vuestra ansiedad por eso: traigo una medida llena... Sólo que no sé si os satisfaré o corresponderé a vuestra espectativa, como la miga o la corteza de pan a la piadora banda del patio, pues soy muy torpe y desmañado para sacarlo — es un defecto que me dió naturaleza; — y algo se estropeará, y otro tanto perderá de su brillo o su valor, según que se me enriede en los flecos — que se me enredará sin duda, — o haga pliegues, o no pueda mostrar a todo lo largo o lo ancho las colchas que traigo, para que todos admiréis su labrado y colorido...

Os traigo la demostración de que sóis y somos una familia; he ahí de lo que traigo una medida rebosante; y de va-

ciarla ante vosotros — o sea de desempaquetar y extender mi colcha, — espero vuestro placer; a no dudarlo esta cosa os será placentera... ¡Atención, pues, que empiezo a desenvolver mi colcha!

Es para mí ya evidente, compañeros — ¡ved que apunta ya un extremo de la colcha...!, — que entre todos los que luchamos, y sufrimos y nos impacientamos, por el advenimiento de un nuevo estado social, que permita la libertad y la justicia y no sea contrario al fin de fraternidad humana — ideal acariciado por todos, que está perpetuamente en el fondo de nuestro deseo, que todos anhelamos ver convertido en realidad, pero que no acabamos de hacer surgir de la piedra, como el trabajo soñado por el artista, por más que hemos estado siempre con el escoplo y la maza en la mano, hemos trabajado y no hemos reposado... —; es para mí ya evidente, decía, que entre todos los que vivimos consagrados a esta labor de hacer renacer una sociedad y una humanidad nuevas de una sociedad y una humanidad viejas—seducidos por la idealidad de esta labor, en la que vemos al mismo tiempo uno de los fines alentadores de la existencia —, integramos, no ya una capilla como se dice y repite por nuestros enemigos, sino una sociabilidad y una familia...

Que formamos una familia, en el sentido más verdadero de la palabra, me parece un hecho claro. En toda idea que pueda decirse ideal, en todo sincero entusiasmo por una noble causa, un noble arte, un noble sueño de la mente o del pensamiento humano — ¡aproximaos: tocad aquí este rinconcito labrado...! —, el estado que se crea es de sociabilidad — pues las impresiones son sociales, y cuanto más sociales mejor: se viven y se recrean más; así lo exige la comunión de los espíritus —; pero de una alta, insuperable sociabilidad, irreemplazable por otra alguna; este estado es irrecusablemente el nuestro, compañeros! Resumid ahora esta sociabilidad — la más alta, la más estrecha que puede existir entre los hombres; aquella que es causa de todo goce, que no se puede posponer, y de la que no se puede prescindir, pues de cualquiera parte se tiende a ella por tendencia irreprimible —; y tendréis la familia, la familia abierta de los amantes de la idea,

en que lo gregario y reclutador, el lazo mismo religador, es y ha sido solamente el ideal... ¡No hay lazo más irrompible ni que una más fuerte a los hombres, compañeros! Pero preguntaos, interrogaos a vosotros mismos, si fuera de aquí — de la sociedad o el recostamiento de los compañeros; de sus deseos, sentimientos y acciones; de sus ideas, sus libros o sus palabras—, os encontraríais tan porfectamente en vuestro centro, como en el seno de vuestra familia; un centro donde se os estima y se os comprende, dónde os encontráis siempre a satisfacción, dónde no disonáis ni discordáis nunca, ni en vuestros odios ni afecciones, ni en vuestros deseos ni pensamientos! Y ahora, idme diciendo si no me porto como regular herrero — no obstante mi permanencia allá, en el lugar dónde se pierde el pulso y la mano —; y si del primer voleo y martillazo, después de los toquecitos de tanteo, dados para halagar al clavo, no he dejado fijado en la chapa este remache; remache que con la cabeza bajada, como un capacho viejo, toca y ajusta con todos los bordes...

Pero, por lo que se refiere a nosotros, no es esto solamente; aún queda algo más, más colcha que mostrar... Os ruego que por un momento os fijéis en el carácter y el valor de nuestra labor — esa labor, como he dicho, de hacer renacer una humanidad y una sociedad nuevas de una humanidad y una sociedad viejas —; labor que cifra un empeño común, y el más abierto y universal que se conozca; que se realiza también en común — lo tuyo puesto con el mío, y todo con lo de la entera familia anárquica, y de la humanidad más luego —, y que es causa de nuestros infinitos golpes y cabezasos que nos producen crueles heridas y contusiones y han probado más de una vez la dureza de nuestra cabeza, dados contra los tirantes bajos del techo, las vigas bajas de la sociedad: vale decir, la policía, la cárcel y la ley... Ella es un motivo de comunión más. Otro motivo puede verse, aunque éste ha de colocarse entre los primeros motivos, en el modo de ver que tenemos igual para el mayor número de cosas, sobre todo para las cosas de nuestra impaciencia y de nuestro deseo, y que se manifiesta por el interés apasionado y ardiente — que todos tenemos, que fortalece y renueva una gruesa corriente de cor-

dialidad y simpatía con todos los que hacen o trabajan en el sentido de la liberación — por ver pronto fructificar en resultados, no sólo la obra propia, sino la de todos, la de la entera familia de los hombres conscientes, inteligentes y buenos!

Pero, paremos o refrenemos un poco; voy demasiado de prisa, y casi he soltado, sin tomar respiración, toda la colcha... Quiero deteneros en un pequeño labrado que no me perdonaría dejar pasar por alto. Habréis advertido que, mientras he ido soltando colcha, vaciando precipitadamente mi medida, he repetido frecuentemente las palabras "labor" y "trabajo", y no me he valido en toda la noche de otras. Es que quiero inculcar esta idea en vosotros... Eso que algunos llaman un inútil afanarse, ladrido de los perros a la luna, papirotazos dados en el aire que se vuelven en golpes contra la nariz, cosa estéril o perdida, la simple manifestación de un energumenismo que no conduce sino a gritar o desatarse como locos que aúllan dentro de la camisa de fuerza — el doctor Dickman, que es diputado al congreso, le llamó alcoholización; para él éramos los perseguidos de una cosa ebria y borracha que nos hacía expansionarnos en palabrería, y esta palabrería nos embriagaba y nos emborrachaba más, hasta el punto de no ver la realidad ni conocer a la gente: ¡el doctor Dickman es un pozo de ciencia, y por eso sus electores le pusieron en aquel banco! —; eso insisto yo en llamarle trabajo, porque realmente lo es, y en una obra que habrá de agradecernos el futuro; porque no hay ni uno solo de vosotros que no se agite o no se mueva sino en la convicción de que realiza trabajo; de que, en la medida de sus fuerzas y en la extensión de sus luces, labra o prepara la redención de los hombres y las mujeres de mañana de todas las miserias y esclavitudes del presente.

Esta es, además, la convicción de todo hombre que hace algo por los otros. Y tocante a este trabajo, él es libre, espontáneo, desinteresado; los hombres se sacrifican por él, y olvidan frecuentemente su propio interés por acudir a su interés: preparan, como nosotros preparamos, la voluntad y la carne para ser heridos por las espinas o machacados por los guijarros; aún para darse a él se requiere libertad, poder y carnadura. — El mérito es todo de la obra. — Y tenemos

también el vínculo de ella; para nosotros, el vínculo de nuestros periódicos, nuestras conferencias y nuestras escuelas...

Unos golpecitos de simple perfección dados a esto último... ¿Os habéis fijado alguna vez en el padre y la madre que se inclinan llenos de interés sobre la cuna del hijo, como una flor de la mañana; y allí mezclan sus cabellos, confunden sus respiraciones, formando un solo grupo moral y encantador? Pues así, inclinados sobre la cuna, como una flor de la mañana, de nuestros periódicos, conferencias y escuelas, donde se talla o está desarrollándose el ser de humanidad y de sociedad que reconoce a nuestros hombres por padres, a nuestras mujeres por madre: — también hay entre la concurrencia algunos abuelos; tal es, vieja ya de algunas generaciones, nuestra familia... — formamos ese grupo de encanto y seducción, cuya poesía moral se vé principalmente de afuera; aunque existe, no es tan visible para nosotros... Quien pasara y mirara ahora por la ventana, tendría una revelación de esto; nos contemplaría como una estrecha y unida familia, agrupándose interesada alrededor de los pasos afelpados de un tierno niño que empieza a caminar — con su mirada azul y su carnecita rosada, el encanto y el tirano de todos —; y anhelaría entrar por la puerta, y ser de los nuestros en este instante... Es figuración, pero el niño existe, en los pasos de lana o algodón con que aquí mi pensamiento se ha puesto a caminar; y éste es vuestro encanto, éste es vuestro tirano en este momento!

La familia que está aquí en grande, cabe en pequeño entre pecho y pecho, entre dos que sean para afrontar unidos la vida, entre amado y amada, y entre amigo y amigo. Además de los otros hijos, también pueden tenerse estos hijos; además de la otra familia, también puede tenerse o formarse esta familia... ¡Formadla, compañeros; no penséis sino en formarla, los que os encontráis en el caso de formar la otra amistad o la otra familia! Será un lazo más de compañerismo. En cuestión de lazos con los que queréis: ¡agotad toda la lista!... Vuestro consorcio o vuestra amistad, será entonces no sólo vuestro consorcio y vuestra amistad sino, con la misma persona, también el nuestro, el que aparece aquí esta

noche... Vinculaos con lo que nos vincula; véis ya que no es malo; aumentaréis no sólo el lazo de unión, sino los motivos de estar juntos, de entenderos, y os crearéis una sociabilidad superior. Vuestro consorcio, además de estar santificado por la amistad o el amor, será, como el de los anarquistas, fresco, nutrido, rehenchido, con perfume que se esparcirá de sí, como el de la flor fragante...

Bien: ya he corrido bastante el devano, he soltado colcha, he aflojado carretel, y ha remontado demasiado alto el barrilete; no quiero teneros toda la noche con la cabeza para arriba... Volvamos, y no nos salgamos de ellas más, a nuestras impresiones comunes. Es indudable que si formamos una familia, no nos encontramos bien sino cuando están todos sus miembros. Cuando nos falta alguno, cuando alguno nos es amputado por la policía o la ley — como la amada a quien le sacan el amado, o el amigo a quien le sacan el amigo —, todos nos sentimos amputados, y para la entera familia anárquica, éstos son momentos de tristeza o bamboneo... El golpe no es a uno solo; el golpe es a todos... Todos sabéis que en el estado actual de nuestra lucha son casi diarias estas amputaciones, y muchas lo son definitivamente y para siempre, de compañeros que no veremos más... Son raros los días que, como el de hoy, puedan señalarse por una devolución, por una recobración... Por eso son también más apreciados. Independientemente de su valor, un interés del todo nuevo se añade a lo recobrado. Este es el interés que hoy presento para vosotros, y soy consciente de él, compañeros! Presento el interés del dracma perdido y vuelto a encontrar, del amado recuperado por la amada, del amigo recobrado por el amigo. No vale este dracma de plata más que todos los dracmas de plata, pero era el dracma perdido; esto es por lo que la mujer del Evangelio, abandonando todo, su casa y sus quehaceres, salía a pedir gozos: "¡Dadme gozos, vecina, que tenía un dracma perdido, y el dracma es encontrado!..." Soy, pues, el dracma recobrado. Por mí, abandonaréis quizá cualquier quehacer, y saldréis a pedir gozos! "¡Dadme gozos, compañero, que tenía un compañero en la cárcel, y éste ya es salido!..." Pero quedan muchos, muchos otros dracmas perdidos, que no se recobrarán ni se recuperarán jamás! Por ellos no se pueden pedir

gozos. Los quisiéramos aquí; los quisiera yo y los quisiéramos todos... ¿No es verdad, compañeros, que entonces sí nuestro contento y nuestra alegría no tendría límites, si tuviéramos aquí, recobrados para nosotros, como me tenéis a mí, a Gilimón y a todos los deportados, y que suman una tan enorme pila de dracmas perdidos? Nuestra familia ha quedado debilitada sin ellos. Y si tuviéramos también de nuevo frescos, con la savia y la voluntad primeras, a todos los que sin haberse separado de nuestro lado, sin haber sido separados de la planta, languidecieron y se marchitaron, y son hoy un puñado de hojas secas que el viento convertirá en polvo?... Yo también, compañeros, soy perdedor de ésto; es lo que no recobro en este día de recobración, que no es de devolución completa; yo también saldría a pedir gozos, si los tuviera aquí, aquí a mi lado, y diría: "¡Cese toda tristeza o bamboneo; ya están todos; ya somos fuertes y firmes otra vez!..." Hay otra sombra más que me entristece y me anubla; pero de ella prefiero no hablar...

Quiero mostraros ahora, para que la cosa sea completa, un pañuelito de mi uso personal, en que advertiréis, si podéis, el perfume dichoso y enervador de que está impregnado... No perdáis cuidado: le pondré mi cifra, si es preciso... Siempre consideré que este día debía ser de fiesta para mí, pues en él debía realizarse la fiesta de mi libertad. Para el que está preso en la cárcel, encerrado bajo cuarenta muros y bajo cuarenta llaves, hay un día inembargable de fiesta, que nadie le puede quitar, que le pertenece a él; día en que para él sin duda alumbrará el sol, para él estarán peinándose las muchachas y poniéndose su mujer vestido para salir a las puertas y verlo pasar, para él los hombres se unirán a los hombres y se darán las manos en señal de contento o regocijo, para él se amará, para él se reirá y brillarán hasta los adoquines de la calle con luces de simpatía y bienvenida, para él los niños serán de rosa, y todo lo demás de coral, de plata, de oro, de flores: ¡este es el día de su libertad! A la verdad que no necesito ponerle mi cifra, pues ¿quién me quitará este pañuelo que todos los días, en tres años, me he estado atando al cuello? ¿Quién osará negarme este día de fiesta, mío, sólo mío, en que para mí exclusivamente hay guirnaldas de luces y de flo-

res, para mí suena esa música y se ha cantado "Hijos del Pueblo", para mí se viva a la anarquía y a la esperanza: para indemnizarme, para resarcirme de todo el tedio, la fealdad, el vacío, el fastidio, el silencio y la tristeza, que ha sido mi pan de la cárcel? La posesión prueba propiedad; yo lo he impregnado de todos los perfumes imaginables en una posesión de tres años sin ser interrumpida un solo día. Su perfume es dichoso; pero yo no puedo sino hacerlo ondear ante vosotros; embriagarme con él, me toca a mí...

Os he mostrado ya todo lo que tenía; creía tener más, pero examinando mi alforja, veo que no ha quedado nada, está toda vacía. ¡Poco cargan mis medidas! Es que las he tomado en el almacén de "La Buena Medida"... Las hachas están puestas ya a los pies de la injusticia, de los jueces y las cárceles, del patriotismo criminal y del entero árbol de la explotación y el privilegio; el desmonte está empezado, y se piensa ya en la sementera mejor... Yo soy el trabajador que regresa a hendirse la frente de nuevos cabezasos, a trabajar, a vencer, o a ir de nuevo al hospital...

Os sorprenderá que no haya dicho una palabra de la ley social — la ley que fué mi verdugo —, y que no haya protestado siquiera de mi encarcelamiento. Vuestra sorpresa es justa; pero yo no he pensado sino solemnizar la vuelta, el regreso... Además, ya voló todo aquel polvo de abajo de mis talones; no he podido retenerlo; ni para odiar me acuerdo de nada... Serú es un nombre de juez; la ley social es un nombre de la injusticia y la iniquidad de todas las leyes... Y ahora, que he explicado también esto: ¡adiós y buenas noches, compañeros! Es hora de que os suelte yo también, y de que me vaya a celebrar mi regreso con las estrellas de la noche y los faroles de la calle... ¡Viva este día, porque ha sido todo de fiesta!; y mañana: ¡viva la lucha, viva el trabajo!...

Entre el Pueblo

Doy lo mejor

Doy el corazón, lo granado de la espiga, a los buenos amigos y compañeros que luchan por el advenimiento de un porvenir mejor.

Mis granos, a veces son prietos, como de tierras muy secas, y a veces son hinchados, como de tierras nuevas, — tierras en que campea el humus fecundante y puro... Si éstos son más bellos, aquéllos tienen más dolor; han roto con más trabajo, han madurado de lo exhausto; son prietos por la necesidad de ser duros! Los quiero tanto como a la granazón espontánea que, hay días — días de sol y de hermosa plenitud — se realiza bajo mi pluma...

Por eso los doy juntos, los prietos y los fáciles, los duros y los livianos... ¡Los doy a los que quieren lo que yo quiero y aman lo que yo amo!

¡Querer lo que yo quiero! ¡Amar lo que yo amo! ¿No es esto el corazón, lo más granado de la espiga?...

Rompemos surco, y no más...

Somos inspiradores. Quizá nuestra obra, brizna con brizna o pajita con pajita, como los nidos de los pájaros, no presente una superficie muy lógica ni muy completa, al estilo de las exposiciones cachazudas pero asentadas de los sabios; pero hay en toda ella,—nosotros lo sabemos—, el germen que evoca una vida individual y social muy lógica y muy completa y que fuera de eso responde a más de un plan, una organización, como el nido del pájaro o la celdilla de la abeja; de todas maneras, tiene ella las yemas o las galladuras para que esta vida individual y social que está por debajo de nuestro alentar mismo de hombres anarquistas,—que no ya de nuestro hablar, nuestro escribir o nuestro fulminar, tan nuevo y tan propio—, sea en quienes se injerten o prendan nuestras palabras, como gajos de vid o pies de higuera, sensación primero y luego realidad y verdad de un nuevo vivir individual y social, despertador de ecos dormidos o de potencias apagadas, por cuanto nosotros en nuestra obra más pura o más verdadera, no hemos hecho otra cosa que despertar nuestros ecos o reanimar nuestras potencias prendiéndoles fuego debajo, como se hace con los caballos cansados o los prisioneros rendidos, para obligarles a marchar...

Somos inspiradores; abridores de rumbos, rompedores de surcos nada más... Esto quiere decir que no somos completos, ni nuestra obra, mismo brizna con brizna o pajita con pajita, como el nido del pájaro, es terminada ni completa. Detrás del hueco que abrimos, con un golpe de barra, al nuevo vivir individual y social ambicionado como una gloria por los anarquistas, —como una gloria de las savias y de las simientes germinando en la libertad—, caben todos los ensanchamientos y las ampliaciones que la inteligencia o la sabiduría podrán trazar después. Quizá si la vejez de la idea, cuando hasta los últimos límites sea ella expuesta asentada y cachazudamente por los sabios, sea tan potente como esta extremada juventud de hoy del ideal. El anarquista de hoy, siendo abridor de rumbos, rompedor de surcos, está al pie o es el corazón de toda renovación. Es inspirador. Por todas partes pone en marcha el agua de las fuentes clausuradas, o limpia y hace renacer la vertiente de las fuentes cegadas. La mejor obra nuestra está en la vida que logramos hacer que se reconozca, se encuentre o se viva. No es verdad que detrás nuestro quede un cementerio, sino la vida. Nuestras cenizas son cálidas para hacer abrir pronto toda simiente.

Quizá brizna con brizna o pajita con pajita, como el nido del pájaro, nuestra obra no es muy lógica ni muy completa, al estilo de las exposiciones del sabio; pero: ¡Qué importa, si hay en ella el germen evocador de nueva vida, si tiene las yemas o las galladuras de esta nueva vida, que en la vida prenden como el recorte de la vid o el pie de higuera!...

Contentémonos con ser inspiradores, abridores de rumbos, rompedores de surcos; por nuestra parte no ambicionamos destino mejor. Ya es imposible fijar todo aquello que es debido a la paternidad directa o indirecta de los anarquistas. Todo esto debe entrar en nuestra cuenta con la vida.

Y entra realmente con ella; y no es poco compañeros!

Aspiraciones colectivas

Las aspiraciones colectivas nos seducen, nos interesan. Ellas han sido la razón del despertar de nuestro pensamiento, del encuentro de nuestra propia personalidad. Oyendo lo que los anarquistas querían, nosotros nos hemos sentido aspirar y querer como ellos. Hemos sido anarquistas. Inmediatamente hemos analizado y puesto de lado todas las otras aspiraciones colectivas. Hemos pasado por nuestro pensamiento cuantas existían—algunas que de antes no teníamos sino una breve o incompleta noticia, y que nuestro afán de conocerlas nos indujo a buscarlas;—y nos hemos quedado anarquistas... ¡Qué gran motivo de pensamiento y reflexión, las aspiraciones colectivas, que han tenido y tienen y habrán de tener todavía esos hermanos nuestros, los hombres! Sostenemos que lo que han aspirado colectivamente es lo más interesante, lo que mejor nos hace conocerlos, trabar una relación con ellos y sentirlos nuestros hermanos...

Ha llovido mucho, ha caído polvo, se han sucedido miles de cosas, desde que los primeros hombres de los tiempos históricos han estado sobre la tierra. Todos han desaparecido. Y, sin embargo, han sobrevivido algunas de sus aspiraciones colectivas; por sus aspiraciones colectivas los damos todavía por subsistentes y no por desaparecidos... Debemos combatirles, o buscamos aún apoyo en ellos, como en hombres o en seres vivos. Nos parece que las aspiraciones colectivas tienen su síntesis y su más perfecta expresión en el ideal que oímos por la primera vez en boca de los anarquistas.

Si no midiéramos más a los hombres que por sus aspiraciones colectivas, nos parece que los mediríamos "científicamente" y bien.

Es un gran error creer que las aspiraciones colectivas hayan matado nunca a la libertad del pensamiento: ellas han tenido todas sus formulaciones en épocas esforzadas y de contradicción, por la "libertad del pensamiento". Esta libertad de pensamiento es la que los hombres han tenido que defender, hasta con sacrificio de su propia vida, para fundar sus aspiraciones colectivas contra la infamia, la opre-

sión o la injusticia. Pensad en la libertad del pensamiento que todos los formuladores de aspiraciones colectivas se han adjudicado contra la negación de esta libertad de pensamiento por todos los tiranos; pensad en la libertad de pensamiento que hoy mismo nosotros nos adjudicamos, para no ser obligados a abandonar nuestras aspiraciones colectivas... Y el ejercicio del pensamiento es amplio, alto y noble en nosotros; no, tenemos que rechazar la especie que sea él un envilecimiento y que no estemos nosotros mismos, con todo nuestro pensamiento, con nuestra libertad y nuestra aspiración más grande, en nuestras aspiraciones colectivas.

¿Por qué se ha de llamar farsantes, u hombres vanos y sin pensamiento, a los que sienten brotar de sus pechos aspiraciones colectivas?

¡Ah!, hombres sin libertad son éstos, contra las aspiraciones fuertes de su pensamiento y corazón; pero, por eso mismo los ama y toma en cuenta la humanidad...

Rebeldía y Revolución

Debemos precavernos contra los peligros de un nuevo ultramontanismo, odiador de la luz, despreciador del arte, del pensamiento o de la inteligencia. Sin embargo, unos granos de barbarie, primitiva o en rama, no vienen tampoco mal para corregir un mentalismo excesivo, pues hay también el peligro de que no ponga él la luz en los puños, el rayo o la piqueta que han de ser necesarios para derribar la sociedad actual. No seamos gasmoños ni hipócritas: unos granos de barbarie, es decir de esa exclusiva adoración de la fuerza del bárbaro, permiten que el anarquismo no se resuelva en el intelectualismo puro; todo vigor, toda efectividad también, nos vienen de nuestro tronco o nuestras raíces de atrás. El intelectualismo puro es inefectivo; siendo él su propio fin, cae en el vicio de todas las revoluciones retóricas o de palabras. La revolución intelectual debe ser el punto de partida para la revolución social. Esto nos sopla el bárbaro, que es el tronco verde y verdaderamente renovador y potente de la humanidad; con su materialismo, tal vez grosero, su falta de comprensión si no es para las cosas físicas, él nos llama a la realidad de este mundo compuesto de cosas físicas, y dónde las cosas físicas se chocan, produciendo particular fragor, mutilando miembros o derramando sangre. No luchamos con fantasmas, sino con realidades. Nuestra dependencia puede ser moral o intelectual en cuanto a nosotros; pero es física, material, en cuanto a todas las imposiciones de la Sociedad que no podemos rechazar moralmente, que sufrimos o padecemos materialmente...

La rebeldía es el acto de resistencia del bárbaro. Digamos también que es de la vida que comprende rectamente su naturaleza. Pero la rebeldía sola no basta. Siempre ha habido rebeldías, —las ha habido hasta en el caballo y todos los animales domésticos—; es probable que el bárbaro no se haya entregado nunca sin resistir por lo menos como el potro que se rebela al freno y a la silla; y sin embargo en todas partes ha triunfado la dominación o la domesticación. Ha sido necesario que la inteligencia humana, proyectando toda su luz, concibiera el pensamiento de la revolución. ¿Qué es la revolución? Es el cambio

total de las condiciones externas, cosa que únicamente ha podido ser concebida o ideada por el pensamiento humano. Ni el bárbaro ni el caballo, magníficamente rebeldes, han podido concebir o idear la revolución que los libertara, pues únicamente trataban de resistir a un déspota o librarse de un jinete. Los anarquistas hemos concebido o ideado una revolución que nos libertará, no de un déspota o de un jinete determinado, sino de la esclavitud o la silla. Es por eso que esta idea revolucionaria, que concibe el cambio total, nace, no de un cerramiento ultramontano, como ese que odia a la luz, desprecia el arte, proclama inútil el estudio, y adora por sobre todo acto o acción inspirado en el pensamiento revolucionario, la rebeldía física del bárbaro, sino de una abertura total: abertura como la del surco, ávida de recibir todas las semillas, de hacer del pensamiento de la revolución una cosa consciente, analizada, fundada sobre todas las bases de un conocimiento científico que no puede sino darle pie, de las apreciaciones del arte, y en fin, de la suma de las creaciones del espíritu, o de los descubrimientos o las ambiciones de la inteligencia.

Si no caeremos en el intelectualismo puro, en el eclecticismo burgués: ¿por qué la ambición de saber, de crecerse, de ilustrarse, ha de ser mala sino buena? Guardémosnos de caer en un nuevo ultramontanismo, que nos haría olvidar el pensamiento de la revolución, a fuerza de no ver sino la rebeldía física del bárbaro. La rebeldía es un acto siempre magnífico y hermoso, y nosotros desearíamos también verlo multiplicado. Pero la revolución es un pensamiento fecundo...

Anarquismo y filosofía

Es indudable que el anarquismo tiene una filosofía; es decir, que, como todos, debe empezar por tener un "sistema del mundo". Pero este sistema del mundo es el que resulta de las observaciones de la ciencia moderna, del descubrimiento de las leyes de evolución, etc. Respecto de esto, el verdadero originador es el filósofo inglés H. Spencer, a quien se debe la creación o el impulso tomado por varias ciencias, entre ellas las psicología y la sociología.

Todos los sistemas del mundo que se basaban en un génesis lírico — al principio eran las tinieblas, o al principio era un huevo flotando sobre las aguas, etc. — perdieron este principio, como el mundo rígido que debajo de él acomodaban, como artículo de fe absoluto, aunque nadie puede impedir, aún hoy, que cada uno se construya para su uso personal (y encuentre seguidores) un sistema del mundo que desprecie aún las verdades que parecen más evidentes, y ponga en él toda una categoría de dioses, semidioses, genios, espíritus, etc., y les dé a éstos las funciones que tienen las leyes naturales, o aun funciones muy superiores, que quiebren o aniquilen a éstas, viendo en todas partes signos o testimonios de su presencia, etc. Pero, en general, la filosofía no puede prescindir de los avances realizados por la ciencia, quitando a estos seres imaginarios casi todo lo consagrado a las leyes naturales y arrojándolos a dominar en lo supranatural — dominio que les ha quedado muy reducido, pues antes todo esto era también maravilloso y supranatural.

Pero, además de esto — un sistema del mundo, filosófica o metafísicamente deducido, en que se basa necesariamente cada idea — para cada cosa, para cada cuestión, para cada actitud y para la vida misma, cabe una filosofía particular, y ello constituye las reflexiones de los filósofos, las mil y encontradas cosas de las más varias, y hasta de las más arbitrarias filosofías. ¿Quién puede reducir a sistema todo esto, diciendo tal o cual es el pensamiento de la filosofía? Nadie. Pues cada una es por sí un sistema, y todas se encuentran y chocan entre sí... Es innegable que los anarquistas no desprecian a los filósofos, y que su pensamiento tiene mucho de filosófico también. Es también innegable que éstos tienen una filosofía particular, que aplican al mayor número o a todas las cuestiones rectamente... En su sistema del mundo, no sólo están excluídos los dioses, sino aún los héroes, los caudillos, los gobernantes, los tipos providenciales, todos aquellos a quienes una parte de la humanidad asigna funciones maravillosas. El anarquismo tiene también una filosofía optimista de la vida; las leyes de la evolución le muestran por delante un desenvolvimiento de los mismos seres que hoy están escasamente o mal desarrollados, y esto hace aplicar al trabajo, llenos de fe, a los anarquistas... De lo deducido de las leyes de la vida por los filósofos darwinistas burgueses, que han estado apresurados, los anarquistas, con más calma, han mostrado alguna ley que aquéllos habían saltado, o sea el triunfo del apoyo mutuo en la lucha por la vida. Desterrando a los grandes seres, en la naturaleza tan monstruosos como los millardarios en la sociedad, representantes del triunfo del más fuerte, la lucha ha dado el triunfo a las especies más pequeñas, innumerables y asociadas. Aun éstas son las más útiles al hombre. Así, más que los grandes bosques, los campos anuales de trigo o de avena — dos gramíneas — como las huertas de legumbres, etc., han dado sustento y han permitido crecer y extenderse a la humanidad que a todas partes ha llevado sus semillas...

El anarquismo es una filosofía, a la vez que el anarquismo — es decir, el socialismo libertario, el comunismo anárquico — no se aparta de estudiar todos sus puntos, según una ciencia viva, y que los anarquistas especialmente han desarrollado, o sea la sociología. ¿Había para qué creer que el anarquismo se derivara de la filosofía, o fuera un sistema filosófico como los tantos que ha habido, o los más que habrá todavía? ¡No! El anarquismo ha nacido del estudio de la ciencia moderna, de la cual ha deducido su filosofía, aunque se ha ayudado de las reflexiones de algunos filósofos. He ahí por qué no es un simple sistema filosófico y por qué no ha seguido la suerte de todos éstos, que un día han brillado y al otro han caído por otros sistemas a la moda. Mientras haya

una ciencia social que ofrezca al estudio todos los sistemas sociales posibles, el anarquismo tendrá su puesto, y controlará si su filosofía está o no biológicamente bien deducida; es decir, de acuerdo con las leyes naturales y con un verdadero desenvolvimiento de la sociedad hacia estos dos términos que parecen antagónicos: comunismo y libertad, y que juntos encierran al individuo y la sociedad. Ser un hombre libre en una sociedad libre: he ahí toda la posición filosófica de un anarquista.

El artesano

Podemos decir que quedan ya muy pocos artesanos; las usinas y fábricas los han sustituído casi por completo. Ya no quedan apenas representantes de aquellos "maestros" de oficios, que formaban las corporaciones, y a quienes se debe la libertad y el régimen comunalista de las ciudades durante la época feudal.

El artesano era un hombre poseído de la nobleza de su arte, que ejecutaba todo él manualmente, valiéndose de pocos instrumentos, e imprimiendo un sello de factura personal, que no pocas veces llegaba a ser el orgullo de una corporación o una ciudad. Era un hombre consciente, verdadero maestro en alguna relevante aptitud de la inteligencia humana. Formado tras un largo aprendizaje con los maestros más célebres o más famosos, era el hombre de peso, tal cual es hoy un hombre de ciencia o de estudio. Ponía su conocimiento, alguna vez también su genio, en un arte como el de la relojería por ejemplo, en el mismo lugar donde lo ponen hoy el físico, el químico o el sociólogo. Tenía el más elevado concepto de la dignidad de las artes, y luchó muchas veces contra los barones o los obispos, en defensa de la ciudad, no considerándose a ninguno de ellos inferior. Aún son hoy famosas las ciudades que ilustraron los artesanos con alguna rara perfección en el arte de forjar los metales, labrar la madera, etcétera, etc., El crédito fabril de estas ciudades se ha conservado principalmente por la tradición de sus artesanos.

No sabemos cómo se organizará el porvenir, ni si se sostendrán como hoy las grandes usinas y fábricas, con una exclusión cada vez más completa del tipo del artesano independiente. Esto parece ser lo indicado por la economía de fuerzas, y también por la utilización, siendo un principio reconocido que la potencia aumenta con la masa y que los calores de diez células reunidas, excitadas por la frotación, equivalen a cien células aisladas, no excitadas sino por sí mismas, equivaliendo una masa de cien de las primeras a diez mil de las últimas. De ello se ha sacado también un argumento para el Comunismo. Puesto que la fábrica, con la división del trabajo, es un esfuerzo

común, y ya no es posible producir ni un alfiler siquiera sin la cooperación común, la humanidad es impulsada al Comunismo por la propia ley que aumenta el calor con la masa.

De todas maneras y llevados por nuestra concepción romántica, siempre no es dado soñar con una ciudad de artesanos todos inteligentes, libres, instruídos, hombres de conciencia y de peso, maestros en su arte dando a la vez grandeza y nobleza a las aptitudes que existen plegadas en la persona humana. Quizá, en algunos oasis al menos, no fuera necesario aumentar el calor con la masa, con una vida más sencilla y mejor arreglada que en el presente. Y el macicismo, la durabilidad que dió siempre el artesano, compensará a la cantidad, con la fragilidad del maquinismo. Pero quizá no pueda ya desandarse camino. Mas una cosa ha de hacerse notar, y es que la razón para el Comunismo no desaparece tampoco con el artesano: el esfuerzo, la cooperación común, es necesario para la producción de cualquier objeto que sea, y hasta de las ideas, no sólo porque el carbón, la materia prima, los aparatos o los instrumentos han de ser suministrados por otros, sino porque en el mismo caso se encuentran los vestidos, los alimentos, la instrucción, los libros y todo. Sin la cooperación común, nosotros, artesanos libres de la idea, no habríamos comenzado ni aún a tener uno solo de nuestros pensamientos, ni estaríamos en condiciones de escribir la primer línea para decir lo que hemos dicho.

El pensamiento

Pensar es también cosa de buen deseo, de buena intención. No se le exige a nadie que sea sumo en su pensamiento, — puede ser muy modesto, y en su vuelito corto, ser, sin embargo, estimable: el acto de volar es el mismo, y un vuelo más grande no es sino este vuelo agrandado; — pero sí que tenga buena intención. No hay otra cosa que valga tampoco; la buena intención precede y es el nervio de la verdadera potencia del pensamiento; sin esto, ¿cómo sería una cosa noble la idea? Pensar es una solemnidad tan grande, que no hay un fruto verdadero del pensamiento que no sea a la vez agradable y solemne. Y cuando otros nos dan un fruto de su pensamiento, así de esta solemnidad, de este agrado, algo que se nos anticipó, que vemos podría ser el fruto mismo de nuestro pensamiento, si ya no estuviera producido: de verdad, no nos contentamos, no enciende esto nueva luz en nuestro espíritu, no sentimos la ganancia de nuevas alturas, nuevos espacios para nuestro pensamiento? Sobre esto funda el goce de pensar, pues pensar es un goce, pensar es una cosa afirmativa, poseer el pensamiento un gran fin... Por corto que sea el vuelo de un hombre siguiendo estas huellas, es ya estimable, y señala a un hombre que sabrá pensar. Pensar no es irse con mucho bulto por las ramas: es asir al paso algunos frutos, o sólo los pedazos de algunos frutos del pensamiento, habituándose a producirlos uno mismo. No es cosa difícil, ni de retórica, ni de ramas, sino cosa de potencia. Es cosa de solemnidad también. ¿Qué papel puede desempeñar aquí la pedagogía, sino el de cortar las alas al pensamiento, sustituyéndolo por unos cuantos cánones o dogmas pedagógicos? Pedagogía es pretensión, aunque intente ser ciencia; el pensamiento puede ser más sencillo que todo esto; y no es ciertamente dogma pedagógico: es pensamiento. Es por eso que sin ser maestro de escuela, un hombre puede pensar, y pensar bien desde la primera vez; mientras el maestro sólo puede dar su difícil, su entorpeciente ciencia pedagógica; gritar ¡guarda!, cuando un hombre es conducido a un abismo por su pensamiento, según ha visto to-

dos los abismos y peligros del pensamiento la ciencia pedagógica.

Cómo nos facturará la ciencia pedagógica? Nosotros creemos que siempre mal. Cómo nos facturará nuestro propio pensamiento? Nosotros creemos que siempre bien, si es cosa de buen deseo, de buena intención; si hay potencia; si pensar es una solemnidad; si puede conocerse el goce del verdadero pensamiento; si se excluye la necedad de querer hacer del pensamiento una dificultad, cuando por el contrario es una facilidad, una llaneza...

Comunismo

Colocad a un hombre entre los hombres, a una hoja entre las hojas, y tendréis la revelación de que su vida no es más que un estrecho e inevitable comunismo. Ni se ha forjado una sola vida para él sino para todos, ni se ha forjado una sola cadena para todos, que no le oprima o le remache a él...

Todo hombre está colocado de esta manera entre los hombres, sea cualquiera su tendencia y realice su vida de la manera que a él le parezca más independiente o más libre. Su disposición dentro del cuadro, no tiene más importancia que la de la hoja en la base o en el extremo de la rama: es de necesidad que se nutran del árbol todas, que tanto la una como la otra sigan la evolución o los trastornos del árbol...

El sistema burgués, como los sistemas que le han precedido, lo vivimos o padecemos en común todos. No hay escapatoria: vivimos la misma vida común con todos. No se forja para uno solo de nosotros una excepción, y con las naturales gradaciones, hemos de ser los explotadores o los explotados conocidos: o tiranos o esclavos; no hay una sola excepción... Comunistas, pues, mal que nos pese, hoy, hemos de ser el juguete de todos los males sociales, y hemos de acomodarnos para nuestra vida a todas las exigencias del sistema de propiedad y de salarios. De una manera comunista, éste lo sufrimos o aguantamos todos. La injusticia económica, como mal no de uno solo sino de todos, es la expresión general y común de la sociedad hoy.

Por otra parte, superando esta injusticia económica con una anulación importante de nosotros mismos, es decir extinguiendo o suprimiendo necesidades que el estado social no nos permite satisfacer, porque en él somos un asalariado con retribución o derechos limitados, no vivimos para nosotros solos esta triste vida: vivímosla para que, con nosotros, continúen los demás también encadenados. De manera que si todos nos negáramos a vivirla, y rechazáramos a quien quisiera imponérnosla, habríamos echado las bases para una vida común mejor, las cuales no podrían sino beneficiarnos... Más libertad, más derechos comunes para todos: nos parece que esto

vale la pena, bien mirado, para constituir en nosotros una preocupación. La cuestión social es una cuestión de fondo; resuelta ella, podíamos pensar en todos los recamados que quisiéramos, y ninguno de los esfuerzos por el cultivo del espíritu habrían de cesar, puesto que nadie piensa en eliminarlos, y los anarquistas son los que más ambicionan aprovecharlos ellos y hacerlos aprovechar a los otros también.

Nosotros no perdemos de vista la cuestión de fondo — la cuestión social. — Vemos el comunismo de la vida de los hombres, tanto en el mal como en el bien social. Aspiramos al bien social, que será nuestro propio y anhelado bien. Y por lo demás, aunque el sabio, el pensador y el artista, se recojan y se aislen para dar forma o dar vida a sus creaciones, su obra es comunista, pues se dirigen a los hombres no sólo del presente, sino también del futuro, a los que aman casi siempre más que a sus contemporáneos, pues son los solos de que esperan ser comprendidos. Si ellos se encierran y rechazan toda influencia para su genio, no es que no sean comunistas, sino que están en relación dentro de sí con un mundo de hombres superior al que les rodea. Pero en su objeto y hasta en su nervio mismo son comunistas. Si se encierran y rechazan toda influencia para su genio, es porque quieren servir los granos de oro de éste, intactos, a la humanidad. ¡Son comunistas, comunistas!

Nuestros hijos

Observando el hecho frecuente, no desmentido sino por excepciones que muy lejos de destruirla confirman la regla, de que la mayoría de los hijos de anarquistas no salen anarquistas como los padres sino todo lo contrario, un compañero ensaya hacer un estudio en *Cultura Obrera* de Nueva York, tratando de encontrar las causas de un fenómeno para él — y para nosotros también — tan desagradable. Estas causas, sin embargo, a nuestro entender, no deben buscarse tanto en la culpa de los padres, aunque alguna puedan tenerla también, sobre todo si no hacen vida completamente anarquista y algo se dejan tirar a la burguesía — el caso más general, y que demuestra que muy pocos son los tipos totalmente desprendidos del ambiente burgués que les rodea, — como deben buscarse en el hecho, para nosotros indudable, de que el anarquista es un verdadero sér de excepción, planta casi exótica o de una especie nueva, entre la regla general de los tipos de la sociedad. A ninguno de los compañeros escapará que es difícil ser anarquista, aun no recibiendo beneficio ninguno en no serlo, como hay un número tan grande de miserables en esta sociedad; que las conclusiones del anarquismo requieren una gran robustez, y ciertos resaltes también sobre la psicología general, no pudiendo ser un buen anarquista un tipo vulgar, incapaz por lo menos de concentrar su atención y reflexionar profundamente sobre lo que le rodea. Ahora bien: el hijo del anarquista, aunque hijo de anarquista, puede tener una psicología común, como la de tantísimos jóvenes que pululan en la sociedad, y entonces nada le habrá valido haber nacido en un hogar anarquista, como en otro cualquiera. Esta es la causa de que, no solamente los hijos de los anarquistas, sino los de tantos hombres excepcionales de la humanidad, sean recobrados por la regla y no recuerden nada absolutamente de sus padres, confundiéndose con todos los tipos comunes del ambiente.

El que recuerda cuánto ha tenido que vencer en sí mismo para hacerse anarquista, las seducciones que ha debido rechazar, cómo ha tenido que parapetarse en un juicio propio muy

sólido y muy consciente contra el juicio del ambiente, se da cuenta claramente de las dificultades que tiene que vencer su hijo para ser formalmente anarquista. No basta haber nacido libre de prejuicios, en una sociedad rodeada de prejuicios, como es ésta en la que el anarquista debe criar sus hijos y sostener su hogar contra todo. Además, no nos fijemos en esto solamente: fijémonos también en cuántos anarquistas maduros, que todo revelaba habían llegado a las ideas por convicción y por robustez de alma o de juicio, se han dejado recobrar por la regla, mostrando que al fin y a la postre no estaban dotados sino de la psicología común... El fenómeno nos parece es de más interés aún que el de los hijos.

Ved lo que pensamos nosotros de todo esto: la cuestión de familia debe ser excluída, pues que nos parece demostrado que aun el hijo del anarquista puede nacer con una psicología común. Los padres también, cuando ya los hijos son grandes, empiezan a declinar y no tienen la robustez y los fuegos de la juventud; su verdadera influencia es más bien apagadora, y el exceso de cuestiones que han tenido, principalmente con los compañeros, los hace antes amargos que confiados. De estas luchas se sale, como salió César Borgia del veneno, pero perdiendo la piel... Las ideas han de tener siempre sus servidores en todos los tipos fuertes, de cierta robustez y de un metal de alma que todavía no ha dejado de producir la humanidad, aunque sin localizarlo en ninguna parte para dos o más generaciones seguidas. El anarquista, pues, podrá o no ser hijo de anarquistas, pero lo será de todas maneras, como lo hemos sido nosotros: hijo de sus obras... Lo que quiere decir que habrá anarquistas hasta el fin, y que todo lo que logre recuperar esta sociedad autoritaria y burguesa no impedirá tampoco que los anarquistas le arrebaten más — es un hecho comprobado, — y le arrebaten la vida, alumbrando sobre sus escombros la gran flor roja de la Anarquía.

A cara siempre...

Afirmamos todo lo que es de la vida: la lucha, el trabajo, el amor; la voluntad idealista, el esfuerzo inteligente y fructificador, la voluntad de la pasión... Somos, en toda la línea, positivos y no negativos. Somos la cara de la vida, como otros son la cruz. ¿A cara o a cruz?... ¡A cara y siempre a cara!... Por todas esas cosas que un hombre joven y fuerte, rebosante como un vaso pleno, entra en la vida rompiendo la inercia, poblando el silencio o desalojando el vacío, somos afirmativos y no negativos...

Luchamos, trabajamos, amamos, queremos; tenemos fe en la lucha, fe en los brazos, fe en la resultante del trabajo o del esfuerzo; fe en las rosas o las espigas, que, plegadas como en una matriz, están inéditas en los senos del hombre; ellas son las que hacen fuerza, pujando, como todos los gérmenes, por abrirse el camino a la eclosión, a la vida... Cuando tras las empapaciones, de sol y de agua, de la primavera, vemos a la corteza de la tierra romperse por innumerables gérmenes hinchados, que hacen fuerza por levantar la tapa de su sepultura o de su entierro, saludamos en esos gérmenes realmente potentes, a una vida hermana de la nuestra. La hinchazón de los sexos, símbolo de la verdadera potencia, señala que la vida ha de ser pujante. No traigáis para la lucha, el trabajo o el amor, filósofos con dolor de muelas; traed aquí brazos, energías, pujancias; la capacidad de hacer será la que determine el "deber de hacer", libre y voluntario como un esfuerzo de la misma vida... A la vida le nacerán rosas, como a las mejillas de las muchachas, cuando las agita la vida o el sudor pega sus pelos a las sienes; de todo lo que es o lo que existe, porque se afirma, se acuña, o se constata en la piedra de toque donde se prueban los metales, volarán las palomas vivas del esfuerzo, del choque o fresación de la herramienta, que son las que rozan las sienes más amorosamente... Las palomas asadas de una "cultura" profesoral, esas son alimento para filósofos con dolor de muelas... Todo lo que en nosotros es vida, es en sus bocas, como en la del bicho de cesto, su congénere, hojas secas o resquebrajadas... Su desjugamiento, su pedagogía sin

verdor, condena las palomas asadas de su pedantería... ¡Allá los que, frente a la lucha, el trabajo, el amor, se satisfacen con estas palomas asadas, o revuelven como hojas secas todo lo de la vida! Estos frascos bocones, de los que se ha escapado en seguida todo perfume, no están en condiciones de pronunciar la más mínima palabra de vida. Mil vidas se concentran en la menor obra feliz del hombre activo. Los frascos bocones dejan escapar, como un vapor, estas palabras abúlicas y sin esfuerzo: fanatismo, incultura, sumamiento con las masas; y ofrecen las palomas asadas de su pedantería... Revolviendo las piezas de su sorda madera, producen un ruido también sordo y matraqueante: es que están hablando, marcándonos el punto o el asterisco a todos...

Nosotros amamos las palomas vivas y no las asadas; vivimos y no somos los pedagogos de la vida; luchamos, amamos y trabajamos, y a todos decimos: ¡que luches, que ames y que trabajes también; que seas fuerte y que tu empeño sea logrado siempre; que nada te detenga, trabe tu libertad ni tu espontaneidad, ni ridículo ni críticas pedagogas; que vayas siempre adelante, y en aquello que eres por tí te afirmes, te clavetees una maciza y blindada personalidad; que seas como una pistola cuyas piezas están arregladas para dar fuego corrientemente, y dar en el blanco!... Esto es lo que la vida necesita de tí, y de todos. No seas frasco bocón, nunca...

La inocencia

No debemos lamentar que nuestros conocimientos se extiendan a expensas de nuestra inocencia: inocencia es ignorar, y el que ignora no ha oído sonar su hora de conocer la vida todavía, está en estado de crisálida, no es mariposa que ha desplegado al sol la flor abierta de sus alas. Las creencias inocentes y gratuitas han sido y son aún alabadas como las más poéticas, al punto que se ha hecho un ideal detener en ellas la creación, abortar la mariposa en la crisálida, tener hombres y mujeres en perfecto estado de inocencia, respirando la poesía de una página en blanco, que es lo que más incita el placer de los viciosos espirituales. La inocencia es el polo opuesto del vicio instruidísimo; pero aquí los extremos se tocan, o mejor dicho, los extremos se buscan. Toda la inocencia que hay en el mundo, es decir, todo el imperio de las creencias inocentes y gratuitas, ha sido implantado, sostenido, defendido, por personas que no eran inocentes, sobresaliendo en esta tarea de preservar afectadamente la inocencia, los más grandes viciosos, los espíritus más torcidos y más depravados. Para pensar en producir flores de invernáculo, es preciso que se conozcan bien y a fondo las leyes enteras de las plantas; pues bien, las flores de invernáculo, (cuya creación no sé si es moderna o antigua), se producen exclusivamente para satisfacer un vicio, un placer espiritual, casi siempre de viciosos, de depravados espirituales, (los demás rara vez sienten la necesidad); ellas se depositan a los pies de soberbias cocotas, o van a adornar los cabellos de las amantes irregulares, cuya aparente frialdad es enigma que no se puede romper.

La inocencia es una flor de invernáculo; es como el baobab reducido a un árbol de unas cuantas pulgadas en los tiestos japoneses. Criar vírgenes es un ideal de viciosos depravados; las creencias inocentes y gratuitas les parecen las más poéticas porque están hartos de conocer el fondo y la hez de todas las cosas; la inocencia vuelve a ser una novedad para el que la ha perdido; viejo y decrépito David, pone en su cama, para que caliente sus carnes, a la Sulamita... La inocen-

cia puede ser la fuente de Juvencio para los decrépitos y gastados.

Para preservar la inocencia, no existe más que un medio: cultivar la ignorancia y la indemnidad de las creencias inocentes y gratuitas. Nada que pueda atacarlas, que las destruya, debe ser oído ni aceptado. Este es todo el procedimiento. Por lo demás, su resultado no puede ser más chocante: ni un sólo inocente hay; hay, sí, miles y miles de hipócritas o de depravados que realizan las más viciosas acciones, con inocencia cándida y serena... Es que no hay ya inocencia, verdadera inocencia original. El hombre no es ya una página en blanco, ni una página que comienza a escribirse al nacer. Antes de nacer es ya una página las tres cuartas partes llena. Los instintos son experiencia acumulada; todos nacemos ya con la experiencia de nuestros antepasados latente en nuestros instintos: el baobab, encerrado en el tiesto japonés, no deja de ser baobab. Está empequeñecido nada más, contenido en una cuadrícula más chica; demasiados gigantescos baobabs le han precedido para que no lleve él su marca, para que no sea un baobab.

No lamentemos perder nuestra inocencia, (nuestra ignorancia, debía decir); agradezcamos que la hora haya sonado en que, como las mariposas, podamos extender al sol la flor abierta de nuestras alas. El estado de crisálida es un estado de transición. ¡Cómo ha de ser de triste, de monótono, no pasar de este estado, conservar nuestra inocencia, — nuestra ignorancia, — toda la vida! Esto puede ser poético, pero es poético al revés, como son las ruinas... La poesía activa de la vida: ¿no es más bella, más radiante? ¿No se encuentra mejor la mariposa entera, que no conmovernos con la poesía romanticista de la crisálida? ¡Ay! las grandes mujeres trágicas han sido todas mariposas enteras, Junos maduras; las vírgenes no han atado a su coturno la voluntad, la energía de los hombres, como las instruídas. ¿Para qué mencionar la lista, tan numerosa, de estas últimas?

Nieve en Buenos Aires...

Viento, viento constante del sur y del polo; viento, como si no hubiera más que él y no hubiera de parar, soplando siempre más furioso o más fuerte; después el granizo pequeño, una nube soltada en fríos granos de arroz; después la nieve, los suaves copos, cayendo con el mismo viento, o en la paz al fin o en la opacidad del ambiente; después los grandes montones, los vellones de ésta como lana suelta, salida de las cardas, en los sitios reparados y en los rincones, y toda la tierra cubierta, tapizada de la misma nieve: los pies que se hunden en ella hasta la rodilla, y el frío que nos lanza a la cara y a las manos toda la nieve, la que está cerca y la que está lejos, la que está en lo alto y la que está en lo bajo, la que, a dos pies debajo del suelo, es filón de hielo viejo endurecido, y la que en el corazón podrido del árbol añoso, cuya vida circula sólo junto a la cáscara, es terrón de hielo también, como lingote conservado en la caja del árbol parado... ¡No! También es hermosa la nieve; los ambientes de frío y de nieve, tan hermosos como los de calor y de sol!

Cuando nos encontramos transportados a uno de ellos, no hay primavera florida que iguale en encanto a la tierra totalmente nevada, con sus árboles, sus casas, sus corrales hundidos en la nieve, con sus ríos o corrientes heladas, y con sus vientos que soplan incesantes, cada vez más fuertes, sobre todo durante la noche, cuando nos entregamos en nuestras camas al sueño, como para que ellos nos lleven en la dirección en que soplan, con su granizo o su nieve, sin matar nuestra luz del todo, dejándonos nuestra semi conciencia, mientras nuestros ojos no alcanzan a cerrarse...

Si decís que el sol no se olvida, que el hombre desterrado del sol sentiría su nostalgia siempre, tampoco la nieve se olvida. También vive fresca la nieve en el corazón del hombre. ¡Nieve, sí, nieve en Buenos Aires, es la que vino a visitarnos, a nosotros que teníamos de Ushuaia su nostalgia y su recuerdo!

¡Grata, grata visita, como de una cosa familiar mucho tiempo olvidada! Ha sido sí, ahora lo recordamos, cuando el

gran rumor del viento y el gran frío y la gran desolación de afuera, se nos hacían presentes en nuestra cama allá en Ushuaia, cuando mejor hemos comprendido que éramos hermanos y compañeros de todos los que, fuera de los techos y de las mantas, heridos por la injusticia social, podían estar en aquel viento, aquel frío o aquella desolación... ¡No! No nos bastaba ni nuestro fuego ni nuestras mantas; seguros y al abrigo, no nos hubiera satisfecho sino con que todos, absolutamente todos los hombres hubieran estado con nosotros. ¡Estar todos, contarnos, que no faltara ni uno, ni uno solo! Y que a la mañana siguiente, saliendo a ver la nieve, escucháramos los gritos de alegría de nuestra familia: la familia humana alborozada...

¿Decís que la nieve, un viento frío y persistente, una naturaleza dura e ingrata, no habrán sido parte para que el hombre buscara y estimara la sociabilidad, estableciéndose como hermanos en los sitios de abrigo? ¿Decís que ella no habrá desarrollado la simpatía, ese sentimiento que es el más hermoso del hombre para el hombre?

Melancolía

Todos, cual más o cual menos, los tocados de esta melancolía de ser o de hacer algo, tenemos energía de sobra, disponible; es esta energía que pide cauces donde derramarse, tierras que fecundar, un mundo nuevo que descubrir, cosas que sacar a la luz o que crear, la que engendra esta melancolía... Desde que entramos a la vida y por fuerza hemos hecho nuestro balance, nos sabemos dotados de capacidad para algún fruto, más que el de vivir sin pensar nada o a costa de la vida, como un rufián de las faldas de una mujer; más que el de hacerse llevar por la vida, como por la cinta de una acera eléctrica, que diz que basta ponerse encima para que de uno a otro lado nos traslade...

Ser guiados, ser conducidos de la mano, es una gran comodidad, que ahorra pensamientos, que ahorra dudas y vacilaciones; pero eso no satisface a ningún espíritu viril, que antes ha de preguntarse, no tanto "por qué" vive, sino "para qué" vive. Cuando se ha respondido a esta pregunta, y se ha respondido satisfactoriamente, es que se ha encontrado un camino dónde poner aquellas energías de sobra, o disponibles, y entonces desaparece la melancolía para dar lugar a la acción, con el contento, el regocijo y el poder que la vemos hacer. No hay más lugar de preguntar al hombre de qué duda, sino qué es lo que cree. Lo que cree es lo que quiere. Hasta tanto no sabemos especificar lo que queremos, habrá inquietud, habrá melancolía, pero no habrá un verdadero camino, pues los deseos mismos no se habrán fijado, serán rotos e inconexos; todo dirá que se sigue aún buscando y que no se ha encontrado... Lo que se busca está al lado de uno, o se ha tenido en la mano o se ha pasado miles de veces a su lado sin descifrarlo ni comprenderlo, como ha ocurrido con todas las cosas buscadas y halladas por el espíritu humano, ninguna de las cuales estaba tan lejos que no hubiera estado cercana o próxima.

No hay duda que, en los anarquistas, como en todos los que han hallado o se han trazado, en fin, un camino, sea de arte o de vida, donde se les vea ser, o hacer algo, la base es la melancolía: esta melancolía de árboles frutales, que aún

no están en la flor, pero que se sienten para lo que están llamados y mientras no lo realizan no pueden estar sino inquietos o descontentos... En aquellos que han logrado especificar lo que quieren, advierto la madurez, veo las obras; en los otros, aquellos cuyos deseos mismos no se han fijado o se presentan rotos e inconexos, advierto la adolescencia o la infancia, trance por el que nosotros mismos hemos pasado en cuanto a las ideas, y que por lo tanto no nos merece desprecio sino más bien esperanza, simpatía. En estas cosas nadie puede imponer su camino a otro; en primer lugar, porque el que busca es porque no quiere aceptar ningún camino impuesto, quiere llegar por sí mismo, y mientras no sea así, de nada le valdría seguir el nuestro tampoco. Todo lo más que podemos hacer es exponer lo que queremos: no se crea, hay que machacar, martillar a veces un siglo, pues no todo lo que se lee se ve, y en las cosas muy releídas es en las que siempre se saca un significado nuevo...

"Todo el poder a los Sindicatos"

Rechazo de esta fórmula

Nuestro gran trabajo consiste en que la Revolución, que a más o menos plazo será inevitable, se haga por la libertad, y no por una más o menos nueva forma de poder. ¿Qué significa el poder? Significa la facultad de dictar leyes y obligar a cumplirlas por la fuerza. Lo mismo que hoy, pues. No es el caso de discutir la calidad ni la finalidad de esas leyes, sino que esta forma será esencialmente mala para nosotros, y estará preñada de castigos, sanciones, y exigirá, con las mismas facultades, los mismos representantes de la violencia organizada que hoy, y entre cárceles, ejecuciones, un cuerpo que dicta leyes y unas personas que ejercen el poder, sufrirá y sucumbirá en absoluto nuestra libertad. Además que nada nos garantiza que el poder no se inclinará para el lado contrario de su origen, y aún así tendrá la fuerza para obligar y someter al pueblo, siendo lo único real que habremos creado el poder que abatirán sobre nosotros mismos las personas de nuestros gobernantes.

En realidad poca atención debían merecer de nuestra parte las fórmulas, algunas bien peregrinas, de todos aquellos que ambicionan el poder. Cuantos en la continuación del poder se fundan, no difieren de los gobernantes actuales y todos los del pasado; ambicionan únicamente substituirlos. Son, pues, personas que aman los gajes, o las facultades, absolutamente inconcebibles, a lo menos para hombres conscientes y revolucionarios, del poder. Cuando hubieran ocupado la posición de gobernantes, con una milicia, una guardia, unos tribunales, una policía, una perfecta organización que les sometiera por vasallos o súbditos a todo el resto, la multitud inmensa de gobernados, estirarían su talla a la medida de los antiguos reyes o emperadores, y esto sería todo. Por la parte nuestra, de abajo, de todo el pueblo, sería continuar como estamos, y la calidad de las nuevas leyes mejorarían cada vez más en la parte compulsiva, reglamentativa, prohibitiva, en lo que habían de poner por igual que hoy: "no permito, niego".

Una de las fórmulas más peregrinas de obtener el poder, es la que se ha dado la U. S. A.: "todo el poder a los sindicatos", imitación bastante a la letra de aquella otra: "todo el poder a los soviets". He ahí una cosa — el poder, — que no podemos conceder. En cualquier cosa que él se albergue, el poder adquiere pronto vida propia y contra lo mismo que le ha dado origen. "Concedednos solamente el poder, sea por los sindicatos, sea por los soviets, sea por la democracia burguesa, y os haré ver quién es Calleja". Todo el poder a los sindicatos, no sería a los sindicatos, sino a algunas personas que lo ejercerían en su nombre. El origen doctrinario de este poder, sería tan fácilmente sofisticado, echado a los pies, como lo es hoy el origen doctrinario del poder en la democracia burguesa. Además, que haya un poder, que todo se rija en esta forma de gobernantes, que dictan las leyes, acompañados de un conato de asambleas, y de gobernados que deban cumplirlas, y él será un centro de corrupción y a él acudirán los burgueses, y cuantos han sido prácticos en el ejercicio del poder, logrando al fin hacerse necesarios o útiles en él.

Es así que denunciamos la fórmula: "todo el poder a los sindicatos", por cuanto en la continuación del poder se funda y ello podrá dar lugar únicamente a la formación de un cuerpo gobernante, tan malo y rechazable como todos los cuerpos gobernantes. La fórmula: "todo poder queda anulado", en el sentido de dictar leyes y crear cuerpos que las hagan cumplir, de continuar con el sistema gobernante, debe ser nuestra fórmula.

El porvenir

Como se hace un libro...

Bajo la pluma y la voluntad de ir adelante, venciendo los escollos, dominando los obstáculos, forzando a presentarse y hacerse accesible a la idea rebelde — que cuanto más se la cerca, más dispara o, estrechada en un lugar sin salida, se dispersa volando como bandada de mariposas burladoras, o como vacío pompón que se deshace en plumas que flotan por el aire, o como hongo reseco que cae en tierra y en polvillo apenas va a tocárselo — llega a extenderse, todo entero, el libro o el capítulo. Entonces es una cosa que se puede tocar, que tiene cuerpo y consistencia de materia modelada, como una colcha o tapiz; las páginas son planchas de tanto peso como el plomo; el libro parece escrito en tabletas o en ladrillos de tierra cocida o puestos a secar al sol, como en las edades antiguas; el contenido sobre el que nos abalanzamos, como perros hambrientos y sedientos, es tan evidente y tan real como un cesto lleno que se pusiera ante nosotros con todo lo necesario para satisfacer el hambre y la sed; los adornos y aplicaciones, acaso de un lujo oriental o de mayor valor que el vestido, adquieren relieve al tacto o la presión, al punto que puede enterarse de ellos un ciego que lee con los dedos y no con los ojos... Cuando vemos un libro o un capítulo así, no pensamos que sea el redondeamiento de una idea o de una concepción al principio raquítica; no pensamos que el autor sea un fragmentario que se ve acaso obligado a cazar sus ideas a lazo, que "agarrando caballos a campo", aún tiene en su contra que son con él mañeros o muy ariscos... Sin embargo, es así; en la mayor parte de los casos es así... Luego, lo que tenemos en la mano es su pasta cerebral misma, proposición que no puede ser heterodoxa, pues trae aparejada esta otra: nosotros somos nuestra obra; nuestros libros son nuestro cerebro; nuestra creación es nuestra pasta cerebral hecha esto o lo otro.

Quiero que paréis la atención en una cosa. Y es que, como el que llega a hacer, todo entero, el libro o el capítulo, vos-

otros también podéis hacer, toda entera, la humanidad o la sociedad soñada. Se saca de la nada, diréis, y no tenemos hasta hoy, sino una primera palabra raquítica... Exactamente como en el libro o en el capítulo: se sacan también de la nada y no se tiene sino una sola palabra raquítica... No pondremos la nada en la nada; pondremos nuestra pasta cerebral, en forma que por nuestra vida y acciones ella se haga, y será algo.... ¿Qué principio de párrafo, qué capítulo o qué dos líneas tan sólo hacemos hoy? Compañeros: ¿qué agregamos, qué apóstrofe o qué relieve entallado aplicamos en este momento? El porvenir es de los que hacen, para aquello que hacen. ¿No es una verdad clara?

Derecho a la vida del idioma

Quizá sea útil oponerse a cierta tendencia que, de un tiempo a esta parte, ha salido de la cátedra y ha invadido el diario y la revista, afilando miles de flechas contra nuestra manera personal, quiero decir criolla o americana, de hablar y escribir el castellano. Como pueblos nuevos, en los que forzosamente han de alentar ideas y sentimientos propios, de otros nada comprendidos ni sentidos anteriormente, tenemos derecho a la vida del idioma. Nuestro idioma es el castellano, pero no puede ser el castellano clásico, que es literario, ni el castelano popular de Castilla porque no estamos en ella; otro es nuestro carácter, nuestra verbosidad es otra, y también nuestras necesidades, — hablo de las idiomáticas, — son otras.

Nuestra fibra no está hecha para la palabra hinchada, derramada y liviana, que flota como espuma de jabón, besando el borde de las imágenes, y complaciéndose con una sabia y refinada modulación; no somos ni podemos ser artistas de los labios, pronunciar la "c" dulce de los españoles, ni la "ll" de "ella" que es femenina, y menos la de "caballo" que es masculina y para nosotros se hace áspera y gruesa como la "y" de "rayador", pronunciado a nuestra manera, es decir, gruesamente. Al revés de ser verbosos, somos parcos, poco decidores, y nos agrada decir justamente las cosas con una sola palabra, si podemos. Somos escuetos, esqueletosos, con pocas redondeces; el lenguaje es en nuestros labios antes anguloso que tirado en cintas como serpentina. Somos más bien serios y contemplativos que habladores y volubles. El carácter más difundido de nuestro gaucho era el de ser taimado, de retener más cosas de las que decía, o aún de las que dejaba adivinar. La poca fecundidad de vocablos, aún cuando nos sepamos de memoria el diccionario, es cosa averiguada. Nuestro más grande poeta, Almafuerte, es de tan pocas palabras, de un vocabulario tan reducido, como los poetas del Corán o la Biblia. Y es que repugnamos usar de otros vocablos que los que, en cierta manera, son una creación nuestra. Esto es natural, esto es invencible; prueba ello el nacimiento de una conciencia idiomá-

tica, como otra cualquiera. ¿Qué mucho que refluya en la literatura, si es en el pueblo nervio indesarraigable?

A nosotros nos convendría un vocabulario de pocas palabras, pero todas raíces, como cualquiera de los vocabularios indios. Además, que estuvieran en mayoría los vocablos masculinos, pero esto no expresa la palabra, los vocablos machos... Y que fuera nuestro, creado por nosotros, con raíces en nuestras cosas, que hicieran innecesaria la aclaración libresca, tan lejana como la que hay que ir a buscar a ciertas palabras.

La rebelión, pues, a esa tendencia más pedantesca que otra cosa, me parece útil y fecunda. Si hasta ahora no existe una gran obra que fije y dé orientación a nuestra manera de hablar y de hacer un idioma renovado de nuestro castellano, porque, los que más los que menos, seguimos servilmente el molde clásico por parecernos el único literario, y los más revolucionarios escriben francés en castellano, culpa es sobre todo de esta falta de rebelión y del dogmatismo de nuestros escritores.

Resistir un ejército

Realmente tienen razón. "Siempre han existido agrupaciones como las que decís; pero, ¿pueden ellas resistir a un ejército?" Esto merece ser discutido.

Si se ha de medir el valor de todas las agrupaciones que existieron o han existido por su valor para rechazar a un ejército, o aún a esa fuerza menor que es la policía, tendremos que convenir que muy poco o ninguno ha sido el mérito de todas ellas. Las mejores, las más audaces, las que se inspiraron en ideas más atrevidas, o, como las nuestras, más radicales en todo, más subversivas, han estado como débil e inerme florecilla ante la masa fortificada de cañones, y apenas si han sabido defenderse como un niño sin fuerzas, o como un insecto que agita sus débiles patitas contra la mano cien veces mayor que lo aprisiona, cuando han caído sobre ellas, para destrozarlas, los todopoderosos agentes del gobierno o la autoridad.

Pero, ¿quiere decir esto que han sido ineficaces, y que a la larga — o mejor dicho al largo y al ancho del mundo entero, o sea en toda la página, — no ha sido su acción más poderosa que si hubieran podido resistir a un ejército; quiere decir ésto que poseyendo la fuerza, y poseyéndola en tan enorme desproporción como la poseen los poderosos, podían considerarse éstos invencibles? La historia nos demuestra en cambio lo contrario. Más invencibles han resultado las ideas que las armas. Una acción química como la del sol es el pensamiento, o como la del agua que ataca con el ácido carbónico a la piedra. Y la fuerza, la verdadera fuerza, ha estado en que no se ha esperado a poder resistir a un ejército para existir; que de eso no se ha hecho cuestión, como la florecilla que aún tiene la ingenuidad de desplegar su corola, sin cuidado ninguno de hacerlo al amparo de suficientes fusiles para que nadie venga a cortarla. Si tal hubiera sido lo que debiera contener en la formación de agrupaciones como las nuestras, aún no se habría dado el primer paso, y faltaría mucho para que pudiéramos darlo, rodeados de un ejército suficiente.

En la lucha de la olla de hierro contra la de barro, ésta ha

sido rota muchas veces. Como dice Reclús, los burgueses han "sangrado a la perra"... Pero lo que no se ha podido destruir — dice el mismo Reclús, — es el acuerdo general de los trabajadores por un orden nuevo; la simpatía con que de todos modos oirán al compañero que les hable de emancipación y libertad, el vago sentido que ya tienen de su valor y su derecho. Y a lo que aprueba la moral de los burgueses — añade, — con lo cual quedan satisfechos los burgueses, falta ver "lo que aprueba la más íntima, la más honda moral de los obreros", la cual existe, es un hecho que aparecerá traducido más abajo en la Revolución que se ha querido evitar, por más que en la superficie le haya sido impedido manifestarse. En esto existe un mundo, en cuyo pulmón nos encontramos hoy, como en la corriente que taladra el seno de la montaña, almenada arriba por los cañones de las fortificaciones burguesas; y se sobreviven las propias agrupaciones destruídas, que oficialmente carecen de existencia, porque se ha "sangrado a la perra"; vale decir: se han ahogado en sangre los grupos o las instituciones revolucionarias.

Ahí está lo indestructible, la obra, y ahí está la descomposición y la caída de los ejércitos por invasión de la nueva moral revolucionaria, de la nueva moral de los proletarios — también son proletarios, — y a mayor o menor plazo, el triunfo de la justicia y la derrota de los poderosos. ¿Podemos apresurar ésto? Seguramente, produciendo los actos necesarios sin esperar a poder resistir a un ejército, y extendiendo la acción de la propaganda. Así se ha apresurado de antes hasta ahora, desde que no existía más que un sólo brote hasta ahora que existen grandes campos. Unicamente ahora se empieza a pensar, a atemorizar el trabajo y la acción: "¿podemos resistir a un ejército?" ¡Ay, camaradas! Cuando podáis resistir a un ejército será completamente tarde, y mientras tanto habréis perdido la obra que se puede hacer ahora; habréis esparcido el miedo y la cobardía, y exagerado inútilmente el valor de la fuerza! Podréis resistir a un ejército cuando vuestras ideas hayan dividido a este mismo ejército — como al ejército inmenso de los proletarios, — en dos partes: una que vendrá con el pueblo, y la otra que permanecerá fiel a su juramento o su disciplina. Si este hecho se cierne ya en el aire, vendrá

de todos modos. Pero si no se cierne todavía, tendremos que apelar de todas maneras a la apresuración que se ha practicado antes: extender la acción de la propaganda, y producir los actos necesarios sin esperar a poder resistir a un ejército.

Gobierno de la producción

Cada vez más — en lo que a ellos respecta, — los obreros realizan el gobierno del trabajo. Pero no hay que hacerse ilusiones: este gobierno se refiere únicamente a las condiciones del trabajador bajo la explotación, y le falta lo esencial, que es suprimir el régimen de la explotación, para el gobierno de la producción.

Para este gobierno de la producción — caídos el Estado y el Capital opresores, que hoy lo mantienen intangible para el burgués, en vista totalmente de su particular beneficio, que no puede realizarse sino sobre el despojo o el perjuicio de todo el resto de la sociedad, — los obreros han ensayado, donde tales condiciones se han producido, crear los Comités de Fábrica, siendo las reuniones locales, departamentales o regionales de estos Comités de Fábrica, las asambleas administradoras o de gobierno de la producción, en vista del beneficio público, que la razón, la justicia y las nuevas ideas han proclamado para la producción.

Esto es *social*, o si se quiere puede llamársele económico, de todas las fábricas o lugares de producción, y de todos los trabajadores. Significa un sistema de la producción contrario al que rige actualmente, y no el dominio privativo de ninguna institución ni de ningún partido. Estos serían usurpadores.

Es al sistema mismo que hay que ir; convertirse allí en médula, nervios y músculos de él, rodearlo de carne y de vida; por lo tanto, hay que abandonar la idea de prepararse para el dominio privativo de una institución o de un partido, por halagadora que sea si nos afirman: "ustedes serán", para ingresar directamente a los Comités de Fábrica o los lugares de producción.

Se trata, buenos muchachos o compañeros, de inaugurar o poner en pie este sistema de administración o gobierno de la producción; de abrir o sostener enteramente las nuevas ideas respecto a las finalidades de la producción, de acuerdo con el máximo de justicia o liberalidad; y de no permitir que

sobre todo esto se establezca un Estado, o una institución o un partido, con el pretexto de dirigirlo.

La condición de los trabajadores debe variar también, al ser al mismo tiempo que productores, gerentes sociales de la producción. Por lo mismo, ninguna institución ni ningún partido debe prepararse para ejercer esta gerencia, usurpando una facultad que debe pertenecer a los trabajadores.

Nuestras organizaciones, nuestras solidaridades, deben inspirarse en estas ideas; ellas deben crear muchos hombres, infinidad de hombres, que en un momento dado se desgajen o se desgranen para ir a llamar a la vida, de abajo, a este sistema.

De allí hay que hacerlo fluir, surgirlo, alumbrarlo, cultivarlo y propenderlo. Nada mejor que todos los trabajadores preparados de las organizaciones obreras, para esto. Nada mejor que esos hombres desinteresados: los anarquistas. Nada más lejano de la idea de prepararse para el dominio privativo de una institución o de un partido; es decir: la dictadura.

Esto es nada. Ir a los Comités de Fábrica y a los lugares de producción — es decir, trasladarse al sistema nuevo; — ser algo allí, que signifique algo que haga enteramente eficiente, y también simpático, bueno, elevado, el sistema, esto será mucho más. Hoy sabemos ya que ir a la producción es ir al corazón de todo. Que poseyendo ésta para la libertad será una sociedad libre, como poseyendo ésta para la explotación, será una sociedad esclava.

Elevémonos desde la producción, allí donde está ella y por los que la hacen a ella. Allí cantemos la Anarquía y proclamemos principios de libertad para las demás cosas: Arte, ideas y ciencia, que siendo libres se nos reunirán.

No imitemos a los burgueses que, poseyendo el dominio de la producción, de sus medios, instrumentos, y a sus parientes, familias y ellos mismos, por la privación y el hambre, han intentado dirigirlas y esclavizarlas.

Falta de carácter: desesperación y suicidio

Sin temor a errar, se puede afirmar que lo más necesario para guiarse por una senda recta y despejada, como la que parecen haber llevado algunos hombres, cuya trayectoria ha tenido la fatalidad de una bala que ha ido a tocar su blanco, son algunas condiciones indispensables de carácter. Si bien miramos, no es otra cosa que una cuestión de carácter esa desesperación incolmable que sienten algunos ante el triunfo arrollador de las cosas y el espíritu de la mayoría. Necesitan, para ver o para creer algo, de una manera cierta e indubitable, de la constatación exterior; esto es de que la vea y lo crea también la mayoría, que ésta sea la opinión de mucha gente; del espejo, en fin, que reproduzca y les devuelva amplificada la propia imagen... Para tales individuos sólo tiene valor lo de afuera: se da el caso de reconocer que una cosa tiene valor intrínsicamente, pero si es rechazada por el gran número, ya se entibia bastante su avaloración, o los invade una desesperación sin remedio. ¿Qué han de hacer si todo el mundo la rechaza, si entre las cosas que han alcanzado la consagración no se deja para ella hueco ni sitio? La renuncia es lo que apunta inmediatamente; renuncia por desesperación, pareciéndose en esto a todos los suicidios, pues es efectivamente un suicidio. Lo que produce esto es solamente la falta de carácter; no debemos engañarnos con la enumeración que hacen de las causas de su desesperación, causas puramente externas, que el hombre de carácter se enumerará, sin olvidar ninguna, diciéndose simplemente: "Esto es lo que ha de ser vencido; veamos, metodicemos, y manos a la obra".

No comprenden, y ésta es su gran ceguedad, que uno mismo ya es elemento de cambio de las cosas exteriores, con sólo sostenerse y afirmarse en su voluntad, sus ideas y su conciencia. Este elemento de cambio que puede ser uno, no se perderá porque en la naturaleza nada se pierde; el grano de aluvión flotará tal vez invisible entre la masa agitada de las aguas, pero al fin se depositará en alguna parte y será elemento de

una nueva tierra. Es un error acobardarse porque en el mundo, por ejemplo, sólo se vea triunfar y enseñorearse a la tiranía y el militarismo, como les acontece a algunos; y entregarse a estas ideas por desesperación, considerándolas de tal magnitud que son invencibles, es, como el suicidio, una terrible muerte moral. Se mira más de lo que debía mirarse a la bola del mundo que empujan las mayorías; se mira tanto que acaba por no verse la semilla pequeñísima que se tenía en la mano, y si quiere buscarse entre esa bola inmensa el hueco que había de estar reservado para recibir esa semilla, no se encuentra; es claro, no se encuentra, porque el hueco está en nuestro corazón, no en ninguna otra parte. Debía mirarse, con tanta fijeza, que el fuego de los ojos la hiciera germinar, esa semilla que tenemos en la mano; con ello únicamente habríamos demostrado que poseemos la fuerza de carácter indispensable para ser sus sembradores. Aquí no cabe desesperación sino esperanza; aquí no hay suicidio ni muerte ninguna, sino vida; aquí no cabe la renuncia, sino que tiene la afirmación su hora magnífica...

Hoy, más que nunca, para ideas como las nuestras, tan rudamente negadas por las mayorías que van empujando un mundo que destila sólo sangre, odio y tiranía, hacen falta los hombres de carácter que tapen esos gritos, desconozcan ese triunfo, y resguarden para la verdad la misma senda, el mismo camino... Esto es lo que hace falta. A la renuncia por desesperación, opongamos la afirmación, aún hasta lo absurdo. Levantemos los dos puños y alcemos las ideas. Las ideas deben ser preservadas si se quiere que florezcan mañana. ¿Qué razón hay para renunciar por seguir a la charanga que pasa, tras la cual va la gente? Por otra parte, si aquí o allí suenan los tiros de los suicidas, eso no debe desesperarnos tampoco: es la selección que cumple su objeto, con la eliminación de lo que ha quedado ya inservible. ¿Hemos de pararnos a suicidarnos también nosotros, esto es, apilar tumbas sobre tumbas, cuando nos sobran fuerzas y energías para la vida? Labraremos aún; pese a todas las catástrofes aún creceremos y adelantaremos el camino a una gran idea. Es cuanto se puede esperar y exigir de nosotros.

La propia dignidad

El concepto que tenemos de nosotros, no excede en nada del que tenemos de los otros. Según apreciemos u honremos a la humanidad y a la creación entera, hasta en el último y más insignificante de los seres, así nos apreciaremos y honraremos nosotros mismos. Si consideramos a cualquiera de los demás, porque es insignificante, materia de engaño o de explotación, es que nosotros mismos nos consideramos también materia de todos los dolos y todas las tiranías, para los que sean más altos o superiores a nosotros. No hay insignificantes absolutos, ni en el obrero a quien se saca el jugo ni en la mujer a quien se envía a elaborar para nosotros el triste pan de enaguas, ni en el animal, ni en la planta... No es una razón la insignificancia más que relativa. Porque es insignificante, tiro mi cuchillo y troncho esta caña que se eleva fresca y grácil a la margen del río; porque somos insignificantes también, mañana el déspota poderoso se divierte haciendo blanco en nosotros con un fusil; se nos niega el derecho, se nos niega la justicia... La teoría es la misma, el principio es el mismo. Recordemos todavía que el que está poseído de estas ideas de jerarquización y del derecho del más fuerte, es el que mejor las acepta en los otros y en su contra; es el que se entrega y se resigna más fácilmente. Aquí, en la América bárbara y gauchesca de antes, no había placer mayor en los gauchos que seguían a los caudillos que degollar a sus prisioneros; luego, cuando les tocaba su vez, se resignaban y morían. Aceptaban la fatalidad de esta ley; su concepto de la dignidad del hombre y de la propia dignidad era despiadado y bárbaro; se estimaban y se respetaban en poco. Y es que la vara de medir es la misma para los otros que para uno, sin pararse en pelos de insignificancias.

El que acepta ser tirano hoy, mañana, cuando le derriben, acepta ser esclavo. Su dogma es el de la esclavitud, debiendo ser el del derecho y la dignidad. Tiene poca dignidad; ésta es la palabra. Poca altura humana es la suya. No se ha elevado a una estimación y un aprecio superior; no funda en nada alto y elevado su derecho a ser hombre. Acepta todas las causas de

caer en la insignificancia social; de ser entonces oprimido, rebajado, escarnecido, burlado, como el último y menos importante de los hombres.

La dignidad del hombre no se funda en nada circunstancial, sino en lo imperecedero y eterno del propio respeto. Y así nos respetamos, como respetamos y consideramos dignas igualmente como las nuestras la libertad y la vida de todos los demás seres. Hacerlos a ellos dignos, es dignicarnos también nosotros. El hombre libre no ha de tratar sino a hombres libres, por mucha que sea su insignificancia, por tremenda que sea su esclavitud bajo otros amos. Debe rehusarse a tratar a nadie como esclavo; a los esclavos debe elevarlos hasta su libertad.

El arrogante de hoy es el mendigo de mañana. Y es que lo circunstancial es nudo de agua que se deshace y que corre; lo que queda al descubierto es un hombre de poca altura humana, de poco respeto, de poca dignidad. El contenido de hoy es el de ayer y de siempre.

Los ociosos en la sociedad futura

Hemos visto tratado el problema de los ociosos en la sociedad futura de diferente manera. La consideración de que el que no trabaja será parásito de los demás influye para que muchos camaradas piensen cómo ha de aplicársoles una justicia restrictiva, sin necesidad de recurrir a la autoridad. Los autoritarios son los que han llevado las cosas a este terreno. Excluída la autoridad, pues, que los anarquistas no podían aceptar, los compañeros han analizado las otras diferentes presiones con que podían contar y que podían tener el mismo resultado. Los autoritarios los han llevado a su mentalidad, pues poco importa la calidad de la coacción, y al preferir el hambre al gendarme, tal vez sea más terrible y más funesto para la sociedad entera el primero que este último.

En primer lugar, no hay ociosos absolutamente; hay sí los empleados en funciones inútiles o perjudiciales, y estos son en gran número. Mucha de la razón de ser actual de estos empleos es que ellos son productivos, y hasta más productivos y "honorables" que los otros. Una sociedad que no considere ni honre esto hará desaparecer esos empleos y dejará a esos individuos libres de emplear en cosas más estimadas su actividad. Luego, hay los que, por la organización social — que aplica en gran escala la justicia restrictiva, de manera que fuera de los rentistas o de los que aprovechan de esto, "el que no trabaja no come", entendiendo por trabajar hacer algo útil o aprovechable para los patrones o explotadores, o siquiera explotar por sí mismo, — se ven obligados a aplicar o dispensar todas sus facultades para la obtención de su alimento cuotidiano, por medio del robo, el fraude, la limosna, etc. — el medio que se les deja, — como aquellos herbívoros que, obligados a pastar en un campo raso y espigado, deben emplear todo su día para la captura de un alimento apenas suficiente. Estos, no alcanzando para sí, nada pueden hacer para los otros. Y descontemos a los que obligamos a sernos útiles o aprovechables, de manera indigna para ellos, por la miseria, como las prostitutas, etc. Ahora bien: en una sociedad trabajadora, estos serían los ociosos, los parásitos también; los que no tienen o no podrían tener la voluntad de trabajar, y que practicando la justicia restrictiva, buscarían de hacerse útiles por algún medio indigno para obtener su pan, o asaltando o robando simplemente. Esto, si nuestra intención fuera dejar sin techo y sin pan a los que llamamos ociosos o parásitos, sería para ellos un derecho. Y tendríamos igualmente a la prostituta o al ladrón porque nuestra sociedad sería imperfecta.

Los ociosos o los parásitos, según el criterio de los otros que serán trabajadores, existirán siempre; más aún, todos lo somos y lo seremos durante una parte de la vida, aquella en que nos dejamos ir sin preocupación, felices solamente con sentirnos vivir. Si respecto a ellos queremos aplicar una justicia restrictiva — por ejemplo no trabajar para ellos o trabajar únicamente para nosotros o los que trabajan, — conseguirán sólo de una manera más dolorosa o más inhumana hacerse alimentar.

La consideración de este problema que los autoritarios elevan a las nubes para justificar la necesidad de la coerción, debíamos ahorrárnosla si pensamos que siempre habrá en la humanidad suficiente número que se preocupe y que comprenda y que obtenga la más preciada satisfacción con la obra de la vida, y que si faltara este número la humanidad estaría atacada de muerte y sería inútil la coerción. Es siempre a este número, y no a la reducción de los ociosos o los incompatibilizados, encerrados o echados violentamente o a trabajar o a perecer, que se debe la obra de la vida. Esta es un acto de libertad. Es indudable que una sociedad trabajadora ejercerá presión para que todos encuentren su cantidad de voluntad de trabajo; pero, fuera de esto, que pondrá en libertad todas las fuerzas de creación, que dará lo justo que hay de esto en todos los individuos: ¿cómo pondremos todavía de lado al parásito o al ocioso?

Debemos inspirarnos en otras ideas. Si hay para todos, ¿por qué negar algo a nadie en nombre de una justicia restrictiva? No le obligaremos a trabajar, eso es una añagaza, pues ya trabajaría si tuviera esta voluntad, como con todo no puede obligársele hoy a trabajar; le obligaríamos simplemente a arrastrarse delante de nosotros como un perro o un esclavo, a implorar nuestra caridad, o a rebelarse y expropiarnos lo que

le es necesario por un medio violento. El espíritu de trabajar para todos, lo mismo para el trabajador que para el ocioso como para el desconocido que vendrá luego, no sólo es más conforme con el verdadero ideal, sino más práctico, más productivo y es el que preside en la elaboración de las cosas más grandes o más duraderas. Abarcar impersonalmente la humanidad entera. "Todo aquel que quisiera trabajar para sí mismo — decía Berthelot, en el "Evangelio de la Hora", — no se atrevería a plantar un árbol que fructificara a los cien años ni una casa que le sobreviviera, porque otros disfrutarían de ellos". La sociabilidad, lo sociable, lo humano, en fin, nacen en aquel punto en que logramos vencer la justicia restrictiva, para abrazarnos con los hombres presentes y futuros como hermanos.

La finalidad

Parece que, aunque hay muchos anarquistas, hay pocos que como anarquistas se atrevan a pensar completamente. O se detienen a mitad del camino por miedo al abismo, o en realidad no ven la contradicción del pensamiento anarquista con ciertas cuestiones que se ha acostumbrado a mirar separadamente. Digamos de una vez: sólo es anarquista el que piensa completamente; lo demás será un entreverado de cualquier cosa, aunque se rotule anarquista; la ascensión de este entreverado al puesto de doctrina de los anarquistas de una región, marcará la decadencia del pensamiento anarquista en esa región, no otra cosa.

No estamos nosotros en ese caso. Pero no importa: podríamos estar La decadencia del pensamiento anarquista, su detención en mitad de la carrera, su sustitución por un entreverado en que sólo se alcanza a oir la razón de una o varias cuestiones separadas (su número no importa), cortadas de la finalidad por un abismo total, es ya verdad en algunos anarquistas. Esto es grave como un anuncio de descomposición, por más que no se haya manifestado hasta ahora sino como síntoma aislado. Reaccionemos: guardémonos de las primeras pintas de la gangrena, de las primeras manchas jazpeadas que entre nosotros ya también se empiezan a ver...

Hace falta que hagamos recuperar a la finalidad todo su alto puesto; que las cuestiones de segundo término, las volvamos a segundo término, y no ocupen el primero y sea lo único que tengamos. ¡Todo sea por la finalidad! La finalidad es nuestra verdadera posesión, nuestro capital realmente insuperable. ¿Qué finalidad puede haber comparable a la anarquista? Si reflexionamos un poco, veremos que no tenemos tampoco otro motivo de obrar: que somos anarquistas por la finalidad, y que por ella nos hemos dispuesto a luchar y a dar a nuestras cosas el carácter que tienen. Una vez reconocido esto, hace falta pensar completamente. "Pensar es marchar, es ascender, es conquistar", — dice Guyau. Detenerse es estancarse; nada de extraño tiene que los que se estancan sean superados; no puede pedirse que el pensamiento mismo se reduzca al nivel

de un primero o de un segundo estancamiento; debe marchar siempre, y marcha aún cuando no lo querramos: para eso es y debe ser una fuerza viva. Nosotros, los primeros, debemos reconocerlo.

Para los anarquistas, todas las cosas, pues, deben ser consideradas bajo el ángulo de la finalidad. Ahí está la mirada que no yerra, la verdadera manera de juzgar y considerar las cosas. Bajo el ángulo de nuestra finalidad, sabemos lo que es claro, tanto en la lucha o la cuestión obrera, como en otras cuestiones que quisieran se consideraran por separado. Nada cortado de la finalidad, que exista por sí mismo, debe aceptar el anarquismo, y mucho menos hacer de ello un entreverado de doctrina al que deba ceder la vía la finalidad.

Nuestra finalidad es todo; por ella luchamos y trabajamos; lo que buscamos con mayor tino y más insistencia son "aproximaciones", ya en el presente y en cualquier lugar que nos encontremos: en ningún momento, pues, hemos de permitir que las cosas de segundo plano pasen al primero; en éste tenemos a la finalidad, y es bastante...

Por el Comunismo Anárquico: ¿No encontramos aquí la línea de todo, la razón de todo; qué necesitamos ni nos hace falta más? ¿Dónde iremos a estudiar, sino en esta finalidad, lo que hemos de hacer y lo que debemos rechazar como convencidos anarquistas? ¿Iremos a buscar la razón de rebelarse contra el patrón al sindicalismo, o iremos al socialismo para buscar otras cosas? ¡El anarquismo lo contiene todo! En su finalidad está escrito todo, absolutamente todo, y más completo y más nítidamente que en ninguna otra idea o doctrina. Los anarquistas no necesitan más que el anarquismo, para ser avanzados y superiores. Sólo pueden aparecer inferiores sino piensan completamente, sino obran como piensan. Es así que existen algunos anarquistas inferiores a los sindicalistas, inferiores a los socialistas. Importa que no caigamos todos en esta inferioridad.

Bis de la finalidad

Aquello que debe inundar, bañar totalmente nuestro pensamiento, es la finalidad. Nuestra pluma debe mojarse en la tinta de la finalidad. Nuestras menores ideas, consideraciones, reflexiones, deben ostentar el empavonado de la finalidad. Esta pátina, a la vez nervio y razón de todo — identidad de fondo y superficie — debe estar en todas las cosas nuestras. Sin nuestra finalidad, diferente de todas las otras, en ninguna cosa pensaríamos distintamente. No tendríamos idea original ninguna. Reproduciríamos el pensamiento de los socialistas, de los patriotas, de los burgueses, de esos otros socialistas de redoblete llamados sindicalistas. Seríamos secundarios e impropios, como una repetición en tono bajo y menor; seríamos la voz gangosa del sacristán que va diciendo "amén" a las palabras del cura...

Los socialistas: tenemos este pensamiento sobre tal cosa; los anarquistas: amén. Los sindicalistas: tal es el motivo de la unión o solidaridad obrera; los anarquistas: amén... Eso sería nuestro anarquismo. Mientras tanto no somos así — ni socialistas ni sindicalistas de redoblete — porque tenemos nuestra finalidad.

Nuestra finalidad es anarquista: he ahí una razón de tener ideas originales y propias para todo; criterio libertario, ideas anarquistas. En todo esto muéstrase la pluma mojada en la tinta de la finalidad. Existimos por la finalidad. No nos es grata otra cosa — y hasta urgente, premiosa — que explicar, hacer conocer esta finalidad; seguidamente, que poner de acuerdo con ella nuestro criterio para las cosas "actuales". Estas cosas actuales son para nosotros un motivo de examinarlas a la luz de magnesio de la finalidad; por nuestra finalidad tienen un valor en que los anarquistas estamos de acuerdo, y que no es el socialista ni el sindicalista. Repetimos: no somos el redoblete de nadie; el modo original de pensar de los anarquistas ha de venir a buscarse en nosotros. Por eso somos una columna y un cartel: la columna de nuestro esfuerzo y el cartel de nuestras ideas. Lo saben los burgueses, lo saben los proletarios y lo saben todos.

Con el cartel de la finalidad siempre delante, a la vista, marchemos. Sea nuestro recordatorio en todos los momentos, el motivo mismo de hacernos amar o estimar del pueblo. ¿Por qué cosa existen y valen los anarquistas? Por su finalidad: el Comunismo Anárquico. ¿Impone esto diferencia para pensar, para encarar con otro criterio las mismas cosas actuales? Sí, impone. Luego, en las páginas de los anarquistas debe de verse. Ellos no han de escribir sino mojando su pluma en la tinta de la finalidad. Algo o todo de ella es siempre lo más interesante para el que quiere reflexionar, para el que quiere comprender. ¿Qué haríamos si diéramos sólo el redoblete del socialismo, el redoblete del sindicalismo?

El anarquismo contiene un pensamiento propio sobre todas las cuestiones; sólo que no hay que dejarse ilusionar por redobletes que acaso ya corren y han obtenido algún éxito, sino buscar el acuerdo con la finalidad. Siempre se vendrá a parar a esto; es también en lo que cabe el pensamiento de absoluta sinceridad, de sinceridad anarquista. No importa que choque, que ante él quieran levantarse, usurpándole el puesto, algunos redobletes retardatarios, que son el capital inservible de los que no piensan por sí mismos y tienen en la cartera tantos redobletes como serían necesarios verdaderos pensamientos anarquistas; no importa esta rutina: la finalidad hace triunfar por sí misma sus pensamientos; no puede negarse lo que está de acuerdo con la finalidad; los redobletes no hacen nada...

¡La finalidad, la finalidad, pues!

La finalidad tercera

El punto central de todas nuestras ideas es la finalidad. Por ella, por este punto central siempre presente, podemos "sentir" y comprender lo que es anarquista, y distinguirlo de lo que no lo es: de lo que es un redoblete de socialismo o de sindicalismo, por ejemplo. En toda idea en que esté ausente la finalidad, no sea ésta lo primero, debemos ver una idea que no es anarquista, que de anarquismo no tiene nada.

Las ideas anarquistas están marcadas por la finalidad anarquista, o sea el Comunismo Anárquico. La finalidad impone el sello: por esta marca de fábrica es siempre fácil y claro reconocer el artículo o el material. El material es todo suministrado por la finalidad anarquista. Material y sello, los dos son suyos: no hay lugar a confusión ni a que sean tapados o eclipsados por un fraude.

Lo que es anarquista, basado en la finalidad, con vista entonces al Comunismo Anárquico — o mejor a la personalidad, la libertad y la justicia que afirma el Comunismo Anárquico — brillará siempre como anarquista, cualquiera sean las sombras que lo rodeen o el ruido que hagan los redobletes para dividir o dispersar la atención. Ello vivirá, vibrará y resplandecerá sobre cualquier otra cosa que no sea anarquista.

Debemos reconocer que somos anarquistas; no debemos desconocer que todo lo anarquista nos hablará inmediatamente al sentimiento y los sentidos; que nos hemos empapado en la finalidad; que esto ha sido la iniciación, lo primero.

Como un hombre ebrio, pues, vacilarán y caerán todos los redobletes, por más bien escogidos que sean para cada caso especial, ante la palabra anarquista, la que habla de la finalidad y busca el acuerdo con ella en las distintas cuestiones. Lo hemos visto más de una vez: aquí al son de trompetas caen abatidos los muros más bien alzados. Aquella palabra que tenía el germen en la finalidad, fué la palabra a la vez terrible y fecunda que con su soplo, como un huracán desarraigador, voló como una hoja seca a los redobloneros, y henchió y nutrió al mismo tiempo el pecho de los anarquistas... El germen realmente fecundo está, pues, en la finalidad.

No lo olvidemos: todo lo que querramos que valga algo, debe buscarse en la finalidad. En la finalidad que perseguimos debe buscarse la razón de todas las cosas que hoy conquistan nuestra simpatía o nuestra atención, con exclusión de todo redoblete. Es la manera de proceder rectamente. Redoblonear no vale nada. El redobloneo del socialismo en el sindicalismo, aun con algo más de contrapeso o añadidura, no constituye el anarquismo. El Comunismo Anárquico tiene un pensamiento propio para todas las cuestiones, el que importa conocer y comprender; no sustituirlo con redobletes o redobloneos, sumas y contra sumas de socialismo y sindicalismo. La finalidad: he ahí lo que debe ser el germen de todas nuestras ideas. Por la finalidad somos; por la finalidad existimos.

La finalidad cuarta

No debe haber línea cortada entre lo que decíamos ayer y lo que queremos decir hoy. Recordemos, pues, lo que hemos dicho antes: hay que hacer recuperar del todo su puesto a la finalidad; por la finalidad somos anarquistas; existimos por la finalidad. Examinemos ahora una cuestión cualquiera — la cuestión obrera, por ejemplo, que es la más actual y palpitante — bajo el ángulo de nuestra finalidad. Es forzoso que tengamos un modo particular de verla; lo mismo que a través de cada temperamento, a través de cada finalidad todas las cosas deben verse, sí con las mismas líneas, con un matiz o un sello distinto. Aquí entra lo personal de cada temperamento, lo personal de cada finalidad. De la nuestra sabemos decir que separa inmediatamente lo que no es anarquista, lo que puede conducir a la esterilidad de la política o a la lucha sin finalidad del sindicalismo. Como separa eso a un lado, como la paja del grano, también ve inmediatamente lo que puede interesar y lo recoge con cuidado. En efecto: en el fondo de la cuestión obrera, como en el fondo de un agua transparente, ve la cuestión social de todos los hombres, cuestión que ha sido de Comunismo Anárquico desde el primer día y lo será el último igualmente; hasta ahora al menos nadie nos ha demostrado lo contrario. La lucha de los proletarios, aunque hecha inconscientemente en su mayor parte, pues ellos mismos no alcanzaban a ver todos sus fines, es una lucha cuyo verdadero objetivo es éste: libertad y justicia social. Este es su objetivo permanente; por eso las mejoras y toda concesión no disminuirán su agitación: el problema planteado no es de este momento tan solo, pues va más adelante, hasta otra sociedad. La cuestión obrera en su fondo se confunde con la cuestión anarquista. Para el que ve claro y profundamente, sin telarañas en los ojos, sin derramarse en superficies, es la misma cuestión anarquista, pues es la cuestión de todos. Claro que entonces la cuestión obrera adquiere una amplitud ilimitada, es mucho más de lo que desearan los mismos que crearon una "cuestión obrera" sólo para la explotación excesiva, y quisieron separarla del anarquismo y de toda finalidad, a no

ser ella misma, en el presente... Pero esta amplitud es ascenso, es grandeza: está en la ley del progreso, y por otra parte, tarde o temprano habían de llegar por sí mismos los proletarios. No es, pues, sino la protesta de lo estrecho y de lo mezquino lo que se levanta contra ella; las visiones reducidas que aún se obstinan contra las visiones amplias. Toda la lucha de los sindicalistas contra los anarquistas tiene este carácter; es el topetazo siempre corto del carnero al águila que vuela...

¡La finalidad, la finalidad, compañeros! Haciendo recuperar del todo su puesto a la finalidad: entonces, sí, que vemos claro; entonces, sí, que vemos amplio! Recordemos lo que somos para pensar como debemos...

La finalidad quinta

Se puede decir: en la contemplación de la finalidad reside el motivo de inspiración más puro para el pensamiento anarquista. E igualmente se puede decir de todo otro pensamiento que, como el pensamiento religioso que citamos particularmente por ser el más intenso, llevan la marca de la finalidad. La contemplación de la finalidad es la contemplación del ideal. Bajando de ella rectamente a los hechos, se tiene verdaderamente el pensamiento anarquista, el pensamiento religioso o patriótico, y también otros pensamientos, acerca de tal o cual cuestión disputada por todas las finalidades; la finalidad pone su sello y es la que determina también el pensamiento, y esto es tan rigurosamente exacto que, siendo el pensamiento puro, casi puede anticiparse totalmente para cada idea, para cada finalidad, sólo con que se conozcan bien éstas. Es necesario que nuestra mirada esté inundada de esta contemplación, que todo se anegue en este mar de luz, para encontrar claro el pensamiento de la finalidad, para advertir lo que puede ser hostil y desentonante. El pensamiento de la finalidad es lo que interesa. Hay cosas, entre las mismas que tenemos diariamente bajo los ojos, que tal vez hemos creado o a las que contribuímos con nuestro esfuerzo, que no siguen fielmente el contrapunto de la finalidad. Importa advertirlo, y más que advertirlo, importa corregirlo. Si se tiene en cuenta que toda finalidad es sociológica, según la definición de Guyau, por cuanto crea una sociabilidad suya, si no de otra cosa, en los sentimientos y los pensamientos, es una obligación de sinceridad que nuestras obras e ideas, nuestra moral misma y nuestra conducta, sigan lo más fielmente posible el contrapunto de la finalidad. No podemos admitir nada desentonante; ideas, objetos, ni fines que no sean hijos de la finalidad, con preferencia hijos mayores y bien logrados, porque en el mismo instante quedarían rotos algunos de los hilos que nos unían a la sociabilidad superior de los anarquistas, por ejemplo, y que era a la que nos empujaba nuestra aspiración. Inmediatamente nos sentiríamos precipitados a otra sociabilidad, lo que quiere decir a otra finalidad, descendiendo planos, perdiendo bríos

y ganando achantamientos, aumentando en mediocridad y progresando en domesticidad, o encerrándose en las finalidades aconchadas o moluscas de los primeros ensayos de la vida de la naturaleza.

Aspiramos a ser aptos y dignos siempre de la elevada sociabilidad de los anarquistas. El hombre más social, en esta sociabilidad, será el que mejor comprenda a la finalidad; el que en ideas y pensamientos no tenga sino hijos suyos — hijos robustos, que sea un estremecimiento y un placer pasarles la mano por la cabellera, acariciarlos como hijos propios; — el que vea a todas las cosas, absolutamente a todas, en aquello que siguen el contrapunto de la finalidad, y las denuncie en aquello otro que son desentonantes, que impedirán siempre la sociabilidad completa en el grado elevado y superior que es su aspiración.

¡A la finalidad, compañeros; quiere decir, a lo que es resorte y nervio de nuestra sociabilidad! En ella debemos encontrar todo lo que buscamos. Dejamos este campo sin espigarlo más frecuentemente: ¡espiguemos este campo!

La finalidad sexta

Si todos nuestros pensamientos llevan — deben llevar — el carácter, el sello de la finalidad. y no son realmente anarquistas sino en cuanto llevan este sello, queda por averiguar si la finalidad debe ser afirmada también afuera; si estos pensamientos deben o no luchar por la posesión de la conciencia de los oprimidos, sobre todo de los que sienten ya la necesidad de rebelarse y cuya actitud de defensa y resistencia es constante, aunque no encaminada todavía sino a recabar o recuperar las pequeñas cosas, detalles todas de la vida de opresión; si la justicia de éstos, hasta ahora entretenida en simples cuestiones de detalles, debe ser llevada tan alto como lo pide la finalidad anarquista, fundada en la más alta justicia; en una palabra, si debemos o no extender la sociabilidad de nuestro ideal al mayor número posible de seres; si debemos, al mismo tiempo, buscar que todas las cosas que signifiquen una rebelión o una protesta contra el presente, sigan el contrapunto de la finalidad anarquista, o permitir su recortamiento en cuestiones solas. No preocuparse de a dónde van ni qué corriente las lleva; permanecer recesantes e impasibles; ante la infinidad de los pensamientos de pequeña justicia, no tener palabras para revelar los pensamientos superiores de la gran justicia; considerar vergonzoso, o a lo menos impropio, interrumpir con estos pensamientos la visión ínfima y reducida de aquellos otros pensamientos; dejar, en fin, como si no fuéramos, como si no existiéramos, como si no tuviéramos — y es nuestro capital más valioso — la sociabilidad de un ideal superior que ofrece a los que ya han roto la cáscara y se han elevado sobre la sociabilidad del presente a la sociabilidad del sindicalismo o el feminismo, por ejemplo; dejar, decimos, que en estos pensamientos de ínfima justicia, se cierre todo, se termine todo. cerrado y tapiado a nosotros: ¿todo esto no implica el recortamiento en cuestiones solas? ¿Y no contradice el contrapunto de la finalidad?

Se nos dice que debemos correr la tapa de la finalidad para dar la vía a estas cuestiones; se nos pide que no extendamos nuestra sociabilidad hasta ellas. ¡Al contrario! Con la

tapa completamente descorrida queremos "vencer" con nuestra finalidad. El temor a la disolución no debe espantar a nadie: que se disuelva para que se renueve en un plano más alto, en el verdadero plano. La finalidad debe ser afirmada en todo y en todas partes. Lo que ella mate, lo renovará para nosotros. El tiempo no es hoy; hoy es sólo un punto en el tiempo.

El derecho a la vida

¿Para qué engañarse voluntariamente? ¿Para qué cegarse? Con todo, no hay una diferencia substancial con los burgueses. Ellos son hombres lo mismo que nosotros. Toda la diferencia en que son hombres enriquecidos, y se portan o existen como tales. Si bien realizan la vida ociosa, inútiles si no los sirven, esto no quiere decir que si se vieran forzados no podrían servirse, lo mismo que todos los hombres. De hecho, cuando dejan de ser enriquecidos, caen en igual condición que nosotros. Quiere decir que no hay una real y verdadera separación de hombres inútiles por un lado, y por el otro de hombres necesarios y útiles. El hombre enriquecido gana el derecho a la ociosidad y la comodidad, y necesita del trabajador para vivir aquella vida de manos blancas que vive y que constituye su hermosa inutilidad. Pero, desengañémonos: el número mayor de trabajadores sólo es necesario para mantener el adelanto y todos los conforts de la civilización; pero dejaría de de ser necesarios innúmeros trabajadores. Su necesidad es, modidades, las creaciones de la vida moderna. Sin palacios, sin calles pavimentadas, sin trenes, tranvías, cloacas, luz eléctrica, aguas corrientes, correos, telégrafos, arsenales, etc., dejarían de ser necesario innúmeros trabajadores. Su necesidad es, pues, la necesidad de mantener o llevar adelante esto. Pero, podía ser todo ello repudiado por los burgueses. Amando el regreso a la barbarie, repugnando o repudiando servirse de otro hombre ninguno, podían renunciar a la explotación. Y entonces: ¿cuál sería la situación del trabajador? El trabajador podía no ser llamado más, y un suspiro de alivio podía henchir el pecho del burgués que había renunciado a la explotación. "Yo me hago mis zapatos, labro mi campo, mantengo mi choza" — diría éste. Pero, todos comprendemos que esta no sería una solución. ¿Por qué? Porque los burgueses retendrían la propiedad de la tierra y los medios de producción, y porque no es la cuestión que los burgueses trabajen, cesando de ser ociosos, renunciando al servicio o la explotación, sino que los proletarios tengan el "derecho a la vida". Es así que en aquellas partes donde la burguesía está com-

puesta casi exclusivamente de pequeños propietarios, que hacen solos su trabajo, que no "explotan" a nadie, no puede ser más infausta la situación de los proletarios, y aparece en su verdadero aspecto el problema de que lo que el proletario debe exigir y conquistar es el "derecho a la vida".

Tan unido está el proletariado a la vida moderna, que está peor donde se ausenta el servicio, la explotación, y perecería de inanición si la burguesía trabajara y se sirviera a sí misma, si no fuera perezosa y ociosa, ávida de apurar los placeres de la vida moderna y gozar de todos sus adelantos, arrastrando su preciosa inutilidad.

Seguramente el trabajador está convencido de su necesidad; pero no ha sabido ver que es necesario solamente para la vida moderna de ociosidad y explotación. Y cuantas veces hace una huelga, manifiesta su satisfacción contemplando a los burgueses obligados a servirse, por ausencia de su brazo. Pero, advierte, sin embargo, que esto no es una solución, y prolongándose mucho menos; advierte que hay otra cosa que ruge y le impulsa a arrojarse sobre el burgués aunque trabaje, y es su "derecho a la vida", por el cual realmente se ha levantado, y que es todo el problema, la verdadera, la palpitante cuestión del proletariado.

Presenciamos el fracaso de un medio: la huelga, la huelga general pacífica, la huelga general sindicalista. Una huelga de esta especie desmonta la vida moderna, y retrotrae a los estados anteriores de marchar a pie o servirse a sí mismos. Los trabajadores confían en la necesidad de ser llamados, pero la burguesía se acostumbra muy bien a uno como a diez estados atrás de la brillante y artificiosa vida moderna. Su prolongación no es más que el eclipse de los adelantos o comodidades de ésta, y la aparición de un estado anterior de la sociedad. No perece ésta, como el sindicalismo suponía. Unicamente los ociosos son obligados a moverse, y soportan bien filosóficamente la incomodidad. Es uno de los tantos trabajos o dificultades de la vida, entre sus placeres. ¿Qué es, pues, lo que presencian los trabajadores? Una simple transformación que continúa la negación de su "derecho a la vida". Aun más; la idea hasta es apuntada: no llamar más a los trabajadores. Hacer sus zapatos, labrar su campo, mantener su choza... Este

estado puede llegar, por más que sea grande la pereza o el odio al trabajo de los burgueses. Démonos cuenta que son hombres, hombres enriquecidos... Y, entonces: ¿qué quedaría al trabajador?

¡Ah!, quedaría una cosa que no debía haberse olvidado y por la cual debía haberse levantado directamente el trabajador. Queda la revolución proletaria por el "derecho a la vida": El concepto anarquista de las acciones. Si los trabajadores dejan de ser necesarios porque los burgueses se hagan trabajadores o renuncien a la explotación, no pueden hacer huelga ¿verdad?, pero han de hacer esta revolución por el "derecho a la vida"; esta revolución profunda, radical y humana que está reclamando la actual composición de la sociedad!

En el acarreo....

Verdad que la vida es muy nutrida, muy varia, y en todas las cosas siempre hay muchísimo que hacer. El empleo útil del cerebro, de los brazos, de todas las aptitudes, no puede llamarse jamás a quebrado. Trabajando toda la vida todo lo posible no agotaremos sino una pequeña parte de la inmensa labor que tenemos que hacer; y de igual manera el que tiene una parcela de tierra y la cultiva, el que labra estatuas o saca cantos de la piedra, el que construye o guía buques, o el que es maderero, hilador o alfarero...

No falta la labor, y en cada cosa hay siempre buen programa de quehacer: más que para toda la vida, aprovechando aún las horas que se pierden durmiendo; más que para todas las vidas, de aquí hasta los siglos de los siglos, hasta el punto final o el amén...

Pues, si esto es así, si da la dicha de que esto es así, y no faltará obra útil y buena que hacer jamás, no hay sino tomar alegremente entre sus brazos su parcela señalada, y ponerse a trabajar. Lo suyo, que debe hacerse, se hará. ¡Y buen programa de trabajo tiene cada uno en lo suyo!

Queremos decir que todo lo que se ha hecho, se hace o se hará en cada cosa del trabajo de los hombres, jamás colmará, desbordará a superará lo que hay que hacer en esta cosa misma. Lejos de ser ya redundante u ociosa, tu labor, la de aquel, la del otro, se quedará, por el contrario, corta... Llegarás al término de la existencia, y jamás podrás decir que estás totalmente satisfecho del trabajo o movimiento de tu vida. Comprenderás que lo dejarás todo como estaba, con algunas hiladas de ladrillos más, con algunos resaltes o florones más...

¡Y esto, sin embargo, es muy importante; y esto hace amarrarse, reatarse la vida a ello, como a un poste!... Es que en esto está la afirmación del esfuerzo humano, la afirmación de la vida humana, como está en lo contrario, su negación. Vemos en ello la bella vida, la vida poderosa y fuerte, que no desiste de alcanzar o de dejarnos su fruto. Y amamos en ello los cerebros o los brazos plenos, en toda su confianza

y todo su vigor, que cuanto existe en el mundo lo han hecho o lo han creado así...

Así que, compañero o compañera que en esta lucha social tomas entre tus brazos tu parcela y no cesas de trabajar ni de día ni de noche, tú eres un honrador de las fuerzas vivas que están en tí; eres una planta vigorosa y fuerte; eres un obrero de la inmensa labor, como un maderero, un hilador o un alfarero, del pensamiento o la obra anarquista...

¡Buen programa de trabajo y de dificultades tienes siempre! Continúa, alegre y sonriente, mientras seas joven o tengas fuerza, que por mucho que hagas, por mucho que agotaras tu mismo toda tu fuerza, jamás colmarás, desbordarás, ni superarás lo que hay que hacer. Después de tí y de tu sucesor, quedará una inmensa labor siempre. El que venga, encontrará que ni aún se ha empezado, y hará como tú, igualmente... Y ese será un hombre o esa será una mujer; eso será lo más hermoso siempre!

Sigamos en el acarreo...

La solidaridad

Nuestro paso para comprender de la más ilustrada manera nuestra cuestión—lo mismo con el patrón que nos explota, como con el gobierno que nos oprime—, es comprenderla como la cuestión de todos los que se encuentran en el mismo caso que nosotros. No hay así una cuestión personal; hay una cuestión social, que es nuestra cuestión, y es la cuestión de todos los otros también. Comprenderla es comprender que no estamos solos, que no debemos considerarnos solos, que nuestra lucha debe ser de todos reunidos, concentrando en un punto dado—por aquel, por nosotros, por los otros—la acción de la solidaridad.

No puede luchar un individuo solo, por ejemplo, contra un patrón, con un gobierno, porque éstos concentran en su favor enormes fuerzas sociales, que aplastarían de antemano a un individuo solo. Por la solidaridad ya su lucha es más igual. Ya nadie duda, por ejemplo un patrón, que un obrero que pertenece a una fuerte organización, concentra en él tales fuerzas sociales o solidarias que empequeñezcan o puedan aún destruir las del mismo patrón, por su riqueza y el favor del orden social que le protege o le hace poderoso.

Exclusivamente no hay hombres poderosos, ni burgueses que puedan extraer millones, ni gobernantes que hagan respetar su voluntad, ni militares que den batallas, etc., sino por las fuerzas sociales que concentran, o que están a su servicio. Personalmente, como hombres, tal vez no valdrían una nada; no podrían extraerle a un hombre una centena de pesos, gobernar a su familia, pelear con un cuarto de docena de hombres no muy acostumbrados a pelear; lo que los hace grandes y poderosos son las fuerzas sociales, es decir la fuerza de los otros, de las cuales ellos pueden disponer para sus voluntades. Es igual para nosotros; débiles si combatimos solos; fuertes si agrupamos y vamos a agrupar nosotros mismos, una fuerza social. Poder, dinero, mando y todo lo demás, todo desaparecería si el individuo estuviera solo; nada de esto valdría, si cada una de estas cosas no representara una fuerza social que ellas ponen en movimiento: el del dinero para que le sea servido todo lo que desea, el del poder para que le traigan los individuos presos o se les haga ejecutar lo que desea, el del mando para que los hombres avancen o se hagan acuchillar a sus órdenes.

Y si bien hemos de comprender lo pernicioso que es que estas fuerzas sociales estén a la disposición de un burgués, un gobernante o un matachin con la piel de los otros, no hemos de dejar de comprender el valor que tienen las fuerzas sociales, frente a las del individuo solo, para cualquier construcción y para la misma batalla social. Reivindicando éstas para la libre federación de agrupaciones libres, tendremos todas esas fuerzas sociales para construir próvidamente una sociedad de libertad, con tantas o más obras que hoy, como resulta de la concentración de esas fuerzas en esclavitud; es decir de las concentraciones de asalariados, de gobernados y de soldados, sometidas al código militar o disciplinados.

Las fuerzas sociales tienen algo más que todas las fuerzas individuales, aisladamente, y es la capacidad para aquellas obras que superan a la capacidad individual. El ejemplo del obelisco de Luksor, mencionado por Proudhon, que fué levantado por diez hombres en una hora, mientras un hombre no lo habría levantado en diez horas ni nunca, muestra esta capacidad de la fuerza social.

Lucha de clases y lucha social

Parécenos que debemos explicar en toda su amplitud nuestra idea de "lucha social", contrapuesta a la idea: "lucha de clases". Entendemos que va entre ellas la diferencia que hay de lo amplio a lo restringido, de lo eterno a lo pasajero. Es un índice para comprender acciones de magnitud diferente. De hecho, quien se cierra en la lucha de clases está poco habilitado para comprender una lucha social amplia. El hombre se encuentra hoy entre dos clases eminentes, que luchan una por imponer, la otra por no dejarse imponer. La primera posee el mundo, la segunda no posee nada. De la primera son los derechos, y de la segunda los deberes. A cualquiera de ellas que pertenezcamos, estamos obligados a sostener sus derechos o a realizar nuestros deberes. Pero, como se ha dicho, ya la lucha se ha definido. De abajo se ha dicho: "no más deberes sin derechos", y esto habrá de originar la caída del hermoso mundo de arriba, fundado sobre este principio: "derechos sin deberes"... No hay que olvidar que, cuando quiérese gratificar a los de abajo con la caridad, sostiénese lo mismo: que esto es una merced sin obligación, la espontaneidad de una bella alma, pero continúa todo el derecho sin deberes. En efecto: quien me compra mi campo adquiere derechos de propietario, pero no le queda deber ninguno para ninguno de los otros que no tienen nada. La religión hácele entonces a él una bella alma, y así aquél alcánzale un cobre de dos centavos a un mendigo que se atrevió a golpear su puerta, y que éste debe besar, agradeciendo la limosna sin obligación del rico... Sostiénese un derecho sin deber, o solamente con un mínimo deber moral para el hombre religioso, — lo cual no significa ningún derecho para el mendigo.

Bien, pues. Llegados a este punto hay que definir si se trata solamente de una lucha de clase, o si será preferible embarcarse en una lucha social de una naturaleza humana y superior. Si entiendo que es sólo lucha de clase, con mi victoria será bastante. Yo lucho contra los poseedores y los capitalistas. Si me reuno a otros obreros como yo, y formo por ejemplo una cooperativa, para nosotros la lucha de clases habrá desaparecido: seremos vencedores, como en realidad lo afirman los cooperativistas y los socialistas. El estado social, sin embargo, no ha cambiado, y para nosotros cesa la lucha de clases sólo porque nos hemos hecho capitalistas, socios internos de un negocio que realiza su explotación afuera, haciéndonos a todos en igual grado explotadores, en vez de estar divididos: unos en explotadores, y otros en explotados... Si, corriendo toda la romana, en el orden social entero, entiendo también "lucha de clase", entonces bastará con la dictadura de mi clase sobre la otra,—con lo cual habré vencido igualmente.

"Lucha social", como la entendemos nosotros, no es solamente que se dirija a la revolución y a extinguir la existencia burguesa: es también porque en lo social entendemos lo "sociable", la eliminación de toda imposición, especialmente política, de un hombre sobre otro hombre; vemos a la humanidad luchando desde infinitos siglos por darse una verdadera sociedad libre; entramos en este torrente, y así, con tal amplitud, entendémoslo todo, y principalmente la Revolución. Lucha social es, pues, cosa humana y amplia; no sólo se dirige a cambiar la sociedad, sino que ésta sea sociable con los hombres, elimine toda causa de opresión o tiranía, sea una verdadera libre sociedad...

Toda esta amplitud encuéntrase en el término "lucha social", cuando es dicho por nosotros. Y queremos que se tenga en cuenta para no confundir con una lucha de clase llevada a la Revolución. Llevamos a la Revolución una lucha social también... La lucha de clase llevada a la Revolución, tiene por fin la "dictadura proletaria". La lucha social llevada a la Revolución, tiene por fin la libertad de la Humanidad, ennoblecida en todos sus miembros.

Poder emancipador del trabajo

El poder emancipador del trabajo hasta ahora no ha sido bien considerado. Con solo dejarle la debida libertad, el trabajo emanciparía bien pronto a toda la especie humana. El capital está obligado a detener a cada paso al trabajo emancipador. La abundancia de éste, la universalización y la aptitud de satisfacer por sí solo todas las necesidades de la especie humana, engendra las crisis del capital. Si se le deja en libertad de producir nada más cuanto está en su capacidad actualmente, quebraría al capitalismo, y emanciparía de él con solo seguir produciendo. El capital necesita detener el trabajo, y aún destruir a los productores que le perjudican. Si un país es una inmensa usina, necesita impedir que los otros países sean otras inmensas usinas también. Necesita detener el poder emancipador del trabajo. Si éste puede obrar en libertad, hoy mismo, con todas las máquinas y los trabajadores que hay, un número de los cuales tienen que estar siempre parados o desocupados, no quedaría por debajo sino por encima o a la par de la satisfacción de todas las necesidades. Y los productos cesarían de tener precio, como no lo tienen las cosas abundantes: el aire, por ejemplo. Tanto como el aire, el trabajo puede dar las demás cosas necesarias. Tan grande es su poder emancipador, que el capital se ve obligado a detenerlo, aún a emprender sangrientas guerras para cerrar fábricas o usinas, para tapar fuentes de producción; de lo contrario, liquidaría al capital y realizaría su obra de emancipación.

Exclusivamente el trabajo mete en crisis y zapea el edificio del capital. El poder emancipador que hay en él sube como la savia, a pesar de ser bien contraria la intención de los capitalistas. Crisis tras crisis, el capital no sabe cómo detener la savia o sujetar el crecimiento de este poder emancipador. Guerra allí, para matarlo; destrucción aquí de sus productos, que se amontonan con escandalosa abundancia: una lucha, en fin, contra el poder emancipador del trabajo, que hace saltar al capital en el aire, y que al fin alcanzará

su objeto de dar lo necesario y lo superfluo a la especie humana, sin que sea esto un motivo de guerra o de parar en seco la producción, "porque donde las necesidades están satisfechas nada tiene que recoger ni emprender el capital". Allí hace crisis y allí sucumbe, entre los trabajadores que se sirven liberalmente a sí mismos. Allí bastan los trabajadores y es innecesaria la especulación.



A la defensividad

El jugo que llena la dulce fruta es inocente. Inocente es también la garra y fuerza del tigre. No pueden ser culpados por una cosa que poseen por naturaleza, de la que no pueden desprenderse y están obligados a llevar con ellos siempre.

Dirase que el jugo que llena la dulce fruta al fin es sólo agua, y que la garra y fuerza del tigre al fin sólo sirven para hacer mal: y esto, por los que no poseemos jugo como la primera, o garra y fuerza como el segundo...

Sin embargo, con la misma inocencia e independencia de estos decires—verdaderas murmuraciones y nada más,—sigue el jugo llenando los interiores de la dulce fruta, y la fuerza presidiendo en la garra, en toda la planta y hasta en la voluntad agresora del tigre.

Es que lo que es *es*, y no puede ser tampoco que no sea, o se cohiba y deje de serlo, impresionado por estos decires.

La opinión que ellos puedan formar, no tiene influencia ninguna sobre el jugo o sabor de las frutas, ni sobre las garras y fuerzas del tigre. Estas existen por sí, y existen siempre, y basta mostrarse para que se descubra su estampa, contra el rechazo total o parcial de la opinión pública.

La opinión pública puede únicamente aceptarlas o rechazarlas, cortar el fruto para su mesa o asociarse para perseguir o destruir a la fiera. Pero recibirá todo el jugo del primero, y deberá cuidarse contra los zarpazos y la fuerza de la última...

La inocencia y verdadera independencia de un panal de miel, desclava a veces o abre las tablas del cajón que lo contiene. Más que lo que se pensaba el enjambre ha trabajado, y el año ha sido bueno y fecundo... Sin embargo, murmurando de la desclavadura, se puede formar opinión pública contra él; y es lo que hacen, para su defensividad, el formalista y el tilingo de todos los campos.

¡Compañeros! Pasad a ser jugos que llenan una dulce fruta, o fuerza que preside una vida de realidades. Estáis como los parásitos del cuerpo sobre vuestros compañeros de real valor. Y os parece que habéis alcanzado algo, cuando habéis logrado formar una opinión enteramente parásita, sin ningún poder sobre el jugo o sabor de las frutas, ni sobre las garras o fuerzas de las vidas libertarias...

Volved en vosotros: las frutas maduran siempre, y de toda tachadura salen los panales de miel y las vidas libertarias a acusar al sol su verdad...

Los grandes hombres

Con tristeza debemos mirar el mundo distribuido entre gentes sin responsabilidad. Y mientras a nosotros, los pequeños, se nos exige responder con la vida a la más humilde o pequeña cosa que se nos ordena hacer por la fuerza, no hay en los grandes, que se atribuyen la dirección de los asuntos, que no trepidan en responder de una inteligencia o una conciencia superior, que juegan con nosotros, sin fijarse en ahorrar sangre, grandes partidas que han de mostrar su genialidad de políticos, de estadistas o de guerreros, ni el menor asomo de responder ellos a su vez con sus vidas, de sus errores, sus equivocaciones o sus fracasos, tras los cuales siguen la tristeza o la desgracia para muchos miles o millones de hombres, la bancarrota para las causas, y la inmolación o el sacrificio para los partidarios. Hecho el mal, los grandes hombres que respondieron de las ordenanzas o las ejecuciones más bárbaras para mantener en la disciplina a los pequeños, que fueron a sangre y a fuego con éstos, que proclamaron y practicaron el principio de que la vida (de los otros, se entiende) es una cosa despreciable,—no atinan sino a disparar, a poner en salvo sus grandes personas, mientras detrás dejan todo el horror del derramamiento de sangre estéril, la resistencia aún de los partidarios que saben que se suicidan, y se suicidan para cubrirles la retirada; no hay ni uno solo que tenga la vergüenza de quitarse la vida, como él la quita al pequeño que abandona o huye de su puesto cuando en él habría mucho peligro, no hay uno solo que se ponga al lado del soldado, del partidario que se suicida para cubrir la retirada; no hay tales grandes hombres, grandes jefes, más que en un terror mucho mayor a perder la vida, a responder de sus odios o de sus principios ante el enemigo, como responden—¡ay, sin ser grandes hombres, sin ser más que carne de cañón sin responsabilidad y sin nombre!—la masa triste de los soldados o la recua anónima de los partidarios inferiores...

¡A éstos sí, la responsabilidad les es efectiva! Y mientras, después de haberlo desbaratado todo, todo, Napoleón huye de Waterloo, como un grande hombre, el humilde soldado, sujeto sólo por la vergüenza o la disciplina, entrega o vende la vida por no dejarse arrebatar un puesto de centinela... ¡Y éste no ha tomado a su cargo más que la responsabilidad pequeña de defenderlo o no dejarse arrebatar un puesto de centinela; mientras aquél no ha trepidado en cargarla, con ánimo ligero, para jugar una gran partida con la vida de muchos millones de hombres, y empeñando la suerte o el destino de una gran nación! No habría igualdad de responsabilidades para el que pierde una cosa o la otra; pero hay sí una desigualdad tal de conciencia y de vergüenza, que, gracias a ella, a uno puede exigírsele que pague con la vida el abandono de un puesto de centinela, y el otro no se cree exigido sino a huir, a salvar su importante y considerable persona, cuando ha perdido al centinela, al ejército, a la nación; todo...

¡Huir! ¡Poner la tierra de por medio! ¡Salvar la vida, sin salvar la desgracia ni la vergüenza! ¿Hay nada más irresponsable que un grande hombre, un gran jefe, un gran rey o un gran emperador? Después de haber proclamado y practicado el principio de hierro de que la vida debía darse o sacrificarse para sostener su ejército, su reinado o su imperio; después de haber ordenado y ejecutado la muerte para toda debilidad, desgracia o fracaso de los hombres pequeños; de haberles hecho inmolar la vida por un puesto de centinela, por la simple moral o disciplina entre sus tropas, hemos conocido a muchos, por no decir a todos, los que perdieron su mando o fueron destronados, en el destierro... ¿Cómo podían vivir todavía? En cambio, ¡oh, hombres humildes, hermanos nuestros desgraciados!, de vosotros no hemos conocido, sino siempre y eternamente, en toda batalla, en toda ocasión que estos grandes hombres jugaron y ganaron o perdieron esta sola y única cosa: las tumbas...

Para vosotros, fué todo responder con la vida siempre, aún de las ambiciones o los planes descabellados del grande; para éste no es responder con ella nunca. Ni aún cubierto de

oprobio o de fracaso, en alguna escondida isla de Elba, quiere vivir, vivir.... De a pie, o a caballo, el grande hombre huye de la muerte que aún os deja que la recibáis mil veces mientras él cubre su retirada; huye a vivir, ¡a vivir!...

Clichés

Contra todos los que piensan en reducir la vida a clichés determinados o fijos, de los cuales ha de hacerse de los hombres siempre nueva tirada, como de una página que se repite, estamos por los que se insurreccionan, afirman la fiebre, la locura, el nerviosismo, porque con esto está la reacción o la revolución necesaria para impedir caer en la insignificancia del clacicismo, que no es sino una ordenación y una catalogación de clichés, como si no existiera, todo inédito y todo abierto, un amplio horizonte siempre... El cliché del vegetarismo, del naturismo, ofrecido con tan buena intención como buena voluntad, mas como lo clásico contra lo revolucionario, y aún como la ecléctico, — de la misma manera que el cliché del individualismo, que también es clásico y ecléctico,—ya acaba por presentarse a nuestro espíritu, como una cosa contra la cual la reacción, la insurrección es buena, porque, como todo clacicismo, concluye por roer y amochar las facultades de la virilidad, de la genuinidad, la libertad, la creación y la revolución.

Hombres por cliché, vegetarista, naturista, individualista, los vemos no ser más que estos clichés y cuidar de serlo hasta el punto de concentrar en ello toda su voluntad y todo su afán. No es que nosotros vamos a discutirle aquí sus teorías — sus clichés; — pero sí vemos que se pasan la vida en estudiarse, en observarse, en retirarse al margen y huir con sobresalto todo lo que podía empañarles, barrosearles o quebrarles, como un vidrio, sus clichés... El olvido de sí, que es necesario para conducir su atención afuera, a lo que se golpea, se hace o se trabaja, y que resume la más grande de las facultades viriles, ellos no sólo no lo aconsejan, sino que al acuerdo y la pena, y la refacción y la reconstitución de sí, anhelan conducir toda la humanidad. Y cuando vean a ésta como otros tantos carpinteros arreglándose las tablas y las molduras, ocupados con gran afán en esto: ¿no diremos que, calafateándose día y noche, toda una generación ha dejado de producir su fruto? ¿Qué diremos del gran Darwin que durante cuarenta años hubo de olvidar que estaba enfermo para dirigir su atención a un colosal y enorme trabajo de estudio, y después de síntesis y reflexión? ¿Le

habríamos mandado que se curara, como a Barrett que estaba y murió tuberculoso? ¿Y qué habríamos ganado con ambos sanos, o ambos hermosos clichés de hombres alimentados a sol, agua y aire?...

Convenido que la salud es el bien de la vida; pero es un bien que ha de estarse dispuesto a consumir, destruir y aun perder, como hay tantas madres que lo pierden en un alumbramiento. Conservar únicamente este bien, no es lo más grande ni puede ser alegado como una filosofía superior, en contra de lo que hace poco caso de las cañas y ve principalmente las espigas. Siempre nos ha parecido mejor que un hombre que proteje o cuida su llama que no se le apague, otro hombre que hace de ella la lengua de un soplete para fundir o derretir los metales...

Además, un poco de enfermedad, de fiebre, de nerviosismo y de la misma locura, es necesario, para no caer en la adoración de una agua pura, limpia, pero estancada. Eso remueve, y es siempre una insurrección, que al clacicismo parece ignorante y bárbara, pero que lleva en su penacho la revolución. Si bien miramos, todas las veces, en esta última han estado las facultades viriles, mientras en el clacicismo noble y purista ha estado su negación...

No predicamos nosotros el carnivorismo, ni creemos tener razón ninguna contra el vegetarismo, ni contra ningún cliché que cada cual pueda adoptar para su vida; criticamos ese acuerdo excesivo de sí, por el que tantos anarquistas se dedican solamente a calafatearse, para no ser más que inútiles, mientras es bien primero de la vida, la obra, aunque ésta sea hecha por Darwins enfermos y Barrets que escupen sus pulmones...

Lo que cancionamos y lo que queremos

Una barra de hierro, como una hoja de borraja, son más lindas en figuras literarias, que en efectividad mineral o vegetal, como son las barras de hierro o las hojas de borrajas. Y he ahí que muchos jóvenes o "jóvenas" vienen a buscar a casa del herrero, o a casa del herborista o del "plantero", la barra de hierro, figura literaria, o la hoja de borraja, figura literaria también... Y muchos jóvenes o "jóvenas" vienen a nosotros también, seducidos por el anarquismo figura literaria, y pensando lo menos posible o haciendo por no verlo o por ignorarlo, en el anarquismo barra de hierro o el anarquismo hoja de borrajas... ¡Magníficos gritos! ¡Afirmaciones las más fuertes y rotundas de todas!

La palabra del hombre de acción: no hay frase que exprese más cortantemente, más filosamente la acción! Es una belleza de figura literaria. Eso corta, literariamente, a cercén todo. O lo levanta, también literariamente, en montes de grano como al trigo. ¡Es un entusiasmo cómo hablan, cómo quieren o cómo obran los señores anarquistas! Hermosa literatura: voz a todo pecho y literatura a todo trapo... ¡Canción linda! Y los que menos hemos pensado en hacer canción, que hemos hecho canción sin quererlo, nos encontramos de repente rodeados de una multitud de jóvenes y de "jóvenas", que se han reunido a escucharnos embobados... Ya tenemos un montón de anarquistas, decimos. Cortantes y filosas serán sus vidas, como les han gustado tanto en nosotros las frases cortantes y filosas. Sonoros serán sus lechos, como el período del discurso que más les ha gustado y aplaudido. ¿Cómo dudar si lo aprenden de memoria y lo recitan? ¡Pues no levantan la barra de hierro ni quieren para nada la hoja de borrajas! Son mariposas o abejorros atraídos a la luz de un decir de las cosas que, sin quererlo, se transforma en una figuración literaria de las más acertadas... Vienen por la suspiración literaria. ¡Y nuestra suspiración es, nada más,

ser cortantes y filosos como las hachas; labrar o dejar algo hecho en la vida!

¡Bien nos pelamos las frentes todos los días! Abominamos de ser centro de toda suspiración literaria que anda largada o suelta por ahí. ¿Parece que suspiramos nosotros también por eso? Podíamos ser matalones de escribir; hay camellos de escribir que son más felices que nosotros, y que serían doblemente felices si lograran derivar hacia ellos estas suspiraciones literarias que a nosotros nos molestan. ¡Ay! Nosotros no quisiéramos nada más que esta pluma nuestra se nos saltara de la mano y en un tiro de barra volteara y no dejara llegar a nosotros ninguna suspiración literaria, ninguna de tantas mariposuelas o abejorros que vienen por la florecilla que traemos acarreada con los breñales o los matojos que vamos a levantar por ahí para hacer o perfeccionar a los anarquistas! Que, hombres o mujeres, vinieran nada más que para ser o convencerse anarquistas; para luchar y acendrar con nosotros... Lo que cancionamos es lo que atrae. Y queremos que atraiga lo que pensamos, que atraiga lo que queremos. ¡Si fuéramos matalones de escribir!...

El surco del pueblo

Labremos en el surco del pueblo; laboremos aunque sea un pedazo de suelo como la mano, y apliquemos en él los métodos de una cultura intensiva. Imbuídos de las viejas ideas de dominación, a las que estamos acostumbrados a deberlo todo hasta el presente, no vemos cosa ninguna sino como la veríamos si nos tocara gobernar o dirigir a los hombres. Que éstos sean gobernados o dirigidos así, encaminados a la derecha o a la izquierda, en vez de ser gobernados o dirigidos de la otra manera: he ahí el capital más corriente de nuestras ideas. No tenemos sino teorías de dominación que ofrecer al pueblo; aun no hemos llegado a labrar en él, sólo en él, las excelencias que esperamos de las teorías de dominación. Recordemos la gran tentativa de Augusto Comte, con su teoría de una dictadura universal para la organización sistemática de una sociedad basada en la razón y en la justicia, y los fundamentos de su "política positiva"... No se ha dado nada más grande ni más positivamente fijado como teoría de dominación: el punto de vista de que fracasadas las dos grandes corrientes del monoteísmo — el cristianismo y el islam — en sus tentativas por unir a todos los hombres en un sentimiento y una religión común, sólo quedaba la ciencia, el pensamiento positivo, que podía ser entendido igual y acatado por todos los pueblos, es esencialmente grato al sentimiento moderno. Comte fué el Mahoma de la religión positiva; sólo le faltaron los cruzados que, como a aquél, le acompañaran a imponer su religión por el mundo, con el gobierno emanado de ella y la sociedad que debía crecer luego bajo su égida: Napoleón el chico, en quien había puesto toda su confianza de teórico convencido, le fracasó miserablemente... En fin, como teoría de dominación, la de Comte ha sido la más vasta y la más completa. Pero mirados los hombres por arriba, como miran siempre los gobiernos, el punto de vista era necesariamente falso y antipático. Bien está que querramos solamente su bien, hacer su dicha, labrar su felicidad, como buen padre para sus hijos; pero los hombres tienen razón para resistirse a nuestros dogmas y para rechazar, sin examinarlas, nuestras teorías

de dominación, cuando es todo lo que tenemos que ofrecerles... Lo mejor que puede hacer un padre por sus hijos es darles libertad, que se encuentren y sean por sí mismos aquellos que deben ser, pues toda su sagacidad, experiencia, penetración, sabiduría, resultará siempre corta e insuficiente y ahogará con camisas de fuerza los más bellos retoños humanos. Apenas se concibe tiranía igual que la de un padre con perpetuo dominio sobre los hijos; y respecto a la conveniencia de un gobierno científico y racional, no hay más que pensar lo que sería nuestra vida bajo la férula de los pedagogos...

Es preciso que miremos a la tierra, al surco del pueblo; que lo contemplemos no como si nos tocara gobernarlo o dirigirlo, sino, como nos toca verdaderamente, libertarlo e iluminarlo. A la misma altura que están sus hombros de nuestros hombros, están también el cerebro y el corazón. ¡Semillas para éstos! He ahí lo que es labrar en el surco del pueblo. Y mejor que mejor, si del pedazo de tierra del tamaño de un pañuelo, aplicando los métodos de una cultura intensiva, se obtienen resultados que sorprenden... ¿Pero qué hacemos, qué labramos realmente, cuando todo lo que tenemos que dar a nuestros hermanos menores, sumergidos en la incapacidad y la ignorancia, son solamente teorías de dominación? ¿Ellos también habrán de pensar, juzgar todas las cosas, como si les tocara gobernar o dirigir a los hombres? Nacieron siempre muchos inspirados, muchos profetas, que quisieron hacer o conocer la ley para los hombres. Sólo los que se dirigieron a éstos, labraron juntos, estudiaron al lado pasándose el libro, se conocieron y estimaron, no pensaron en dar a los otros ley ninguna, sino en darles trigo, vellón, abecedario e ideas; sólo éstos, digo, que no eran inspirados ni profetas, ni mucho menos sacerdotes versados en la ley de los profetas, cumplieron y realizaron la obra humana.

¡Libertad!

No podemos impedir que ninguna cuestión no se resuelva [illegible] un triunfo personal. Por otra parte, estamos dispuestos a [illegible] nuestro triunfo personal más importante que todo. Obtenido éste, aún cuando no sea sino de mediano valor, no se presenta ninguna otra cuestión que conservarlo o cultivarlo. Para que sean efectivas nuestras ideas, un movimiento social debe producirse; nosotros no podemos realizarlo, pues esto no se realiza por un hombre solo. Para su realización es preciso confiar en los proletarios, y por fin, si no hemos de usar de autoridad, en la sociedad entera... Pues bien: nadie más que nosotros se niega a poner en libertad, para las cosas mismas en ese sentido... Puesto que no podemos realizar, nuestro triunfo personal está en la teoría, en el arte con que sabemos profundizarla o sutilizarla, en otras tantas que son simples manifestaciones personales que yerguen o pavonean la personalidad. Sin embargo, somos muchos los que creemos, y aún estamos dispuesto a declararlo como artículo de fe, que con esto basta; que así todo está bien y ha alcanzado ya su fin... Pero, analicemos las condiciones que permiten esto, pues hay unas condiciones que permiten esto. Actualmente toda la gestión social pertenece a la burguesía, con los trabajadores como asalariados, explotados y oprimidos. Nosotros podemos contentarnos muy bien, como dijo el otro, con ser el "espectador que silba"... Nuestra condición, respecto a la sociedad, es la de aquellos hijos, sean burgueses o proletarios, que no toman parte y dejan a los padres la carga de la casa, limitándose a sufrir las estrecheces o las privaciones que de esto resulta o a que ellos los someten; y que se pasean de florcita, imaginándose que el mundo es también una flor... Esta es nuestra situación actual. De ahí que pueda mantenerse "flor" sin ninguna responsabilidad, pudiendo triunfar cada uno en virtud del agrado, la sutileza o las paradojas que sepa dar a sus escritos; y rechazando como la miseria de la esclavitud aquel retorno a la realidad de la vida que mira a tomar sobre los hombros la carga social. Las condiciones actuales son las mejores para abandonarnos a la vaguedad de una lírica, o a los juegos de pensamiento como juegos de colores; se obtiene éxito con esto, y este éxito se cultiva o se conserva.

Pero esto no puede durar, y si hemos de derrocar a la burguesía, ¡ay! por nuestro mal, será para que tomemos su carga todos en nuestros hombros, para que construyamos una sociedad también en todas sus partes. He ahí lo que no hemos de alejar de nuestra idea. ¡Maldita! La carga es al hombre... ¡Qué bien vivimos hoy sin carga, y burlándonos de todos los que la soportan! ¿No está bien así?... Sí, hoy está muy bien; pero si es derrocada la burguesía, el mismo problema nos sorprenderá el día de mañana. ¿Pensamos ser, entonces, carga de otros? ¡Si estamos acostumbrados!... Hay los que lo han dicho claramente: "¡al diablo con vuestra sociedad, con vuestras cargas sociales; nos acomodaremos el día de mañana, como nos acomodamos en el régimen de la burguesía!"

Compañeros: el hecho es que estamos nosotros como el esqueleto, como el esqueleto de un árbol cuyas ramas cubre de hielo el invierno. Somos el esqueleto de lo que debe ser; sin embargo, estamos contentos, nos parece que con esto basta, y puesto que dominamos, que nada puede escapar a nuestra dominación, el fin se ha alcanzado. Es verdad que éste no se ha alcanzado, ni se alcanzará, en la forma que seguimos. Tenemos el puñado de simientes en la mano, y decimos: "que germinen en ésta, si quieren"; pero nos negamos a arrojarlas en ningún surco. En realidad, nos hemos metido el anarquismo y todo en el bolsillo, para tenerlo en seguridad, y allí queremos que germine. ¿Cómo germinará? Si el árbol se cubre de hojas, estas hojas nos arrastrarán y el árbol mismo cumplirá sus funciones. ¿Y no debe triunfar nuestro árbol por un bello fruto colectivo tal como los cachos de banana, de quintal? Es preciso que todo el mundo tome su independencia, su libertad. Nosotros no realizaremos; realizarán ellos. Es preciso que la Federación saque su órgano y tome por completo su independencia. Es preciso que los obreros tomen su causa de organización. No debe oponerse ningún centralismo. Hay que poner en libertad, compañeros, a todo el mundo. Luego, iremos a ellos como hombres libres. De lo contrario: ¿qué hacemos reteniendo el esqueleto, impidiendo que germinen las simientes, pues éstas no germinan en la mano y necesitan de la tierra?

¡Libertad!

Los Nuestros

Bakounine

La anarquía

La frase de Marx: "miseria de la filosofía", es tanto explotada por los socialistas de Estado, que pretenden mostrar la obra práctica del parlamento y del voto, como por los sindicalistas, que pretenden mostrar la obra práctica del sindicato gremialista, que sólo se mueve por el interés económico; y ahora por los maximalistas... Indiferente le es a Marx todo cuanto se refiere al ser moral y espiritual de los hombres; no hace falta que diga que no es filósofo. Indiferentes han de ser al socialista todas las ideas, con tal que haya público abundante que vote; como al sindicalista, con tal que haya obreros abundantes que se agremien; o al maximalista, con tal que haya un pueblo numeroso que le apoye o que le eleve. El fin es una de estas tres varillas del abanico de la dictadura proletaria. Conseguido él, se ha realizado la felicidad...

¿Qué es, pues, esta "miseria de la filosofía" tantas veces como con ella se tropieza separada con viveza, como si se diera con una serpiente o una ascua de fuego? ¡Es Bakounin, es la Anarquía, es el concepto moral del hombre alto y libre que se eleva como el gran macho de la especie! Aquí ya no nos encontramos con la indiferencia, sino con el mayor interés por los hombres. Y empieza el derribo, que es talla a la vez de un hombre nuevo todo de granito. ¡El anarquista!... La autoridad es derribada por la filosofía anarquista — ¡Miserias! — gritan los socialistas, y con ellos hacen coro los demás marxistas; — dejad al hombre que vote, o sea solamente sindicalista o maximalista... — ¡No! — truena la voz gruesa y retumbante de Bakounin, — es entero, ha de ser hombre, su piedra ha de resistir la superior talladura. No

hay más que el anarquismo que sea una fecunda libertad y una fecunda revolución...

Y el contacto de un anarquista realza inmediatamente a las colectividades. Su moral antiautoritaria — abundante de toda clase de razones prácticas por lo demás para eliminar la autoridad, — no puede aceptar *cualquier medio* para llegar al fin; los medios mismos son tan importantes como los fines, pues por ellos el hombre se eleva o se degrada, se liberta ya como anarquista, o permanece esclavo o un maniquí, como le es grato pensar a los marxistas. El anarquista es revolucionario en seguida, desde el primer punto que pone. Afuera es el que ataca a la autoridad más rudamente, y el que pudre sus huesos en todas las cárceles, sube a todas las guillotinas. Por la Anarquía!... El anarquista confíase únicamente a la razón y grandeza de su ideal; tiene que ponerse de parte únicamente de los hombres que comprenden, de los que desprecian toda pequeña habilidad o toda pillería. No es el suyo el éxito fácil; le basta con ser una columna para hoy y para mañana... No es un politiquero, no es un ambientista que rectifica sus tiros: está contra todo esto, como está contra toda la boga del marxismo, la columna clavada de Bakounin, más alta que todo ello siempre!

Proudhón

¿Qué es la propiedad?

"La propiedad es el robo". Nadie ha podido poseer nada, en suelo, casas, muebles, etc., sin haber antes desposeído a sus semejantes de aquello que posee, y que no ha creado ni fabricado él. Esto es el robo; sea con engaño, violencia o por medio de la usura, es el robo... Fuertes se han llamado los que han sabido robar, expropiar sus capacidades o sus riquezas a los débiles; hacer de ellos sus esclavos, sus vasallos o sus tributarios; atarles al mismo arado que les quitaran, y hacerles sembrar y recoger el fruto de la misma tierra que les arrebataran, para conducirlo a las estivas o los graneros del señor... El propietario es un señor de hombres, continuamente crecido con los robos y depredaciones que en toda legislación es su derecho. Este enemigo del género humano, sólo ha de crecer y redondearse siempre a costa del género humano.

¡Salud, pues, Proudhón, quien primero dijiste que la propiedad era un robo. Con ello hiciste caer la viga del ojo de la humanidad robada, oprimida y miserable; señalaste también el camino de la restitución: la posesión común de suelos, montes, agua y aire, ciencia, arte y desenvolvimientos; y la obra común en el trabajo...

Kropotkine

"La conquista del pan"

Puede arrugarse, hacerse broza, apartarse o ponerse de lado todo lo demás de la obra de Kropotkine, que mucho vale; aún su vida contada en "Memorias de un Revolucionario", y la otra parte de ella que numerosos anarquistas hemos criticado: queda y quedará siempre "La Conquista del Pan". Este libro claro, sencillo, todo de demostración, ha roturado la mente del pueblo. Somos hijos de "La Conquista del Pan". Este es el mayor ladrillo que se ha puesto para la conquista del pan y de la vida, por las multitudes esclavas y miserables. Es una biblia; es la biblia de toda la nueva revolución que se comenzó ya de los de abajo: la revolución necesaria; la revolución por la Conquista del Pan...

Tolstoy

Resurrección

El hombre es como un corcho en una corriente de agua. Se deja arrastrar, sin ver las cosas, sin darles importancia y sin tener pensamiento ninguno, a una vida torpe, estúpida, grosera. Es, como todos, un agotador de placeres, y, como todos, es también un perfecto cero. Podía no tener resurrección más; ¡ser un cero, una cifra negativa hasta la muerte! Pero, en los grandes espíritus, sobreviene la melancolía, y en una mirada que echan al cero de sus vidas — o peor que cero, como cuando Necklindoff se encuentra en presencia del mal que hizo a Máslova, — o concluyen por matarse, disgustados de todo y de sí mismos, o por renacer a un gran ideal o un gran amor, de trabajo, de reparación y de justicia. Esto es una conversión, y esto es una resurrección.

Necklindoff se convierte así. Tolstoy se convierte así. Este es el libro "Resurrección". Y en la resurrección de Máslova, hasta llegar a hacerla lo que antes era, está uno de los más queridos ideales de todos los que leen el libro, y comprenden que una resurrección habría que hacerla también en la humanidad, que es otra Máslova aplastada, embrutecida y desgraciada...

Reclús

"El hombre y la tierra"

Altos picos, montes agrestes; valles profundos y cavados, tendidas llanuras o mesetas, tranquilas ensenadas y costas bravías, lagos y ríos y arroyos; el barranco de donde ha desaparecido el arroyo y sólo corre el agua de lluvia, quedando sin embargo la humedad en las plantas, más verdes y de más especies que las que le rodean; ventisqueros o glaciares; vientos alisios o monzones, cargados de lluvia unos y los otros secos que se beben aún la humedad de la tierra; el árbol que se destaca con su individualidad propia en las zonas fría o templada, y se pierde como en una multitud en el enmarañamiento de los bosques del trópico; la flor que levanta la tapa de la nieve para aparecer; la vida de los insectos, los animales, del hombre: todo esto, tomado en uno de los minutos de su marcha, le revelan su historia y su sentido, se lo cantan, se lo dicen, se lo murmuran, al hombre inclinado sobre ello, que nada distrae de su contemplación, que fué Reclús, el gran geógrafo, el gran sabio, que fué anarquista porque el universo entero le reveló su ley natural, porque nada encontró que le justificara la obra de un guerrero o de un rey, de un emperador, de un gobierno o de un parlamento.

Esto fué Reclús, a través de cuyas palabras todo marcha, camina, anda, como a despeñarse en una cascada y luego recomenzar su *circuito de las aguas;* para quien nada de lo del Universo fué indiferente, de la humilde flor hasta el astro y hasta la vida oprimida del hombre, que él quiso LIBRE!



Cafiero

La insurrección

La *Comune*, la *Internacional*: una nueva entidad que se presentaba a reclamar sus derechos, pretendiendo desasirse de todos los amos y fundar el orden en la armonía de la igualdad y del trabajo... En la primera, la entidad era la comuna, pero la comuna libre del gobierno de Versailles y de todo gobierno; en la última era sólo un tipo: el obrero. Grandes ideas tenían su expresión allí, sobre todo en la *Internacional*. En ninguna parte se pensaba tanto, ni tan profundamente, ni se había ido tampoco tan lejos. A su influjo, veíase burgueses hacerse obreros y ser para toda la vida socialistas. Ah! sí, allí también discutióse, y para Cafiero, lo mismo que para Bakounine, el socialismo fué anárquico... Aquella vez que se dijo "anárquico", talláronse también los tipos capaces de contener esta enorme idea. Cafiero fué de ellos completamente. Dió todas sus riquezas a la causa de la revolución. Hízose obrero; cuando un comprador de mala fe no le quiso pagar lo que le había comprado, rompió los documentos que probaban la deuda, diciendo: "no recurriré a unas leyes a las cuales no reconozco". Fué un partidario constante de la insurrección. Pasó su vida en la agitación y en las cárceles. Y cuando ya viejo, encarcelado y terriblemente apretado por la autoridad, temió haber hablado dormido comprometiendo el secreto de algunos compañeros, enloqueció, y después de algún tiempo murió.

Tal es la figura revolucionaria de Cafiero.

Salvochea

El anarquismo proletario

¿Señorial? Lo señorial no vale... Abogar, defender, justificar; muy bueno, pero esto no basta. Los poderosos entienden siempre por suavización. Y la suavización no basta. De arriba, podríase únicamente suavizar; de abajo, lo que se requiere es la Revolución: aún el suavizar ha de ser rechazado, porque no basta; ¡no basta!

Señorial era Salvochea: ¡era diputado! Pero vió que no haría nunca nada, ni que lo que hiciera valdría nunca nada... Decidióse. Dejar esto e ir donde sufre el pueblo. De un señor bajar a ser un esclavo. Y consagrar, no la suavización, sino las reivindicaciones totales... Ir por los campos, con una corteza de pan en el morral, bebiendo agua clara, comiendo y durmiendo con los trabajadores, a unirse con éstos como uno de los suyos; con los bolsillos repletos de folletos y periódicos... Los campos le conocían, las aves se paraban y le saludaban... ¡Compañero! No ha habido otro caso como él que más se fundiera y mejor amara al anarquismo proletario. Con nervios de acero levantó la Revolución, la gran revuelta de los oprimidos contra los opresores. El presidio, en un peñón solitario, cayó sobre él veinte años. Pero no se dobló. Había entrado en él aún creyente en la República y salió anarquista. De ahí data su mejor obra, sus carreras por los campos, su estada con los trabajadores...

Salvochea fué el mejor y el más completo representante del anarquismo proletario.

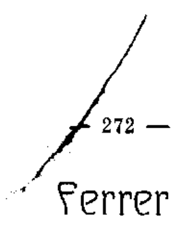
Gori

El primero de Mayo

Pedro Gori es el cantor del Primero de Mayo. Nadie como él ha visto en este día en pie el alma de las multitudes, con la mirada puesta "hacia la parte donde se eleva el sol".

Por Primeros de Mayo contaba sus penas, sus alegrías, sus destierros, todos sus recuerdos. Era el hijo del Primero de Mayo. Se dejaba envolver por todos los rayos de aquel sol naciente, que, avanzando en su carrera, iluminaría por fin el verano "venturoso y fraterno" de la solidaridad humana. Y era su cantor, donde quiera veía nacer este sol, lo mismo en el destierro que en la prisión. Las multitudes de Primero de Mayo no han tenido nunca quien les dijera mejor lo que contenía esta fecha para ellas.

Pero tales cantos no han podido vibrar solos y puros, con la voz más sublime del cantor, por haber sido interrumpidos con la horca y con la sangre, no ya una sino muchas veces. Prematuros son los que se atreven a soñar una vida nueva. Y si salen a pasear sólo su sueño, se encuentran con las horcas, las bayonetas o la metralla. Y así aún, los Primeros de Mayo, en vez de alzar un solo canto, alzan más robustamente que todo, un grueso puño de protesta. El hachazo está todavía en las carnes, y no hay razón para creer que no se repita. Y ay!, el que no alza el puño de protesta, no ama tampoco al sol de Primero de Mayo!



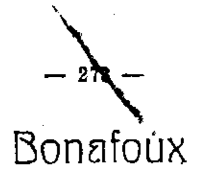
Ferrer

La Escuela Moderna

Morir no es sólo sucumbir; es perecer también en la memoria o el recuerdo, que pueden hacer vivir aun un tiempo más o menos largo después de la muerte; es desaparecer sin dejar nada tras sí; nada importante, viviendo o vibrando en la humanidad, sobre cuya radiación o cuya estela los hombres ensayen a caminar o marchen decididamente a nobles y potentes destinos. Es perder, borradas por la muerte, las letras del nombre; ser, sin ruido ninguno, como un pedruzco arrojado al abismo, y como si nunca se hubiera existido... ¡Cuántos millones y millones caen y han caído así! Han juzgado, mientras vivían, que las letras del nombre lo eran todo, o lo eran los títulos sociales, o la efigie acuñada en las monedas o levantada en las plazas como estatua, que es la última palabra de la consagración oficial. ¡Inútil! Esta consagración se parece más que todo a la muerte total y absoluta. ¡Si será grande, enorme el bosque de estatuas levantado en todos los pueblos por la consagración oficial! Sólo son mármoles; en éstos han muerto completamente los consagrados. ¿Quién hojea las hojas secas de la crónica?...

Viviendo y vibrando en la humanidad hay muchas cosas; otras, están en ella germinantes o pugnando por hacerse luz desde mucho tiempo. El que las recoge durante su vida, dejará después de su muerte un surco, estela, camino... Si sucumbe o es sacrificado por ellas, ya las sintetizará, ya no morirá más; con las letras de su nombre será ellas mismas, como con las gotas de su sangre, pagó o fué exigido por ellas... Así es Ferrer, hermanos, la misma educación racionalista, la misma Escuela Moderna.

Guyau, decía: "El libro es un ojo siempre abierto que la misma muerte no alcanza a cerrar". La educación racionalista, la Escuela Moderna, es un ojo de Ferrer siempre abierto sobre nosotros, que la misma muerte no ha alcanzado a cerrar.



Bonafoux

"Bilis"

Si examinamos el mundo de los hombres todavía hoy veremos que las plumas, instrumentos de liberación, están en su mayoría convertidas en instrumentos de opresión. Una pluma audazmente libre, sin flexibilidad en los puntos, que diga con dureza la verdad, es una excepción... Todos abominan un ministerio así de la pluma, y sin embargo o es esto el verdadero ministerio de la pluma o no es nada. Bonafoux lo entendió así, y supo hacer de su pluma al servicio de la liberación, sin importársele cobre o paliza de más o menos, una sucesión de ramalazos o de cassigos que han acardenalado las nalgas de todos los sinvergüenzas o asinvergüenzados que han estado en evidencia los últimos cuarenta años. Bonafoux no perdonó a nadie, y por eso se le llamó el gran bilioso. No sólo ningún grande le intimidó, sino que de todos se rió como de otros tantos espantapájaros, no dejando sino una imagen pobrísima de ellos, y las más de las veces doblada en una ridícula posición. Pateó todos los nidos nobles y burgueses, empuercó coronas y blasones, y dijo: ved a la reina, a la dama, a la noble; la primera noche que no está con las piernas abiertas es ésta que ha muerto!...

Fué un destructor de prejuicios y adoraciones. La burguesía le odiaba, pero le leía; los anarquistas le amábamos, y le leíamos mucho más. Y él nos amaba y nos comprendía también, sabiéndonos capaces de no vestirnos nunca de espantapájaros ni de diputados.

Nueva Salida

Nueva salida

Si don Quijote no hubiera tenido más que una salida, puede decirse que su locura no hubiera tenido más que un solo día, como la de todos aquellos que habiendo hecho un primer intento, se curan y vuelven a la vulgaridad en seguida. Muy poco hubiera valido...

Por el contrario, a cada breve tiempo después del regreso — traído en una carreta de bueyes o en otra forma, — limpia, sin ninguna abolladura, volvía ella a existir en su seso, apenas el dolor de las heridas se borraba, y los caldos y los alimentos de sustento volvían a dar fuerza y vigor a su persona. Y el propio Sancho decía: "Me parece que la trayo en la niña de los ojos", y se abrazaba a la ínsula prometida...

Nadie dirá que don Quijote era un hombre fementido, sino fuerte y tallado en su locura.

Por eso la salud, la riqueza roja de la sangre, la reparación del sueño o del descanso, no era para él — y no es para nosotros tampoco, — más que el feliz vigor que renacía, para poder ser y poder querer aquello a que se había consagrado como profesión de su vida. Y, por lo tanto, habría de encontrársele preparado o preparándose para una nueva salida...

Ahora bien, compañeros: cada nuevo periódico es para nosotros una salida, y ésta es también una salida...

Las dos tendencias

Hay dos tendencias que no quieren conciliar entre sí, que al contrario se presentan como opuestas y cavan cada día más profunda división entre ellas: la que confía todo a la instrucción, y lucha por encerrarse en un aula con los obreros, dando la más grande importancia a las luces que obtengan o se repartan ellos; y la que confía preferentemente en la revolución, y lucha por el levantamiento inmediato de los oprimidos, ambicionando destruir a sus opresores.

Es cuestión de temperamento aceptar la una o la otra tendencia. Y también de retardo o de aceleración de la circulación, por la vejez o la juventud; con la primera, los viejos estarán mejor; con la segunda, los jóvenes sentirán más fuerte palpitar el capital inmensísimo de la loca y ardiente juventud....

En el viejo, como dice Guyau, el pensamiento mismo es un automatismo; ya no innova, ya tiene su evolución cerrada, todos sus límites están trazados y es lógica su ambición de encerrarse con unos jóvenes y trasmitirles lo que él tiene por fruto de su experiencia o conocimiento de la vida. Ahí tiene que quedarse, y ahí se queda... En el joven, en cambio, aun no existe el automatismo, el deseo de innovación es fuerte y violento, su evolución está abierta, todos sus límites están por trazarse, y con su sangre loca y ardiente, se lanza principalmente al combate contra la tiranía y la injusticia...

¿Quién tiene razón? Nuestra preferencia o nuestra respuesta, es cuestión de temperamento también.

Notoriamente, vemos en el primero que todo está arreglado, regularizado, metodizado; que su circulación es lenta y todo se produce en él sin sobresaltos; que está puesto ya en su lugar en la vida, y nada le importará tanto como perder este lugar o ser sacudido de él por cualquier viento que sea. Si somos también así, estaremos bien con él; la suya será nuestra tendencia; le escucharemos y nos encerraremos para toda la vida con él, como con un precioso maestro que nosotros solos hemos tenido la fortuna de encontrar.

Es cosa que no podemos arrojar de nuestros ojos, que la segunda es desarreglada, irregular, falta de límites y de mé-

todo; que la circulación es en ella rápida y atropellada; que se produce en medio de turbulencias y sobresaltos; que no está puesta todavía en su lugar en la vida, y busca de hacerse otro lugar más amplio o más desahogado que el que a su lado los hombres tienen... Si somos como ella, estaremos bien con ella, y nada nos parecerá más afortunado que luchar con ella por el nuevo lugar en la vida también...

¿Con quién quedarnos? ¿Con el joven o con el viejo, con el revolucionario o con el maestro? ¡Ah! Aunque nuestra circulación sea más lenta cada vez, aunque no podamos seguir ya con la rapidez de los años jóvenes, aunque no innovemos ni abramos nuevos límites ya, abrazar el partido de la juventud, la tendencia de la juventud, es todo nuestro deseo, nuestro ideal...

Cuadrarse anarquista es la tarea previa

Retrotraigamos toda la fuerza a la raíz. Necesitamos cuadrarnos en ella, para realizar también cuadradamente nuestro tipo. Aceptamos y vemos todo el cuadrado del ideal anarquista, como aceptamos y vemos todo el cuadrado de un árbol, de la simiente o la raíz a las hojas, y ramas completas. Esto también forma un cuadrado... ¿Quién tiene en su frente el cuadrado completo de una cosa; todo su circuito, la ida con la vuelta? Ese es un entendido, un sabio en la materia. Queremos, pues, en lo posible, cosas completas, cosas cuadradas. Que digan lo que deben decir, y que abarquen lo que deben abarcar... En el cuadrado de la idea anarquista hay tanto, tanto! ¡Y hay tanto que, como un lastre pesado, como una bala a los pies, para desatarse y llenarse de viento, muchos quisieran arrojar por la baranda, o corrernos y despescuezarnos aquí dentro como pollos enfermos en el gallinero!... Es molesto, comprendemos, es pesado como una gran rastra, que se hunde deshaciendo los terrones, el cuadrado de la idea anarquista: el arado no va como el ferrocarril, y es un grano sucio de tierra el que se levanta a afirmar el pan nuevo del año! Nos acompañan blusas y sacos rotos; originalmente, es un grano sucio de tierra y que conserva mucho de sus matrices proletarias y oprimidas, el anarquismo; es, asimismo, como lo decimos, la afirmación del pan nuevo del año, el grano-pan, tal como debe ser inevitablemente en su cuadrado de la boca del surco a la boca del horno y a la boca del hombre y la mujer... He ahí, pues, que en el cuadrado de la idea anarquista, en su verdadero cuadrado, es una raíz cubierta de tierra, y que toma su fuerza entre el pueblo y especialmente entre el trabajo odiado por la burguesía; considerado una piel gruesa y callosa y sin sensibilidad refinada o artística. He ahí, también, que como de tales surcos, este es un cuadrado-rastra, hecho a abrir en el terrón seno para las semillas; no es una columna de humo, como la que sube de los pebeteros burgueses, una embriaguez momentánea de pipa de opio; es afirmación, aquí abajo, de un cuadrado de trabajo, de libertad, de ideal de la vida, y cosa que, como el trabajo, necesita acción del brazo, choque con la

piedra, rotura, arañazo o fractura, y no pebeteros o zahumerios; es asimismo, cosa escueta y sufrida, sin triunfo y sin aplauso, pues nadie bate palmas al que ara en el campo y nadie premia al que hacha en el monte, más que el propio deseo del trabajador de hacer tierra o tener leña, y es así tremendamente moral la acción de éste en su sencillez.

Retrotraigamos, pues, anarquistas, toda la fuerza a la raíz. Cuadrémonos en el cuadrado de la idea anarquista, del trabajo y de todas las consecuencias del ideal anarquista. ¿Qué nos importa nada? Vamos a enganchar el cuadrado de nuestra rastra, y a hacer bien hecha la labor del día y nada más. No dejemos de cuadrarnos: el árbol se cuadra sobre todos los pies de su raíz para resistir vientos y tempestades, y para robustecer y llevar adelante su tipo de frutal o de conífero. No se pone sobre un pie, como la caña, para irse para arriba, débil y delgado, sino que cuádrase en sus raíces roble, alerce, quebracho o algarrobo. Nosotros somos anarquistas: cuadrémonos en toda nuestra raíz de anarquistas. Vamos a ver, si después de adultos o viejos, caen a la tierra nuestras vainas de algarrobo, y ellas brotan arbolitos nuevos: así de esta madera dura, y de estas vainas de semillas dulces, sin necesidad de añadirles azúcar del comercio...

En la sociedad futura

Así será en la sociedad de mañana, en la sociedad del porvenir. Tomará un labrador, un fruticultor, un hombre dichoso con reunir y hacer crecer las plantas; tomará un pedazo de terreno, el que pueda trabajar, solo o con un compañero que le sea rigurosamente afín, y no descansará hasta que le haya convertido en parque de sombra, campo de pan o bazar de frutas, abierto a todos, a todos absolutamente, sin medida ni restricción.

En la sociedad futura la tierra entera será un florecimiento de islas del esfuerzo individual, mucho más poderoso que en el presente, pues que entonces encontrará el concurso, la simpatía y el agrado de la comunidad que le alentará y le acompañará. Bastará solamente que esta isla del esfuerzo individual esté medio creada, y que sea buena, para obtener el concurso y el apoyo de todos. Entonces sólo habrá de temer el vacío y el aislamiento, la mediocridad... O también el espíritu de estrechez, de avariosidad, de miseria, que ha creado el egoísmo de la propiedad.

Entonces también habrá quien no pudiendo comer él no deje comer a los otros; pero éste estará solo, no tendrá trabajadores que le ayuden, como hoy, a amontonar en un arca enormes riquezas; será como una planta sin agua y sin sol, que habrá que dejarla, pues se secará sola. Todo lo más que atraerá en estas islas del esfuerzo individual, será su espíritu de grandeza; quien ambicione una abundancia tan grande como la del agua, será el amigo de los hombres. Quienquiera limitarse a una pequeña abundancia, solamente para sí o para su familia, ese será no un enemigo, pero sí un indiferente.

Es la miseria, la miseria del egoísmo y de la propiedad, la que teme el derroche, el destrozo de las ramas, la extracción innecesaria del fruto. Y la teme con razón, pues la propiedad es miseria, miseria para el que no es propietario, y éste en lo que más piensa es en derrochar, apenas es admitido por pocos minutos en la propiedad.

Pero una abundancia tan grande y tan inextinguible como la del agua, un bien asegurado como éste, no incita al derroche; se toma la que se necesita y nada más; cuando el agua es escasa, todos la cuidan, todos son a evitar el derroche, la extinción del manantial o la fuente.

Así que este espíritu de grandeza que se dirigirá siempre a la gran abundancia, se dirigirá también a la gran libertad y tendrá el concurso y el apoyo de todos, para cuidar, como al agua, cuando los frutos sean escasos... Hoy hay un refrán que dice: "nadie es ladrón de su bolsillo". Pues cuando todo, aun lo creado en las islas del esfuerzo individual, sea de todos, la humanidad no será tan estúpida para ser ladrona de sí misma, destructora de sus bienes, derrochadora de su agua, su vestido o su pan.

Esto que sería el efecto hoy si se admitiera a los proletarios en la propiedad por pocos minutos, cesaría por completo si se les admitiera para siempre.

La idea y el amor

Hay dos cosas bien intempestivas, que no hacen su aparición sino para quebrar el poder de las más asentadas instituciones sociales. Son la idea y el amor.

Guardaos de ellas. Ambas incuban la traición, y están por encima del respeto de las convenciones de más antiguo y más universalmente establecidas. No hay poder moral contra ellas.

Por lo tanto, temblad. No sabéis nada en qué sér ni en qué momento puede hacer su aparición una de las dos cosas. Todo el resultado obtenido os obliga a vivir en una vigilante incertidumbre. Vuestros enemigos están en vuestras mujeres, en vuestros explotados y esclavos, en vuestros hijos, y hasta en vuestros amigos y asociados.

Los conocéis, pero de común y ordinario. No los conocéis transformados por la idea o el amor. Entonces: ¡adiós vuestra influencia! ¡Estarán bajo una influencia absolutamente extraña, y que no tiene en cuenta para nada ni la opinión pública ni vuestras razones! ¡Allá va todo eso, en un saco, al rincón en que estáis vosotros! ¡Allá va eso como bolas de hierro en los pies; allá va como la jaula abierta o el grillete roto! El pájaro se ha ido, o la colmena cautiva ha volado...

Con idéntico golpe llaman la idea y el amor. Y un ser que nunca se ha movido, que ha sido honda y convenientemente educado, salta repentinamente de la cama, oyendo el llamado, y no vacila en romperlo todo, en traicionarlo todo. ¡Débil y triste poder el de la educación, y el del ejemplo de la vida circundante, vida de asiento y en contra del idealismo!

Idea y amor; los sabios dirán que son una enfermedad; pero son sin duda un árbol de idealismo, que para algunos tiene la facultad de retoñar, y para otros no. Y cuando retoña extemporáneamente en un viejo, en una mujer con obligaciones, o en quien ha alcanzado ya el éxito de su carrera en la sociedad de asiento—en un príncipe para la Anarquía como Kropotkin, en un político triunfante como Bovio, o en

un rico burgués como Caffiero—, entonces es más precioso, porque se demuestra que el árbol del idealismo no puede considerarse extinguido nunca, aunque se le sepulte entre casrotes. Que quién sabe en quién y cuándo puede todavía retoñar, en los más viejos, en los más ricos, en los más prósperos o poderosos, o en las mujeres más relegadas, con más obligaciones, en las que no parecen ya casi mujeres...

Es una idea del pueblo la de que cualquiera puede enloquecer o asentar la cabeza, y en cualquier tiempo, sin regla ninguna o ninguna seguridad.

Pasemos...

Idea y amor son enemigas del orden y la tranquilidad; son enemigas de las instituciones, del Estado y la familia; son enemigas de la autoridad, la moral y la propiedad. Realizan la desobediencia, el deshonor; son anárquicas, y hundirían en el libertinaje y el oprobio, a la sociedad de asiento, gazmoña y regularizada...

Esto se dice de esas cabezas locas, que están bajo su influencia.

La sociedad, muy lógicamente, se ha formado así. Todo apoderador ha sido un fundador. Y todos los apoderadores juntos, llegados a establecer una convención entre ellos que rigiera su derecho, no han temido más conflicto que con la idea o el amor. Y se han dedicado a atrancar contra ellas, bien a las mujeres de su familia, o bien a la multitud que oprimían o explotaban. Pataleando, levantaron gran espuma, y crearon la moral de ser como ellos decían. No se habló más que mal del contenido recidivo de ellas. Y unidas para el convencimiento todas las voces autorizadas, se habló exclusivamente bien de Estado, familia, propiedad: de las clases de nobleza y las clases de riqueza. Todo lo demás, etcétera... Los imperativos de honor fueron opuestos a la idea y el amor. Ambas cosas fueron proscriptas de la sociedad y la república.

Pero, si han quedado afuera, no por eso han existido menos. Y rondan al asalto de cabecitas soñadoras que enloquecer, lo mismo en la multitud que en las mujeres de nues-

tra familia. ¡Están siempre, y he ahí que no estamos seguros! La mujer brackmán, la mujer noble, la mujer de Francia, la mujer rica y hasta la mujer casada, desmienten su casta, su sangre, su Estado, su dinero, su familia — todo esto en que la hemos querido sostener con imperativos tan severos —, y acude al llamado de amor del sudra, del plebeyo, del alemán, del pobrete o de un hombre que no es su marido Y las ideas saltan ignorantes por sobre todo, como locuelas ardillas, ignorantes de la razón de las fundaciones y las cavilaciones consumidas, y no manifiestan ningún respeto por lo que ha costado una elaboración milenaria, o se levanta en piedra como un palacio muy sólido y muy antiguo.

Inexperiencia llamamos a ambas locuras. ¿Pues no nos dispensamos a nosotros mismos el apelativo de "experiencia personificada"? Con todo, grandes diablura nos hacen la idea y el amor, y ellos nos derriban, a medida que los levantamos, todos los imperativos categóricos.

Dicen siempre, con voz de la vida: ni Estado, ni familia, ni propiedad, ni privilegios; ni sangre, ni raza, ni clase, ni casta; ni ley, ni regla, ni código, ni respetos; ni edad, ni condición, ni obligación.

Desnudan al hombre y la mujer de todo. Hacen caer del hombro de la multitud todos nuestros arreos. Queda el humano en su estado natural y escuchando con toda atención al humano que no deben escuchar. Se van las multitudes tras los talones de los idealistas, siguiendo su surco y olvidando y renegando del nuestro, y todas van tocadas de un mismo sueño o idea. Se van nuestras mujeres, nuestras hijas, las jóvenes y aun las viejas, detrás de quien ha hecho sonar en ellas una cuerda de amor ignorado. Se las lleva un pelafustán sin posición, y ellas van dormidas como brazada de flores colgando de sus hombros... Se van todos, escapan de nuestra influencia, de nuestro dominio, de nuestra tiranía; y nosotros los contemplamos irse con la mano apoyada en el cerrojo del calabozo vacío, musitando la antigüedad de nuestras fundaciones.

¡Locos! Y la idea y el amor: ¡ladrones!...

Se alcanza a cohibirlos, no a destruirlos; a presentarlos

como el hombre de la falta y la vergüenza...

¿Quién es el que se queja así de que lo ha robado o le hace una trastada la vida?

Es uno que defendía el privilegio, el Estado, la familia, la propiedad, el orden estatuído; la ley, el honor y la moral. Un tonto de alambrador que pretendía con todas estas cosas trazar un cerco alrededor de cada persona; cortarla de la idea y del amor; vestirla de encerado como a perros hermanos para que se desconocieran y se mordieran; alejar, enajenar, poner ríos, montes y fronteras por medio. Encajar, encajonar... Y luego, reinar, tranquila e indefinidamente, en su aislado solar. Trasquilar los suyos, y que el vecino trasquilara los suyos también, en una santa paz y en un orden honroso establecido para siempre.

Amén.

Armonía Imposible

El obrero que trabaja debe avergonzarse ante el que no encuentra ocupación, el que come ante el que perece de hambre, el que consigue estar alojado ante el que vaga sin techo en la calle, el que está libre ante el que está preso, etc. Por consecuencia no hay nada legítimo, que pueda ser disfrutado con propiedad, sin que parezca un robo o un insulto para otro ser más desgraciado.

Entre uno que trabaja y otro que no encuentra ocupación; entre uno que come y otro que está obligado al suicidio por hambre, entre uno que va vestido y el otro envuelto en harapos, entre el relativamente feliz y el horriblemente desgraciado: ¿qué sociedad es posible?

Comprendamos dónde está la verdadera causa de todo esto, para concentrar las fuerzas en su destrucción. Mientras subsistan tan enormes diferencias impuestas por la sociedad, la armonía no es posible, ni siquiera entre los proletarios. El obrero que percibe un salario, no disfruta un derecho legítimo, que pertenezca por ejemplo a todos los obreros, sino un verdadero privilegio. Así se hace privilegiado trabajar, tener un salario, comer, vestir, estar alojado, pues no todos trabajan y reciben un salario, comen, visten y están alojados. El número de los que pueden mencionar esto como un privilegio, es siempre grande.

Ante la situación de estos que son desheredados del todo, la de muchos proletarios que no logran satisfacer, sin embargo, sino una parte de sus necesidades, es afortunada.

Lo siempre más joven

Sólo la vida es joven, sólo la vida es eterna, ha dicho Barrett. Ninguna forma está destinada a perdurar, ni aún esa que ahora nace y promete fructificación más fecunda que la de los árboles que ya otoñan, sino que por el contrario, todas están destinadas a renovarse, a producirse en nuevas formas, más perfectas o imperfectas, que esto es sólo cuestión de apreciación. A los que vamos ya para el otoño, para la desencarnación, para el amohosamiento y la pérdida, por fin, de nuestro cortante filo — la herramienta se ha gastado podando y hachando sin tasa — nos parece quizá que la vida hace bancarrota, porque contemplamos que los que recién vienen, manejan inexpertamente sus aceros nuevos, y desconfiados y pesimistas, abrigamos los más serios temores porque aprendan al fin a manejarlo, no pudiendo comprender, puesto que no nos queda ya filo, que los jóvenes lo gasten, lo derrochen locamente, y en experimentaciones ridículas o en probaduras si a más no viene...

Todos los bancarroteros de todas las cosas, de Stirner a Brunétiere y ahora a Ricardo Mella con "la bancarrota de las creencias", son de un practicismo economizador de filo que hace pensar cómo estarán sus hachas! Todos los bancarroteros de todas las cosas, no pueden impedir tampoco que ellas nazcan de nuevo en los botones nuevos... Nada hay bancarroteado, a nada se le ha asestado aún el golpe de muerte: ni a los locos idealismos que siguen hoy tan locos como el primer día del mundo, ni a la fuerza sublime, necesariamente renovada y joven, que los acompaña. Las mismas cosas subsisten transformadas. Y puesto que lo perdurable no es la leña de los árboles, que es lo que por nosotros vemos podrirse o caer, sino la vida, no nos es permitido cantar la bancarrota de ésta por un leño seco. Siempre habrá gente joven y sin experiencia, fibras frescas, que se complazcan en tener en sí mismas fe, en tener creencias, y en cuajar un acto, un hecho revolucionario como un acto o un hecho de amor. En el sentido de bancarrotear a éste, puede decirse que nada han conseguido las razones más prácticas del matrimonio. Como en el sen-

tido de bancarrotear el idealismo, nada podrán conseguir las razones más prácticas de la sociología. Nos atenemos a éstas como se atienen otros al matrimonio, pero sin abandonar el amor. Esta es nuestra fuerza de jóvenes. Otra es la fuerza de lo práctico para los que ya son viejos y están dejados de estas cosas.

Y perdónenos Mella porque ni aún somos los más jóvenes. Por debajo nuestro, con doble fuerza de la nuestra, otros más jóvenes que nosotros, nos acusan ya de economizar nuestros fiios, esto es, de amar menos. Quizá si se está elaborando una humanidad nueva, una humanidad más joven, más ágil que la presente, los siempre más jóvenes tengan razón, posean ya su secreto, mientras nosotros no hemos encontrado aún la fórmula. Nosotros vemos todas las bocas, todas las mandíbulas, como otros han visto todos los microbios y otros todas las limitaciones que debe tener en cuenta cada uno para asentar sobre la realidad su ideal.

Vemos el lago negro. Faltan ahora los que vean la vida con claridad, los que la vean abarcadoramente; y limitada como es, llena de bocas, trampas, mandíbulas, proclamen el más alto vivir a que se puede aspirar dentro de ella. Que es a todo lo que podemos aspirar.

La utopia de la providencia en los revolucionarios

"El revolucionario es la hoja que toma a su cargo la causa del árbol".

El revolucionario es un hombre ardiente, apresurado, que no puede esperar ni aguantar el triunfo del mal o la injusticia, que tiene prisa por ver realizado aquel mundo de bondad o de justicia que desea.

Respecto a todo lo que conocemos o podemos conocer, es un hombre fantástico, y poseído también por ideas o intenciones fantásticas: pues su universo, aquel que desea hacer nacer, está en la fantasía, en el modo de ver o anhelar suyo únicamente, y no en la realidad.

La realidad es la fealdad y la hostilidad; aquello que no puede ver sin sublevación, y que le responde persiguiéndole o tratándole de abatir como enemigo...

Quien tiene, como este hombre, ideas enormes, y una ambición de verlas realizadas durante su vida o al más breve tiempo, no puede detenerse para obrar. Es como una fragua activa de forja; de lejos se ven sus carbones encendidos; se oye jadear su aliento de fuelle, se escuchan sus golpes, y se ven los pedazos del hierro caliente que hace saltar en chispas. Es un obrero muy apresurado de la revolución; como quien tiene los días contados, y un ensueño realmente grande, que escapa a la capacidad de su vida, por la fuerza y por el tiempo.

Obra, y obra mucho, y lo más efectivamente que puede.

Pero al obrar, conoce todo el enorme mundo que hay que remover para alcanzar solamente algunas fuerzas revolucionarias; siente que muchas veces éste le aplasta, y que poniendo él todo su impulso, no será capaz de moverse ni hoy ni mañana; — es decir, dentro del período de su urgencia — no se mueve y no se moverá!...

¿Cuál será la impresión de una locomotora por ejemplo, que, hirviente de presión en su rojo hogar, poseída del deseo,

no de andar, sino de volar, de traspasar las fronteras y empalmar con otras vías o rieles, al engancharse al largo tren de vagones que debe transportar, contempla que éstos no se mueven ni puede moverlos, y permanecen pegados, adheridos a su sitio?

¡Pues, que no se mueven ni se moverán; que carecen de la facultad de la marcha, y que hay que abandonar toda esperanza en ellos!

No es fortuito que en aquel momento, casi todos los revolucionarios que han hecho una prueba semejante y no han podido vencer la ley de la gravedad, del roce o la adherencia, aquello que chupa, en fin, el movimiento de las ruedas; desesperados de poder obtenerlo ya, hayan pensado en substituirse a la providencia, y por ella — es decir, por medio providenciales — hacer el trabajo de las ruedas fuera de ellas, girarlas, sin que ellas se muevan ni les sea necesario moverse tampoco... es decir, que todo el movimiento sea dentro de la providencia, y que esta providencia sean ellos, o tipos que les respondan y no les traicionen!

¡Cuántas veces no hemos oído decir, expresando una idea de esta naturaleza: *¡Ah, si yo fuera presidente veinte y cuatro horas!*... ¿Y los primeros socialistas, no dirigían sus miradas a Bismark y al mismo papa, — es decir, las providencias de la tierra — pensando que si ellos quisieran, podrían haber realizado el socialismo en seguida?

Indudablemente esto era irse a la utopía, a la verdadera utopía, pues la providencia es una utopía. Sin embargo, ésta es aún la teoría de algunos. Y su teoría revolucionaria absoluta.

Pero aquellos revolucionarios, como el mecánico de la locomotora, comprendieron que en tales momentos su mirada se había onnubilado, que debían cesar de recurrir a la providencia, y acudir a la organización, al levantamiento y a la acción; a resolver, en fin, los problemas de movimiento por todo el tren, por la locomotora y las ruedas de los vagones mismos.

Es decir: se volvieron a machacar, construir las piezas, ajustar, repujar, hacer llegar o alcanzar con los hombros, aquí abajo.

Que es en la tarea que actualmente permanecen; siempre

de prisa, sí, siempre apurados, siempre con la urgencia de que el arranque se produzca al más breve momento; siempre desesperados por la cortedad de sus días, y la grandeza de la obra, que escapa a la capacidad de su vida por la fuerza y por el tiempo!

¡Anarquistas! Esto es por tomar a su cargo la causa de la humanidad. Como si la hoja tomara la causa del árbol...

Los anarquistas

Vivir otra vida que la que viven todos; ser interiormente más luminosos, más bellos, y exteriormente también; sabernos comportar con los demás hombres, con las plantas, con los animales, con las creaciones del arte y con las creaciones de la naturaleza, sin necesidad de gobiernos, de leyes y prohibiciones, sólo por nosotros mismos, por nuestra hondísima y fecunda cultura; conquistar la libertad, ser dignos de ella, de tenerla y de vivirla, sin pasarnos una línea, sin oscurecernos con la sombra de un pelo: blancos, absolutamente blancos; límpidos, como la superficie de un cristal; olvidados de lo anterior, y tendidos para adelante como galgo en la carrera, como la prolongación de las ramas, las hojas o las flores: ¿qué puede encontrarse reprochable en este ideal de los anarquistas?

Cuando el anarquista — o la anarquista — es sincero, cuando no es un farsante o un charlatán, es esto lo que desea. Que se pregunte a cada uno, que se le interrogue y se saque de sus palabras la revelación de lo que quiere. Dirá más o menos esto mismo. Lo dirá acaso dificultosamente, con las palabras precisas, lo dirá como un ignorante que no ha aprendido a expresarse y desconoce el valor de la dialéctica; pero no hay que ser pedantes ni superficiales: hay que saber comprender a los hombres silenciosamente, aún sin la gramática y aún sin las palabras. ¡Los cursos de gramáticas pardas que se han estado dictando desde hace siglos, y que se dictan todavía, para tapar el verdadero valor de los ideales de hombres de tan poca retórica como los anarquistas!

Yo comprendo perfectamente a los anarquistas. Sé lo que desean, y lo que desean lo deseo yo. Se saben capaces de vivir la vida que han deseado. ¡Qué! ¿Diréis que el anarquismo es imposible? No lo es para los anarquistas que son sinceros; a éstos podría largárseles a vivirlo desde ya. Pero son pocos, poquísimos... Mañana serán más, pasado serán más; hoy son pocos. Sin embargo hay algunos.

¿Cómo serán refutados ellos; cómo se podrá pensar que una humanidad de ese tipo no podrá brotar del viejo tronco don-

de han aparecido y desaparecido tantas humanidades? El anarquismo no sólo es posible, sino que tiene promesa de vida segura. No somos como todos; en el seno mismo de esta sociedad puede verse cómo se produce la diferenciación. Así fué antes, así fué siempre, ¿por qué no había de serlo ahora? Un tipo de humanidad es el anarquista; podemos muy bien esperar una humanidad de ese tipo; nada se opone a esto; por el contrario, el aumento incesante de los anarquistas, la existencia de tipos cada vez más definidos, de más dura psicología, de líneas más inalterables y contornos más fáciles de establecer, parece afirmarlo. Para nosotros lo afirma cierta e indudablemente.

Directores

Buscamos siempre conductores, "meneurs". Nos horroriza pensar por cuenta propia y menos tomar una determinación sin consultar con un director cualquiera. El hombre aún se considera débil para obrar, débil para tener voluntad. La desconfianza en su propio juicio hace que tenga la vista clavada en ciertas figuras que le parece debe tomar como modelos, como patrones, para seguirlas e imitarlas. Estas toman posesión despótica de él. Y el hombre deja de tener en absoluto pensamiento, criterio, voluntad; ve solamente por los ojos de su déspota, habla por sus labios; su condición es la de una mujer sometida a su director, espiritual o religioso, que la encamina hasta en sus pecados y absorbe todos los jugos de su alma como un parásito: es el gusano dueño de la manzana, cuya roambre hace tal vez que ésta presente al exterior más bello y subido color. Educados en el temor al error, al vicio, al pecado, tomamos directores para la virtud. ¡Qué autoridad la suya! Se ha necesitado siempre una gran inteligencia imaginadora, una aptitud especial para dirigir las conciencias. Directores esforzados como Bossuet y Fenelón envolvían las conciencias, como la cabeza de un caballo con la capa, para hacerlas saltar al vacío. Tapados los ojos con la tela maravillosa de mirajes irreales que debe ser apto para tejer un director, las conciencias han saltado, como un caballo asustado, de las barrancas al río. Así se reclutaron, y se reclutan, conciencias para el misticismo. Un director sagaz anula toda personalidad; se establece como verdadero dueño, como gusano en la manzana; se apodera y devora el corazón. Ya no se hace quizá esto con una sola persona; pero se hace con todas. El resultado es que si nos falta el director, — el déspota, el parásito, — nos queda vacía la horadación, la celdilla, el alvéolo que éste ocupa, y por ella nos entra la muerte más pronto. ¡Cuánta gente volteada cuando cae de su pedestal un director! ¿A quién recurriremos que nos dirija, que tenga voluntad por nosotros, nosotros que nos hemos acostumbrado a no tener voluntad?

¡Compañeros! Es ridículo; las ideas anarquistas deben estar en cada hombre, como la verdad, no en algunas figuras que hemos dejado alojar en nuestra conciencia, como parásitas. Las ideas anarquistas son grandes, son justas, aunque no nos quede ni un modelo de hombres anarquistas. ¿Por qué no hemos de poder serlos nosotros, si en otras partes faltan? No demos lugar a la desconfianza en el propio juicio: quieren hacernos desconfiar los que quieren dirigirnos. Pongamos la confianza en las ideas y en nuestra propia obra. Lo demás puede ser arrasado: ¿qué nos importa?

Caras...

Gran paso andarán nuestras ideas si se hace de ellas afirmación responsable. Salir y dar rostro por lo que uno piensa, por lo que uno tiene que censurar o protestar de los tiranos, bajo la misma tiranía que hace pagar muy caro esto, es la manera de dar valor a lo que uno piensa, o quiere, o censura o protesta; de llamar sobre ello la atención de los humanos, como sobre una cosa que debe medirse, pesarse o reflexionarse, pues se presenta así: para ser medida, pesada o reflexionada, dispuesta a sufrir todos los castigos que la novedad o la osadía merezca, y a dar hasta el final de ellos: *pega, pero escucha, o mata, enrueda, encarcela; eres un tirano pero no tienes razón...*

Hacer dar caras, es el principio mismo de toda obra de valor. Hasta que no hace dar caras y responder de ellas totalmente, los puntos con las comas, con la libertad y con la vida misma, ninguna idea tiene valor, ni la de Giordano Bruno, ni la de los propios anarquistas que allá en Chicago dieron toda la cara, como hombres, no terribles, sino convencidos.

Un convencido es destruíble, como todo, pero es fuerza que se le escuche, que se le considere, y que al fin haga su obra, hasta después de destruído y en contra de sus mismos destruídores. Porque un convencido no dice tampoco más que cosas conscientes y responsables; habla solemnemente a los hombres y de cosas que él cree justas, buenas o verdaderas; es todo frente, está todo en sus palabras como el agua en una jarra de cristal; no tiene fondo, vaciadero ni trastienda, es planta que presenta sus frutos a la luz del sol; no puede ser subterráneo porque no es tampoco vergonzante; lo primero, acude a la plaza, a la calle, no para ocultar, sino para gritar sus ideas; es hombre de substancia y no de opereta; es abridor de surcos a la luz, que aguanta viento y granizo calándose apenas un poco más el sombrero; es el que lleva el caudal de las aguas de frente, a golpear contra las salidas que se deben abrir; es el faro que señala un puerto en la noche; es luz que no se puede encapotar ni apagar...

Haciendo dar caras se pierde también el miedo a la acción, que no es una cosa terrible, sino una cosa sencilla. Haced dar caras a un enemigo, y perderéis el temor de él. Fácil os será combatirlo, y seréis tanto más hombres, daréis con tanta más robustez los mismos palos, cuanto más firmemente lo encaréis. La gran fuerza es la acción responsable siempre. En el mundo visible y a la luz, que el individuo vea el garrote o la pluma que tiene en la mano, que conozca toda su responsabilidad y su peligro. Entonces no le parecerá aquélla mucha, ni éste tan grave. Y hará, hará, teniendo efecto siempre.

No habléis de una obra desconocida e irresponsable. El individuo se asustará y temblará. Vosotros mismos temblaréis, pues el principio de la irresponsabilidad hace temblar a todos. El hombre da más cara que no la huye. Está mejor en la luz que en la sombra, en lo conocido que en lo desconocido. Y la responsabilidad nos parece su mejor estrella en la frente. Todo lo responsable de él, lo mejor que pueda esperarse...

Encerrar...

Esta época se abrirá a otra, en la cual podrá verse claro las transformaciones realizadas; la otra a otra, y así sucesivamente. Las formaciones sociales han de irse apilando por capas, como las formaciones geológicas. Cuando caiga esta generación, compuesto de reaccionarios y revolucionarios, algo quedará como resumen, que nutrirá la lucha y la vida de la otra generación. La disputa actual no terminará con nosotros. Los candados, las cárceles y cuanto demás hoy funciona, poniendo miedo con su lúgubre chirrido, habrá encerrado en definitiva la nada, creyendo encerrar el anarquismo. Las piras o las hogueras habrán quemado solamente carnes y grasas, cuerpos; pero si todo había de terminar con esto, muy pronto habría terminado para los mismos triunfadores, pues al cabo de muy poco tiempo toda una generación se encuentra encerrada en la tumba Estas tumbas, lo mismo que las otras, encierran también la nada; poco podrían encerrar las luchas, las ideas, que siguen su paso, soliviantando, haciendo de las suyas por el mundo... ¡Qué impotencia! Podemos tener el cuerpo, pero el alma se nos escapa. ¡Estar siempre encerrando la nada, en el calabozo y en la misma tumba; guardianes de carne y huesos, de cuerpos solamente!... Es como acarrear las aguas del mar en una vasija sin fondo... La herejía ha sido quemada, el antipatriotismo fusilado; encerrado en la cárcel o la tumba todo desconocimiento, desacato, en fin, todo lo irreverente, prohibido o sospechoso. Todo en cuerpos materiales, contables, aún espiando en los ojos los encogimientos, y las mismas retractaciones de las almas... ¡Inútil; todos los mandobles han sido en el aire, en la nada! Ha sido preciso dirigirse à otra cosa: a las almas, es decir al pensamiento y las conciencias. Nada ha tenido ni tendrá definitivamente valor, sino lo que se adelante en éstos. Hay que prender en tierra viva. El encerrador está en mala posición, pues en muy poco tiempo él mismo va a estar encerrado en la tumba, y entonces no podrá hacer valer su razón.

Laboremos, dejemos cosas e ideas para el pensamiento

y la conciencia. Sí; ya sabemos que apoderarse de los cuerpos también vale, y que esto es cosa jugosa y que produce; que la autoridad, los burgueses, están apoderados de los cuerpos, y por esto sufren o sienten tantos hermanos la esclavitud. Ya sabemos que tenemos que libertar también los cuerpos, y aún que esto hemos de hacerlo primeramente. Pero con las ideas en la conciencia de hacerlo, lo haremos positivamente. Y esta idea no se matará, no se encerrará, no se quemará.

Remozación...

Cuando se ha perdido, gastada por el roce del tiempo, la florida carnación de la juventud, la madura sazón de los frutos en verano, y sólo subsisten el hueso, el carozo, el esqueleto, apenas recubiertos por una piel reseca y arrugada, — se ha perdido el verdadero sentido de la afirmación juvenil en primavera, no puede reconocerse en estos restos supervivientes a una ciruela, a una manzana: son orejones de ellos: son síntesis, pasas y momificadas... Cuando se ha perdido la pulpa floreciente y resplandeciente que rodeaba al hueso de una idea; la pulpa tierna, llena, jugosa, que daba al fruto sus redondeces, sus curvas, como a las combas de un seno, y sólo nos queda su síntesis dura, esquelética, como arbusto fibroso, puoso, lleno de espinas, nacido en un arenal, como leña reseca que se quiebra sonando, podemos decir que se ha perdido lo mejor, que esa idea no es ya fruto colgado del árbol, que está en comunicación con las raíces, con la tierra, con el fondo nutricio y creador: podemos afirmar que es artificial, que ha quedado prendida de afuera, que cuelga aún de una punta de rama, pero como el colgacho de un árbol de navidad: como una blusa, un ferrocarril, una corneta, o una manzana pintada al extremo de un mástil, en un ambiente chinesco de porcelana y juguetería: podemos jurar que esa idea es solo ritual y está constituída por las palabras solas vacías de sentido; que es una pura cáscara, que aun se pliega en una cierta forma, pero como repliegue crónico, como el repliegue de los nervios en el miembro amputado: rito, preparación, debitación de las frases evocadoras, pero sin nada, sin nada adentro... La vejez se conoce en eso: en las cosas que se nos han hecho crónicas, de las que no subsiste sino el rito. Por eso hacen falta siempre los poetas, los jóvenes, los que rodeen y vistan a las ideas con su carne propia, y las presenten con sus redondeces, sus curvas, como las combas de un seno, en la majestad de toda su belleza y unidas al fondo nutricio y creador... Brevemente: hacen falta todos los días los que puedan remozar las ideas, presentarlas en toda su plenitud como frutos colgados del árbol. Y nos

hacen más falta a medida que se nos han hecho más crónicas, que están constituídas por el rito puro, por las simples frases evocadoras. Toda idea, — y más aún estas ideas de renovación social que hemos erigido en nuestros ideales de toda la vida, — reposan en un fondo de sentimiento, tienen una base en la psicología. Nos equivocamos: debemos suscitar éste si queremos suscitar lo nutricio; trasmitir puramente el rito no es más que proyectar en otros nuestra propia vejez, momificar más; por ese camino nuestros ideales se hacen crónicos totalmente, y sin salvación y sin salida.

Estamos en camino de eso: el ritualismo no nos satisface y nos peleamos por simples frases, gestos, aspersiones del ritual. El libro de los Ritos es el único que sabemos manejar con nuestros dedos descarnados y marfileños. Hasta nos hemos olvidado que nuestros ideales tienen una base en nuestra psicología, que nuestros sentimientos, como nuestras ideas, son también anarquistas, que ellos principalmente nos agrupan. Llegó la hora de llamar a los remozadores, los poetas, a los que dén a las ideas la carne que se debe. Este es un derecho de los que quieren no solo comprendernos, sino amarnos, sentirnos, vivir el ideal con nosotros.

Antorcha

Brazo y antorcha. Unid la luz al brazo que la sostiene, y por abajo, dibujaos al hombre que está en la obscuridad.

La luz es suya.

El es la intención, la voluntad, la mecha, el aceite del fanal: quema sus propias esencias como un hacha de resinosa tea.

Mirad la noche negra; la noche llena de trampas, abismos; la noche en que triunfa el naufragio o la desviación, y dominan exclusivamente las fuerzas malas. Es la noche de los duendes y los vampiros, de los buhos y los murciélagos...

Y ved el casi inaudito esfuerzo de esos hombres, ardiendo ellos mismos, su inteligencia, sus nervios, su carne; ardiendo como una esencia, para erigirse en faros que eviten los escollos, en boyas que señalen el canal de las aguas profundas y libres...

Las fuerzas malas, las fuerzas hostiles amigas del naufragio, las que cantan, para inducir a equivocación, para arrastrar lejos en el error del vado o de la ruta, luchan por apagarlos; por hundir la boya, el fanal, la antorcha y el brazo...

Y ved los tizones siempre ardiendo, arrojados dentro de los muros de los calabozos, conducidos a través de las heladas estepas de la deportación; ardiendo, ardiendo, haciendo luz todavía, pintando de diablos rojos los cuerpos de los carceleros...

Esos son los anarquistas: seres erguidos a consumir sus esencias contra este canibalismo: "Que el hombre sea lobo del hombre". Y lo sea de la mujer y la criatura...

Los dientes amarillos de los lobos, los dientes amarillos del casero y del rentista, crujen y rechinan contra ellos.

Y la noche es inhibitoria. La noche ha sido llenada de agorerías y de temores. Miente la voz del viento en los árboles, todo miente a favor de los lobos y los poderosos...

Hace falta una luz, y el hombre animoso que la sostenga. Grande es el concurso de jóvenes, en el baile y en el paseo. Grande es el concurso de los que hacen la rueda del amor a

nuestro sexo. Pero este hombre animoso, únicamente se ha encontrado en el anarquista.

¡Compañeras! ¡Mujeres! Desposémonos con un anarquista, y seamos su compañera para que alce la más alta luz en su brazo.

Juana María.

Reflexiones

Vale mucho indudablemene todo momento que se puede aún vivir, pues después de esto ya no haremos nada. Ni razón, ni sentimiento, ni odios, ni amores, todo quedará sellado en el instante de la muerte o tal vez algo antes, y no se resistirá más al enemigo, ni ninguna de las cosas que nos encalabrinan pódrán destruirse más, aunque se presenten más desvergonzadas que antes, y hubiera sido cosa fácil para nosotros, poseyendo un rayo de vida, demostrar su falsedad. Morir es dejar el campo libre, libre absolutamente, quitar nuestra sombra de delante de la lámpara, entregarlo todo a los que quedan vivos, buenos o malos, amigos o enemigos, hombres de cualquier altura, ignorantes o capacitados, equivocados o falsarios. No podremos refutar la palabra mala, ni aún aquella que refutamos siempre, ni mover una brizna, ni enviar un viento que vuelva el libro sobre cierta página que habíamos escrito, para nosotros muy elocuente, en abono de la buena... Esto, todo, debemos dejarlo a los otros, que nos desconozcan o nos ignoren, se dén cuenta o no que hemos existido y hemos pensado alguna vez sobre algún asunto o manifestado una opinión o un sentimiento sobre alguna cosa. Ya no estaremos nosotros para parar o enderezar nada, aunque sea lo verdadero o lo justo, ni para defendernos o defender nuestras ideas. Pues bien, cuando pensamos que esto nos ha de acontecer, les ha acontecido y les acontecerá a todos sin excepción, aún a los hombres de más rico espíritu o los gigantes de la acción que no hubieran dejado una cosa sin responder, avaloramos mejor el momento presente y comprendemos mejor el reproche que se nos hace: "Muy poco podréis hacer, y vosotros mismos ponéis en peligro las satisfacciones de la vida; si dáis una pequeña dentellada al Estado será mucho, y tal vez éste se habrá curado antes de que deje de estar tibio vuestro cadáver".

Esta es la verdad: muy poco podemos hacer. Cuando nos detenemos sobre la vida de Bakounin, Caffiero y otros, o sobre los libros de Reclús, Kropotkine, Barrett, etc., todos superiormente dotados, y cuyas vidas han corrido llenas totalmente, mucho más llenas que las nuestras, debemos confesarnos que muy poco podemos hacer, muy poco se puede hacer,

y quedará esto mismo desvalido, o murmurante como una fuente oculta, a la que muy poco o nada subirán a beber los hombres. Mientras estamos vivos, estamos nosotros para hacer nuestro réclame, para hacernos escuchar o respetar, y siempre podemos producir nuevas cosas en apoyo de aquello que nos es discutido; en una palabra, luchar por ello. Pero, cuando estamos muertos, hemos cesado de luchar, y nuestras propias victorias pueden dejar de prevalecer, volviendo a cerrar el árbol el escudo de corteza que habíamos arrancado de él.

Pero, si poco podemos hacer nosotros, poco pueden hacer también, los hombres que dirigen el Estado, o los que se enriquecen, o los que pasan su vida tratando de mejorar su posición.

Si se cerró la herida antigua y la represión antigua, ahora no son ya solamente los hombres superiormente dotados, que siempre son excepciones; se ha hecho popular el ataque que a veces adquiere una gran extensión, lo mismo que la necesidad de reprimir. Mucho más poco, pues, han podido hacer éstos para lo que les interesa. Y así van corriendo sus vidas, paralelamente con las nuestras, a un mismo término: la muerte. Es una gran macana que nosotros no tengamos más poder de hablar, de poner una cosa en su punto, de deshacer o destruir un añagaza; pero es una macana mayor que el ex-gobernante no tenga más poder de señalar a lo que se ha de ejecutar, cuando había adquirido la práctica o el buen golpe de vista en esto...

Doy la palabra a la primavera

A medida que los años pasan, muchas cosas mueren en nosotros y las substituyen otras nuevas, pero más débiles y más secas, como el follaje del árbol viejo. Este también, cuando es centenario o muy viejo, se vuelve calvo como los hombres, y si era árbol de fruto, alumbra solamente unas cuantas flores pálidas que caen al suelo como mariposas heladas, o que en lugar del grande y hermoso fruto globoso, no saben sino cuajar en un pequeño, duro e insípido producto de agotamiento y de vejez. Al revés de las cajas de los violines, que cuando más viejos guardan mejor la resonancia, dicen las voces más puras y más completas, son una caja de sonidos sin falla, nosotros, como la madera verde y en pie en el bosque, nunca somos más plenos que cuando somos jóvenes, cuando ninguna cosa ha sido todavía marchitada o atrofiada en nosotros, cuando para todo hay un tañido de campanas nuevas y brillantes en nuestras carnes y nuestros nervios, cuando somos como instalación de luz nueva, con sus cordones de seda en todo su color y sus lamparitas con la limpidez impecable de la fundición del cristal todavía, sus llaves que juegan bien, y la claridad como recién invocada que ilumina las estancias y escapa por las ventanas hacia la noche... ¿Queréis plenitud, vigor, cosas llenas y sin falsete ninguno? Entonces dirigíos a los jóvenes de cada ideal; a los que empezaron su etapa floribunda éste o el pasado año — como nosotros en los primeros tiempos; — a los que están llenos de aromas, gomas, bálsamos o resinas y revientan en el cinturón de su piel como en un corsé demasiado estrecho; a los que apuntan sus yemas como dedos y hacen pensar que podría atravesarlas el sol, con una luz rosada, trasluciente, como si tuvieran sangre... Sobre ellos va a jugar su llamamiento la próxima primavera — su llamamiento los ideales — para sacar la voz plena y completa que convenga con ella...

¿Qué conviene con la Anarquía, compañeros, como qué conviene con la primavera? Indudablemente ninguna voz cascada, gastada, voces de retirada, de madera que se va secando, de fibras que van perdiendo la elasticidad. Conviene con la verdadera Anarquía, — la fuerte, la bella — las palabras de

los *jóvenes del ideal*. Pues: ¿qué sería de la primavera con sus bellos días, su sol resplandeciente, sus mañanas mojadas de rocío, donde no hubiera de encontrar una resonancia completa, y sólo hubiera de servir para recalentar viejos o poner una nota de verde de falsete en el césped antiguo, en los árboles sin fuerza? De la Anarquía, como de la primavera, como de la vida, como del amor, han de dar razón los jóvenes.

En nosotros anida fácilmente la decadencia o cuando menos la incomprensión. Muchas cosas de las que nos hacían amar la Anarquía, han muerto o se han atrofiado; no comprendemos cómo se puede amar a la Anarquía todavía, y hemos perdido la pista de lo que antes, sin embargo, era una necesidad para nosotros, y será siempre una necesidad para la eterna juventud y renovación de la vida. Queremos hacernos unos, hábiles, otros, políticos; unos, buenos sindicalistas remachados; otros, maximalistas, o peor, demócratas burgueses, o burgueses decididamente... ¡Pobres viejitos, esqueletos de lo que antes fueron; la Anarquía brilla siempre, pero como la primavera, no alumbra ya sus ojos apagados!

No a ellos, no; ni aún a mí, que según una frase gráfica del Dante, debo mirar ya el ojo de la aguja como un sastre viejo; a los jóvenes pregunto por el ideal de la Anarquía, por la sed de verdad, de belleza y de justicia. Quiero leer los últimos grandes libros que acoje la juventud, estar en sus luchas, sus amores y sus esperanzas. Sé que yo pasaré y todos pasaremos; que porque en mí todo esto se atrofie, no existe menos la juventud y la primavera; que la Anarquía es eterna y que nada significa en realidad más que una substitución, algunos leños retirados por la resaca... Contra todo y a pesar de todo, la vida sigue muy fuerte en los árboles nuevos. Empapémonos en el ideal de los jóvenes anarquistas. Donde veamos jóvenes anarquistas, ahí está la Anarquía consecuente, verdadera, llena, bien afirmada, con todos sus aromas, bálsamos, gomas y resinas; la que nosotros amamos, aquella porque fuimos y quisiéramos ser siempre anarquistas: la Anarquía del ideal, en fin...

¡Jóvenes del ideal: al frente! Vosotros, con toda la esencia, guiad nuestros pasos; abrid nuestro viejo camino, reluzcan en vuestras manos, otra vez nuevas y cortantes, nuestras

viejas hachas, abandonadas y melladas; sigamos a los jóvenes de ahora, nosotros, jóvenes de antes. ¡Que guíe la juventud! Doy la palabra de la primavera, a lo que es ello mismo primavera, y la retiro a lo que es otoño o invierno arropado y friolento.

La muerte en las chacras

Se cae en plena subida, en plena marcha, en las chacras. Cuando el nido está lleno de pichones, y le hacen sombra las ramas con sus hojas...

Lección de fuerza, de empujar siempre adelante, de no darse rendidos nunca, nos brinda la vida de los hombres de las chacras. Ni aún arrastrándose, con el cuerpo apoyado en un bastón, se deja de andar...

¿Andar solamente? No. Mejor se sale a otear lo que los otros tienen hecho, y ver si algo podía hacer uno también, todavía. ¿No es un crimen dejar pasar el año, la estación? ¿Y qué importa uno, ni aun cuando esté para morir?

Si es una verdad que todos vamos en alguna manera comidos de adentro, taladrados por alguna enfermedad, es una verdad también que nadie se anula ni se licencia tampoco.

Muchos que están enfermos saltan de los lechos y hacen centellear una última vez la cuchilla del arado, perdiendo la vida con el esfuerzo. No han hecho más que seguir la obra de todos los días: continuar una tarea empezada... Ni siquiera advirtieron que venían una mañana al trabajo, muertos...

Así caeremos todos, en plena subida, repuntando, empujando nuestras cosas para adelante.

Hasta el último aliento es de la vida, y consagrámoslo entero a la vida.

Este hombre, del cual me han dicho: "Vino anteayer buscando tierra, cuestionando con los propietarios, desesperado porque avanzaba la estación; y ayer ya estaba muerto" — no se diferencia en realidad de ninguno. El nos hace exclamar: ¡Lindo, hermano; esto es conservar erguida, hasta el final, como una columnita, la llama de la vida!

Porque a mí no me digan que un hombre puede estar un día bueno, y al otro muerto: viene descompaginado, destrozado desde quién sabe cuándo. Su columnita, sin embargo, ha estado siempre erguida. ¡Y quién sabe cuánto hizo o se preocupó por esa vida que se le escapaba a él! Porque no hay duda que para él mismo era más importante la vida de los sembrados, las plantas, las cosechas; y también la lucha, que no

había que cejar un momento, contra el abrojo, la langosta, la autoridad y el propietario...

Cada día que se venció y fué al trabajo, contra los males de su sudor y el sudor de todos los chacareros, sus hermanos, tuvo la sensación de ser un hombre y de vivir. Así tuvo también, en la vida, esperanza ilimitada.

Jamás dejó de ver que la fuerza, el remedio, estaría siempre en sus manos, y en las manos de todos los demás sembradores que atacaran sin piedad a todos los enemigos de la cosecha; y a aquellos que, como el gorgojo, se llevaban todos los años la mejor parte... No; si aceptó ésto como una fatalidad, jamás estuvo convencido que debía sembrar para ellos...

Cuando, moribundo, se debatía contra las condiciones leoninas de los propietarios, el retardo de todas sus cláusulas para asegurar de antemano la parte del gorgojo — ¡él, que estaba tan apurado! — es posible que comprendiera la necesidad de una revolución que anulara esta explotación, esta traba...

La importancia de esta necesidad seguirán viéndola muchos otros hombres, aunque él haya muerto. Una campaña contra el gorgojo puede durar varias generaciones, y estará siempre justificada desde el punto de vista del agricultor.

Así, la muerte en las chacras, deja planteados y en pie todos los problemas de la vida: con su columnita siempre erguida, hasta el último momento estuvo este hombre en ellos...

NOTA

Puesto a ordenar los papeles de Antilli, me he hallado con mucho más de lo que yo imaginaba. He optado, entonces, por escoger al tanteo, diría. Eso sí: antes he hecho a un lado sus conferencias, sus articulos de polémica y sus estudios sobre la Revolución Social y el comunismo anárquico; con eso sólo habria para un volúmen de más páginas que éste y de un valor sociológico, como contribución y como originalidad, sin precedentes en América. También debi separar aquello que considero puramente literario, cuentos, panoramas, introversiones, que, por si mismos, como belleza, merecen edición aparte. Abiertas estas dos ramas, he ido a una tercera, la que sazonó sus frutos de color más encendido, bajo el sol de una actualidad viril y apurada. Pero aqui mismo he hallado tanto que he tenido que escoger casi al tanteo repito; pues sacado este libro queda material para otro, no menos nutrido. Tres volúmenes más tal vez agotarían la producción de Antilli.

Tómese, entonces, éste, como la cosecha de un solo surco; paralelos a él quedan otros, con sus plantas de pie y sus espigas unidas al tronco. Todo es ahora, pues, distribuir ésta bien y volver por más a su chacra; a la chacra del compañero que cayó en el surco.

R. G. P.

INDICE

Pág.

Pág.